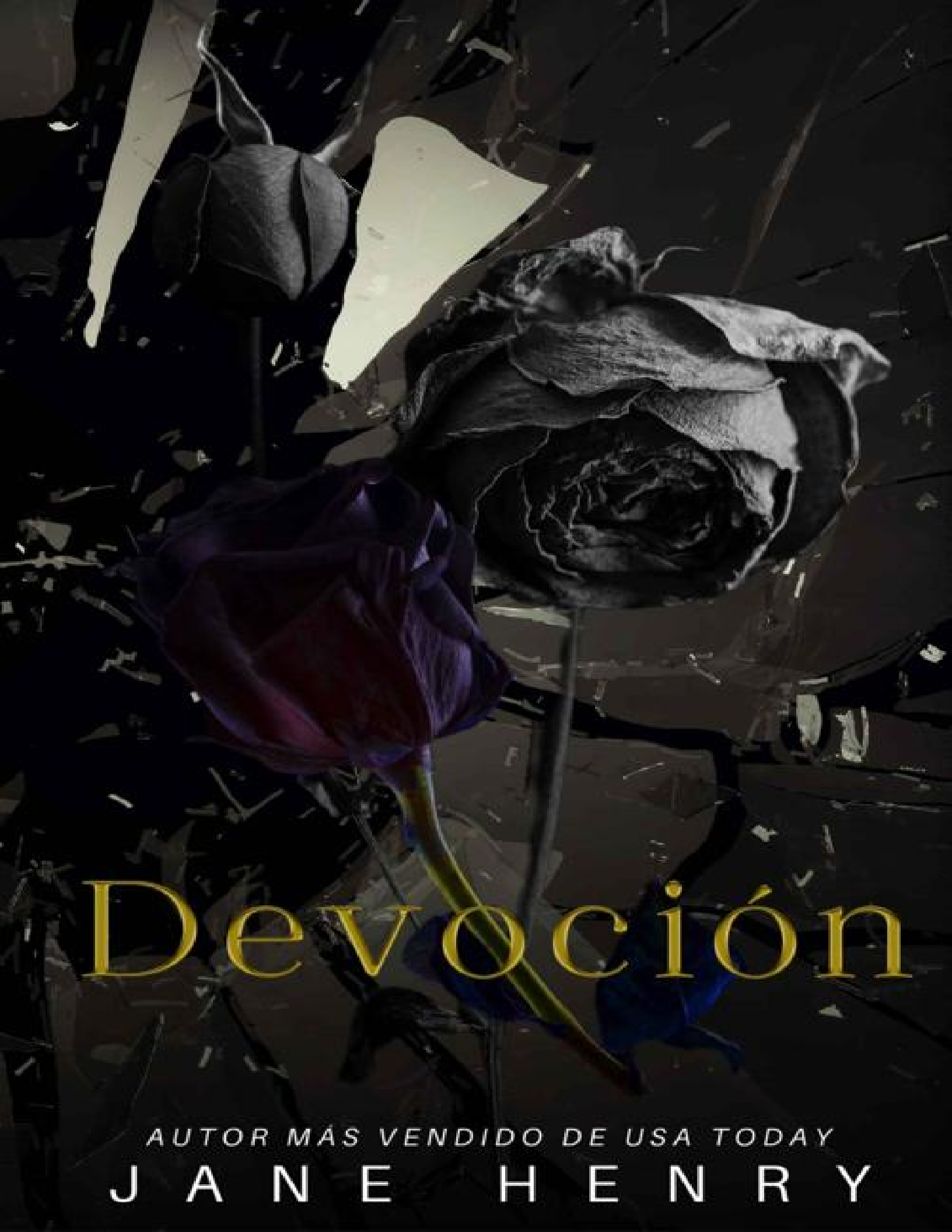

Devoción
AUTOR MÁS VENDIDO DE USA TODAY
JANE HENRY

DEVOCIÓN

UN ROMANCE PROHIBIDO DE LA MAFIA OSCURA

LA HERMANDAD MONTAVIO

LIBRO UNO

JANE HENRY



Devoción: Un romance prohibido de la mafia oscura

Copyright © 2023 por Jane Henry

Todos los derechos reservados.Esta es una obra literaria de ficción. Cualquier nombre, lugar o incidente es producto de la imaginación del autor. Las similitudes o parecidos con personas reales, vivas o fallecidas, acontecimientos o establecimientos, son puramente coincidenciales.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en reseñas de libros.

La reproducción, transmisión, distribución no autorizadas o el uso de la obra con derechos de autor en el entrenamiento de Inteligencias Artificiales (IA) es ilegal y constituye una violación de la ley de derechos de autor de EE. UU.

Diseño de portada por Jason O’Bannon

ÍNDICE

Sinopsis

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo

Preestreno
Meet Jane

SINOPSIS

Eden Soul tomó la valiente decisión de huir de la oscuridad de su pasado...

Y aterrizó directamente en los brazos del mafioso más formidable y temido de Boston, Sergio Montavio.

Ella está sin un céntimo y es virtuosa.

Él es rico y perverso.

Ella es inocencia y luz frente a su depravación y oscuridad.

Pero cuando Sergio le hace una oferta que no puede rechazar, Eden se enfrenta a una elección:

Abandonar el único refugio que ha conocido... *o vender su alma al Diablo.*

CAPÍTULO I

—CORRE

EDEN

—Volveré a por ti.

Mis palabras suenan como una súplica ahogada, como si de alguna manera estuviera rogándole a Starla que me crea. Necesito darle la esperanza a la que yo apenas puedo aferrarme. Con mis manos entre las suyas, las aprieto, intentando transmitir con un toque lo que las palabras no pueden.

Removeré cielo y tierra para volver a por ella, aunque me cueste la vida.

Y podría costarme.

Cuando ella me devuelve el apretón, puedo sentir su propia desesperación emanando de ella en oleadas, pero consigue mantener una expresión valiente.

Por mí.

Starla susurra en respuesta—: Sé que lo harás.

Tengo que fingir que no oigo el dolor en su voz. Lo peor de todo es tener que dejarla sumida en la miseria para liberarla.

Miro fijamente a los esperanzados ojos gris azulados de mi hermana y veo el valor que necesito. *Ellos* la ven como alguien inferior, como débil y dañada. Imperfecta. Incluso maldita.

Yo creo que es la persona más hermosa que jamás he visto.

Con su voz lastimera, apenas por encima de un susurro, me suplica—: *Vete*, Eden. Tienes que hacerlo. Volveremos a estar juntas, lo sé.

De alguna manera, la confirmación de que sabe que volveré me da ese pequeño impulso de valor que necesito para moverme. Para enfrentarme al vasto mundo que es un agujero negro de incertidumbre. Para saltar al vacío y adentrarme en lo salvaje.

Una rama se quiebra en la maleza del bosque más allá de la valla.

Ambas nos quedamos paralizadas. Mi corazón late tan rápido que me mareo. Pasan largos minutos mientras esperamos otro sonido.

Finalmente, escucho un gruñido bajo.

Exhalo aliviada. Un lobo o un coyote, tal vez.

No son ellos a quienes temo.

Starla aprieta mis manos de nuevo—. *Vete*, Eden. ¡Vete!

Llevamos meses planeando esto, que yo escape y consiga lo que necesitamos para comprar nuestra libertad: un hogar y dinero, todo lo que pueda ganar lo más rápido posible. Si no me voy ahora, puede que no tenga otra oportunidad en un año o más... o nunca.

Pero ahora que ha llegado el momento —cuando realmente tengo que dejar a mi hermana sola, sabiendo el castigo al que se enfrentará si alguien sospecha que me ayudó a escapar— no puedo moverme.

—Eden —dice en una súplica apasionada—. *Por favor*. Tienes que hacerlo. —Me da un rápido abrazo, estrechándome contra ella. Puedo sentir los huesos de su espalda, su caja torácica presionada contra la mía. Tan delgada y frágil, se siente tan pequeña y quebradiza como una niña aunque en dos años cumplirá dieciocho y técnicamente será adulta.

Beso su mejilla. Mis labios se humedecen con sus lágrimas.

Te quiero, pienso, pero no lo digo en voz alta, porque pronunciar esas palabras podría hacerla caer en picado. No se nos permite amar a nadie excepto a Dios. Es herético, una ofensa imperdonable decirle que la quiero. Y ya le he dado suficientes motivos para enfrentarse al peor castigo.

Pero espero que lo sienta.

Espero que lo *sepa*.

Algún día, se lo diré.

Pero por ahora, tengo que demostrárselo.

Es aterrador cuando temes lo que hay delante de ti y estás aterrorizada por lo que hay detrás. Pero quiero a mi hermana.

Así que corro.

CAPÍTULO 2

BELLA NOTTE

SERGIO

—¿Jefe?

La voz ronca de Gino atrae mi atención hacia la barra. Miro a mi guardaespaldas, nuestro estoico pero ferozmente leal ejecutor, construido como un linebacker devorador de ladrillos. Es leal hasta la médula y no diría que sea el tipo más inteligente que he conocido jamás, pero puede noquear a un hombre adulto de un solo puñetazo y olfatear el peligro a kilómetros de distancia. En otras palabras, es un jodido pitbull humano.

Me alegro de que esté aquí esta noche.

—¿Sí?

—¿Quieres una copa? —pregunta. Cuando me sonríe, su diente de oro reluce. Maldito icono italiano.

Niego con la cabeza. La noche de apertura significa que necesito estar en completo control.

—Estoy bien, gracias. —Hay un momento y un lugar para tomar una copa, pero esta noche no es uno de ellos.

Me quedo de pie en la entrada de *Bella Notte*, mi orgullo y alegría, y observo cada detalle. Examino la multitud en busca de cualquier señal de problemas. No puedo evitarlo: *Bella Notte* es mi bebé, y las personas aquí están bajo mi protección. No puedo negar la sensación de orgullo, propiedad y responsabilidad que siento. Ha llevado años de trabajo y planificación llegar hasta aquí, y no dejaré que nada se escape. Así que he comprobado cada cerradura, repasado cada detalle, asegurado que todo sea perfecto.

Florence Mascarelli, cariñosamente apodada "Tía Flo" por todo nuestro equipo, entra contoneándose como si la hubieran invocado con una bandeja de albóndigas. Al principio, no entendía por qué la mitad de las mujeres de la familia se partían de risa cada vez que decía que la Tía Flo venía de visita, hasta que mi prima Marialena me explicó. "Pero a ella le gusta, Serg", me aseguró. "La hace sentirse *femenina*".

Y si eso no dice nada sobre quién es ella, no estoy seguro de qué lo haría.

—¿Comida? —continúa Gino—. Flo trajo sus albóndigas, y están jodidamente increíbles.

—Gracias, Gino —dice ella, guiñándole un ojo lascivamente—. Son mis mejores, pero por el amor de Dios, estad atentos por si veis una de mis pestañas, ¿vale?

—¿Tu *qué*? —pregunta Timeo, mi hermano menor, entrando desde el almacén con una pesada caja de licor.

—Mis *pestañas* postizas. Dios mío, cobran un ojo de la cara en el salón, así que decidí hacer las *mías*, pero chicos, lo he jodido de alguna manera porque una de ellas se cayó y maldita sea si no puedo encontrarla *en ninguna parte*.

De repente, no tengo ningún interés en comer sus albóndigas.

Flo habla con un fuerte acento de Boston y el tipo de confianza que nace de décadas de aventuras amorosas. Es descarada, atrevida, y el sueño húmedo de cualquier chico italiano. Con una particular afición por los estampados llamativos y los escotes en V que muestran canalillo hasta el ombligo, hace girar cabezas con una confianza sin esfuerzo y un atractivo sexual innegable.

—¿No se suponía que vendría un catering? —le pregunto a Timeo. Él hace una mueca como si le doliera.

Quizás *le dolerá* si no me dice lo que quiero oír.

—Así era —dice con un gemido—. El nuevo chef debía presentarse, pero ¿adivina quién ha pillado la gripe justo antes de la noche de apertura?

Suelto un suspiro, intentando recurrir a la pequeña reserva de paciencia que tengo. —¿Tenemos un plan B?

Flo sonríe. —Yo he proporcionado los aperitivos, Jefe, pero no te preocupes, hemos llamado refuerzos.

Reprimo un gemido. Los "refuerzos" de Flo podrían ser cualquier cosa, desde las señoras de su iglesia hasta el equipo del bingo con el que se emborracha durante el fútbol de los lunes por la noche, y no

confío en que no haya saqueado simplemente una despensa de alimentos antes de llegar aquí.

—No me llames Jefe, Flo —le recuerdo.

Ella solo mastica su chicle y me da golpecitos en el pecho mientras pasa, apestando a perfume de farmacia y cuero de lujo. —Oh, cariño. *Todos* te llamamos "Jefe". Naciste para ser el jefe, ¿no lo sabes? Estabas listo para comandar un ejército cuando saliste del *útero*.

—¿Qué es esta cosa peluda en las albóndigas? —grita alguien desde el otro extremo de la barra.

—¡No te la comas! —grita Flo, dejándome atrás.

Miro a Timeo. —Dime que realmente tienes un plan B.

Él niega con la cabeza y levanta las manos. —¿Por quién me tomas? —pregunta.

Suelto otro suspiro. —No quieres que responda a esa pregunta.

Cuando se abre la puerta trasera, un desfile de mis primos, la notoria familia Rossi de Boston, entra con paso arrogante.

—He aquí el plan B —dice Timeo con una sonrisa y un floreo.

Joder, *Cristo* bendito.

Mi primo Orlando entra primero, seguido por Tavi, luego su hermano mayor y Don, Romeo. Cada uno de ellos lleva pesadas bandejas de comida.

Cuando los Rossi y los Montavio celebran, siempre hay comida de por medio. Los Rossi se encargan de la comida y los Montavio del alcohol. Llámalo una combinación hecha en el infierno.

La mayoría de "clubes de alto interés", como los llama eufemísticamente el papeleo, no sirven comidas completas, pero soy un Montavio, y sabemos que todas las cosas buenas comienzan con una buena comida y una cerveza fría.

—No comas las albóndigas, tío —le susurro a Romeo.

—¿Flo? —pregunta con una mueca.

Le doy un asentimiento silencioso.

En una hora, nuestro nuevo local está repleto de invitados, con sus platos cargados de comida.

—Sergio, *come* —dice mi primo Orlando—. Todo va bien.

No es todos los días que alguien inaugura un nuevo establecimiento, y este significa el mundo para mí. Pasé meses con nuestros amigos los Gerard en Córcega, tomando notas sobre cómo dirigen su exclusivo club de fetiches, y soñaba con tener uno propio aquí en Boston. Hasta hace poco, las leyes puritanas prohibían un establecimiento justo como este, y somos uno de los primeros en aprovechar la nueva ley que nos permite estar aquí.

Pero ha habido que hacer mucho. Hemos examinado a cada maldito miembro que ha venido. Hemos realizado verificaciones de antecedentes y comprobaciones de perfiles, y *todos* los que trabajan para nosotros han sido investigados implacablemente. Mantengo mi personal reducido y bien pagado, por una buena razón.

Romeo, el jefe de la mafia de la familia Rossi y mi primo, se sienta con un plato repleto de comida.

—Lo has hecho bien, hermano —dice con una sonrisa de aprobación.

—Gracias.

No mentiré, es bueno escuchar su elogio. Echo de menos a mi hermano Niccolo, que ya no está. Mi padre está muerto, y mi hermano Ricco está ocupado con su esposa crónicamente enferma. En otras palabras, hay escasez de tipos que aprueben lo que hago en mi vida, así que el elogio de Romeo me afecta profundamente.

—Sabía que vosotros, capullos, erais genéticamente pervertidos. —Levanto la vista para ver a Mario Rossi, el hermano menor de los Rossi y mi mejor amigo, sosteniendo una bandeja de pasteles en cada mano.

—Jodidamente clarividente —murmuro con un resoplido—. No tuvo literalmente nada que ver con el hecho de que los dos viajamos juntos a Córcega. —Córcega es el hogar del exclusivo club de la familia Gerard, *Le Luxe*.

Mario fue prácticamente mi codiseñador.

—Me refiero a *antes* de eso. Supe que eras pervertido cuando estábamos en sexto y atrapaste a Tanya Monteiro en el armario de

las escobas.

Me encojo de hombros. —Todo el mundo atrapaba a Tanya en el armario de las escobas.

—*Tío*. Fuiste el único que la *ató*.

Pongo los ojos en blanco. —Tienes un bigote de cannoli.

Mario saca su lengua para lamer la crema del pastel de su labio y me sonríe.

Tiene razón, sin embargo. Mientras el resto de ellos intentaban llegar a segunda base con las chicas en el instituto, yo me estaba follando a mi profesora de matemáticas contra su pizarra. Me gustaba saber que cuando ella se contoneaba pasando por mi lado en clase, su precioso culo estaba marcado con la huella de mi mano y su cuello con mis dientes.

Me gusta jodidamente poseer a una mujer que toco antes de dejarla ir.

No puedo controlar lo que la vida me arroja. Dios sabe que no puedo controlar quién vive o muere. He visto la vida de alguien joven, vibrante y lleno de promesas apagarse mucho antes de tiempo, y he visto a hombres que no merecían ni un día más en la tierra vivir más de lo que nunca merecieron.

Así que las cosas que *puedo* controlar son mías, sostenidas firmemente en mi puño, y lucharé hasta la muerte antes de soltarlas.

Tomo el cannoli de Mario y doy un gran mordisco. —Dios, vosotros los Rossi hacéis los mejores cannoli. —Capa exterior crujiente, relleno cremoso, moderadamente dulce—. Escucha, este lugar no es solo para mis propios propósitos pervertidos.

Flo se acerca y me rodea el cuello con el brazo.

—Cuéntanos, cariño. ¿Para qué es, entonces?

El orgullo hincha mi pecho.

Hay una razón por la que elegí Boston. Amo mi hogar. —Porque Boston es el hogar de los rebeldes —digo con convicción—. Porque comenzamos una jodida *nación*. Fuimos pioneros en el fin de la esclavitud. Le pateamos el culo a los puritanos y, sin embargo, aquí

estamos en 2023, y no tenemos *clubes de fetiches*. ¿Por qué? Ya es hora de que la gente tenga un lugar donde puedan explorar sus fantasías.

—Jesús. ¿De verdad estás tratando de hacer que esto parezca algún tipo de cosa *moral*? —dice Timeo, con los ojos muy abiertos mientras niega con la cabeza—. Solo Sergio podría hacer que la apertura de un nuevo club de fetiches suene como un acto de desafío y altruismo.

Esquiva mi puño con una carcajada y se esconde detrás de la barra donde no puedo alcanzarlo. Por ahora.

—Ni siquiera jodidamente sabía que supiera lo que es el *altruismo* —dice Romeo.

—No lo sabe —murmuro, mientras el resto se aleja para explorar el club y me quedo con Romeo—. Probablemente el Wordle de hoy.

Estoy revisando correos electrónicos en mi móvil cuando finalmente me doy cuenta de que Romeo se ha quedado callado. Le dirijo una mirada curiosa. Tengo la clara sensación de que tiene algo que decir y no está seguro de cómo sacarlo a colación.

—Suéltalo, Rome. ¿Tienes algo de lo que necesitas hablarme?

—¿Cómo haces eso? —Niega con la cabeza—. Puedes leer a la gente como Marialena lee las palmas.

Me encojo de hombros. —No es tan difícil como parece. Venga, dime.

Romeo mantiene mi mirada por un minuto antes de ir directamente al grano. —Necesitas una esposa.

—Vaya. Quizás deberías empezar con algo un poco más fuerte.

—Hablo en serio, Sergio.

Suelto un suspiro. —Lo sé.

La ligera elevación de sus cejas es la única indicación de que está sorprendido por mi reacción.

—¿No vas a darme mierda por sacarlo a colación otra vez?

Niego con la cabeza. —No. Tenemos enemigos creciendo, y eso significa que necesitamos fortalecer nuestro sindicato. Ambos lo sabemos. Ambos lo *sabemos*. Y ha pasado suficiente tiempo desde

que mi familia se unió a la tuya y yo asumí el cargo de Don de la familia Montavio.

Mi hermano mayor Ricco, tras la muerte de nuestro hermano Niccolo, solo ocupó la posición de Don por un corto tiempo antes de que a su esposa le diagnosticaran cáncer en etapa tres.

Podemos ser despiadados, podemos romper la ley, podemos tener nuestro propio código de ética que desafía la comprensión convencional de la gente sobre lo que está bien y mal, pero los Montavio tienen un principio rector que supera a todos los demás: La familia primero.

Sabía que Ricco no podía dedicarse totalmente a su esposa y totalmente al resto de nosotros al mismo tiempo sin diluir su atención. Sabía que me tocaba a mí dar un paso al frente.

He sido el jefe de la familia desde entonces.

Los Rossi eran la familia más poderosa de Nueva Inglaterra cuando mi hermana Vivia se casó con Dario, un familiar no de sangre y recluta de los Rossi. Forjar una alianza entre nuestras dos familias nos convierte en la mafia más poderosa de América... y también nos convierte en objetivos principales.

Pero hay un detalle. Nuestros abuelos acordaron, cuando llegaron a una decisión mutua en Toscana, que la única manera en que hombres de nuestro calibre podían ascender en rango era casándose y teniendo hijos. Para bien o para mal, nuestras familias están impregnadas de tradición. Hemos modificado las reglas: no importa con quién te cases, lo importante es el crecimiento de la familia. Mi abuelo comparaba la familia y los hijos con raíces más fuertes en el árbol familiar.

—¿Así que no estás en contra? —pregunta Romeo en voz baja.

—No. —Tomo otro sorbo de mi bebida—. Por supuesto que no. Sabía que llegaría el momento. Pero no voy a hacer nada elegante. No voy a salir con nadie ni a cortejar a nadie. Y con todo el respeto, toda esa cosa de la devoción que hacéis vosotros no es lo mío. —Mis primos han elegido ir por el camino tradicional: con amor, anillos de compromiso y devoción eterna.

No tengo tiempo para esas gilipolleces.

Romeo se ríe. —Estoy hablando con el propietario y proveedor del club sexual más exclusivo y de alta gama de Boston. No pensaba que estuvieras en eso de la monogamia.

Reprimo un gruñido. ¿Piensa que solo estoy aquí por un polvo rápido? Está equivocado si lo piensa. Mi dinero y estatus me otorgaron esos privilegios hace mucho tiempo. Es más que eso.

Me encojo de hombros. Normalmente no me importa dar a nadie un motivo para mis acciones, pero quiero contárselo. Admiro a Romeo. Cuando nuestras familias solidificaron nuestra posición uniendo nuestras fuerzas, nos convertimos en más que primos. Es mi hermano de armas.

Exhalo. —Sabes que haré lo que tenga que hacer.

Romeo asiente y se pone serio. —Solo te estaba tomando el pelo, Sergio. Sé quién eres. Sé lo que defiendes.

Sabía cuando asumí el liderazgo que era solo cuestión de tiempo antes de que tuviera que casarme. Tengo que hacerlo. A los ojos de mis rivales y aliados, no puedo ser un hombre que exija respeto y mantenga el poder si no tengo el respaldo de una esposa e hijos. Somos, en cierto sentido, la realeza moderna. Tradicionalmente, una familia real ostenta cierto título o estatus. Los miembros de la realeza nacen en una familia. Hay un monarca que tiene tanto privilegios como responsabilidad, que tiene acceso a riqueza, recursos y poder político. Somos líderes tanto culturales como ceremoniales. La realeza está impregnada de cultura y tradición, identidad y orgullo.

Solo que *nuestra* familia real no es del tipo al que otros admiran.

Pero tenemos estándares morales. Para mí, casarse por amor no es uno de ellos.

Ya tengo una familia. Ya he sufrido pérdidas aplastantes. No necesito más familia ni más pérdidas inevitables.

Mi trabajo, entonces, como líder de la familia Montavio y Jefe, es fortalecer mi familia, reforzar nuestras tradiciones y dedicarme a la hermandad Montavio.

He sabido durante mucho tiempo que mi familia sería la única responsabilidad que asumiría voluntariamente.

—Mira, Romeo. Mi padre se casó por dinero. El tuyo se casó por conexiones. Tomaré una esposa porque mi familia necesita que lo haga, fin de la historia. La trataré bien y le daré lo que necesita. — No pronuncio el resto de mi frase, porque él sabe exactamente a dónde voy con esto.

Y luego la trataré como todos los demás en mi familia antes que yo han tratado a las suyas: como una figura representativa, ni más ni menos. Ella puede divertirse y yo tendré la mía.

—Bien. Bueno, eso hace mi trabajo más fácil, entonces —dice, sin encontrarse con mis ojos.

Romeo ha envejecido desde que tomó el trono de Don Rossi. A diferencia de otros grupos en los EE.UU. —dirigidos por patriarcas, hombres en su mejor momento— nuestras dos familias están lideradas por Romeo y por mí, décadas más jóvenes que esos otros. Tuvimos que *ganarnos* el respeto. Y lo que hemos tenido que hacer para ese fin ha pasado factura.

Se frota la frente con la mano. Noto canas en su pelo que no había visto antes, y un cansancio que se muestra en las arrugas de su frente y alrededor de sus ojos. Pero es más que eso.

—Escucha, hermano —dice Romeo, su voz más baja y un poco áspera, como si estuviera afectada por la emoción—. Asumir este rol es una carga pesada. Una jodida rueda de molino, si soy honesto. Y con él viene la responsabilidad y el privilegio, sí. Pero te cambia. Sabes eso.

Asiento sin palabras. Sé a qué se refiere. Asumir este rol significa que nos dedicamos a nuestra familia de una manera que no pedimos a nadie más que haga. Y eso importa.

—Yo tuve suerte —dice suavemente. Sé que está hablando de su esposa Vittoria.

Asiento. —Ricco también. —Ninguno de los dos dice lo que ambos estamos pensando. Ricco es exactamente *por qué* quiero tener una esposa a la que no esté apegado. El simple hecho de que

tuviera que renunciar como líder de nuestra familia para cuidar de su esposa enferma es testimonio suficiente.

No puedo tener una mujer que me quite de mi papel. Si me casara con alguien a quien amara, tendría que ponerla a ella en primer lugar por encima de todas las cosas.

No tengo ese lujo.

—El príncipe siempre debe ser consciente del potencial de conspiración y traición, y tomar medidas para prevenirlo —dice Romeo suavemente.

Ah. ¿Canalizando al viejo Maquiavelo, eh? Dos pueden jugar a ese juego.

—Cierto. *Es* más seguro ser temido que amado, si no puedes ser ambos.

Y no tendré ambos.

—Correcto —dice Romeo con una sonrisa conocedora—. Así que necesitamos concertar un matrimonio para ti, entonces.

Asiento. Ambos sabemos que es lo mejor.

—Lo hacemos.

Romeo toma otro sorbo de su bebida y coloca el vaso casi vacío sobre la mesa. Sin decir palabra, hago una señal para que le rellenen y lo reemplazo.

—La semana pasada, Mario estaba haciendo los números. Y algunas cosas no cuadraban. Para hacerlo corto, un cliente nuestro nos debe tres millones. Ha estado pagándonos, pero cuando Mario fue a cuadrar los libros, descubrió que está atrasado respecto a donde debería estar, sus pagos solo suman el diez por ciento de lo que debe. Después de investigar un poco, descubrimos que nuestro intermediario ha estado robando sus pagos.

—¿De verdad? —Mi voz es baja y mortal. Robar a la mafia es una transgresión digna de un castigo brutal y, en última instancia, la muerte. Todo el mundo lo sabe.

—Así es. El hijo de puta nos debe mucho. Envié a Orlando y Santo a cobrar.

Cobrar. Un término tan simple que significa cosas tan terribles.

Tenía que hacerlo, sin embargo. Hay demasiado en juego.

—¿Y?

—Y Orlando informó que resulta que nuestro intermediario tiene una encantadora hija muy soltera.

—Ahhh.

Romeo abre su teléfono. —Algunos padres dicen que sus hijas no tienen precio. Este tipo no. Resulta que tiene un precio para ella y son tres millones.

Resoplo. —Y no tienes a nadie más en tu familia elegible para el matrimonio.

—No, pero beneficia a mi familia si comenzamos a casaros a vosotros. Ya tenemos a Ricco arreglado.

Nos quedamos en silencio por un momento, ninguno de los dos queriendo decir lo que ambos estamos pensando. Ricco no está arreglado. Su esposa tiene cáncer de ovario. A pesar de ver a los especialistas más eminentes y recibir tratamiento de primer nivel en algunos de los mejores hospitales del país, las probabilidades de que Ricco acabe siendo un padre soltero eventualmente son altas.

—Claro.

—Así que hice un acuerdo. Le perdonamos su deuda y su hija se casa *contigo*.

Miro la foto en su teléfono.

Parece que está descansando en una terraza de piscina durante las vacaciones de primavera. ¿Tiene siquiera edad para beber?

—¿Qué *edad* tiene?

—Veintidós, a dos meses de graduarse de la universidad. Así que ese es el único inconveniente. Está prometida a ti, pero no puedes tenerla todavía.

Me encojo de hombros. Dos meses no son nada.

—¿Cuántos años tienes tú?

Suelto un suspiro. —Treinta.

Él se encoge de hombros. —Está bien, entonces. —Diría eso si hubiera treinta años entre nosotros.

—¿Y qué te debo?

Un hombre no simplemente arregla el matrimonio de otro sin una tarifa, incluso aquellos que están dedicados el uno al otro.

—¿Cuánto cuesta la membresía aquí en el club? —pregunta Romeo, con ojos brillantes.

—Cincuenta mil al mes por persona.

Romeo sonríe. —Joder, olvídate de las armas ilegales y las drogas, todo lo que necesitas es un club sexual de alta gama para hacer dinero, ¿eh?

Le devuelvo la sonrisa.

—Los Rossi tienen acceso completo, exclusivo para miembros, a tu club durante un año y estamos en paz.

Es justo. Asiento. Ninguno de los dos necesita dinero.

—Trato hecho.

Romeo hace una señal para que me traigan una copa.

Esta vez, la acepto.

Inclino el vaso y bebo hasta que el hielo golpea mis dientes.



CAPÍTULO 3

«CUALQUIER CAMA EN LA TORMENTA...»

EDEN

La estación de autobuses se vislumbra frente a mí con las luces brillantes de una promesa de lo que está por venir. Siento una ligereza en el pecho que no había sentido en tanto tiempo que me resulta extraña, aunque aún está teñida por el miedo a ser descubierta. Envuelta en la oscuridad, caminé por el bosque como una mujer con una misión.

—Esto es —me susurro a mí misma, esperando que el sonido de mi propia voz me dé más valor.

No funciona. Tiemblo como si mensajeros angelicales del mismísimo Cielo fuesen a bajar y bloquearme el camino.

Pero nadie —o nada— lo hace.

Había trazado el camino. Había tomado notas y planificado mi ruta, y un día, cuando recibimos un envío de mercancías, en un momento en que Seth estaba fuera de vista por un minuto, le pregunté con naturalidad al repartidor dónde estaba la estación de autobuses más cercana.

—Oh, no está lejos —dijo vagamente, señalando en la dirección general del bosque—. Está a solo unos pocos kilómetros de aquí.

Mi mente comenzó a nadar entre posibilidades.

—¿Ah, sí? —pregunté, mientras apilaba las bolsas de harina, frijoles, azúcar y avena en un estante de nuestro almacén—. ¿Cuánto costaría entonces un billete? —me pregunté, sin establecer contacto visual con él, como si de alguna manera eso evitara que entendiera mis motivos. A veces me gustaba fingir que era invisible.

Si tan solo pudiera ser invisible para Seth.

—Oh, unos cien dólares o así —dijo, cuando unos pasos pesados nos advirtieron que Seth se acercaba.

Nuestra conversación se interrumpió bruscamente, pero yo ya tenía toda la información que necesitaba.

Así que hice mis planes.

Forjé mi camino.

Vendí algunas de mis artesanías que Seth desconocía, y guardé cada céntimo que pude. Hice que todos me pagaran en billetes de un dólar, y cuando Seth no estaba en casa, cuando me sentía *muy* valiente, los contaba, uno a uno.

Cuando tuve cien, supe que era el momento.

Un claxon de coche retumba en mi oído. Doy un respingo, con el corazón acelerado mientras el conductor grita: «¡Mira por dónde vas!»

Miro hacia mis pies y luego al coche mientras se aleja chirriando. Estoy parada al borde de la carretera, junto a un bordillo sólido.

No me importa que me gritaran o que tocaran el claxon. Mi corazón late con fuerza contra mi caja torácica en un frenético staccato porque no quiero ser vista y ahora todo el mundo me está mirando.

—¡Eh! ¡Por qué no miras tú por dónde cojones vas! —Doy un respingo y parpadeo ante la voz irritada de una mujer a mi lado, mis mejillas se sonrojan cuando levanta el dedo corazón al coche que se aleja.

No podríamos parecer más diferentes. Su pelo es extrañamente corto alrededor de la base del cuello, como si se lo hubiera afeitado para el ejército o algo así. Sus párpados están pintados de un azul vibrante, sus labios rojos como cerezas. Está masticando chicle, haciendo chasquidos como si le hubiera ofendido personalmente. —Jesús —murmura—. La gente debería mirar por dónde va. —Volviéndose hacia mí, con ojos comprensivos, me pregunta—: ¿Has venido aquí a vender algo de la tienda Amish? No sabía que estábamos tan cerca de Pensilvania, pero soy un desastre en geografía.

—No-no lo estamos —tartamudeo. Normalmente no tartamudeo, pero me castañetean los dientes y un escalofrío me recorre entera. Cuando me fui, me llevé la ropa que llevaba puesta y la pequeña bolsa que había preparado, pero dejé todo lo demás —incluido un jersey— atrás. La fresca brisa del amanecer de Carolina del Norte no hace nada para calentar el aire a mi alrededor.

—¿Así que has venido hasta aquí para vender tus cosas Amish?

Parpadeo. —Eh, no, no tengo nada que vender.

Ella parpadea. Sonríe. Luego echa la cabeza hacia atrás y se ríe como si acabara de contarle lo más gracioso que ha oído jamás.

—Oh, cariño. Dios, soy una auténtica cabrona. Te ves preciosa, no hagas caso de lo que dije, aunque es una pena que *no estés* vendiendo cosas Amish, su pan es el mejor que he probado nunca.

Todavía deseo poder volverme invisible de alguna manera, pero cuando me hace señas para que entre en la estación de autobuses con ella, mi ritmo cardíaco comienza a ralentizarse.

He dejado atrás todo lo que conozco. He dejado atrás un mundo de miseria y miedo, y ahora que estoy por mi cuenta, tengo que afrontar la realidad. Hay muchas cosas de las que no tengo conocimiento, y probablemente no voy a poder ocultarlo.

—¿Adónde te diriges? —pregunta mientras entramos en la estación.

Quiero cambiar de tema. No quiero hablar de *mí* más de lo que quiero que alguien me mire.

—Al norte —digo vagamente, porque *tan lejos de aquí como mi dinero me permita* suena un poco dramático—. ¿Y tú?

Sonríe. —Lo mismo. Fuera de este antro infernal, eso seguro. Soy Quinn. ¿Y tú?

—Eden.

—Eden. Vaya, eso sí que es nuevo.

Observo cómo se forma una fila de personas delante de mí, y me doy cuenta de que no tengo ni idea de cómo comprar un billete. Tengo un fajo de billetes y hay un cartel en la pared con nombres de ciudades que nunca he oído antes. Supongo que cuanto más alto sea el precio del billete, más lejos me llevará.

A medida que las personas comienzan, una por una, a comprar billetes, el pánico crece en mi pecho.

Nadie lleva dinero encima.

Todos usan una tarjeta de crédito o un teléfono, pero yo no tengo ninguno de los dos. Seth siempre decía que los teléfonos

móviles eran instrumentos del diablo, y nunca se me permitió tener uno. Todas las tarjetas de crédito, por supuesto, estaban a su nombre. Todo lo que tengo es este fajo de billetes.

—Chica —susurra Quinn, resoplando por lo bajo—. Con un fajo así, pensaría que conseguiste propinas bailando en un club de striptease, pero por alguna razón, no me pareces ese tipo.

Empiezo a sentirme cómoda con ella. Mis labios se curvan de nuevo. —¿Qué me delató? ¿Fueron las gafas o la falda larga?

Quinn resopla.

—Chica, me muero por conocer tu historia, pero no soy entrometida.

—No eres entrometida —repito—. ¿Por qué me cuesta creerlo?

Ya solo quedamos dos personas delante del mostrador de billetes.

—Ooh, así que no solo no me vende mantequilla y bollos Amish, sino que además le gusta criticarme, ¿eh? —Quinn me guiña un ojo —. No me entrometo *mucho*, pero me pregunto qué hace una chica como tú en un lugar como este y cómo conseguiste ese dinero. ¿Les enseñaste los tobillos a un grupo de chicos reprimidos de la iglesia?

Le guiño un ojo. —Casi.

Suelta una carcajada, y por alguna razón me hace sentir como si midiera tres metros.

Exhalo un suspiro y aclaro mi garganta. —Y no tienes que pensar demasiado en ello. Estoy aquí por la misma razón que tú.

La persona delante de mí se hace a un lado. Solo quedamos yo y el vendedor uniformado.

—¿En qué puedo ayudarle?

Mis manos tiemblan mientras coloco el dinero en el mostrador plateado frente a mí. —Me gustaría un billete hasta donde este dinero me permita llegar.

El empleado se queda callado. Me mira con sospecha. Recoge el fajo de dinero y lo cuenta una vez, luego otra, y luego mira el horario en la pared.

—¿Solo ida o ida y vuelta?

Mi corazón late más rápido.

Está sucediendo.

Exhalo mi respuesta con tanto alivio que es todo lo que puedo hacer para no sollozar aquí mismo delante de él. —Solo ida, por favor.

Por un momento, no responde, solo mira la pared y luego de nuevo a mí y al dinero.

—Boston —dice con un asentimiento—. Esto te llevará a Boston.

—Este incluye tu comida ya que es un viaje largo durante la hora de comer.

Asiento con entusiasmo. La comida es un extra.

—Buen viaje —dice, dándome una mirada que dice que no cree que sea capaz de ello.

Pero lo soy.

Soy capaz de muchas cosas.

Tomo el billete y me doy la vuelta, casi chocando con Quinn.

—Creo que estaba flirteando contigo —me susurra.

—¡No me ha pegado! —respondo, horrorizada ante la idea.

—Dios mío, eres adorable y exasperante al mismo tiempo. —Niega con la cabeza—. No he dicho que te *pegara*. He dicho *flirtear contigo*. Significa que le pareces atractiva.

Miro mi falda desteñida y niego con la cabeza.

¿Yo?

Miro de nuevo al anciano empleado, claramente un ciudadano de la tercera edad con cabello canoso y gafas en la punta de la nariz.

—¿Estás loca? —le pregunto.

—Dios mío, necesitas aprender a entender una broma. El abuelo probablemente tiene esposa y diez hijos.

Me alegro por ella que piense que eso significa que no me utilizaría.

Nos sentamos juntas cerca del centro del autobús. Un grupo de hombres escandalosos sube al autobús detrás de ella, riendo y burlándose, apestando a alcohol. Parecen un poco mayores que yo, vestidos con jerseys universitarios y sudaderas. Los miro fijamente.

Son grandes y corpulentos, y nada parecidos a los hombres con los que crecí. Me remuevo cuando uno de ellos mira en mi dirección.

—Mira, Brad, pensabas que el viaje de regreso sería aburrido —dice uno de ellos—. Pero nos toca sentarnos justo cerca de las chicas guapas.

Parpadeo sorprendida cuando me doy cuenta de que están hablando de Quinn y de *mí*.

Chica guapa.

Ojalá la ventana a mi lado reflejara más que mis ojos abiertos y mi cara pálida. ¿Guapa? ¿Soy guapa?

Nadie en toda mi vida me ha llamado chica guapa. La humildad es uno de los principios básicos de mi educación, y nunca me he considerado *guapa*.

Es un poco desconcertante, pero me siento extrañamente halagada. No importa que estos hombres estén obviamente ebrios y probablemente ni siquiera se hubieran *acostado* la noche anterior.

—Manos fuera, universitario, esta chica es mía —dice Quinn con firmeza. Cruza los brazos sobre el pecho.

—Ah, así que vamos a jugar de esa manera —dice uno de los chicos, negando con la cabeza—. Vamos a la parte de atrás, chicos.

Logran tambalearse hasta la parte trasera del autobús. —¿Confías en todos los que ves? —Quinn entrecierra los ojos hacia mí—. Pareces tan dulce e inocente, y necesito saber exactamente cuánto voy a tener que tomarte bajo mi ala.

Miro por la ventana y trago el nudo en mi garganta antes de responder.

—En realidad, no —digo suavemente, mientras la puerta del autobús se cierra—. No confío en nadie.



ESTOY PARADA en una esquina de Boston, mirando el cielo del amanecer sobre los edificios. Me pregunto si alguien aquí realmente

duerme alguna vez. Según ese reloj brillantemente iluminado sobre la estación de metro, solo son las seis y media de la mañana.

—Chica, aquí tienes mi número.

Quinn y yo nos hicimos amigas rápidamente durante el viaje hasta aquí. Hay algo en pasar horas y horas con una completa desconocida que vive la vida como si fuera un libro abierto que propicia amistades rápidas y repentinas.

—Gracias. —Miro el número como si tratara de darle sentido. Sé lo que es un teléfono, por supuesto. Mi familia entró en la comunidad religiosa cuando yo solo tenía nueve años, pero tengo vívidos recuerdos del mundo exterior antes de eso.

Sin embargo, nunca he *tenido* un teléfono móvil, y definitivamente nunca he estado en la posición de sostener el número de teléfono de una amiga en la palma de mi mano. Me siento honrada.

Creo que quiero abrazarla.

—¿Y adónde vas? —pregunto, tratando de sonar curiosa y no desconsolada.

—Oh, por ahí —dice con un guiño—. Voy a dormir en el sofá de un amigo esta noche y luego, el cielo es el límite. Cuídate, ¿vale? La gente se aprovecha de chicas dulces como tú.

Me río. —Bueno, no tengo mucho dinero, así que eso es bastante fácil de evitar. —No le diré que no tengo *nada* de dinero, porque eso podría hacerla sentir responsable de mí.

Su rostro decae y hace una mueca. Cuando habla, parece dolida. —Tienes mucho que la gente puede tomar que no implica dinero.

—Bien, entonces. ¿Un cinturón de castidad debería ser lo primero en mi lista de nuevos artículos para comprar? —pregunto en broma, lo que me gana una risita y un guiño.

—Es graciosa. Mi pequeña amiga Amish tiene sentido del humor.

Intenté decirle que no era Amish, pero no funcionó. Cuando descubrió que realmente sé cómo batir mantequilla, no hubo vuelta atrás.

La observo alejarse, silbando una pequeña melodía, hasta que es tragada por las multitudes de personas que caminan bastante enérgicamente para ser tan temprano en la mañana.

Una parte de mí desea que no se hubiera ido.

Una parte de mí se alegra de que lo haya hecho.

Quiero demostrarme a mí misma que no *necesito* a la gente para sentirme segura. Quiero probar que puedo valerme por mí misma y abrirme camino, y ganar tanto dinero que cuando vuelva a buscar a Starla, podamos hacer lo que queramos. Puedo contratar a un abogado o... lo que sea que necesite contratar para poder llevar a mi hermana también hacia la libertad.

Pero no hoy. No, hoy necesito dormir y comida, en ese orden.

Quinn habló tanto en el autobús, y tenía tantas cosas diferentes en las que pensar, que apenas pegué ojo. Cuando cerraba los ojos, mi mente zumbaba como un motor sobrecalentado. Había estado tan nerviosa por irme la noche anterior, que apenas dormí entonces tampoco. Mis ojos se sienten tan pesados como tapas de cubos de basura y extrañamente arenosos, como si alguien los hubiera lijado. Tropiezo mientras camino en una dirección aleatoria. No tengo ni idea de adónde voy. Me sacudo un poco para despertarme.

Estoy acostumbrada a estar sin comida. Privarme de comida era uno de los castigos favoritos de mis padres cuando era niña. Puedes controlar mucho gestionando el apetito de alguien. Aprendí a adaptarme al hambre y a no temerla, una habilidad que me ha resultado muy útil.

Pero tengo un problema. ¿Dónde duerme una cuando no tiene dinero?

Hace frío aquí a principios de abril, mucho más que en casa.

Y no sé mucho sobre cómo hace la gente las cosas.

Sí sé que algunas personas duermen en hoteles, pero cuestan dinero y yo no tengo.

¿Quizás podría hacer un trueque?

Algunas personas van a albergues, pero incluso si pudiera encontrar uno, refugiarme en un albergue me asusta, porque temo

que si Seth alguna vez viene a buscarme, ese sería uno de los primeros lugares a los que iría.

Miro fijamente el papel en la palma de mi mano que aún no he guardado.

Podría llamar a Quinn y pedirle ayuda, pero no quiero hacerlo. Para mí es importante encontrar mi propio camino.

No me importa, entonces. Encontraré un lugar sin viento y relativamente cálido donde pueda cerrar los ojos unos momentos, solo lo suficiente para orientarme. Pero lo que daría por una cama ahora mismo.

La antigua yo habría ofrecido una oración, pidiendo asistencia y ayuda, pero... no puedo hacer eso ahora. No cuando sé que quien esté ahí arriba está enfadado conmigo por abandonar la comunidad y probablemente me odia por darle la espalda a mi familia.

No, estoy completamente sola. Y por muy liberador que eso suene, es el lugar más solitario en el que jamás he estado.

Una puerta se abre, y me alcanza la cálida, deliciosa y reconfortante fragancia del pan recién horneado. Reconocería ese olor en cualquier parte.

Se me hace la boca agua. Me duele el estómago. El aire cálido acaricia mi piel, y siento cómo me acerco hacia su origen.

Dos hombres están en un portal, hablando en voz baja. Me escondo en las sombras para que no me vean.

Estos hombres no se parecen *en nada* a los hombres con los que crecí. Altos y guapos, vestidos con pantalones y camisas abotonadas, parecen hermanos con su pelo negro idéntico y sus barbas desaliñadas. Son grandes y fuertes, puedo notarlo incluso desde aquí. La mayoría de los hombres de la comunidad son de piel clara y rubios, afeitados y... delicados. Estos hombres *no lo son*.

Se giran hacia mí, tan cerca ahora que temo que puedan verme.

Me aplasto contra la pared y observo. Estoy acostumbrada a volverme invisible.

Podría pedirles algo de su pan, pero eso podría despertar sospechas. Tal vez querrían saber quién soy o de dónde vengo.

No. Niego con la cabeza, aunque nadie pueda verme. Estos hombres parecen intimidantes. Bastante amigables entre ellos, pero intimidantes, sin embargo.

Tengo que encontrar otra manera.

Me doy la vuelta y me alejo, con el estómago dolorido, cuando escucho a uno de ellos hablar con el otro.

—¿Estás aquí por el día?

—Sí, le prometí a Sergio que dejaría el pan para esta noche y revisaría los dormitorios antes de que abramos para huéspedes nocturnos.

—¿Todavía no habéis abierto para los nocturnos?

—No, no en el día de inauguración.

—Vale, suena bien. Tengo que ir al muelle.

Jadeo y me aplasto hasta casi desaparecer contra la pared cuando uno de ellos camina en mi dirección. Sus pasos hacen eco, acercándose. Oh *Dios mío*. ¿Qué hará si me ve aquí?

Justo cuando creo que va a notarme, lo veo detenerse, desbloquear y luego meterse en un hermoso y elegante coche rojo. Tan pronto como gira la llave en el contacto, la música retumba en la tranquila mañana, cierra la puerta de golpe y se marcha.

Parece una intervención divina.

No hay nadie más aquí excepto el tipo encargado del pan. Está revisando *dormitorios* que estarán desocupados.

¿Podría encontrar refugio sin que él lo sepa?

Puedo. Por supuesto que puedo.

Recuerdo la advertencia de Quinn.

Hay muchas cosas que la gente puede tomar que no implican dinero.

En lo alto de la lista de personas en las que no confío estarían los hombres grandes, intimidantes y dominantes.

Confío aún menos en los hombres refinados.

Vale, es justo decir que no confío en los hombres.

Aunque confío en mí misma. Tengo que hacerlo.

Estoy tan cansada que no puedo soportarlo más. Mis piernas se sienten como si estuvieran hechas de plomo, la fatiga se asienta en mis huesos con una pesadez que me advierte que necesito descansar, y pronto.

Me froto los brazos como para calentarlos, pero no ayuda.

Miro alrededor de la pequeña entrada trasera y me doy cuenta de que no hay nadie allí. El hombre probablemente esté revisando su pan o algo así.

Camino silenciosamente, tan silenciosa como un pájaro, con el corazón latiéndome en el pecho. Soy un manojo de nervios, pero estoy acostumbrada a sentirme así. Después de un tiempo, aprendes a apoyarte en la descarga de adrenalina en lugar de temerla o evitarla.

Uso esa adrenalina para impulsarme hacia adelante y fabricar una mentira si me atrapan.

Pensé que esta era la entrada a otro lugar.

Lo siento mucho, pensé que esto era un hotel.

¿Me he equivocado de dirección?

No quiero mentir. Los mentirosos van al Infierno, y ya he pavimentado mi entrada abandonando la comunidad.

Pero tengo que salvar a Starla, y si el único camino a seguir es mentir, sacrificaré incluso mi propia alma por ella.

Cuanto más me acerco, más me asaltan los sentidos el aroma del pan recién horneado y otras cosas deliciosas. El olor por sí solo me atrae como Gretel a la casa de la bruja. Me duele el estómago y antes de darme cuenta, estoy dentro.

Lo primero que noto es que hace calor aquí. Lo segundo es que este lugar es elegante y lujoso, y estoy *totalmente* fuera de mi liga.

Esperaba encontrarme en algún tipo de cocina, pero la cocina está a unas puertas más allá. Estoy en una especie de pasillo. La alfombra es gruesa y mullida bajo mis pies y por un segundo loco contemplo la idea de tumbarme aquí mismo en la esquina oscura donde nadie podría verme.

Afortunadamente, puedo caminar silenciosamente por el pasillo y encontrar un lugar para esconderme.

Necesito unas horas. Solo para poder descansar y quizás encontrar algo de comer, y luego podré seguir mi camino.

Mi corazón se expande con esperanza cuando los dedos del amanecer se filtran a través del vitral. ¿Estamos en una iglesia? Casi me río en voz alta. Esos tipos definitivamente no son feligreses.

Camino hasta el final del pasillo todo lo que puedo, cada habitación llamándome, tentándome con la vista de camas lujosas que parecen tan cómodas que podría llorar. Me encuentro en una de las habitaciones. Extendiendo un dedo tentativo, toco la almohada más suave y la ropa de cama más lujosa que jamás he sentido. Giro y miro fijamente hacia la puerta, medio esperando que alguien me encuentre.

Pero estoy sola. Por primera vez en una década... estoy sola.

Tengo sentimientos encontrados sobre eso.

Quiero absorber cada detalle de esta habitación, pero no sé cuánto tiempo tengo. Ahora mismo, solo necesito un poco de descanso para poder marcharme antes de que alguien me encuentre. Bostezo tan ampliamente que me lagrimean los ojos.

Estoy acostumbrada a ignorar el dolor de estómago cuando tengo hambre, y sé que si solo aguanto, el hambre pasará de todos modos.

Me quito los zapatos gastados y los empujo bajo la cama. Coloco mi pequeña bolsa de pertenencias a mi lado. Todo lo que poseo en el mundo ahora está en esta bolsa. Un pensamiento sobrio. Me meto en la cama y ahogo un gemido al sentir la suave y acogedora ropa de cama. Me quito las gafas en una especie de estupor y las dejo en la mesita de noche. Mis ojos ya están cerrados. Ofrezco una pequeña oración de la única manera que todavía puedo.

Si estás ahí arriba, por favor no dejes que me encuentren.

Caigo en un sueño profundo y sin sueños.



CUANDO ABRO LOS OJOS, lo primero que noto es que es luminoso afuera. Me siento en pánico, porque eso significa que es mediodía, y si no he preparado el desayuno y hecho mis tareas matutinas, Seth estará furioso.

Me quito las sábanas antes de darme cuenta de que esta no es mi cama.

Espera.

Espera.

Mi corazón late tan locamente que estoy un poco mareada.

No estoy en casa. Dios mío. *Me escapé*.

Él no sabe dónde estoy. Es decir, *yo* ni siquiera sé dónde estoy y solo puedo esperar que Seth no me encuentre.

Me recuesto en la almohada y exhalo un suspiro de alivio. Recé antes de dormirme, y tal vez todavía hay un Dios porque sigo aquí y nadie me ha encontrado aún.

—Gracias —susurro.

—De nada.

Ahogo un grito al oír una voz masculina profunda y áspera que viene de algún lugar de la habitación y busco frenéticamente mis gafas. Mis manos las encuentran y me las pongo en la cara.

No es uno de los hombres que vi antes. No. Este hombre no se parece a nadie que haya visto antes. Su figura enorme y voluminosa apenas cabe en la silla de la esquina de la habitación. No puedo decir cuán alto es desde aquí, pero está inclinado hacia adelante, y todo en él es grande, imponente y totalmente, irasciblemente masculino.

Ojos marrones oscuros bajo cejas espesas. Ángulos duros en su rostro, una mandíbula rugosa cubierta de barba oscura. Si la masculinidad pudiera ser hermosa, está sentada justo frente a mí.

Vaya.

—No te estaba dando las gracias a ti —digo irracionalmente, y luego deseo poder retractarme. No quiero ser grosera, pero quiero que sepa que no sabía que estaba ahí y no le estaba agradeciendo a él.

Sus cejas se juntan en confusión. —¿A quién le dabas las gracias, entonces? No hay nadie más aquí.

—A Dios —tartamudeo estúpidamente—. Quiero decir, si es que hay un Dios. —Y así de fácil, acabo de cometer otro pecado. *Hereje*.

Lo veo parpadear sorprendido. —Definitivamente no soy él.

—¿Quién eres? —pregunto, mi voz rápidamente perdida en la grande y espaciosa habitación.

Cuando cruza los brazos sobre su pecho, noto cómo la tela blanca de su camisa se estira tensa contra sus bíceps, como si solo hubiera sido temporalmente domesticado y fuera a romper este atuendo formal en cualquier momento como un hombre lobo bajo la luz de la luna llena.

—La mejor pregunta —dice en voz baja, una voz muy *lobuna*— es ¿quién eres *tú*?

No puedo decirle quién soy, por supuesto. Y tampoco puedo mentirle. No sé qué decir, así que no digo nada.

Puedo notar en segundos que eso no le gusta.

—Te he hecho una pregunta. —Su voz es baja y profunda, casi un gruñido.

—Lo sé —digo honestamente y no puedo evitar hacer una mueca —. Y quiero decírtelo, pero no puedo.

—¿No puedes? —Su voz grave y retumbante está teñida de enfado. Lo observo mientras pasa pensativamente su pulgar por la barba de su barbilla—. ¿O no quieres?

Cuando no respondo, se levanta, y *Dios mío* jamás subestimé cuán alto es.

Mi corazón amenaza con salirse de mi pecho. Puedo notar por la expresión de su cara y el calor de horno que irradia de él que cuando me alcance, me va a hacer daño. Aparto la manta y salgo apresuradamente de la cama, mirando frenéticamente por la habitación algo que pueda usar para defenderme. Él levanta una mano. Retrocedo contra la cama y levanto mis manos para defenderme, agarrando mis gafas y lanzándolas sobre la cama.

En los libros, a veces las mujeres pequeñas como yo dominan a hombres grandes. Pero eso es solo ficción. La biología está de su lado, y salvo una patada bien colocada en su entrepierna, no tengo ninguna posibilidad contra él.

Se queda inmóvil. —¿Por qué has hecho eso?

—¿Hacer qué? —digo, con la voz temblorosa e insegura.

—Tirar tus gafas a la cama.

Trago, con el corazón en la garganta mientras respondo. —No... no quiero que las rompas si me golpeas.

Se detiene y me mira de nuevo. —Primero, no me dices quién eres. Ahora me acusas de ser el tipo de hombre que golpearía a una mujer en la cara y *le rompería las gafas*?

Al principio, no estoy muy segura de cómo responder, así que recurro a lo primero que me viene: la lógica.

—No te he acusado de nada. He respondido a la única pregunta que me has hecho que podía responder con seguridad. No quiero que mis gafas se rompan, no tengo idea de quién eres, y la experiencia pasada me dice que no hay absolutamente ninguna manera de saber qué tipo de hombre golpeará a una mujer. Mis gafas se han roto dos veces, y ya sabes lo que dice el refrán.

Una expresión de algo parecido a la sorpresa cruza su rostro. —No lo sé. ¿Por qué no me lo dices?

Mis mejillas se calientan. ¿Es este un dicho que se inventó la comunidad? ¿Pareceré una extraña tan fácilmente?

—Engáñame una vez, vergüenza para ti. Engáñame dos veces...

—Vergüenza para mí —termina él—. Correcto.

Otra mirada perpleja mientras pasa de nuevo el dedo por su barbilla. Por un momento, realmente me alegro de que mi sentimiento predominante en este momento sea el miedo, porque si no lo fuera... no estoy segura de sentirme cómoda con lo que podría ocupar su lugar.

—Y tres veces —digo en una cascada de palabras, porque parece que es lo único que me salva ahora y las palabras, eso sí puedo

hacerlo—. Quiero decir, eso sería la máxima muestra de necedad, ¿no es cierto? Mejor un tonto ingenioso que un ingenio necio.

Un parpadeo largo y duro. —Shakespeare tenía razón en algunas cosas, ¿verdad?

Se sacude, como si despertara de un sueño o recuperara el juicio, lo que me sorprende porque no parece un hombre que se altere fácilmente. ¿Le he alterado *yo*? Y si lo he hecho, ¿por qué eso me da una extraña sensación de poder?

Durante largos momentos no habla, pero solo pasa sus ojos por mi cuerpo, sin vergüenza y sin trabas. Miro hacia abajo, con las mejillas ardiendo cuando veo mi vestido gastado y arrugado, mis pies descalzos, las puntas polvorientas de todo el caminar que hice, mi cabello desgreñado. Veo cómo sus cejas se juntan y sus ojos destellan con ira.

—Normalmente no estoy tan... desaliñada —susurro, avergonzada por mi apariencia—. Vine en un autobús y salí ayer por la mañana y yo...

Me quedo paralizada cuando él extiende su mano hacia mi hombro. El más leve roce de su dedo contra mi piel me hace estremecer de nervios. Está tan cerca. A los hombres no se les permite tocar a mujeres con las que no están casados, y ni siquiera sé el nombre de este hombre.

—¿Quién te hizo esto?

Bajo la mirada. Uno de los botones de mi hombro se ha desabrochado, dejando al descubierto mi piel amoratada. Rápidamente levanto el trozo de tela para cubrir mi piel. No puede verme así. Nadie puede.

Niego con la cabeza. —¿Por qué tantas preguntas? —digo en un susurro, apartándome de él. Cuanto más me pregunta, más tentada me siento a mentir, y no puedo decir una mentira.

—He encontrado a una Ricitos de Oro de carne y hueso durmiendo en una de mis camas, que ni siquiera quiere decirme su nombre, y mucho menos por qué está aquí —se acerca un poco más

a mí. Puedo ver motas doradas en sus ojos. Huele a fuego y especias.

Oh.

Oh, no.

Es el dueño. Por supuesto que lo es. ¿Quién más podría ser?

—Lo siento mucho —digo, recogiendo mi pequeña bolsa y poniéndome los zapatos—. No pretendía entrar sin permiso. Solo estaba... cansada —digo con un suspiro—. Y no sabía dónde podía ir que fuera seguro.

Gruñe, profundo y bajo en su pecho. Doy un paso atrás y caigo sobre la cama. —Definitivamente no estás segura aquí.

Y sin embargo, no me ha hecho daño ni me ha amenazado.

Todavía.

—Tienes miedo —murmura.

Asiento.

—Oh. Así que *sí puede* decir la verdad.

Trago saliva antes de responder. —Es lo único que digo.

—¿De verdad? Entonces dime quién te hizo estos moratones.

Tengo que decírselo. Una parte de mí tiene miedo de hacerlo, mientras que otra parte quiere contárselo a *alguien*. Está enfadado y feroz pero *fuerte*. Muy fuerte.

Pero no confío en los hombres, me recuerdo a mí misma.

—Seth lo hizo.

—¿Quién es Seth?

Trago saliva con dificultad y mantengo su mirada mientras le doy la verdad que me cuesta pronunciar en voz alta. —Mi marido.



CAPÍTULO 4

—ALGUIEN HA DORMIDO EN MI CAMA.

SERGIO

AL PRINCIPIO, me pregunté si Mario había puesto algo en mi bebida anoche. No sería la primera vez que me echa una mano cuando piensa que estoy demasiado tenso. Porque cuando vi por primera vez a esta mujer, juré que realmente había una Ricitos de Oro en mi cama.

Gino me dijo que había visto a alguien en las cámaras de seguridad, y cuando la vi —una figura menuda y esbelta con un largo cabello rubio que le llegaba hasta la cintura, acurrucada en una de nuestras camas como una niña dormida— tuve que verlo con mis propios ojos. ¿Por qué había una niña durmiendo en una de nuestras camas?

Pero esta mujer no es ninguna niña. Es pequeña y delgada, y sin duda tiene un aire de inocencia. Pero cuando la observo más de cerca, puedo notarlo. Es *toda* una mujer.

Más joven que yo. Mucho, *mucho* más joven. Quizás incluso ilegalmente más joven que yo. Parece una pobre indigente recién salida de una comunidad amish, vestida con ropa que apenas son harapos, sus pies sucios de una larga caminata. Revisé su bolso antes de que despertara y no encontré dinero, solo un estuche para sus gafas. Ni siquiera ropa para cambiarse o algunas monedas.

No se inmutó cuando entré en la habitación.

No se movió cuando me senté en una silla y la observé dormir.

No pude obligarme a irme. Observé dormir a esta mujer tan infantil y sin sofisticación, preguntándome quién era.

Y todavía no tengo ni puta idea.

¿Una mujer sin hogar?

¿Una mujer maltratada?

Dice que su marido le causó esos moratones.

Averiguaré quién es ese hijo de puta.

Nunca pretendo ser un buen hombre, pero solo los cabrones golpean a las mujeres.

—Tu marido —repito, mirándola fijamente—. ¿Él te golpeó?

Sus grandes ojos azules me miran sin comprender. —Bueno, sí —dice, como si fuera normal—. Le hice enfadar.

Las ganas de golpear algo me golpean en el plexo solar, pero contengo mi temperamento porque puedo ver el miedo en sus ojos.

Quiero preguntarle dónde está él, pero no quiero hacer otra pregunta que no responderá. Intento formular mi pregunta de manera que pueda contestarla.

—¿Está cerca?

Un movimiento negativo de su cabeza, seguido por un gruñido audible de su estómago.

—¿Tienes hambre?

—Por fin —dice con un suspiro de alivio y una sonrisa que revela dientes blancos y rectos, y una radiancia que podría iluminar el universo. Mi corazón da un vuelco extraño e inesperado, una sensación tan extraña que no la reconozco—. ¡Una pregunta que puedo responder! Sí, me muero de hambre. Y puede que no tenga dinero, así que no puedo ofrecerle pagar, pero tengo habilidades que estaría encantada de intercambiar para agradecerle por permitirme dormir aquí.

Habilidades.

Que puede intercambiar.

Como si fuéramos malditos pioneros.

—¿Ah, sí? —pregunto, metiendo las manos en los bolsillos porque no quiero intimidarla. Por fin estamos avanzando—. ¿Qué tipo de habilidades?

Mi mente inmediatamente va a lugares oscuros y sucios, a las formas en que podría profanar y usar a esta mujer inocente y preciosa, pero por el amor de Dios, puedo controlarme lo suficiente como para apagar esos pensamientos.

No me importa que esté "casada". Me importa una mierda los votos matrimoniales que dan a un hombre licencia para golpear a alguien. Y ella está aquí ahora, así que una parte de mí se pregunta si se marchó. ¿Por qué otro motivo estaría durmiendo en esta cama?

—Cocino de maravilla —dice con entusiasmo, inclinándose más cerca para que pueda ver sus ojos sinceros y hermosos, y me obligo a volver a la conversación presente—. En realidad, puedo cocinar *y* hornear. También soy muy hábil para remendar, coser y hacer edredones. Conservo y encurtido pepinillos y mermeladas, sé plantar y cultivar, y soy muy buena sabiendo qué hacer con niños pequeños y bebés. Además, la cría de animales es una de mis especialidades. Podría seguir... —continúa vacilante—, pero... no quiero presumir. —Un ligero rubor colorea sus mejillas.

Cuidado de niños.

Suena como un currículum viviente para una novia amish por correo.

—Cría de... animales.

—Sí, señor.

Señor.

Hasta ahora, no tenía ni idea de que uno de mis fetiches fuera corromper a una mujer inocente.

—¿En qué consistiría la cría de animales?

—Cuidar del ganado —dice con voz pequeña. Observo cómo se encoge visiblemente—. Ordeñar vacas, recoger huevos... —Su voz se apaga. Termina en un susurro—. Aunque lo siento, empiezo a darme cuenta de que mis habilidades pueden no ser... *aplicables* aquí.

Oh, son jodidamente aplicables.

Huyó de un lugar y terminó aquí. Ofreciendo sus habilidades como si realmente quisiera quedarse. Debe haberlo dejado.

—Da la casualidad —digo, como si estuviera pensando las cosas, como si mi mente no estuviera corriendo con las formas en que podría hacer que se quedara aquí si quisiera— que temporalmente necesito a alguien que sepa cocinar.

Necesito saber más sobre ella.

—¿De verdad? —Su rostro se ilumina de una manera que me hace querer darle todo lo que desee.

Es peligroso. Tan jodidamente peligroso que estoy tentado a decirle que se vaya. A los hombres como yo no les importan los

votos matrimoniales con maltratadores de mierda. Así que aunque ella piense que estar casada le da una barrera de protección contra *mí*... se equivoca.

Corre. Corre mientras puedas.

—Tengo un evento aquí y el catering me ha fallado otra vez. Mis primos van a ayudar, pero se supone que ellos deben asistir al evento.

No puedo dejar que cocine para toda la multitud, pero puede hacer algo.

No me importa que haya dormido en esta cama. No me importa que haya entrado sin permiso.

Quiero una excusa para que se quede.

—Bien, entonces —dice, asintiendo como si estuviera decidido—. Necesito refrescarme un poco y luego me pondré a trabajar. Es un trato. —Cuando extiende su mano torpemente, la miro fijamente. No confío en mí mismo para tocarla.

—Lo-lo siento, soy torpe —dice—. No he... yo no...

—Deja de disculparte. —Ya he tenido suficiente de todas las disculpas innecesarias. Cómo cualquier hombre podría lastimar a una mujer así... *Jesús*.

Abre la boca, probablemente para disculparse por disculparse, luego la cierra cuando recapacita sobre su respuesta.

Mis dedos se cierran protectoramente alrededor de los suyos. Su mano es tan pequeña, tan suave, que queda completamente envuelta en la mía. Mi pecho se hincha con una emoción inexplicable. Quiero tocar más que su mano, pero mi necesidad no es solo sexual.

Quiero acurrucarla contra mí y abrazarla. Quiero alejar a cualquiera y a todo lo que pudiera lastimarla o incluso hacerla fruncir el ceño. Es la inocencia personificada, y nunca he sentido nada tan peligroso en toda mi maldita vida.

—Trato hecho —digo, con voz ronca.

La suelto como si estuviera en llamas, porque maldita sea si no estoy ardiendo. No puedo recordar la última vez que me pillaron tan

desprevenido.

Me lanzo al modo negocios.

—Cada habitación aquí tiene un baño privado, donde puedes refrescarte. —Miro su ropa y frunzo el ceño—. ¿Tienes ropa para cambiarte?

Ella mira su ropa arrugada y agacha la cabeza. —No. Me fui... vine aquí...

Puedo ver que no sabe cómo continuar.

—Me ocuparé de eso. Pero escucha, necesitamos tener un nombre. Sé que no quieres decírmelo, pero esto no va a funcionar a menos que pueda llamarte por tu nombre.

Quiero saberlo todo sobre ella, pero empezaré con un nombre. Tal vez si yo empiezo, la haré sentir más cómoda. —Me llamo Sergio.

—Encantada de conocerte, Sergio. —Mi corazón se hincha ante la mirada esperanzada que cruza su rostro—. Si te lo digo —pregunta, mordiéndose el labio pensativamente—, ¿puedes prometerme no hacer más preguntas?

—¿Puedo... prometer... no hacer más preguntas?

Parece que va a llorar.

Mentirle parece el peor de los pecados.

Y aquí estoy pensando que mi conciencia está muerta.

—Lo prometo. —No puedo. No lo haré. Tengo otros métodos para averiguar sobre ella.

—Gracias —dice suavemente, y en sus ojos veo algo que nunca he visto en los ojos de una mujer.

Confía en mí.

Ahogo un gemido.

Si piensa que soy alguien en quien puede confiar, es más inocente de lo que pensaba.

Suelto su mano.

—Me llamo Eden —dice.

—Eden —repito—. ¿Como el Jardín? —Gracias a mi buena educación católica.

—Sí.

Tengo que salir de aquí. Necesito alejarme de ella. No estoy acostumbrado a cómo me siento, y me incomoda.

—Ve a refrescarte mientras te busco algo de ropa. Hay artículos de aseo y cosas que puedes usar ahí. —Tenemos cada habitación equipada como una habitación de hotel de lujo con beneficios. Gracias a Dios eligió *esta* habitación, la más discreta del lote, que realmente parece una habitación de hotel salvo por los pequeños anillos metálicos en los postes junto a la cama que probablemente no notó. Otras habitaciones están tematizadas según las necesidades de nuestros huéspedes.

—Comeremos algo y luego te mostraré la cocina. —Mi voz es áspera y mi tono autoritario. Normalmente no pienso en ello. Es así como hablo la mayor parte del tiempo, pero hay algo en Eden que me hace querer moderarme. Quizás incluso suavizar mi voz.

Señalo al baño.

Cuando la puerta se cierra tras ella, saco mi teléfono móvil. Mi mano tiembla con el esfuerzo de controlarme. *Jesús.*

Llamo a Mario, que está trabajando en el North End hoy, así que está solo a unas pocas manzanas.

—¿Qué pasa, tío?

—Tengo... —Me froto la frente e intento pensar en cómo decir esto—. Una situación con la que necesito ayuda. Un toque femenino. ¿Está Gloria por ahí?

—No, está trabajando en El Castillo hoy. Marialena está aquí con Rosa, sin embargo.

—Necesito algo de ropa para una mujer.

—Sergio, hermano. Sabía que eras un cabrón pervertido, pero...

Oigo que el agua se cierra.

—Mario.

Él solo se ríe.

Ya voy muy retrasado y tenemos un montón de mierda que hacer allí. Tengo mucha gente viniendo hoy y necesito esto ahora.

—¿Puedes ayudar o no?

—Oooh —dice con un falsete agudo como si estuviera imitando a una de las mujeres del club—. Me *encanta* cuando te pones así de autoritario.

Gruño.

—Vale, vale, haré que las chicas cojan algunas cosas en su tienda de Boston. Sé que Rosa acaba de recibir un envío.

—Necesito algo informal. Ah, y nada demasiado revelador. Cosas modestas y cómodas.

Hace una pausa antes de continuar. —Está bien. ¿Cuánto necesitas?

—¿Para unos días? —No tengo ni idea de cuánto tiempo se quedará, pero ya espero que no tenga que irse pronto.

—Vale, haré que una de las chicas traiga algunas cosas.

—Gracias.

—Si necesitas algo más, ya sabes dónde encontrarme.

Cuelgo el teléfono. Es un dolor de cabeza pero tan leal como pocos. Abro mis mensajes y escribo a mi equipo de seguridad.

> Hemos tenido una brecha de seguridad esta mañana. Quiero que quede claro que las puertas de todas las habitaciones permanezcan cerradas en todo momento y que hagamos una inspección minuciosa del lugar antes de que cualquier otra persona ponga un pie en las instalaciones. ¿Entendido?

Recibo una avalancha de respuestas instantáneas con variaciones de "sí, entendemos y no volveremos a cagarla".

Satisfecho, guardo el móvil mientras la puerta del baño se abre.

Me quedo mirando fijamente.

Le dije que podía usar los artículos del baño, pero no tenía ni idea de que pudiera... fuera a... *transformarse* así con nada más que algunos artículos de aseo y un cepillo para el pelo.

Su espeso cabello rubio está recogido en una trenza que cuelga casualmente sobre su hombro. Aunque no lleva maquillaje, su tez es perfecta, su piel radiante con mejillas teñidas de rosa y el más leve

punteado de pecas sobre su nariz. Hermosas y gruesas pestañas detrás de sus gafas enmarcan unos ojos amplios y confiados, y sus labios se curvan hacia arriba en una sonrisa.

—Eso sí que es lo que yo llamo un baño —dice, señalando con el pulgar detrás de ella—. Es increíble. Lujoso. ¡Bien hecho! Ahora, ¿dónde está la cocina, jefe? Estoy más que lista para ponerme a trabajar.

—Querrás decir desayunar —digo con voz ronca. Me aparto bruscamente de ella y abro la puerta de un tirón. No puede llamarme *jefe*. Todos me llaman *jefe*, y ella no es como todos los demás.

—Por aquí.

Camino delante de ella, furioso conmigo mismo por haberme metido cualquier idea en la cabeza sobre esta mujer. Si fuera cualquier otra persona, la habría echado y le habría dejado bien claro que no debía volver. ¿Y ahora le estoy ofreciendo un *trabajo*?

No sé una mierda sobre ella. Lo único que sé con certeza es que alguien tan puro como Eden no es bueno para mí.

La rompería.

Un equipo de personal se aparta a toda prisa de mi camino mientras caminamos, pero no me pierdo las miradas curiosas. Eden no se parece a nadie que haya conocido, y mucho menos a alguien que pertenezca a este lugar, y probablemente parezca que estoy enfadado con ella.

Eden camina hacia la zona estrecha donde tenemos delantales colgados en ganchos y rápidamente se pone uno. Echa su trenza por encima del hombro y me dirige una mirada ansiosa. Basándome en lo que me ha dicho que sabe hacer, voy a predecir que esta mujer es una trabajadora de primera.

—Pareces lista para trabajar, pero he dicho que primero comemos. —Señalo un taburete junto a la barra—. Siéntate.

Por primera vez, duda antes de obedecerme.

—Puedo esperar para comer —dice lentamente, como si seleccionara cuidadosamente sus palabras—. Me colé, Sergio. No

debería haberme quedado en esa habitación sin pedirle permiso, y lo sé. Déjeme compensarle.

Le lanzo una mirada dura.

—Lo harás, pero no me sirves de nada si te desmayas durante el trabajo.

Esto la hace sonreír.

—Oh, puedo aguantar mucho *más* tiempo sin comer. He pasado días... —En cuanto lo dice, parece que quisiera retirar sus palabras.

Yo, por otro lado, quisiera que siguiera hablando. ¿Qué *coño* significa eso?

—¿Días? ¿Por qué?

Cuando cierra la boca con firmeza, quiero zarandearla.

—Eden.

—Mis padres eran estrictos —es todo lo que dice.

Hay algo inquietantemente extraño en esta situación. Algo que no está bien para nada.

—Ya veo. —Suelto un suspiro—. Los míos también. —Mi madre prefería el armario de las escobas y mi padre su cinturón, aunque ninguno favorecía la inanición. Es decir, somos italianos. Nos gusta la comida. Probablemente les pareciera un castigo cruel e inusual quitarla.

Le gruño. No recuerdo la última vez que tuve que decirle a alguien algo dos veces.

—Ahora siéntate.

—Con todo respeto, Sergio, tengo algo de orgullo.

No puede ser que me esté respondiendo así.

Sí, lo está haciendo.

La miro atónito. Hace medio minuto era toda *sí, señor* y callada como un ratón de iglesia, pero esta mujer tiene una jodida columna vertebral.

No sabe quién soy, me recuerdo. *No tiene ni idea.*

¿Es la primera mujer que he conocido que no lo sabe?

Por pura curiosidad, la dejo continuar.

Tomando aire profundamente, lo suelta y me dirige una mirada paciente.

—Sé que no debería haber estado en esa habitación. Tiene todo el derecho a llamar a la policía. Fue allanamiento. Me siento incómoda sabiendo que le debo algo, así que voy a cocinar antes de comer. Le prometo que no me desmayaré como una flor marchita.

Me sorprende un poco que tenga el valor de responderme. De decirme *a mí* lo que va a hacer. La mayoría de la gente no tiene tanta osadía.

Todos me obedecen. *Todos.* No solo mi personal entero de cinco docenas, un ejército completo de hombres hechos de la familia Montavio y toda mi familia me obedecen, sino que tengo al jefe de policía, al Monseñor de la Catedral y al alcalde en el bolsillo.

Hay un destello de desafío en sus ojos mientras mantiene mi mirada. Espero a que me obedezca, a que supere la resistencia y ceda.

No lo hace.

Y maldita sea si el pensamiento de dominar a esta mujer, de ganarme la confianza inherente que una relación con alguien como ella *requeriría*...

—Siéntese, por favor —repite. Agradecido de que ninguno de mis hombres esté aquí para ver esto cuando señala una silla y... me siento.

Entrelazo las manos en mi regazo y la observo. Esto es territorio nuevo para mí.

—Gracias. —Sus palabras son suaves pero impregnadas de acero, una mujer con pleno control de la situación. Ya sé que ha sido herida, posiblemente abusada, quizás incluso aplastada. No sé de dónde viene ni adónde va, pero sí sé una cosa: un hombre que se ganara la confianza de una mujer como ella se sentiría como si hubiera conquistado el maldito universo.

Observo maravillado cómo aprieta los lazos del delantal alrededor de su cintura y hace un rápido inventario de la cocina. Acabamos de

reponer nuestras existencias de productos italianos de importación premium, así como productos básicos.

—Vaya —dice, mirando los armarios. Pasando sus dedos amorosamente sobre las ordenadas hileras de harina y azúcar, los tarros de aceitunas y tomates de cosecha propia, aceite de oliva y quesos duros. Cuando abre la nevera, deja escapar un pequeño jadeo de asombro—. Esto es increíble. ¿Qué *es* este lugar, Sergio?

¿Por qué me encanta cuando dice mi nombre con esa voz clara y suave suya?

—Es un club privado para invitados exclusivos —digo, sin estar dispuesto a entrar en detalles todavía—. Ofrecemos lo mejor de lo mejor.

—Ya lo creo —dice, desenroscando la tapa de un tarro de aceite de oliva. Inhala, cerrando los ojos mientras suspira—. Esto es el *paraíso.* —Mirándome por encima del hombro, me regala una sonrisa que iluminaría todo el cielo nocturno antes de volver a colocar el tarro y girarse para mirarme. Con las manos en las caderas, está jodidamente adorable.

—Sergio, tengo una proposición para usted.

Nunca antes en toda mi vida me he sentido tan tentado de darle a alguien mi reino entero.

Pídeme lo que sea, ángel. Te daré la luna.

Mantengo mi voz áspera. Cruzo los brazos sobre mi pecho. No he llegado a esta posición de poder por perder la cabeza por una chica bonita.

—¿Sí?

—Necesita a alguien que sepa cocinar. *Yo* sé cocinar.

Podría contratar un equipo de chefs en una hora, pero ella no necesita saberlo.

Asiento, como si estuviera considerándolo. Como si realmente estuviera contemplando lo que sea que vaya a decir y no intentando regañarme a mí mismo para hacer lo sensato y dejarla ir.

Porque ya lo sé, permitir que esta mujer entre en mi vida diaria podría ser lo más peligroso que he hecho nunca.

—¿De verdad? —la desafío—. Demuéstramelo entonces.

El fuego alimenta sus hermosos ojos cuando levanta la barbilla desafiante.

—Por supuesto. Es una petición razonable. Se lo demostraré. Pero si soy buena cocinera y usted necesita una, ¿consideraría contratarme?

Quiero saberlo todo sobre ella. Me rasco la barbilla como si todavía estuviera pensando.

—¿Tienes papeles de trabajo?

No necesito los malditos papeles de trabajo. Pago a la mitad de mi personal en negro.

Abre la boca y luego la cierra de nuevo.

—No los tengo.

—Hmm.

Tengo que fingir que esto me está costando algo, pero lo que realmente estoy haciendo es tratando de conseguir más información.

—¿Así que quieres que te contrate *ilegalmente* después de haber infringido la ley y allanado mi propiedad, desobedecido abiertamente mis órdenes y ni siquiera haberme demostrado que sabes cocinar?

Ni siquiera parpadea cuando mantiene mi mirada y asiente.

—Sí.

Jodidamente adorable.

—Ni siquiera sabes lo que pago.

—Esas eran las sábanas más lujosas en las que he dormido jamás. Sus sartenes deben costar una pequeña fortuna. No puedo imaginar que ofrezca un producto premium para sus clientes sin pagar un salario premium a su personal. Así que no, no sé cuánto paga, pero necesito un trabajo, lo necesito ahora, y estaría dispuesta a apostar que me pagará un salario justo.

Le pagaría por sentarse a mis pies y entrelazar las manos en su regazo. No tendría que hacer nada sexual. Solo querría ocasionalmente pasar mis dedos por su largo cabello dorado. Apoyar mi mano en la parte baja de su espalda. Oírla decir: "Sí, señor", con esa voz quejumbrosa y hermosa suya...

—Lo pensaré —miento—. Muéstrame lo que sabes cocinar, y luego hablaremos.

—¿Cuánta hambre tiene?

La mirada inocente que me da despierta un hambre de otro tipo.

—Estoy famélico —digo con voz ronca, esperando que no se dé cuenta de que no estoy hablando de alimentar mi estómago.

—Excelente —dice con triunfo.

Me recuesto en la silla y observo a Eden, una mujer casada que es demasiado joven para mí pero la mujer más cautivadora que he conocido jamás... cocinarme el mejor maldito desayuno que he tenido nunca.



CAPÍTULO 5

—SÍ, SEÑOR.

EDEN

LE PREPARO a ese hombre un desayuno como si me fuera la vida en ello.

Bueno, quizás así sea.

No puedo irme ahora. No tengo adónde ir, y temo al mundo exterior casi tanto como le temo a *él*. Es enorme y aterrador, obviamente poderoso, y aunque haya puesto cara de valiente, definitivamente no pasé por alto ese destello de advertencia en sus ojos cuando no le obedecí inmediatamente. Sin embargo, hay algo que él no sabe de mí. Cuando ya te has enfrentado al peor escenario posible y has sobrevivido para contarlo, el peligro pierde su poder sobre ti.

Así que aunque él *podría* hacerme daño ahora mismo —podría abusar de mí y aprovecharse de mí y causarme todo tipo de daños —, no es nada que no haya experimentado antes y ya haya sobrevivido.

No tengo mucho bajo mi control ahora mismo. Una cosa que *sí* puedo controlar es qué tipo de comida cocino.

Así que eso es lo que hago mientras ignoro intencionadamente al impresionante caballero que me observa con ojos expresivos, profundos y cautivadores, el cálido tono oliváceo de su piel que habla de su herencia italiana, esa mandíbula cincelada, esas manos fuertes y completamente masculinas apoyadas en la mesa...

Concéntrate, Eden.

El armario y la nevera proporcionan un paquete de bacon, una caja de huevos, una hogaza fresca de pan de masa madre y paquetes de mantequilla. Es mucho mejor cuando está recién batida de la leche de la mañana, pero esto servirá.

Cuando la sartén de hierro fundido está bien caliente, deslizo gruesas lonchas de bacon con pimienta sobre la superficie. El olor del bacon friéndose hace que mi estómago se agite de hambre, pero espero a que pase la oleada de hambre y me concentro en mi

trabajo. Echo un vistazo rápido a Sergio, quien me observa como fascinado. Aunque finge que está con su teléfono, no ha movido ni un músculo.

Encuentro y bato los ingredientes para tortitas de suero de leche y frio unas cuantas rondas doradas en la plancha. Las acompaño con mantequilla ablandada y un pequeño tarro de auténtico sirope de arce. Hago huevos fritos con bordes crujientes y centros perfectamente cocinados que se derretirían en la boca, espolvoreados con sal marina gruesa y pimienta fresca. Coloco gruesas rebanadas de pan de masa madre tostado y generosamente untado con mantequilla junto a los huevos, y encuentro naranjas y un exprimidor manual para hacer zumo fresco. Finalmente, hiervo café molido fresco en una olla sobre el fuego, dejo que el contenido repose, y luego filtro el café fresco en una taza.

—¿Tomas algo en tu café?

Me da una mirada extraña antes de negar con la cabeza. —No.

Coloco el plato cargado delante de Sergio, le entrego la taza de café, y luego me enderezo, esperando a que lo pruebe. Cuando no lo hace, empiezo a ponerme un poco nerviosa.

—¿Ocurre algo? —pregunto—. ¿Te... gusta este tipo de comida?

¿Me engañé a mí misma pensando que este hombre —robusto, fuerte y obviamente atlético— tendría un buen apetito?

Mira el plato de comida y luego vuelve a mirarme. —Por supuesto que sí. ¿Parezco que estoy a dieta? Estoy esperando a que saques el *tuyo*.

Oh.

Me olvidé completamente del mío.

—No me he preparado uno todavía.

Cuando inspira y suelta el aire lentamente, me doy cuenta de que está intentando controlar su temperamento. Mi corazón empieza a latir con fuerza. No me gusta lo que ocurre cuando la gente se enfada conmigo, y no tengo ni idea de qué esperar de él.

—Siéntate —dice en tono bajo—. Y esta vez, no vas a desobedecerme.

Hay una amenaza latente en su tono y no estoy segura de que se refiera a mi seguridad laboral.

Me siento.

Le observo mientras coge un segundo plato y un tenedor, los coloca delante de mí, y luego procede a darme la mitad de la comida que he cocinado.

—*Come*. —Me observa, como si quisiera ver si obedeceré. Mi estómago duele, mi trabajo está hecho, y no quiero forzar las cosas. Así que cojo un trozo de tostada y le doy un mordisco.

Sus ojos se calientan. Una lenta sonrisa se extiende por su rostro. Extiende una mano hacia mí, luego se detiene a medio camino y vuelve a retirarla como si yo estuviera hecha de fuego.

—Buena chica —dice en voz baja, con sus ojos fijos en los míos.

Buena chica.

Debería encontrarlo condescendiente o despectivo y como mínimo... *demasiado íntimo*. Soy una mujer casada.

Cierro los ojos ante el calor de la emoción que sonroja mis mejillas.

Mi corazón late locamente. Nadie, *nadie*, me ha llamado nunca buena chica. Mi garganta se siente extrañamente apretada. Un rubor se extiende por mi piel, y mi pulso comienza a acelerarse.

He dejado a mi marido.

Nunca volveré con él.

Los aromas de arce y bacon que suben desde mi plato son irresistibles y una buena distracción, así que sigo comiendo para controlarme frente a estos extraños e inesperados sentimientos. La comida está tan deliciosa y tengo tanta hambre que tengo que obligarme a ir más despacio para no engullirla.

Como delicadamente mientras Sergio se come medio huevo de un bocado, añade aún más mantequilla a su tostada y lo acompaña todo con café caliente y negro. —Podría comer esto para desayunar, comer y cenar, y ser feliz —dice finalmente. Mi corazón se llena de orgullo, y una pequeña parte de mí ansía escucharle decirlo otra vez, solo una vez más.

Buena chica.

Pero cuando muerde un gran trozo de tortita con mantequilla empapada en sirope, gime. —Estás contratada. ¿Ya te he contratado? Si lo he hecho, lo siento, porque quiero contratarte otra vez.

—Creo que estabas probando mis habilidades.

—Tus habilidades —gruñe, comiendo otro trozo de tortita—. Dios, te daré una bonificación antes de que siquiera estés contratada.

Trato de contenerme para no sonreír.

Cuando ambos platos están vacíos, se recuesta en su silla con un suspiro de satisfacción. Me levanto y llevo ambos platos al fregadero.

—Eso estaba delicioso.

De nuevo, su elogio me reconforta.

Estoy confundida sobre mis sentimientos hacia él. Soy una mujer casada. No *puedo* tener sentimientos por otro hombre sin arriesgarme a la condenación eterna.

¿Pero realmente sigo creyendo eso?

—Me alegra que te haya gustado —digo, girándome para mirarlo —. ¿Y ahora qué?

Me imagino que una esquina de sus labios se eleva antes de que controle sus facciones y me lancé una mirada curiosa.

—Eso fue solo una comida, pero consideraré contratarte para un puesto temporal en mi personal si me demuestras que puedes cocinar más que un desayuno.

Oh, *¿de verdad?* Así que así es como vamos a jugar entonces. — ¿Qué tipo de comida necesitas que cocine?

—Nuestra especialidad es la comida italiana.

Mi corazón se eleva. Es como si, por fin, estuviera teniendo un golpe de suerte.

Tal vez *existe* un Dios y tal vez no me odia.

—Aunque no soy italiana, te prometo que es algo que puedo cocinar. *Me encanta* la comida italiana.

Cuando abre la boca para responder, suena un golpe en la puerta. Doy un respingo.

—Pedí un favor y le pedí a mi prima que te trajera algo de ropa.

—Oh. Sí, por supuesto.

Ignoro cómo la sangre me zumba en los oídos y mis mejillas se calientan de vergüenza. Trago y asiento.

Me ocupo de limpiar los platos mientras él deja entrar a su prima. Estoy esperando que entre otro hombre en la cocina, pero parpadeo sorprendida al escuchar una amistosa voz femenina.

—¿Es *esta* la mujer a la que voy a vestir? Bueno, que me caiga muerta. —Le oigo darle una palmada en el brazo.

Con las manos todavía metidas en el barreño, me giro para ver a dos mujeres impresionantemente hermosas en la puerta.

Una está vestida como si fuera una modelo, con un vestido burdeos que baja profundamente por delante revelando las hermosas curvas superiores de sus pechos y su piel olivácea perfecta y sin manchas. Una cortina de brillante pelo castaño cae por su espalda, sus ojos del mismo tono marrón cálido. Con largas pestañas y mejillas rosadas, sus labios tan rojos como fresas, es impresionante y majestuosa. La otra mujer, aunque igual de hermosa, es más joven y mucho menos arreglada. Lleva vaqueros descoloridos y rotos y una camiseta ajustada que muestra generosos pechos y una figura impresionante. Claramente son hermanas.

Las miro, de repente tímida, e imagino lo que ven. ¿La Cenicienta, quizás?

—Marialena. Rosa. Os presento a Eden.

Miro mis manos jabonosas y me las seco rápidamente en el delantal antes de extenderles la mano.

—Encantada de conoceros.

Se lanzan una rápida mirada antes de volver a mirarme. La más joven, de aspecto amigable, habla primero. —Encantada de conocerte también. ¿De dónde has salido? —Le pregunta a Sergio en voz baja—: ¿La vestiste tú así?

Él solo entrecerró los ojos. La otra mujer estalla en carcajadas.

—Dios mío, Marialena, si Sergio tiene un fetiche cuáquero, *no* necesito saberlo. Eden, ven con nosotras y te vestiremos.

—Un momento. Eden. —La voz profunda de Sergio capta mi atención. Las mujeres caminan adelante, hablando juntas en voces susurrantes, mientras Sergio se apoya en la encimera—. Ven aquí, por favor.

Mi corazón late un poco más rápido. No confío en mí misma para estar cerca de él. Hay algo en él que llama a una parte profunda y primaria de mí con la que no estoy familiarizada. No quiero desobedecerle, sin embargo. Algo me dice que tres faltas y estoy fuera en esa cuenta.

Así que doy un paso más cerca de él pero no demasiado cerca.

Sus ojos bajan a la distancia entre nosotros, luego vuelven a los míos. Me pregunto si me pedirá que me acerque más, pero no lo hace. —Irás con ellas a cambiarte. Pensaré en nuestro acuerdo. Bajo ninguna circunstancia vas más allá de esta cocina o la habitación donde nos conocimos. —Mantiene mi mirada—. ¿Está claro?

Estoy inmediatamente intrigada por lo que hay más allá de estas habitaciones, como si acabara de decir *no pienses en elefantes rosas* y todo lo que puedo imaginar es un desfile de elefantes rosas. Quiero gritar: "*¿Pero por qué?*"

No dejaré que la oportunidad de ganar el dinero que necesito desesperadamente se me escape porque la curiosidad mató al gato.

Aún así, tengo preguntas. Muchas preguntas. Así que empiezo con la más inofensiva.

—¿Hay algo que no quieres que vea?

Sus ojos se entrecierran. Mi corazón gira en mi pecho. Requiere mucho esfuerzo no salir corriendo.

—Mi club. Te quedas donde te he dicho.

Trago saliva.

—Sergio, deja de asustar a la pobre y déjala ir ya —grita Marialena desde la puerta. Sacude la cabeza hacia Rosa—. Juro por Dios, estos tíos.

—Dime, Eden —dice en voz baja que ellas no pueden oír—. Dime que me obedecerás.

No quiero hacerlo. Toda mi vida, ha habido alguien diciéndome que les obedezca. No dejé una relación y situación opresivas solo para encontrarme con un jefe que me trata de la misma manera que Seth y el resto de los hombres de la comunidad.

Pero desafiarlo ahora traerá consecuencias que no me gustarán. Necesito este trabajo. Starla depende de mí.

Así que asiento. —Sí, señor.

Sus ojos se calientan mirándome, haciendo que mi corazón dé otro salto mortal.

Voy a decir algo de lo que me arrepentiré como, *ya no estoy casada porque dejé a mi marido pero tendría tus hijos.*

En lugar de eso, me aparto de él y huyo.

—Dios, es tan *intenso* —dice Marialena, poniendo los ojos en blanco. Rosa guarda sus propios pensamientos y no dice nada—. Rosa, en serio, ¿has visto cómo la miraba? ¿De qué iba *todo* eso?

Rosa abre la puerta de la habitación donde me reuní con Sergio mientras me pregunta: —¿Cómo os conocisteis?

—Vine aquí porque necesitaba un lugar para quedarme, y él fue lo suficientemente amable como para dejarme. —Suena bastante plausible.

Las chicas comparten una mirada silenciosa.

—Interesante —dice Rosa, comenzando a sacar cosas de una bolsa—. Dirijo una tienda no muy lejos de aquí, pero pensé que podrías necesitar algo un poco más casual. —Saca un par de vaqueros y una blusa blanca abotonada, algunos vestidos y algunos jerseys ligeros—. Le pregunté cuáles eran tus colores de pelo y ojos porque me interesa mucho asegurarme de que los colores complementen a las personas y él dijo 'Imagínate a Ricitos de Oro'. Así que seguí con ello. Llamamos a esto la línea Serenity: pasteles delicados y cremas.

Toco la ropa con las puntas de los dedos. —Gracias.

—Por supuesto. Te verás encantadora. Y la línea Serenity... bueno, te queda bien. Entonces, ¿vas a trabajar para Sergio?

—Eso creo. —*Eso espero.*

—¿Y de dónde eres? —pregunta Rosa, mientras sostiene una falda y una blusa para que me las pruebe.

No respondo de inmediato. —No me siento realmente cómoda diciendo.

Rosa me mira y luego a los moratones en mis brazos, pero no pregunta nada más. Solo frunce los labios y asiente, apartándose.

Marialena, sin embargo, es otra historia.

—Chica. *Chica.* ¿Alguien te pegó? —Sus ojos centellean y sus mejillas se calientan con fuego—. Mi marido puede ser un mandón de mucho cuidado, y lo quiero a muerte, pero si alguna vez levantara una mano contra mí...

Escupe fuego. Cojo el conjunto que Rosa me ofrece, con las mejillas ardiendo.

—Marialena —sisea Rosa—. *Para.* Bueno, no sé tú, pero tengo que volver al trabajo. Tengo que hacer el inventario de primavera, y quiero estar en casa temprano. Santo vuela desde la Toscana esta noche y vamos a cenar.

—¿Esta noche?

—Sí —dice con ojos brillantes—. No he visto a mi marido en un mes —me dice.

Y así, como si nada, corta cualquier conversación sobre quién soy y de dónde vengo.

Podría besarla.

Nunca he conocido a personas como ellas. No estoy realmente segura de qué es lo que las diferencia de todos los demás, pero hay una diferencia clara. No es hasta que estoy vestida, de pie frente al espejo, que me doy cuenta.

No tienen *miedo.* Hablan de sus maridos con afecto y amor. Hablan con Sergio —grande, aterrador, mandón, intimidante Sergio — como si fuera un amigo y no alguien que las hará daño.

Vengo de un mundo donde el miedo orquesta todos mis movimientos. Es sorprendente cuando me doy cuenta de que no estoy realmente segura de quién soy fuera de ese mundo. ¿Cómo puede ser que haya perdido todo sentido de mi propia identidad?

Me cambio la ropa pero necesito salir de la habitación para ver el espejo de cuerpo entero. Marialena está esperando, una paleta de sombra de ojos y un gran pincel que parece el de un pintor en la mano, como si hubiera agarrado sus herramientas y estuviera lista para ponerse a trabajar.

—Quédate ahí mismo —dice, parándose frente a mí—. No te preocupes, lo mantendré tan súper sencillo que ni siquiera sabrás que llevas algo.

—Entonces, ¿cuál es el punto? —pregunto, mientras sigo sus instrucciones para fruncir los labios y levantar la barbilla.

—*Realzar* —dice, haciéndome girar.

—Confianza —dice Rosa con una sonrisa.

Miro fijamente el espejo frente a mí y parpadeo, girándome para ver la parte de atrás. Marialena estalla en una risa musical que me hace sonreír aunque no sé qué es tan gracioso.

—¿Estás intentando ver si esa eres tú en el espejo, cariño? —pregunta amablemente—. ¿Esa mujer impresionantemente hermosa con ese *pelo* que no puedes conseguir de una botella y esos ojos tan grandes como medias lunas? Por Dios, tu candor hace que me duelan los dientes, pero en el buen sentido.

Rosa me sonríe y mantiene mi mirada en el espejo. —Tiene razón. Eres hermosa. Y siento que te hayan hecho daño. —Hace una pausa y suelta un suspiro antes de terminar—. Yo una vez estuve en tu lugar.

Ha sido herida y ha estado sola antes. Como yo.

Cuando le lanzo una mirada curiosa, ella solo sonríe tristemente. —Mi marido Santo no fue mi primer marido.

Oh.

Rosa aprieta mi mano mientras se va y Marialena me lanza una mirada curiosa. —¿Quieres un tour por el club?

Por supuesto que sí, realmente quiero. Quiero saber qué tipo de club dirige un hombre como Sergio. Pero le prometí que no lo haría.

—No puedo —le digo, tan triste como una niña que acaba de tener que rechazar una invitación a una fiesta de cumpleaños.

Doy un respingo al oír una vibración que proviene de su bolsillo. Saca un delgado teléfono móvil y lo mira antes de esbozar una amplia sonrisa. —¡Oh, hola, cariño! ¡Oooh, qué buenas noticias! ¡Sí! Estoy en la ciudad, en el nuevo sitio. Tuve que hacer un recado para Serge. —Me pone los ojos en blanco y niega con la cabeza—. No, no estoy por aquí de paseo, solo le estaba haciendo un favor. ¡No! ¡No! ¿Estás aterrizando? ¡Ohh, estás con Santo? —Chilla—. ¡Voy para allá, cariño, espérameee!

Rápidamente cuelga el teléfono y me sonríe. —Mi marido ha vuelto antes y tengo que irme con Rosa. Te veré pronto, Eden. —Se acerca y me da un rápido abrazo, susurrándome al oído—: No conozco tu historia, pero ya veo que eres valiente y vamos a ser muy buenas amigas. No dejes que mi primo te dé problemas.

Me besa la mejilla, envolviéndome en una ola de perfume, y sale corriendo de la habitación.

Estoy sola.

Me miro en el espejo otra vez, sorprendida al ver que hay una lágrima en mi mejilla. *¿Será* mi amiga? Aparte de mi hermana, nunca he tenido una amiga.

Por lo que veo reflejado, la ropa me queda bien. Es ajustada y atractiva, pero no muestra mucho mi piel. Es desconcertante lo perfectamente que me quedan y lo repentinamente moderna que me veo.

Me doy una pequeña sacudida y vuelvo a la cocina.

Tengo un trabajo que hacer.

Cuando llego, estoy completamente sola. Sergio se ha ido. Al principio, me siento decepcionada. Me gusta estar cerca de él por alguna extraña razón, pero es peligroso para mí. No puedo confiar en mí misma cuando estoy con él.

Estoy casada —¿separada?— y él es de otro mundo.

Pero entonces veo una nota en la encimera, escrita a mano con una letra firme e inclinada.

Eden:

Vamos a organizar una cena para veinte personas. Demuéstrame lo que sabes hacer y hablaremos de tu salario. Puedes usar cualquier cosa que tengamos en la cocina, y enviaré a alguien a recoger lo que necesites. Tengo trabajo que hacer, pero volveré más tarde.

Recuerda lo que te dije.

-Sergio

Mi corazón da otro pequeño vuelco cuando leo su admonición escrita a mano. Veinte personas, totalmente factible. Por alguna razón pensé que tenía planeada una fiesta mucho más grande.

Quiero dejarlo boquiabierto.

No tengo ni idea de a dónde más podría ir donde pudiera conseguir un trabajo sin tener "papeles", como él los llamó, así que voy a impresionarle.

Hago un inventario exhaustivo, con el corazón acelerado mientras asimilo cada detalle. Inhalo el vigorizante aroma de hierbas frescas y quesos curados, maravillándome ante las maravillas que tengo delante. La despensa es *impresionante.* Tarros de pimientos asados con cebolla y ajo, embutidos artesanales y jamones curados. Latas de tomates y alubias blancas, botellas de vino, alcaparras y aceitunas, y una amplia gama de aceites de oliva. Gracias a sus amigos —¿o son primos?— hay papeles envolviendo panes recién horneados, bandejas de pasta fresca y rollizas salchichas caseras.

Elaboro el menú con entusiasmo, aprovechando bien los productos de la despensa.

En casa... *no.* No, no lo consideraré como *hogar.* Dejé ese lugar y nunca fue un hogar para mí.

En el lugar de donde vengo, comíamos alimentos sencillos y baratos. Aprendí a cocinar platos italianos básicos de uno de nuestra comunidad, pero platos como estos estaban reservados para días festivos o celebraciones. Aquí, puedo cocinar y servir lo que quiera.

Empiezo preparando una salsa sencilla para pasta. Pico cebollas y aso ajos, pellizco un poco de hierbas frescas de los manojos y preparo pollo y salchicha. Tarareo mientras voy de una cosa a otra. La masa del pan está subiendo y la muestra de pasta que he preparado flota en la superficie del agua. La pruebo. Se deshace en mi boca.

Cuando llega la hora de comer, ya tengo la primera hornada de palitos de pan en el horno, patatas peladas reposando en agua y estoy batiendo huevos con azúcar para hacer un bizcocho.

Estoy hiperfocalizada en no hacer nada más que cocinar la mejor comida que jamás haya probado.

No he pensado en de dónde vengo.

No he pensado en Sergio.

—Huele a gloria aquí.

Doy un respingo y dejo caer un tarro de pimientos asados al suelo. Realmente necesito trabajar en mi reflejo de sobresalto.

—Dios, lo siento. —Sergio se acerca. Coge un paño de cocina grueso y lo lanza sobre los pimientos asados. Cuando mi mano se cierra alrededor del paño, cierro los ojos ante la oleada de recuerdos.

Yo, una niña de solo quince años. Vestida con un vestido anticuado hasta los pies mientras fregaba la cocina.

—Eden, me gustaría hablar contigo. —Mi padre estaba en la puerta. Mi corazón empezó a acelerarse cuando vi la expresión en su rostro. Perpetuamente grabada en desaprobación, cualquier cosa que hiciéramos los niños era respondida con un castigo rápido y

severo. Nunca aprendimos a ser perfectos, pero no por falta de intentarlo. Sí aprendimos a ocultar cualquier cosa que pudiera castigarnos.

Lo peor era que nunca sabíamos cuándo esperar ira o lo que parecía amabilidad. Un día, mi padre nos sonreía y nos decía que nos quería; al siguiente, despotricaba porque nuestros vestidos eran demasiado cortos o no habíamos limpiado algo a la perfección, o no habíamos respondido a una de sus muchas lecciones como él pensaba que deberíamos.

Hice una pausa en mi limpieza y me dirigí a él. —¿Sí?

—Tengo buenas noticias —dijo con una sonrisa. Nunca confiaba cuando sonreía. Aunque una parte de mí quería creer que hubo un tiempo en el que podía reír, en el que realmente intentaba amar a su familia, o en el que pensaba que estaba haciendo lo correcto para purificar nuestras almas con sus castigos despiadados y su adherencia a reglas estrictas... esforzarse por la perfección solo nos dejó vacíos y avergonzados de quiénes éramos cuando caíamos.

Me quedé con un plato en la mano, el paño congelado en el borde. Esperando.

—Te hemos encontrado marido.

Yo era solo una niña, pero los ancianos creían que un matrimonio temprano evitaría la tentación y, en última instancia, el pecado. Mi propia teoría, que sabía que era mejor no compartir con nadie más, era que nos casaban jóvenes para que pudiéramos tener hijos y poblar la comunidad.

—¿Un marido? —pregunté, incrédula. Mi mente corría con las posibilidades, la cara de cada hombre que conocía en mi mente.

—Seth Costanza —dijo mi padre—. Uno de los hombres más estimados de la comunidad.

Matrimonio. Matrimonio con Seth Costanza, el hombre de piel cetrina y ceño fruncido que rivalizaba con el de mi padre, pero un hombre de principios impecables. Sonaba como el toque de difuntos para cualquier esperanza que tuviera de casarme por amor.

El plato cayó al suelo y se hizo añicos en brillantes fragmentos.

Me preparé para el golpe.

—Puedo hacerlo. Lo siento mucho. —Tiemblo, preparada para su ira—. Soy tan torpe. —El suelo se vuelve borroso. Es un hombre poderoso y podría herirme muy fácilmente. Recojo los trozos de cristal con cuidado y los coloco en un montón en la palma de mi mano—. No te oí venir. Me asusté y simplemente...

—Eden.

Levanto la vista para ver lo cerca que está de mí. Más cerca de lo que debería estar. Tan cerca que el aliento enojado que exhala hace que los pequeños mechones de pelo alrededor de mis sienes se muevan. Trago saliva.

—No sé de dónde vienes ni por lo que has pasado —dice en un tono que hace que el vello de la nuca se me erice. Suena como si estuviera luchando por controlar su ira—. Pero no voy a hacerte daño por tirar un maldito tarro de pimientos al suelo.

Parpadeo. Miro fijamente. Es difícil comprender a un hombre con tanto poder y autoridad que no los utiliza como un arma. Me cuesta reconciliar lo que espero que haga, basándome en mi experiencia pasada, con cómo reacciona realmente. Tiemblo, apretando mi mano en un puño porque estoy tan fuera de mi elemento que no estoy segura de qué hacer conmigo misma. No sé qué decir ni dónde mirar ni qué espera él de mí.

Un dolor agudo me pincha la mano. Miro hacia abajo para ver que he cerrado mis dedos alrededor del vidrio en mi palma. Mi sangre se mezcla con los pimientos en salmuera, y duele muchísimo.

—Eden. —Su voz es más suave ahora. No quiero mirarlo. Me recuerdo que no confío en nadie, especialmente en los hombres, y definitivamente no en hombres que me muestran amabilidad.

Lo miro. Trago. —¿Sí?

—Dame tu mano.

Antes, quería demostrarle mi valía. Quería probarle que podía cocinar y que era merecedora de cualquier salario que pudiera pagarme. Ahora, el tono más suave me hace querer hacer lo que me dice.

Le doy mi mano.

Coloca mi mano en la suya, mucho más grande, con la parte superior de mi mano anidada en su palma. Intento no hacerlo, pero no puedo evitar temblar. Mi corazón late más rápido. Soy tan agudamente consciente de lo fuerte y masculino que es, desde las venas prominentes en sus antebrazos hasta sus dedos más ásperos y grandes, claramente acostumbrados al trabajo manual y el ejercicio.

Me gusta el cálido tacto de su piel contra la mía.

Me gusta la preocupación en su voz.

Me gusta ser el centro de su atención.

Y no ha perdido los estribos conmigo.

Con el ceño fruncido y una fuerte inhalación, despliega lentamente mis dedos. —Vamos a limpiar esto.

Me doy el más breve de los momentos para mirarlo. Para mirarlo realmente, *realmente* y no ocultar mi mirada de la suya ni apartar la vista porque temo sentirme atraída por él.

Y cuando lo hago —cuando realmente miro directamente a este hombre— casi me río. ¿Cómo podría cualquier mujer de sangre caliente cuyo corazón todavía late en su pecho mirar a este hombre y *no* sentirse atraída por él?

No podría ser más diferente a mí. Donde yo soy clara y rubia y delgada, él es corpulento y musculoso, con piel oscura, morena y barba incipiente. Mis ojos son de un azul pálido, pero los suyos van del color café al negro dependiendo de su estado de ánimo. Soy pequeña y esbelta, mientras que él es fornido y esculpido.

Un sentido de importancia se adhiere a él como la realeza, y ocupa marcos de puertas enteros con su imponente presencia. Yo soy más feliz cuando soy invisible.

Aunque no parece completamente a gusto —como un hombre que ha estado en el ejército durante años sin un respiro de descanso, siempre al acecho, siempre preparado—, se siente cómodo en su propia piel. Sospecho que no es una falta de confianza lo que lo hace inquieto, sino una falta de confianza en los

demás. Todavía sosteniendo mi mano en la suya, nos ponemos de pie.

Estoy fijada en la amplitud de sus hombros y sus antebrazos abultados a través de su camiseta ajustada. La forma en que sus manos ásperas y masculinas se vuelven gentiles cuando me toca.

Una vez tuvimos un perro guardián, años antes de que me casara con Seth. Me advirtieron que no lo tocara. Pero había algo en su cercana e inquieta presencia que me hacía sentir segura y protegida. Fui castigada más de una vez por acurrucarme junto a él en la cocina cerrada para dormir. Nunca dormí tan bien como lo hice con su cálido cuerpo presionado contra el mío, sabiendo que nadie podía hacerme daño cuando estaba a su lado. No me he sentido tan segura desde entonces... hasta ahora.

Sus ojos se encuentran con los míos. —Hay un botiquín de primeros auxilios debajo del fregadero. Te vas a sentar en este taburete mientras lo busco. Voy a limpiar esto y tú me dejarás hacerlo. No contestarás ni intentarás escaparte ni me darás otra maldita disculpa. ¿Está claro?

Trago y asiento. Vaya, su madre debe estar muy orgullosa de su vocabulario.

Sé que es mejor no decir *eso* en voz alta.

—Hablaremos de tu salario —continúa—. Y luego responderás a mis preguntas. —No hay conversación ni sugerencia, sino una simple declaración de lo que va a suceder.

Tengo curiosidad. Genuina curiosidad. Lo miro y me pregunto.

—¿Qué? —dice.

Quiero complacer a este hombre, y temo que su pregunta incitadora sea más peligrosa que cualquier cosa sexual que pudiéramos hacer.

—Me das órdenes con tanta confianza.

El suave arqueamiento de sus cejas muestra sorpresa. —No has estado por aquí el tiempo suficiente todavía —dice en ese tono ronco que podría tentarme al pecado—. Es como soy con todo el mundo.

—¿Todo el mundo?

—Sí.

—¿Incluso con las personas que te ponen gasolina?

—Sí.

—¿Y con tu madre?

—No hablo mucho con mi madre.

Interesante.

—¿Tus hermanos? ¿Tienes hermanos?

—Los tengo y la respuesta es sí, aunque me dan la lata por ello.

—A todos —repito—. ¿Qué hay del Presidente de los Estados Unidos?

Ahora lo tengo.

Ahogo un jadeo cuando me toca la barbilla con el pulgar, tan ligeramente que me pregunto si me lo he imaginado. —Si yo fuera responsable de la seguridad del Presidente de los Estados Unidos, absolutamente esperaría que él o ella me obedeciera.

—¿Y si no lo hicieran? ¿Si no lo hacen? —pregunto—. ¿Entonces qué harías?

No sé qué hay en él que me hace querer empujar y pinchar un poco. No quiero incitar su ira, pero me gusta la breve insinuación de ser dominada por él. Es tan diferente de cualquier cosa que haya experimentado antes, que tanto me desconcierta como me excita.

—Depende de quiénes sean —dice suavemente—. Y de lo que hicieran. Mi reacción ante la desobediencia del Presidente y la tuya serían dos asuntos muy diferentes a tratar.

Trago saliva. —Ciertamente.

El aire está cargado de electricidad.

Por alguna razón, él no responde durante largos momentos, mientras sostiene mi mirada.

—Ven conmigo para curar tu mano, Eden.

Contra todas las advertencias que gritan en mi cabeza, mantengo su mirada y le doy lo que sé que quiere. —Sí, señor.



CAPÍTULO 6

—NO SIEMPRE PUEDES CONSEGUIR LO QUE DESEAS.

SERGIO

¿POR QUÉ, *por qué* tenía que aparecer en mi vida una mujer tan hermosa como ella? Anoche, estaba completamente bien con estar prometido a una mujer que nunca he conocido como un medio para un fin.

Perfectamente bien.

Anoche, había decidido que el amor es algo caprichoso y la tentación de los necios.

Eso fue antes de Eden.

¿Qué existía antes de Eden en el Planeta Tierra? Un páramo...

La siento en la silla y me giro bruscamente antes de hacer algo impulsivo y jodidamente estúpido, como besarla.

Reúno los materiales y me aseguro de que obedezca, su pregunta resonando en mi mente como si estuviera embrujado.

¿Y qué podría hacerle a alguien que le desobedeciera?

La mujer lleva moretones de los puños de otro hombre.

No podría soportar lo que yo le haría a alguien que me desobedeciera. No podría ponerla sobre mis rodillas y azotarle ese lindo trasero hasta dejarlo rojo más de lo que podría follarla.

Me doy la vuelta para que no vea mi respiración agitada o la maldita erección que me he provocado solo por imaginar algo así.

—¿Estás bien? —pregunta con dulzura.

No, nena, no lo estoy. Hasta ahora, no tenía ni idea de que tenía debilidad por las mujeres hermosas y decentes que parecen salidas de un cuento de hadas.

Pensaba que era guapa *antes* de que estuviera arreglada. Hay algo en su pelo de Ricitos de Oro y sus hermosos ojos azules detrás de sus gafas que la hacen parecer una de esas pequeñas hadas, las que crecen en el centro de las flores.

¿Quién sabía que también me gustaba la modestia? *Dios.*

Lleva una blusa azul pálido holgada que resalta el color de sus ojos. Vaqueros que abrazan sus curvas. Su piel pálida está cubierta,

sin un ápice de escote o muslo a la vista, y sin embargo es tan absolutamente femenina, tan perfectamente decorosa, que quiero protegerla y mantenerla a salvo.

Está casada.

Sí, está jodidamente casada con un hombre que la golpeó.

Averiguaré quién es, y me aseguraré de que no vuelva a cometer ese error. Mario ya está trabajando en ello. No le diré *eso*.

He conocido a hombres que han golpeado a mujeres antes. Cobardes de mierda que no podrían defenderse en una pelea. No soy un mujeriego, y tampoco un adorador de mujeres, pero estoy en algún punto intermedio.

Nunca perdería mi identidad por una mujer a la que amara, porque el amor es un sentimiento pasajero y quién soy yo importa en esta familia. Respeto a mi hermano Ricco, pero el hombre tuvo que renunciar como líder de nuestra familia debido a su esposa enferma.

Amar a una mujer significa renunciar a algo. No es posible amar a una esposa y a mi familia en igual medida.

Joder. ¿Por qué me importa tanto el amor?

Estoy prometido.

Sí, señor.

Ella sabe que me gusta cuando me llama *señor*.

No tiene ni puta idea.

Levanto mi teléfono y le envío un mensaje a Timeo.

Consígueme una sumisa esta noche.

Necesito sacar esta agresión y testosterona antes de que me ahogue, y haga algo de lo que me arrepienta.

Timeo

Por supuesto. ¿Preferencias?

Sin rebeldes. Sin límites duros.

Timeo

Considéralo hecho.

Cojo un trozo de algodón y lo mojo con solución salina. Intento pensar en una forma de limpiarla sin tener que tocarla de nuevo.

Luego sacudo la cabeza porque, ¿es que no tengo ningún autocontrol?

—Dame tu mano.

Anido su mano en mi palma. —Esto podría escocer —digo, dudando de hacerle daño.

—Lo sé. Hazlo.

Aprieto los dientes y limpio la sangre de su palma. Ni siquiera se inmuta.

Valiente, también, entonces.

Por supuesto.

—¿Te duele?

—No se siente bien, pero he sentido cosas mucho peores que eso.

Apuesto a que sí.

—Parece que después de todo no hay mucho corte.

—Bien, porque tengo que preparar una comida esta noche.

—Así es.

Coloco una pequeña tirita en el corte y suelto su mano. Tiro la basura. Cuando me vuelvo, ya está de nuevo en la cocina, removiendo algo en una olla, como si estar demasiado cerca de mí también le incomodara. ¿O es solo mi imaginación?

—Gracias por su ayuda —dice, dándome la espalda—. Tengo mucho que hacer para prepararme para esta noche.

¿Me está despidiendo *a mí*?

Me levanto y me meto las manos en los bolsillos. —Cierto. —No quiero irme—. ¿Necesitas algo?

—Tengo todo lo que necesito, pero gracias —dice—. ¿Cuándo debería tener esto listo?

Hablamos de detalles, pero todo el tiempo me pregunto si me he imaginado que se aleja de mí. Quiero acercarme a ella. Quiero acurrucarla contra mi pecho y abrazarla. Quiero besarla hasta que gima y mostrarle todo lo que le espera justo al otro lado de lo *correcto*.

Estar con alguien con quien realmente quiero estar podría ser lo más peligroso que podría hacer.

No. No puedo estar con ella en absoluto. Temo romperla, que se doble como un barco en una tormenta cuando me desate sobre ella.

Hay tantas razones por las que no puedo tenerla, que estoy desperdiciando cada segundo del tiempo que paso con ella imaginando algo diferente.

Me quedo torpemente detrás de ella, con las manos metidas en los bolsillos. —Avísame si necesitas algo.

Ella responde sin siquiera darse la vuelta. —Gracias, Sergio.

Me doy la vuelta y me alejo.

No puedo tenerla. No puedo estar con ella. Ni siquiera puedo besarla.

Entonces, ¿por qué hace falta todo mi autocontrol para salir de esta cocina y dejarla atrás?

Es la primera vez en mi vida que no puedo tener a una mujer que deseo.

Eso solo hace que la desee más.



CAPÍTULO 7

—NO SOY UN HOMBRE PACIENTE.

EDEN

PASAN los días y no vuelvo a ver a Sergio.

No debería importarme, pero no puedo evitar comprobar las puertas cuando oigo pasos, buscar su coche en el aparcamiento, y sería mentira decir que no estoy atenta al sonido de su voz cada vez que alguien habla.

Es agotador y frustrante. Quiero darme una sacudida. Nunca me he sentido así por otra persona, y... no. La verdad es que nunca me he sentido así por un *hombre*, y eso es un territorio peligroso para mí. Vine aquí con un propósito muy concreto en mente, y no puedo dejar que... sea lo que sea esto... me desvíe.

Envió un mensaje a través de su personal diciendo que la comida que he preparado es «excelente».

Estoy tentada de hacer una comida mediocre solo para llamar su atención, pero no soy tan infantil. Y ¿por qué quiero su atención? Ni siquiera conozco al hombre.

Todavía me pregunto dónde estoy. He necesitado todo mi autocontrol para no explorar más mis alrededores y descubrir cuál es el gran secreto. Mi trabajo no ocupa todo el día, aunque he *intentado* mantenerme ocupada.

En casa...*no*, no puedo pensar así. De donde vengo, trabajaba todo el día, todos los días. Trabajaba hasta desgastarme los dedos. Todos lo hacíamos. Así que es natural que busque cosas que hacer aquí para mantener mi mente alejada de todo lo que tenga que ver con Sergio.

He hecho mi propia masa madre, horneado pan desde cero, e incluso envasado un exceso de judías verdes, para sorpresa del personal de cocina. Hice pasta fresca y tiramisú, dos de las mejores recetas que tengo, con la esperanza de atraer a Sergio. Por capricho, incluso encargué ingredientes exóticos para un plato complicado... pero él solo hizo que uno de sus empleados completara el pedido.

Resoplo y me siento en la cama de la habitación que me ha dejado usar, preguntándome qué quiero hacer a continuación. Un fuerte golpe en la puerta me sobresalta; mi corazón late más rápido, la esperanza comienza a florecer, y entonces...

—¿Puedo pasar?

No. Es. Sergio.

Abro la puerta y encuentro a una versión más joven de Sergio, con el mismo pelo oscuro y ojos que te atraviesan, de pie fuera con un fajo de papeles en la mano.

—Timeo Montavio —dice—. El hermano menor de Sergio. Sergio me pidió que te trajera esto y que le dijeras si necesitas algo más. —Me dedica una sonrisa que me derretiría si no tuviera debilidad por su hermano mayor. Pero gracias al enamoramiento que desearía poder sofocar, no me conmueve.

Miro fijamente los papeles. —Gracias.

—Vale, así que... si necesitas algo, házmelo saber. —Sonríe—. Y bienvenida a bordo. Mi hermano no contrata a nadie a la ligera, así que estoy deseando ver lo buena que es tu comida. —Se frota el vientre y frunce el ceño—. Pronto. *Ciao, bella*.

Mientras se aleja, reflexiono sobre la maravilla de los genes de la familia Montavio que de alguna manera logran hacer que estos hombres sean intimidantes y encantadores a la vez, como si estuvieran dispuestos tanto a golpear a alguien que les traicionara con la mano derecha mientras me sirven una copa de vino o me abren la puerta con la izquierda.

Interesante.

No es que me importe Timeo, el hermano menor, como tal. Quiero decir, es agradable y todo eso...

Sacudo la cabeza y miro los papeles que Timeo me dio, abriendo el sobre que dice *salario* en tinta negrita.

Me quedo mirando los números.

Parpadeo. Miro de nuevo.

¿Me va a pagar *cuánto*?

Le grito a Timeo antes de que desaparezca de vista. —¿Um, Timeo?

Está casi al final del pasillo cuando se gira y me mira. —¿Sí?

—Creo que me has dado el equivocado —digo con una risa—. Esto no puede ser posiblemente un salario de *chef*.

Timeo resopla. —Créeme, no te has equivocado. Pagamos bien a nuestro personal, Eden. Él no quiere que te vayas. Así que, bienvenida.

Mi corazón se eleva. Solo he visto una pequeña parte de este club, pero ahora he conocido a Timeo, el hermano de Sergio, a sus primos Mario, Marialena y Rosa. Solo estar cerca de ellos me hace desear conocerlos mejor a todos.

Miro alternativamente el papel en mi mano y la espalda de Timeo que se aleja.

Esto es... esto es una *locura* de dinero. Es el tipo de dinero que Seth solo soñaría con ganar. Casi quiero hacer trizas este papel por la injusticia de todo esto.

Me llevó *meses* ganar cien dólares para poder comprar un billete de autobús para salir de allí. Si aceptara este salario, prácticamente ganaría eso *antes de tomarme el café de la mañana*.

¿Cuán rico *es* Sergio?

¿Me importa?

Será suficiente dinero para conseguir un lugar propio. Para contratar a alguien que me acompañe a sacar a mi hermana de la locura en la que está atrapada y poder mantenerla. Será suficiente dinero para cambiarlo todo.

Y sin embargo...

¿Hay condiciones ocultas que desconozco?

Y *por qué* no ha venido por aquí en días?

Paseo por la pequeña habitación y me pregunto, *¿por qué estoy aquí?* No he visto nada más que estas paredes desnudas y la cocina desde que llegué.

Entonces tomo una decisión. No dejé una prisión solo para colocarme en otra.

Dijo que no puedo explorar las otras áreas de su club. Bien. No dijo que no pudiera explorar la *ciudad*.

El pensamiento me produce un escalofrío por la columna.

Había organizado ordenadamente toda la ropa y accesorios que Marialena y Rosa me dejaron y recuerdo que había algún tipo de bolso. Miro en el armario y me muerdo el labio cuando veo un delgado bolso bandolera de cuero negro. Sí. Podría hacer esto.

No tengo nada que hacer durante unas horas más.

Me lo coloco sobre el hombro.

Voy a explorar, algo que nunca pude hacer en mi vida anterior.

Algo que me muero por hacer aquí.

Salgo a la brillante luz del sol, mirando por encima del hombro como una fugitiva, y me deleito con la calidez en mi rostro. Respiro el aroma de las lilas de un jardín cercano. Los pájaros cantan agradablemente en un arbusto cercano, y un joven trota con un perro con correa. Es gloriosamente primavera, y aunque estamos en el corazón de la ciudad, hay destellos de verde y la ligera fragancia de las flores. Inhalo profundamente y dejo escapar un suspiro feliz mientras un perro pasa corriendo junto a mí persiguiendo al perro del corredor.

—¡Eh! —grita el tipo con el perro atado sobre el sonido del perro ladrando lo suficientemente fuerte como para hacer saltar una alarma—. ¿De quién es este perro? —Me lanza una mirada acusadora.

El pequeño animal es vivaz. Cuando no quiere dejar de ladrar al perro con correa, el tipo levanta la pierna como si fuera a darle una patada.

Oh, no, *eso sí que no*. Nadie va a patear a un desvalido —literal o figurado— delante de *mí*.

—¡Eh! ¡Espera! —grito. Corro hacia ellos, me arrodillo y alcanzo al vivaz perrito. Su pelaje marrón lodoso está enmarañado y sucio—. No se patea a un perro. ¿Qué clase de persona patea a un perro? —La verdad es que sé exactamente qué tipo de persona patea a un

perro y no es el tipo de persona con quien *yo* quiera tener nada que ver.

—El tipo de persona que defiende al *suyo* —dice el hombre acaloradamente—. Saca a tu puto perro de aquí.

Le lanzo una mirada fulminante y meto la pequeña bola de pelo bajo mi brazo. —¡Este no es mi perro!

—Bien, entonces —dice, sacando su teléfono con el ceño fruncido —. Llamaré a control animal.

Ni siquiera sé qué es control animal, pero sospecho que tiene que ver con no ser muy amable con este perro, y no quiero que eso suceda.

Me giro hacia el club. —No es necesario. Sigue, continúa corriendo y podemos fingir que esto nunca ocurrió.

—Bien —dice—. Pero si tu perro se acerca al mío otra vez...

Una voz ronca, peligrosamente baja, interrumpe. —¿La estás amenazando?

Sergio sale de detrás de uno de los coches aparcados. Observo, fascinada, cómo comienza a remangarse la camisa con sus dedos gruesos, muy masculinos, muy *capaces*. Piel bronceada y músculo fibroso, antebrazos tatuados y un salpicado de vello castaño oscuro, sus brazos están grabados con músculos y son tan fuertes que no soy la única que mira.

Oh. Oh *vaya*. Tengo la boca seca y el corazón latiendo tan rápido que puedo sentirlo en mi garganta, y solo se ha *remangado*.

La atmósfera cambia mientras Sergio dirige todo el calor de su mirada al hombre que me gritó. —Y dime que he oído mal. —El aclararse la garganta hace que el otro hombre dé un paso atrás—. No acabas de... ¿levantarle la *voz*?

Algo me dice que esa voz tan calmada suya es engañosa. Quizás ese algo tiene que ver con el hecho de que el otro hombre echa un vistazo a Sergio, mira las marcas en sus brazos y el club a su espalda, luego se da la vuelta y huye, a un ritmo mucho más rápido que antes.

Mi garganta se aprieta y mi corazón late aún más rápido.

Sergio se gira para encararme. Acaricio al perro cubierto de barro en mis brazos, que me lame la mano animadamente.

Cruza esos brazos ultramasculinos sobre su pecho y ahora dirige su mirada hacia *mí*. Trago saliva. —¿Ibas a alguna parte?

—Estaba... yo, em, salí a rescatar al perro. ¡Ese hombre intentó darle una patada!

Sergio mira al chucho embarrado en mis brazos.

—No pensaba que fueras capaz de mentir, Eden. —Al oírle pronunciar mi nombre, mi corazón se detiene brevemente antes de acelerarse de nuevo a un ritmo rápido. Suena íntimo y seductor, como el susurro de una promesa sobre la almohada.

Pero el ligero gesto hacia abajo de sus labios y la desaprobación en su voz hace que mi corazón se hunda hasta los dedos de mis pies. —Estoy decepcionado contigo.

Madre mía. Yo también estoy decepcionada conmigo. Yo no miento.

Espera. ¿Acabo de mentir?

Abro la boca para protestar cuando él continúa.

—Responde a la pregunta, pero esta vez dime la verdad.

¿Por qué siento que necesito *ocultar* la verdad? No hice nada malo, y él no es el tipo de persona que me hará daño.

Bueno, no *creo* que lo haga.

Es protector... ¿creo?

Cuando no respondo al principio, levanta ligeramente las cejas. —Creo que puede que te haya confundido —dice con esa voz baja, carnal y sensual. ¿Es pecado derretirse al escuchar hablar a un hombre?

—¿Cómo es eso? —Me siento caliente y fría y mi piel está toda erizada. Intento tragar pero no ayuda esta vez.

He estado deseando verle de nuevo, pero ahora que está aquí, me pregunto por qué lo único que quiero hacer es esconderme.

—Parece que te he hecho creer que soy un hombre paciente.

Oh.

Vaya.

Tomo una respiración temblorosa. —Yo... No, señor, no lo ha hecho.

Un parpadeo lento.

Dicen que los ojos marrones son los más comunes del mundo... pero no los suyos. Los suyos son hermosos y distintivos, un tono rico y cálido con una profundidad que me llama. Incluso si su voz es fría y su manera distante, no puede ocultar la calidez e inteligencia en sus ojos. Si se fuera ahora mismo y nunca le volviera a ver, recordaría lo que se sentía al estar capturada en su mirada hasta el día de mi muerte.

—Entonces responde a la pregunta.

Pregunta. Responde a la pregunta. ¿Qué pregunta? Me obligo a concentrarme.

—Salí a dar un paseo —le digo con sinceridad, confundiéndome incluso a mí misma con mi vacilación. Probablemente tengo miedo de soltar la verdad.

Porque estaba enfurruñada por no haberte visto.

Continúo, sintiendo de alguna manera la necesidad de justificar mi comportamiento. —Me aburría, y no tenía ningún trabajo que hacer, y aunque me pidió que no explorara el club, soy libre de explorar la ciudad, así que eso es lo que iba a hacer.

Un músculo se tensa en su mandíbula.

—¿Sola?

Eh, ¿quizás no fue tan buena idea?

Me lamo los labios y trago saliva. Señalo la pequeña bola de barro en mis brazos. —Bueno, no *sola* del todo.

El cachorro se retuerce y gimotea. Quizás no le gusta que lo sostengan, y no quiero arruinar esta ropa bonita con suciedad, así que lo bajo. Olfatea mi pie. Camina hacia Sergio, olfatea un poco más y *se hace pis*. Me tapo la boca con la mano para no estallar en carcajadas.

No.

—Hijo de puta —gruñe Sergio. Ahogo un grito.

—Nunca en mi vida he conocido a alguien que use tantas palabrotas como usted.

—El perro acaba de mear*me* encima —gruñe, sacudiéndose el pie —. Y bienvenida a Boston. Dime que no vas a meter a este pequeño trozo de... este chucho en mi club.

La mirada que me lanza me reta a desafiarlo.

Bueno, no voy a dejar a este perro en la calle para que lo patee otro corredor gruñón. Y Sergio nunca necesita ni siquiera *verlo*.

Miro al perro y luego levanto la vista hacia Sergio. Me muerdo el labio y respondo con voz pequeña: —*Podría* decírselo, pero usted... no quiere que le mienta.

Maldice otra vez.

—Solo en mi habitación. Quiero decir, por supuesto que no dejaré que vaya a la cocina ni a ningún otro lugar. Tengo un baño privado y podría limpiarlo bien, y gracias a su generosidad, tengo suficiente dinero para comprar cosas que necesite...

¿Necesito pedirle permiso? ¿Por qué siento que tengo que hacerlo? Mi corazón se encoge cuando el perrito golpea su cola contra mi pierna.

Lo amaría. Quiero amar a alguien. Estoy tan sola que podría llorar.

—Hay normativas sobre animales en establecimientos que sirven vino y tienen... —hace una pausa—. Comida.

Eso no es lo que iba a decir.

¿Qué iba a decir?

Si eso no disparó mi curiosidad sobre la naturaleza de su club...

Pero tengo que convencerlo.

—Bueno, las habitaciones son básicamente habitaciones de hotel, y seguramente algunas personas traen sus perros cuando viajan, ¿no?

Eso me gana un gruñido. ¿Debería tomarlo como una señal de que se está ablandando?

Me desconcierta lo fácilmente que me hace sentir toda agitada y sin aliento. Nunca he estado cerca de un hombre como él antes,

pero... es mucho más que eso. Mis instintos me dicen que tenga cuidado, que me estoy permitiendo sentir atracción por otro hombre.

Como mujer casada, sería pecaminoso si yo...

Lo mirara desde bajo mis pestañas... como estoy haciendo ahora mismo.

Me acercara a él.

Como estoy haciendo ahora mismo.

Permitiera que mi mirada se demorara y apreciara lo fuertes que son sus brazos con esas mangas enrolladas, cómo su ropa se adhiere impecablemente a su cuerpo, enfatizando lo perfectamente masculino y musculoso que es...

Como estoy haciendo ahora mismo.

Le suplicara, como estoy a punto de hacer.

—¿Por favor? —digo con un susurro de voz—. ¿Puedo?

Por un destello de segundo —tan rápido que casi lo pierdo— veo sus ojos encenderse con intensidad y calor, antes de que rápidamente controle su expresión. Sería un pecado hacer que tropezara, pero algo me dice que... valdría la pena.

—Está bien —dice en un tono bajo y medido—. Pero si veo a este perro fuera de tu habitación, voy a...

Hace una pausa como si no quisiera completar la frase.

Quiero que lo haga.

Quiero oír lo que haría.

Cuando Seth me amenazaba, me encogía de miedo, pero hay algo en Sergio...

—Lo prometo —digo, con el corazón disparado—. No lo verá.

La puerta trasera del club se abre.

Sergio y yo nos separamos de un salto como si estuviéramos haciendo algo indebido. Mario sale caminando con su característico contoneo y mira al pequeño cachorro a mis pies.

—Hola. Eden, dime que hay un perro bajo todo ese barro —dice Mario mientras sale, con una bandeja cubierta en la mano. Si ha notado algo entre Sergio y yo, no lo demuestra.

¿Está solo en mi cabeza?

Miro al perro. —Estoy a punto de descubrirlo por mí misma —digo triunfante mientras me inclino y lo recojo. Mario sonríe. Es guapo, y la mayoría de las mujeres lo encontrarían atractivo, pero ni siquiera me llama la atención... como *debería* ser.

Mario hace un gesto con la cabeza hacia Sergio. —Serge, ¿quieres venir conmigo? Tengo que recoger un coche nuevo. Llega al mediodía.

—Sí —dice Sergio—. Iré.

Lo veo subir al coche de Mario sin mirarme, como si necesitara escapar. Mi corazón se hunde.

¿Me he imaginado la química entre nosotros?

Uf. Lo tengo peor de lo que pensaba.

Después de que su coche ruge al salir del aparcamiento, me doy cuenta de que sigo ahí parada mirando, con el perrito cubierto de barro firmemente agarrado.

Me doy una sacudida mental y me concentro en lo que necesito hacer. No me quedaré aquí lamentándome, imaginando que volverá a mirarme, o que apartará un mechón de cabello de mi cara, o que me llamará *Eden* con esa voz ronca y soñadora.

No.

Es mi jefe.

Y tengo trabajo que hacer.

—Bueno —le digo suavemente a mi nuevo amigo—, tengo que limpiarte —hago una mueca al ver mi propia ropa embarrada— *y* limpiarme a mí, antes de volver al trabajo.

Se necesitan cuatro bañeras llenas de agua y la mitad de mi botella de champú antes de descubrir el verdadero color de mi amigo, y me doy cuenta de que *él* es en realidad una *ella*.

Resulta que el pelo gris es en realidad *blanco*.

Es absolutamente hermosa y perfecta. —Te llamaremos Daisy —le digo. Ella me sacude agua por todas partes como respuesta.

Gimo. —Vale, ahora me toca a *mí* ducharme.

Dejo a Daisy instalada en una toalla en la habitación y dejo la puerta entreabierta para que no se asuste, mientras me doy una

ducha rápida, cuando la oigo ladrar.

—¡Oye! Ahora mismo voy. Ten paciencia. Puedes... —levanto la voz para que me oiga por encima de sus ladridos— ¡ENTRAR! Pobrecita, debe estar asustada.

Agarro mis gafas que inmediatamente se empañan, me pongo una toalla alrededor y abro más la puerta. —Fui tan rápido como pude. Ahora si tú...

Me quedo inmóvil, mirando a través de los cristales empañados a Sergio.

—Te he traído algo —dice con brusquedad.

—¿A mí? —Miro la bolsa con *Paws and Tail Emporium* escrito en el frente.

—He conseguido algunas cosas para el perro —dice, girando la cabeza como si estuviera avergonzado.

Me miro a mí misma y suelto un pequeño grito.

Agarré una de las toallas *pequeñas*. Solo cubre las partes más prominentes de mi cuerpo pero no deja *nada* a la imaginación. No le doy las gracias. Ni siquiera respondo. Corro de vuelta al baño y cierro la puerta de golpe.

Ahogo un gemido, apoyo la frente contra el marco de madera y espero que no me oiga golpeándola. No saldría en un vestido sin mangas, mucho menos en una *toalla*.

—¿Eden? ¿Estás bien?

—¡Bien! —miento—. ¿Puede... pasarme algo de ropa, por favor?

Ah, sí, qué oportuno tengo otra oportunidad para recordarle que estoy *medio desnuda*.

—Ropa.

Ahogo un grito. Su voz está *justo al otro lado de esta puerta*.

Dios mío.

—Sergio —gimo—. ¡Ahora no, por favor!

—Hmm. Siento que sería negligente si simplemente... te entregara la ropa como un caballero.

—¡Usted *es* un caballero!

—Mmm —dice pensativamente—. No *exactamente*. Solo te he dado esa ilusión.

Miro con furia a la puerta e imagino su cabeza justo al otro lado. Le doy a la madera una buena y fuerte bofetada.

—Sergio, *por favor*.

Solo se ríe. ¿Por qué eso es tan *erótico? ¡Uf!*

—¿Y qué me darás si te traigo la ropa?

En el aparcamiento, pensé que Sergio era todo un hombre comparado con la actitud infantil de Mario. Ahora, sin embargo, veo que Sergio también tiene un lado juguetón.

—¿Qué le daré? ¿Qué tal mi más sincero agradecimiento y total devoción?

¿Por qué acabo de decir eso? No creía que mis mejillas pudieran arder más. Me equivocaba.

—Sincero agradecimiento y devoción eterna. Muy bien, entonces.

Le oigo alejarse de la puerta. Cierro los ojos y niego con la cabeza cuando me imagino a él husmeando entre mi ropa tratando de encontrar algo para darme.

—Aquí está.

Abro la puerta una rendija minúscula hasta que veo un bulto blanco y azul. Lo agarro y cierro la puerta de golpe de nuevo, ganándome otra risa profunda y oscura.

Abro la puerta de golpe y lo veo parado en la entrada con una bolsa de plástico blanca.

—Mira, Eden, lo siento —dice, su voz profunda atravesando la puerta cerrada—. Llamé y juraría que pensé que dijiste 'Adelante'.

—Y-yo estaba hablando con Daisy —grito a través de la puerta.

—¿Daisy? Ah. Hablabas con el *perro*. Ahora la llamamos Daisy. Entendido. Me voy a ir.

—No, está bien. —Abro la puerta de golpe, preguntándome si parezco tan ansiosa como me siento, cuando suena su teléfono móvil.

Levantando un dedo, señala la puerta y sale.

Suspiro.

Él no pretendía entrar aquí.

Yo no pretendía salir corriendo como un conejo asustado.

Él no pretendía verme medio desnuda. No, *tres cuartos* desnuda.

Yo... no debería gustarme que lo hiciera.

Quiero reír y llorar y ni siquiera sé qué hacer conmigo misma. Gimo y abro la puerta para ver un par de brillantes ojos de cachorro y una cola que se menea, pero ningún Sergio.

Juntas, miramos dentro de la bolsa que trajo.

—Vaya, esto fue muy considerado por su parte, ¿verdad? —le pregunto a Daisy. Saco un collar para perro y un cepillo, champú, almohadillas desechables para cachorros y algunos huesos resistentes. Daisy se abalanza sobre ellos.

Aun así, no puedo evitar sentir que algo no está bien aquí. No puedo detener la culpa que me inunda.

Mientras Daisy duerme, me dirijo al único lugar donde puedo controlar lo que hago: la cocina.

Compruebo el pan que está subiendo y la tarta que espera ser glaseada. Compruebo el pollo marinado y las verduras precortadas. Compruebo el caldo que está hirviendo a fuego lento y la lista de vinos. Y cuando veo que todo está listo para la velada, me dirijo al escurridor para lavar los platos a mano.

Tienen gente que se ocupa de los platos, y tienen un lavavajillas elegante de alta velocidad. Pero a veces necesito mantenerme ocupada.

Recuerdo haber estado aquí con Sergio.

Recuerdo cómo no se enfadó conmigo por romper el frasco.

Recuerdo cómo Seth sí lo hizo. Cómo mi padre lo hizo. Cómo me castigaban cuando no obedecía perfectamente. Lo mucho que intentaba ser perfecta y cómo siempre, *siempre* fracasaba.

Levanto uno de los platos con mi mano.

Mi matrimonio con Seth fue concertado. No sé literalmente *nada* sobre el romance, las citas y el enamoramiento.

Lo único que sé es que el amor está prohibido.

También sé que no tengo absolutamente ningún control sobre esto, igual que no lo tengo sobre los latidos de mi corazón.

Dejo caer el plato al suelo y lo veo hacerse añicos.

El calor en mi pecho y mi corazón acelerado me provocan náuseas. Trago bilis y respiro profundamente. Tomo otra bocanada profunda y cierro los ojos, dejando que surja mi instintiva necesidad de protegerme.

Exhalo.

Nadie va a castigarte.

Los fragmentos de vidrio roto brillan en el suelo.

Nadie viene a hacerte daño.

Dejo caer otro plato.

—¿Eden? —Flo está en la puerta, vestida con un ceñido vestido blanco de encaje, su pelo peligrosamente apilado en lo alto de su cabeza, listo para soltarse con una sola sacudida firme—. ¿Estás bien, cielo?

¿Estás bien?

De donde yo vengo, una mujer vestida como ella sería destripada, condenada al castigo del exilio por tentar los ojos de los demás con su ropa provocativa. Pero aquí, en este mundo... la adoran.

—Estoy bien —digo, un poco culpable por haber roto los platos a propósito. Los reemplazaré.

—Ah, bueno, sé cómo va eso. ¿Sabes? Mi primer marido y yo tuvimos que comer en platos de papel después de solo un mes de estar casados.

Agarra una escoba y empieza a barrer.

—¿Por qué?

—Oh, le tiraba los platos normales cada vez que me enfadaba... que era todo el tiempo. Y el cristal no rebota, cariño. Vete, yo limpiaré esto. Tienes una gran noche por delante. —Me guiña un ojo —. He oído que tienes que cuidar de algo especial, ¿no?

Una cosa de esta familia: nada pasa desapercibido.

—Así es.

—Ve, ocúpate del cachorro y nos vemos más tarde.

—Puedo limpiar esto —le digo, carcomida por la culpa.

—*Ve*. —Me da un golpecito juguetón con la escoba.

Mientras voy a ver a Daisy, escucho el sonido de su voz.

¿Cómo podré evitar enamorarme de Sergio?

Mi única opción es irme, pero si lo hago, perderé la mejor oportunidad que tengo para ganar dinero, y *necesito* ese dinero para salvar a mi hermana.

Sacudo la cabeza.

No. *No.* Tengo que obligarme a mantenerme desapegada y distante. No puedo permitirme caer. Ni siquiera por un momento.

Cuando me mira con esos ojos melancólicos... cuando me habla con esa voz ronca... cuando es *amable*... no sé si podría detenerme aunque quisiera.



CAPÍTULO 8

—¿HE VIVIDO?

SERGIO

—Tío.

Me recoloco e *intento* ignorar el hecho de que tengo una puta *erección*. No había perdido tanto el control de mí mismo desde que era adolescente, cuando una simple ráfaga de aire era suficiente para empalmarse.

—¿Qué?

Mario abre los ojos como platos.

—Eh, eh, tranquilízate, primo. Solo iba a preguntarte si estás listo para dar una vuelta con esto —da una palmada al capó de su flamante McLaren amarillo canario que recogimos antes, un toque de brillo en el aparcamiento sombreado.

—Sí, estoy más que listo —murmuro.

Me subo al asiento del copiloto mientras Mario se desliza en el del conductor.

—Dame todas las especificaciones —gruño. Necesito una distracción.

—Joder, tío, se maneja como en un puto *sueño*. Sabes que está construido para responder a la perfección, gracias a este maldito sistema de suspensión. De cero a cien en *segundos*. Solo tengo que *pensar* en frenar y se detiene como un sueño. Y qué me dices del asiento, ¿eh? ¿Cómodo? Apuesto a que tu culo no ha estado tan bien acolchado desde...

—Termina esa frase y veremos *exactamente* cómo se maneja este puto coche.

Se ríe.

Nuestra pasión por los coches rápidos y hermosos fue lo que nos unió desde el principio. Mario es un aficionado a los coches como ningún otro, y me ha llevado con él en este viaje.

Mario conoce todas las calles secundarias, así que salimos de la ciudad en tiempo récord y tomamos la autopista.

—Ahora —dice, mientras aceleramos en la autopista en dirección norte. La casa familiar de los Rossi está al norte de Boston, en Gloucester, y su sede se encuentra en El Castillo. Aunque cada uno tiene también residencias fuera de El Castillo, sus vínculos están cerca de casa.

—Ahora —repite Mario cuando alcanzamos velocidad—. Necesito contarte más sobre *Eden*.

Me enderezo y le lanzo una mirada.

—¿Qué pasa con ella? —No he dejado entrever nada.

Levanta ambas manos, lo que no es muy inteligente porque básicamente está conduciendo un maldito coche de carreras.

—¡Las manos al volante! *Joder*.

Con una risita, vuelve a agarrar el volante.

—Sabes que soy bueno investigando.

—Sí. No tiene nada que ver con que estés casado con una detective privado, pero continúa.

Nunca uno que se deje disuadir, Mario me sonríe.

—Vale. Ya sabes que Gloria nos da acceso a todo tipo de cosas.

—Ajá.

Mario se aclara la garganta.

—Nuestra investigación nos ha llevado a Carolina del Norte. Hay rumores de que existe una secta allí llamada la hermandad, y las mujeres son como ella.

Una secta.

¿Una secta?

—¿Qué? ¿Esa mierda todavía existe?

—Dios, tío, todo el tiempo. Este grupo predica la modestia y el desapego de los bienes materiales. Arreglan matrimonios y toda esa mierda, y las mujeres son ciudadanas de segunda clase. Ya sabes cómo funcionan las sectas: sus creencias son la única verdad, exigen obediencia y controlan los pensamientos y el comportamiento de cada miembro. Están separados del resto del mundo...

—¿Y por qué la gente no sabe de esto? ¿Por qué nadie interviene?

—Bueno, todo su plan consiste en estar separados del mundo. Por eso mucha gente piensa que son amish, o cuáqueros, o lo que sea.

Aumentamos la velocidad y conducimos más rápido, con el viento azotando nuestro pelo. Siempre me ha encantado la emoción de conducir a toda velocidad, la sensación de que estoy a punto de echar a volar.

—Así que podré encontrar a su marido.

—Eh, no te lo aconsejaría...

—¿Y por qué no? —Aprieto la mano en un puño, olvidando el aire brillante y soleado y la brisa en mi necesidad de buscar venganza.

—¿Quién sabe a quién conocen, hermano? Hay razones por las que nadie se infiltra en una secta. El único motivo por el que el gobierno lo haría es si tuviera razones para creer que alguien está siendo retenido contra su voluntad.

—Está siendo maltratada —niego con la cabeza—. *Estaba* siendo maltratada —No permitiré que esa mierda vuelva a ocurrir.

Maldice por lo bajo. Ambos guardamos silencio por un minuto.

Los dos conocemos a hombres que pegan a sus mujeres. Nuestra generación decidió hacerlo mejor. Mario finalmente niega con la cabeza.

—Te ayudaré a impartir *esa* justicia. Pero según la ley estatal, no puedes hacer nada al respecto a menos que *ella* sea quien presente los cargos.

Me río. Realmente me río.

—¿Desde cuándo me has visto que me importe una *mierda* lo que es legal?

Mario sonríe.

—Cierto.

—Cuéntame más.

Da golpecitos en el volante mientras el mundo a nuestro alrededor pasa rápidamente como si alguien hubiera pulsado el avance rápido.

Me cuenta cuándo se fundaron y cuáles son las reglas. Gloria localizó el relato en línea de una mujer que escapó y ahora escribe un blog sobre ello. Habla sobre las estrictas reglas y el cumplimiento de los castigos, la crueldad que experimentó a manos de su padre y, eventualmente, de su marido, cómo fue obligada a tener bebés y le dijeron que los criaría con los mismos métodos estrictos. Cómo, cuando sufrió un aborto espontáneo, le dijeron que era un castigo por sus pecados.

Me siento enfermo. Mi familia no es precisamente un grupo de buenos tipos, pero esto...

—Eso es jodidamente enfermizo.

Mario niega con la cabeza.

—No tienes ni idea. De todos modos, Gloria piensa que Eden escapó porque hubo un informe de persona desaparecida. El marido de Eden parece creer que se la llevaron.

Esto es tan retorcido.

—Vale.

Quiero llevármela. Quiero protegerla. Quiero mostrarle que merece mucho más de lo que ha tenido nunca antes. Atesoraría su inocencia y honestidad y nunca la lastimaría. No podría.

Niego con la cabeza mientras pienso en las posibilidades.

Estoy *comprometido*. Se supone que debo solidificar los lazos familiares mediante el matrimonio. Las reglas son claras.

Si hago lo que *quiero*, si rescato a Eden como deseo, si hago algo remotamente romántico, no solo la alejaré, sino que perjudicaré a mi familia.

Y la familia lo es todo.

—Dios, qué puto desastre —digo con un suspiro.

—En serio. Y Sergio... escucha... Tío, necesito que me hagas una promesa. Pero primero, tienes que decirme que no dispararás al mensajero.

—Mario —digo en tono de advertencia.

—Estoy conduciendo este puto coche, Sergio. No hagas nada que pueda hacer que nos estrellemos.

—¿Quién crees que soy?

Hace una mueca.

—El luchador más duro que he conocido en mi vida. El hombre con un puño de acero. Te quiero, hermano, pero me hacías prácticamente mojar la cama cuando era niño, y no he superado completamente esa mierda.

Resoplo pero no lo niego. No me disculparé por quien soy.

¿Qué coño me va a decir?

—Continúa.

—Prométemelo primero.

—Joder —murmuro entre dientes—. Vale, bien, prometo que no mataré al mensajero. Al menos no mientras esté conduciendo. Continúa.

—Bueno, Gloria también investigó a tu... prometida —dice con una sonrisa forzada—. Ella, eh... tiene bastante reputación.

Oh, maldita sea, ya me arrepiento de haber hecho la promesa. Aprieto los dientes.

—¿Ah, sí? ¿En qué sentido?

—Al parecer, ha sacado doce tarjetas de crédito a su nombre y acumulado cincuenta mil en deudas.

Suspiro. Bien, así que es derrochadora. Tengo dinero y si todo lo que necesita para ser feliz es algo de plástico...

—Lo que sea. ¿Algo más?

—Tiene su jodida cara por todas las redes sociales. Le encanta estar en el ojo público.

Eso podría ser un problema. Dios.

—Simplemente no sé si es...

Ocurre tan rápido que apenas tengo tiempo de procesarlo.

Un camión de dieciocho ruedas salta la barrera de seguridad, dirigiéndose directamente hacia nosotros.

Mario maldice y gira bruscamente, pero somos demasiado pequeños y el camión viene demasiado rápido.

Nunca supe hasta ese momento lo que significaba ver pasar tu vida ante tus ojos.

Deben ser segundos, o incluso fracciones de segundo. Lo veo todo como si fuera una visión, como si alguien estuviera reproduciendo una grabación en mi mente a toda velocidad.

Mi padre y mi madre, sirviendo vino en una fiesta de cumpleaños. Puedo ver el glaseado blanco y azul en el pastel que compramos en la pastelería. Estoy soplando velas, cuatro de ellas.

Estoy en el instituto caminando por el escenario en el campo de fútbol donde estaba montado, sofocado de calor con un traje cubierto por una toga y un birrete, sin una brisa o un poco de sombra a la vista. Puedo ver al director Wallace, con la cara enrojecida mientras sostiene el diploma, entregándomelo.

Estoy en la boda de Ricco. Estamos brindando por los novios.

El resto sucede en milisegundos, pasando volando como vagones en un tren de carga, más rápido que la velocidad de la luz.

Un viaje a Córcega. Una cena con los Rossi en Gloucester. Asegurando la ubicación de *Bella Notte*.

El primer día que vi a Eden.

La forma en que el sol se filtraba por la ventana como si fuera un ángel... *mi ángel*.

Mario grita con furia mientras nos maniobra lo más lejos posible del camión.

El metal choca contra el metal como un monstruo gigante golpeando un yunque.

Chirrido de neumáticos.

Cristales rompiéndose.

Algo me golpea en el plexo solar y no puedo respirar.

El conocimiento de que esto es todo. Voy a morir.

Voy a morir, y ni siquiera he vivido todavía.

Me golpeo la cabeza y el mundo se oscurece.

Cuando abro los ojos, brillantes nubes blancas flotan sobre mí. Estoy desorientado y confundido. Hay hierba y algo húmedo debajo de mí. El zumbido en mis oídos bloquea todos los demás sonidos. Mi corazón late acelerado y estoy respirando rápidamente, pero siento

como si estuviera flotando por encima de mi cuerpo, como si estuviera entumecido y desconectado del presente.

No.

No.

No quiero morir. No ahora. No cuando tengo toda una vida por delante.

¿He muerto?

Parpadeo. Parpadeo otra vez. El zumbido en mis oídos comienza a disiparse y soy consciente de un dolor palpitante en mi hombro.

El primer pensamiento que tengo es una oleada de felicidad. *No estoy muerto.*

El segundo pensamiento borra cualquier alegría que el primero me haya traído. *Mario.*

Me incorporo hasta quedar sentado, ignorando el dolor en mi hombro. Muy, muy adelante hay una barrera de seguridad doblada como si un monstruo de película de ciencia ficción hubiera venido y la hubiera retorcido. El humo se eleva en la azul inmensidad del cielo, y las sirenas suenan a lo lejos, muy lejos.

Miro a mi alrededor, con la visión borrosa, tratando de encontrar a Mario. Mi corazón se acelera en mi pecho cuando veo el metal retorcido que era su coche. Me pongo de pie, sorprendido de que todavía pueda caminar, pero mis piernas no duelen y puedo andar perfectamente. Me impulso hacia adelante, a través del humo. El coche podría explotar en cualquier segundo, pero no me importa, Mario está en esos escombros y lo encontraré aunque me mate.

—¡Mario! —Mi voz está ronca. Lo intento de nuevo—. ¡Mario!

Casi pierdo la esperanza cuando lo veo. Bajo un montón de escombros destrozados, parece como si todo el techo del coche estuviera presionado sobre su pecho.

No.

—¡Mario! —El sonido de las sirenas se acerca. El zumbido en mis oídos comienza de nuevo y no oigo nada más que los latidos de mi corazón.

—¡Mario! —Grito su nombre, esperando una señal de vida. He visto morir a mi padre y a mi hermano. No a mi primo. No a mi mejor amigo.

No.

Me dejo caer de rodillas y busco su muñeca. El más débil latido pulsa contra mis dedos.

Está vivo.

Un estallido y una llamarada me dicen que el coche está perdiendo gasolina. Tenemos minutos, si no segundos. Intento alcanzarlo, pero está atrapado bajo el peso del metal retorcido. Evalúo rápidamente la situación.

Sé lo que tengo que hacer. Me pongo de pie y agarro las partes sólidas del metal caliente. He levantado pesas durante *años*; sé que puedo hacerlo. Pongo todo mi esfuerzo en ello, impulsado por la adrenalina, y con un grito cargado de rabia, levanto el metal retorcido y aparto el coche de él.

Mario gime. Lo levanto, lo echo sobre mi hombro y salto a un lugar seguro mientras un segundo estallido es seguido por un *¡bang!* El calor golpea contra mi espalda mientras caigo sobre la hierba con él y ruedo mientras el coche explota en llamas detrás de nosotros.

CAPÍTULO 9

—Quizás no se dará cuenta...

EDEN

ESTOY SIRVIENDO una bandeja de mis mejores galletas caseras de azúcar cuando se produce un alboroto. Timeo, el hermano menor de Sergio, está detrás de mí hablando por teléfono, haciéndole señas a Gino. Gino coge su móvil.

—¿Dónde están? —espeta Gino. Asiente y chasquea los dedos a un joven trajeado junto a la puerta mientras él y Timeo se apresuran hacia la entrada del club. Intercambio miradas con el personal de cocina, pero nadie más parece saber qué está pasando tampoco.

Esto no es asunto mío, necesito centrarme en el trabajo. No quiero involucrarme en algo que no tiene nada que ver conmigo.

Apenas he empezado a recoger el bol de mezclar y las bandejas de hornear cuando alguien pasa llorando por la puerta de la cocina. Alcanzo a ver el precioso pelo de Marialena mientras pasa apresuradamente, con la intención de salir corriendo al aparcamiento.

Oh, no.

No.

Algo va mal.

—¡Marialena! —Se detiene en el pasillo, volviéndose hacia mí con la cara bañada en lágrimas—. ¿Qué ha pasado?

—Mario y Sergio han tenido un accidente —dice con voz ahogada.

El hielo pulsa en mis venas y me cubro la boca con la mano.

—¿Están bien? —consigo susurrar finalmente, pero ya sé la respuesta antes de que me la dé. Con una sacudida de cabeza, se marcha.

Me quito el delantal y me dirijo al pasillo. La puerta al aparcamiento detrás del edificio está completamente abierta... y también la entrada que lleva al club.

El club, al que me han prohibido estrictamente entrar. El club, donde encontraré a todos los que tienen respuestas. Donde la gente

sabrá si Sergio está bien.

Si está bien, no estará contento de que haya entrado en su club, pero si no lo está... nunca lo sabrá, me doy cuenta con un nudo en la garganta que me resulta extraño.

Nadie tiene acceso al club sin usar su huella digital para abrir la puerta. Sergio es obsesivo con la seguridad. Nunca he visto la puerta del club abierta.

Me quedo mirando.

En su prisa, Gino y Timeo olvidaron cerrar la puerta. Sergio los mataría con sus propias manos y lo haría de forma lenta y dolorosa, no me cabe duda. Pero para mí, acabo de encontrar la olla de oro al final del arcoíris.

Entro en el club con el corazón acelerado, sabiendo que estoy haciendo algo que podría hacer que me despidan, o... algo peor.

¿Qué podría ser peor?

Tomo una decisión, respiro hondo y cierro la puerta detrás de mí.

Me siento tan expuesta aquí dentro que casi espero encontrarme de pie en un escenario o algo así. Pero cuando miro alrededor, descubro que la iluminación es tan tenue que apenas puedo ver nada en absoluto. Me quedo justo dentro de la entrada, permitiendo que mis ojos se adapten a la penumbra.

Es tan elegante aquí dentro que me lleva un momento darme cuenta de que estoy mirando una barra como punto focal del centro del club. Por supuesto, nunca he estado en un bar, pero sé lo que es.

El diseño interior de este lugar es impecable, con líneas elegantes y colores sobrios. Es cálido y acogedor, la iluminación suave y sutil. El suelo es de madera muy pulida y la barra en sí es una obra maestra de mármol impresionante, con taburetes forrados de cuero a su alrededor. Las botellas de alcohol están alineadas como joyas, brillando bajo la luz de una lámpara de araña en el techo. Los camareros —un hombre y una mujer— visten camisas blancas impecables y pantalones de vestir a juego. Parecen amables y

encantadores, y en cualquier otro momento, aunque no beba, querría pedir algo solo para ver cómo se vierte en el vaso.

Hay mesas circulares junto a la barra, solo algunas ocupadas. Una pareja está sentada en una, degustando varios de los platos que yo misma he cocinado.

Los asientos son mullidos y acogedores, desde los taburetes forrados de cuero hasta los cómodos sillones dispuestos alrededor de las mesas. Detrás de uno de los sillones, una chimenea eléctrica parpadea contra un respaldo negro. La música suena de fondo, realzando el ambiente sofisticado pero acogedor. No sé qué esperaba encontrar dada la orden de Sergio prohibiéndome entrar, pero ciertamente no era esto.

Aparto mi necesidad de explorar y me concentro en el objetivo de encontrar a Timeo o Gino en este refinado y lujoso entorno.

Miro alrededor. No están por ninguna parte.

Genial.

No sé por qué estoy tan preocupada por Sergio. No puedo reconciliar mi miedo, y ni siquiera puedo permitirme pensar que es porque me importa.

Él es peligroso, atractivo y rico. Yo soy dolorosamente inocente, humilde y estoy sin un céntimo. Somos completos opuestos.

No puede importarme. Estoy casada. No puedo involucrarme con un hombre, a pesar de que he dejado a Seth.

Necesito salvar a mi hermana.

Mantengo la cabeza alta y finjo que se supone que debo estar aquí. Al principio, temo que parecerá que no pertenezco a este lugar, hasta que me doy cuenta de que si bien algunos de los clientes sentados en la barra y las mesas pueden parecer ricos y refinados, hay algunos que... no lo son.

Dos hombres están sentados en una mesa en la esquina más alejada, y no estoy segura de si la luz me está jugando una mala pasada o no, pero uno parece tener... ¿una cola?

Otro grupo, un hombre con dos mujeres, está sentado en mesas junto a ellos, y una de las mujeres lleva realmente esposas en las

muñecas mientras la otra sostiene una cadena delgada en su mano que *está unida al collar de la otra*.

Em. *¿Qué?*

No puedo apartar la mirada. No podría desviar la vista aunque lo intentara. En algún lugar de los oscuros recovecos de mi mente, intento recordar que hay un gran problema con mi presencia aquí que no va a terminar bien para mí, pero no parece que pueda apartarme.

¿Así que esto es lo que Sergio ha estado ocultando? ¿Me ha mantenido alejada de... esto?

¿Por qué?

Me escabullo por detrás de la barra y busco los lugares más oscuros del club para pegarme a ellos, esperando y rezando para que nadie me vea ni me hable. Hasta ahora, parece que todos aquí están completamente desinteresados en mí.

La camarera, una pelirroja exuberante con el pelo recogido en un moño despeinado, niega con la cabeza mientras habla con el otro camarero.

—Ahora están en el hospital, pero ya conoces a Sergio.

Me detengo, escuchando.

—Ya lo creo —dice el hombre con una risa, negando con la cabeza—. No va a quedarse allí mucho tiempo. Probablemente ya haya salido.

Mis emociones casi me ahogan.

Está bien. El alivio me inunda tan rápidamente que me siento mareada. Cierro los ojos y respiro profundamente para estabilizarme, justo antes de que el segundo pensamiento me golpee con la fuerza de un tablón.

Puede que ya esté de camino de vuelta aquí.

Ay, no.

Paso de largo y veo un pasillo que está oscuro, pero oigo el sonido de música de baile. Camino hacia el sonido cuando Gino pasa por mi lado.

—¡Gino!

Se detiene y se vuelve hacia mí, mirándome con sorpresa antes de entrecerrar los ojos. Mientras se dirige hacia mí, otra voz detrás de mí llama mi atención.

—Se supone que *no* debes estar aquí.

Un hombre alto y corpulento, algunos años más joven que Sergio, está de pie con los brazos cruzados sobre el pecho mientras me reprende.

Saco pecho y finjo que pertenezco a este lugar. —¿Cómo lo sabes?

—Porque trabajo para Sergio —dice bruscamente—. Y tu nombre y tu foto están en cada puta directiva que tenemos para mantenerte fuera.

Siento que mis manos se cierran en puños. Por alguna razón, eso me enfada. —¿Así que todos los demás pueden entrar y salir de aquí como si pertenecieran a este lugar, pero a mí se me mantiene al margen? —Mi voz se eleva.

Se me aprieta la garganta, porque acabo de expresar accidentalmente, en voz alta, para que este perfecto extraño lo escuche, la lucha de toda mi vida.

Quiero pertenecer. Necesito pertenecer. Y ahora mismo, el único hombre que me ha atraído en toda mi vida ha orquestado las cosas para que lo único que siempre he querido esté fuera de mi alcance.

—Es por tu propio bien —dice como si yo fuera una niña.

—Oh, ¿es así? —Doy un paso hacia él. Debo parecer bastante enfadada, porque él es más grande y mucho más alto que yo, pero da un paso atrás.

—Escucha, no quiero perder mi trabajo. Si Sergio se entera...

—¿De que ella desobedeció directamente mis órdenes?

Mi piel se siente extrañamente hormigueante. No puede ser Sergio. ¿Cómo podría ser Sergio? No está aquí ya, ¿verdad? No...

Es difícil imaginar a un hombre grande, alto y fuerte como este temblando ante la idea de desobedecer a alguien, pero aquí estamos. Parece que teme que Sergio le haga daño. —Lo siento mucho, señor —dice el hombre.

Y tal vez lo está. Por mi culpa.

—No es culpa tuya —dice Sergio porque, efectivamente, está aquí. Como *justo. Aquí*. Tiene una herida de aspecto horrible sobre un ojo y moratones en el cuello. Tiene vendajes y laceraciones más pequeñas de aspecto furioso, pero está aquí—. Es culpa de ella.

Culpa de ella. Es decir, *mía*.

—Pensé que estabas herido —susurro.

Levanta las cejas mientras Gino nos alcanza. —¿Acaso parezco ileso?

—No —susurro—. Tienes un aspecto terrible.

Suelta una risa ahogada. —Realmente deberías considerar decir la verdad de vez en cuando.

Trago saliva.

Voy a perder mi trabajo. Me va a despedir por esto, y no sé adónde iré.

Pero es justo, me digo a mí misma. Al menos me pagará por lo que he hecho, ¿no? ¿Sería suficiente para hacer lo que tengo que hacer? Mi mente se agita con miedo.

—Despacho —espeta, señalando una escalera. En la parte superior hay una puerta cerrada, y desde aquí puedo ver un panel de cristal que da a esta habitación. Su... despacho—. *Ahora*.

Mi corazón late a un ritmo frenético, y tiemblo de miedo. ¿Qué va a hacer? No quiero perder mi trabajo. No puedo...

—Vol-volveré a la-la cocina —tartamudeo, alejándome como si pudiera fingir que nada salió mal, que no estuve aquí, que no acabo de desafiar descaradamente una orden.

—¿Perdona? —Las palabras de Sergio hacen que tanto el hombre del traje como Gino se estremezcan. Siento como si alguien acabara de aspirar todo el aire de la habitación. Tomo una respiración temblorosa.

—No necesitas hacerte daño —empiezo sin sentido—. Parece que necesitas descansar. Esto fue solo un accidente. Vamos a fingir que esto nunca sucedió y tú y yo podemos...

Sergio da un paso hacia mí, con los ojos brillando. —Voy a repetir mi instrucción una vez más, Eden —la voz de Sergio es baja y controlada—. Y entiende que nunca me repito.

—Nunca se repite —corrobora Gino, negando con la cabeza—. Considérate especial, chica.

Qué suerte la mía. Como si necesitara la aportación.

La próxima vez que Gino quiera galletas, tendrá que *comprarlas*.

—Ve a mi despacho. Tengo asuntos que atender aquí abajo, luego tú y yo vamos a tener una charla. ¿Me entiendes?

Asiento. Sí. Claro como el cristal. Entendido.

Uf.

Subo las escaleras hacia el despacho, justo cuando alguien detrás de mí deja escapar un grito seguido de un gemido.

Quiero mirar. *Quiero mirar*. Pero realmente no quiero arriesgarme a hacer que Sergio se enfade más de lo que ya está.

Está bien.

Está bien.

Pase lo que pase a continuación, sé que está bien, y eso es todo lo que importa.



Capítulo 10

«EL PRECIO DE LA DESOBEDIENCIA»

SERGIO

Debería tumbarla sobre ese potro de azotes detrás de ese panel de pared, aquí mismo en medio del club, y dejarle el culito rojo a base de palmadas.

Me aseguraría de que le gustara... con el tiempo. También me aseguraría de que lo pensara dos veces antes de desobedecerme otra vez.

Pero teniendo en cuenta todo lo que sé sobre ella y lo que ha pasado, no puedo hacerle eso.

Todavía.

Ya llegaremos ahí.

Salí de aquel hospital después de asegurarme de que Mario estaba estable. Costó casi una pelea con el médico de guardia y una llamada a nuestro médico personal, pero aquí estoy.

Dios, le debo a mi primo por construir su coche soñado con características de seguridad de grado militar.

—Es un milagro —dijo el médico, negando con la cabeza. No soy muy creyente en los milagros. Pero el hecho de haber salido de ese accidente prácticamente ileso... bueno, me hace reflexionar.

Mario no tuvo tanta suerte, pero se pondrá bien.

Estaba tumbado en esa cama de hospital mientras me tomaban las constantes vitales y llamaban a mi familia, y supe que algo monumental —que cambiaría mi vida— había ocurrido en esa fracción de segundo antes del choque. Cuando los recuerdos de mi vida pasaron ante mí. Hasta ahora, siempre pensé que era una forma de hablar, algo producto de la imaginación.

Mi vida pasó ante mis ojos.

Literalmente. En esa fina línea entre la vida y la muerte, cuando uno se da cuenta de lo rápido que pasa la existencia finita... cuando uno se pregunta si realmente vivió antes de morir.

Y entonces lo supe.

Supe que no iba a casarme con la princesita consentida de Florida. Que encontraría otra manera de que el matrimonio sucediera. Que cumpliría con la obligación de asegurar que mi familia estuviera bien protegida y que Ricco tuviera el tiempo que necesitaba con su esposa. Supe que lo lograría, como siempre hago, pero no de la manera que habíamos planeado.

Supe que quien fuera que estuviera casado con Eden no merecía a una mujer como ella.

Y supe que no iba a pasar ni un segundo más al margen, interpretando al caballero cuando en realidad soy un puto lobo.

Tendré que andarme con cuidado con ella, lo sé. Tendré que proceder con cautela y asegurarme de que se sienta segura. Si lo que Mario me ha contado es cierto, Eden tiene todo un mundo que desempacar antes de poder ser ella misma realmente. Pero tengo otra oportunidad en la vida, y no voy a joderla.

Voy a ir por lo que quiero.

Y la. Quiero. A ella.

Así que me abrí paso fuera del hospital. Estaba dispuesto a sacar un arma, pero afortunadamente Ricco conocía a algunas personas e hizo algunas llamadas.

Tenía que volver.

No solo por mi club. No solo por mi familia.

Volví aquí por *ella*.

Abro la puerta de mi despacho. Y cuando la veo, todo lo que había planeado decir desaparece. La reprimenda que pensaba darle. La regañina por desobedecerme. No puedo pensar más allá de la imagen de la mujer más hermosa que jamás haya visto, mirándome con ojos grandes y confiados, llenos de esperanza y auténtico remordimiento.

Ella es inocencia y luz frente a mi depravación y oscuridad.

Es confiada y amable donde yo soy duro e implacable.

—Siento haberte desobedecido —dice Eden con voz suave. Sus delicadas y bonitas manos descansan en su regazo—. Por favor, perdóname, Sergio.

Maldita sea.

Ya está hecho.

Así de rápido, mis reservas se evaporan como el humo y mis palabras se convierten en vapor. Veo su rostro ansioso por complacer y sus ojos esperanzados y confiados. Recuerdo lo que me di cuenta en esa cama de hospital.

Abre la boca y continúa hablando:

—Escuché que habías tenido un accidente. Escuché que estabas herido —cuando parpadea, una lágrima solitaria rueda por su mejilla —. Odiaba la idea de desobedecerte, y no vine aquí por curiosidad. Vine porque tenía que saber si estabas bien.

¿Eden estaba preocupada por mí?

Cruzo la habitación, con la sangre palpitando en mis oídos tan fuerte que no puedo oír mis propios pensamientos. Estaba preocupada por *mí*.

Me apoyo en el borde del escritorio para mantener mis manos quietas. Miro el cristal esmerilado detrás de ella, el panel que separa mi despacho del resto del club. Con un simple clic de un botón, podría mostrarle todo lo que hay allí abajo y más. Podría mostrarle un mundo que nunca ha conocido. Podría mostrarle lo que anhelo, lo que deseo.

Podría descorrer la cortina y revelarle mi verdadero yo. Podría mostrarle... *quién soy*.

Cuando no hablo, ella se mueve incómoda en su silla. Abre la boca para hablar, luego la cierra de golpe y aparta la mirada.

Volví aquí por ella. Me levanté de esa cama de hospital y regresé porque sabía que ella y yo no habíamos terminado aún. Sabía que tenía que dejar a un lado cualquier deseo que tuviera por ella por respeto hacia ella, aunque eso no es quien soy. Siempre he sido alguien que toma lo que quiere cuando lo quiere.

Sospechaba que eventualmente me desobedecería. La tentación de ver lo que había más allá de las paredes de la cocina sería demasiado para soportar. Pero ahora sé que vino para averiguar qué

me había pasado. No me está poniendo a prueba, ni tratando de desobedecerme, estaba realmente preocupada por mí.

Pero si ella es quien creo que es... ¿Saldrá huyendo?

Camino hacia mi escritorio y contemplo mis opciones.

Ah, a la mierda. Este es el problema de una mente cerebral. Siempre estoy *pensando* y *planificando* e intentando tomar la decisión que va a dar sus frutos a largo plazo.

Si pienso demasiado en esto, la despediría por desobediencia porque alguien que desobedece no puede ser de confianza.

Se merece unos azotes por lo que hizo. Por romper nuestra confianza.

Pero confío en ella y tenía buenas razones. Es sincera y... *dulce*.

Me siento en el borde de mi escritorio y la miro. Miro ese largo, larguísimo cabello rubio en una trenza que cuelga sobre su hombro. Algunos mechones se han soltado, dándole la apariencia de un hada fugitiva. Mejillas rosadas y sonrojadas, sus labios entreabiertos como si no supiera qué decir a continuación. Miro fijamente sus ojos, del color de los acianos, tan azules como el cielo insondable en un día sin nubes.

Le hago un gesto con el dedo, conteniendo mi necesidad de alcanzarla con un autocontrol concentrado. Necesita venir a mí por su propia voluntad.

Quiero que me enfrente.

—Ven aquí, Eden.

Observo cómo sus ojos se dirigen hacia la pequeña distancia entre nosotros.

Se pone de pie.

Su corazón probablemente esté latiendo más rápido ahora mismo.

El mío también.

Sus palmas podrían estar sudorosas por los nervios, pero sabe que si cruza la distancia entre nosotros, no hay vuelta atrás.

Estoy cansado de dar marcha atrás. He estado dando marcha atrás en nombre de la lealtad y el honor toda mi puta vida, y ya no

quiero hacerlo más.

Abro la boca para decirle todo esto, para decirle que puede confiar en mí, para decirle que entiendo que no es como otras mujeres, y no le haré daño. Pero eso no es lo que sale en absoluto.

—Podría haber muerto hoy —decirlo en voz alta de alguna manera lo hace más real.

Eden está de pie frente a mí, tan cerca que puedo ver el diminuto lunar en la comisura de su boca. Quiero besarlo.

—Casi morir puede ser un regalo —susurra.

Inspiro profundamente y exhalo lentamente.

—Puede serlo. Lo fue —sin pensarlo conscientemente, tomo una de sus manos, luego ambas. Me encanta la sensación de sus pequeñas y suaves manos en las mías. La calidez me envuelve, el primer roce de intimidad como la chispa de una llama. Mi necesidad por ella se enciende y arde lentamente. Ansío más.

Incluso cuando estoy medio sentado en el borde de mi escritorio, ella es mucho más pequeña que yo. Tiene que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos. Me encanta que lo haga. Me encanta cómo me mira desde debajo de sus pestañas bajas.

No soy un hombre cuidadoso ni cauto, pero nunca había tanto en juego. Por una vez en mi vida, necesito hablar con el corazón y no con la cabeza. Trago saliva.

—Me pregunté... Si voy a morir... ¿he vivido realmente?

Un parpadeo lento. Ella traga y asiente.

—Es una buena pregunta. Me identifico con eso.

—¿De verdad? —la miro con curiosidad. No esperaba eso.

—Claro —dice con un ansioso asentimiento—. Dejé mi hogar para poder... necesitaba... —titubeante, mira nuestras manos entrelazadas antes de finalmente decir en un torrente de palabras—: Necesitaba cambiar el rumbo de mi vida, y la vida de alguien a quien amo con todo mi corazón. Y soy la única que puede hacerlo. Igual que... igual que tú.

Tanta sabiduría de una mujer que ni siquiera sabe usar un teléfono móvil.

¿Alguien a quien ama?

—¿Por quién tienes que volver? —pregunto, conteniéndome.

Eden se humedece los labios antes de responder con voz ahogada:

—Mi hermana. Mi hermana menor. Necesito volver por ella.

Exhalo un suspiro de alivio y asiento.

—Ah.

La forma sincera en que habla llega directamente a mi corazón.

—Sergio, tú eres el único que puede cambiar el rumbo de *tu* vida. La gente puede influirte. Pueden ayudarte a lo largo del camino. Pero las decisiones que tomas son tuyas.

Asiento.

—Sí. Así que la estoy cambiando. Aquí mismo. Ahora.

Suelto su mano y deslizo mi palma por la columna de su cuello.

Su pulso late bajo mis dedos, su piel suave y sedosa. Paso mi pulgar a lo largo de su mandíbula, memorizando la sensación de su vulnerabilidad.

No voy a dar marcha atrás. Eden me llama como nada que haya experimentado antes. La necesito.

Mi boca se cierne sobre la suya. Su dulce aliento me baña y cierro los ojos, saboreando el momento antes de cambiar el curso de nuestras vidas para siempre. Estamos al borde de algo mágico, y quiero saborearlo.

Eden necesita saber que puede confiar en mí. Puede ser lo más importante que jamás le dé.

Así que me tomo mi tiempo. Acaricio suavemente la nuca. Trazo la curva de su labio inferior. Deslizo mi mano hasta su cadera y la atraigo entre mis piernas. Todo en ella es suave y femenino, pero la mujer tiene una columna vertebral de acero.

La forma en que se rinde ante mí es lo más hermoso que jamás he visto.

Rozo mis labios contra los suyos. Inhalo su suspiro y lo hago mío. Sostengo la parte posterior de su cabeza mientras profundizo el beso, acercándola más a mí.

Quiero ser suave. Quiero tomarme mi tiempo. Pero ahora que la he tocado, no puedo detener la inundación de emociones y el impulso primario y desgarrador de inclinarla sobre mi escritorio y mostrarle lo que es ser devorada, adorada, *venerada*.

Me contengo y me aparto. Ella me mira con ojos grandes hasta que sus labios se curvan hacia arriba en una casi-sonrisa.

—Si este es mi castigo por desobedecer, espero que sepas que no tengo intención de volver a hacer nunca lo que me digas.



CAPÍTULO II

«BUENA CHICA»

EDEN

Creo que nunca he oído reír de verdad a Sergio. Es una risa profunda y sensual, un sonido decadente y pleno que surge de su pecho, impregnado de placer y calidez. Estoy cautivada por su diversión, como si compartiéramos un momento de intimidad que no puedo describir. Su risa envía vibraciones por todo mi cuerpo de la mejor manera posible.

—Hace diez minutos quería darte una palmada en el trasero —dice con voz ronca. Un escalofrío recorre mi espalda. Le miro y parpadeo. ¿Es la naturaleza sensual de su voz, o la forma en que me mira, lo que me ha inspirado no miedo sino... algo más... cuando ha dicho eso?

Una punzada de excitación mezclada con miedo acelera mi pulso.

Trago saliva, con la voz ronca. —¿Qué?

Él solo gruñe en respuesta y aparta la mirada.

Todavía estoy de pie entre sus piernas, envuelta en su calor y su fuerza. Si soy sincera, he pensado en esto durante un tiempo, reprochándomelo, por supuesto, por pensar en otro hombre cuando soy una mujer casada. Puedo repetirme todo el día que he dejado a mi marido y que nunca volveré con él, pero es difícil sacudirse la culpa.

A pesar de repetirme constantemente que he tomado la decisión de dejar a mi marido y que nunca volveré con él, el peso de las mentiras y la culpa inculcadas durante mi crianza persiste. El condicionamiento tiene raíces profundas y dolorosas.

Deseo a Sergio. Quiero que él me desee *a mí*.

Pero estoy terriblemente mal preparada para cómo incluso el más ligero roce de su mano hace que mi corazón lata como loco. Cuando me dirige toda la intensidad de su mirada, mis reservas se derriten.

Me muerdo el labio, tratando de mantener la compostura. —Me has desobedecido —dice con voz baja antes de soltar un suspiro—. Hay una razón por la que no te mostré el club, Eden. —Con otro

suspiro, completa su pensamiento—. Pero ahora que estás aquí, quiero que mires.

Mirar... ¿qué? Estoy temblando, insegura de qué esperar de él. No creo que sea miedo lo que estoy sintiendo... sino algo más...

Toma un mando a distancia de su escritorio y me gira, de modo que mi espalda queda contra su pecho.

Quiero cerrar los ojos para grabar estas sensaciones en mi mente, para no olvidarlas nunca. Seguridad y protección, mezcladas con una extraña combinación de emociones que ni siquiera puedo comenzar a descifrar.

Yo... quiero que él me desee. Nunca había contemplado estos pensamientos antes.

—Voy a mostrarte la habitación en la que casi entraste sin mi permiso. —Asiento, tragando saliva de nuevo, con el corazón acelerado—. Me harás cualquier pregunta, pero no irás a ninguna parte. —Hace una pausa, y las siguientes palabras que salen de su boca son firmes y severas—. ¿Está *claro*?

El tono de su voz inspira obediencia inmediata. Asiento, con la boca demasiado seca para hablar.

Cuando pulsa un botón en el mando a distancia, observo con asombro cómo el cristal esmerilado frente a nosotros se derrite, como si alguien limpiara la condensación de un vaso. Miro, sin comprender, luego me estremezco y retrocedo.

—¡Nos verán!

Él me mantiene en mi sitio sin esfuerzo. —Quédate quieta. Mira. Y no pueden vernos, es unidireccional.

—¿No pueden vernos? —repito.

—No.

Me quedo mirando cuando veo a una mujer arrodillada a los pies de un hombre.

¿Qué está pasando?

Tiene la cabeza inclinada, y los dedos del hombre están bajo su barbilla. Él le acaricia la mejilla con cariño, y ella tiene una expresión

de absoluto éxtasis en su rostro. Nunca he visto a alguien más feliz en toda mi vida.

Me permito una fantasía que surge de un lugar desconocido para mí.

Soy yo la que está arrodillada. Y Sergio es quien me acaricia la mejilla.

—Eres una buena chica —susurra, como si le hubiera complacido —. Una buena chica.

De repente, las lágrimas nublan mi visión. Giro la cabeza.

—Mira, Eden. ¿Querías ver? Entonces *mira*.

Quiero hacerlo. Quiero verlo todo.

Estoy siendo castigada por mis pecados, lo sé. He sido arrojada al infierno y tentada con toda clase de cosas, porque dejé a mi marido. Sabía que esto sucedería, que si no me rendía a la voluntad de la comunidad acabaría en el infierno. Que sería excomulgada y abandonada. Lo sabía, pero fue la decisión que tomé cuando me fui. El castigo que asumí para salvar a mi hermana.

Temblando, vuelvo a mirar y veo a una mujer inclinada sobre un... ¿banco de madera? Miro la pared detrás de ella, que muestra toda clase de objetos que solo he visto en un *establo*. Una fusta. Un látigo corto. Algo parecido a un palo de madera. Observo, con la mandíbula desencajada, cómo un hombre vestido completamente de negro toma la correa corta de cuero y vuelve hacia la mujer. Tiene las manos atadas por las muñecas y los pies por los tobillos.

Jadeo cuando la golpea.

—¡Le está haciendo daño!

¿Y Sergio permite esto? ¿Se sienta aquí, permitiendo que este hombre dañe a esta mujer? ¿Cómo podría...

—*Mira*.

Tengo el estómago hecho un nudo mientras hago exactamente lo que dice.

La mano del hombre está en la parte baja de su espalda.

—Escucha, Eden.

Pulsa otro botón en el mando y el sonido de voces y música fluye desde altavoces ocultos, haciendo que parezca que estoy justo allí en la habitación junto a ellos. Se siente incorrecto, como si estuviera mirando la intimidad de un dormitorio.

—¿Saben que les estamos observando?

Otra de sus risas me envía escalofríos hasta los dedos de los pies. —Por supuesto. Esa habitación no es privada.

—Si no es privada, ¿entonces por qué la pared?

—Me distrae, y necesito trabajar.

—No imagino por qué te distraería —murmuro.

Mi vientre se contrae cuando él flexiona su mano en mi cadera.

—Mira y escucha, nena.

Nena.

—Mira qué buena chica eres. —Me lleva un segundo darme cuenta de que quien habla es el hombre que maneja el cuero—. Qué buena chica —dice, mientras acaricia con su mano el trasero cubierto de cuero de ella—. Puedes soportar esto y mucho más. Haciendo exactamente lo que digo.

El siguiente golpe va a sus muslos internos. Puedo verla estremecerse y oírla gemir mientras él le separa las piernas. Mi corazón late con locura y una extraña sensación pesada florece entre mis muslos.

El sonido del metal haciendo clic atrae mi atención hacia la izquierda de esa pareja, donde una persona está atando a otra a una X de madera.

Dios mío. Vaya.

Es difícil saber dónde mirar a continuación. Una pareja tras otra están involucradas en todo tipo de cosas en las que nunca había pensado antes. Una mujer está atada en un escenario con una intrincada red de cuerdas como si hubiera sido tejida por la mano de un maestro. Hay un hombre arrodillado a los pies de una mujer con una mirada de total adoración en su rostro, y otro más sobre el regazo de un hombre.

—El castigo es algo que debe ser odiado y evitado —digo, negando con la cabeza, solo porque realmente no puedo darle sentido a todo esto—. No entiendo.

—Depende de cuál sea la infracción y quién esté a cargo de la disciplina. Pero sé que tienes una historia. Vi tus moratones. —Le oigo *a él* tragar y aclararse la garganta—. Y esa es la única razón por la que *tú* no estás sobre *mis* rodillas.

¿Por qué la imagen de él haciendo eso hace que mi vientre se contraiga y gire, que mi corazón amenace con salirse de mi pecho?

Debería odiar eso.

No puedo permitirme pasar de una situación abusiva a otra.

Pero entonces vuelvo a centrarme en una de las primeras parejas que noté y veo la mirada de absoluta dicha en el rostro de la mujer. Me quedo mirando. Me siento más erguida.

Espera un momento.

—¡La conozco!

—¿A quién?

—A la mujer en ese banco. ¡Dios mío! —Me pongo de pie—. Se llama Quinn. Viajamos juntas en el autobús hasta aquí. ¡Tengo que ir a verla!

Sus fuertes y cálidos dedos me sujetan con más fuerza.

—No hemos terminado aquí, y está estrictamente prohibido por las normas del club que entres en esa habitación. Estarías interrumpiendo una escena, y solo miembros verificados tienen permiso para bajar allí.

Mi corazón se hunde. Acabo de ver a la única amiga que he tenido en mi vida aparte de mi hermana, y no puedo dejar que se escape así.

—Pero es mi amiga, Sergio —digo, con voz temblorosa.

—Avisaré a uno de mis hombres para asegurarnos de preguntarle antes de que se vaya si está bien compartir su información de contacto. Incluso podemos intentar ver si se quedará el tiempo suficiente para verte, aunque quizás se vaya con su pareja. ¿Cómo os conocisteis?

Me giro hacia él, cómoda en el hueco de su brazo, sus ojos tan intensos vistos de cerca.

Se lo cuento todo.

—Ah, ya veo. Interesante. Me aseguraré de que puedas hablar con ella. Pero dime, Eden.

Le miro, mi corazón haciendo todo tipo de cosas extrañas en mi pecho mientras pregunta: —¿Qué puedo hacer para que te sientas segura?

Puedo notar que se está conteniendo de decir lo que quiere, de hacer lo que quiere, como si tuviera miedo de que vaya a herirme. Y aunque sé que debería sentirme honrada de que no quiera hacerme daño, al mismo tiempo me hace sentir un poco... herida. Como si pensara que soy frágil y quebradiza.

Si supiera lo equivocado que está.

Sin embargo, contengo mi enfado, porque soy yo la que está equivocada, y él está haciendo todo lo posible por no excederse. Y hay una parte de mí que adora eso.

Quiero darle una respuesta sincera, y no estoy completamente segura de exactamente qué quiero decir. Tomo aire, luego lo suelto.

—Me pediste que hiciera una cosa y no la hice. De donde vengo, estaría en graves problemas por eso. Y no del tipo de problemas que... —miro a través de la pared de cristal—. Ellos parecen estar disfrutando.

Él me da una mirada extraña.

—¿Qué? —pregunto.

—En la superficie pareces como si no entendieras las formas del mundo. Pero algo me dice que entiendes mucho más que la mayoría de nosotros.

Bajo la mirada tímidamente porque no estoy acostumbrada a los elogios. Y aunque me incomoda, al mismo tiempo... anhelo más.

Nunca he deseado a un hombre. Todo lo que siempre he querido era seguir las reglas para no ser herida o rechazada. Y estar alrededor de esta gente... alrededor de *él*... me ha hecho darme

cuenta de que este deseo solo trataba de mi necesidad de supervivencia.

—Eden, me haces querer ser la persona más honesta del mundo.

No entiendo por qué esto le hace parecer atormentado.

—¿Por qué no querrías ser honesto? ¿Por qué lo combates?

—De donde vengo... la honestidad puede ser percibida como una debilidad.

Bufo.

—Eso es lo más estúpido que he oído nunca. Cualquiera puede mentir. Los niños mienten. Los cobardes mienten. Se necesita una increíble *fortaleza* para ser honesto.

Sus ojos se ensanchan durante una fracción de segundo antes de que componga sus rasgos en una cara de póker.

—Dijiste que ya estaba haciendo lo que necesitaba para ganarme tu confianza. Sé específica.

—Ya sé que si fuera cualquier otra persona, probablemente estaría despedida. Pero no me has despedido.

—Si fueras solo una empleada, quizás te advertiría —dice, con un poco de diversión en su voz—. No despido a los empleados por capricho. Si fueras mi mujer, ya te dije lo que haría. Te disciplinaría. Pero si fueras mi mujer, sabrías lo que eso significa.

Su... mujer.

No estoy preparada para lo que eso me hace sentir. Debería *odiar* la idea de cualquier tipo de disciplina. No entiendo por qué la idea de estar sobre su regazo me hace sentir... ¿excitada? ¿Nerviosa, pero de una manera que hace cosas extrañas a mi cuerpo?

—Ya que estamos siendo sinceros —digo, aunque mi mente me grita que pare, que estoy yendo por un camino que no quiero recorrer, que temo que nunca podré retractarme. No puedo evitarlo. Lo digo rápidamente, antes de perder el valor—. Hay una parte de mí que se pregunta cómo sería eso contigo. —Pienso en la mujer en la mesa y lo hermosa que estaba en los espasmos de placer.

Su voz suena estrangulada. —Eden...

—Dijiste que esas personas experimentan placer. Me gusta la idea de... convertir algo que fue doloroso para mí en... placer. Y creo que tú sabrías exactamente cómo hacer eso. Y yo... —necesito un minuto para formular mis palabras.

Acariciando mi vientre con el pulgar, me da espacio para continuar. Me respeta lo suficiente para esperar. Y esto, justo esto, es exactamente lo que me está mostrando que puedo confiar en él.

—No estoy orgullosa del hecho de que te desobedecí, Sergio. Pero de nuevo, ¿siendo sincera? Si tuviera que hacerlo de nuevo, haría lo mismo, lo sé. Salí aquí porque estaba preocupada por ti. Me mostraste amabilidad. Me diste esperanza. No me trataste como la inadaptada que sé que soy. Y la idea de que estuvieras herido...

No puedo terminar la frase.

Mi corazón late con fuerza cuando roza sus labios contra mi mejilla.

Le miro con ojos muy abiertos. Mi pulso aletea en mi garganta como mariposas batiendo sus alas. Y aunque lo que me han enseñado me dice que esto está mal, todo lo demás en mí, mi deseo interno de ser amada, protegida y apreciada, de ser vista como un ser humano real, de experimentar la intimidad en el nivel profundo que sé que las personas aquí en este club experimentan... me dice que esto es lo que quiero.

No fui creada para la servidumbre o para ser utilizada.

Fui creada para vivir. Fui creada para amar. Fui creada *para mucho. Más.*

Tomará mucho más tiempo y experiencia antes de que pueda acercarme a rechazar creencias y miedos profundamente arraigados.

Pero puedo permitirme ser curiosa.

Puedo permitirme preguntarme...

Y tal vez... solo tal vez... puedo permitirme confiar.

Sergio acuna mi rostro en sus manos, como si estuviera hecha de la más fina y preciosa porcelana del mundo. Me mira a los ojos como si quisiera explorar cada centímetro de quién soy. Como si nada de mí le alejara.

Esto es mucho más que un hombre que me quiere para su propio placer, y eso me intriga y me aterroriza a la vez.

—Háblame.

—Desearía no estar casada. En mi corazón no lo estoy. Yo... lo dejé. Y preferiría morir antes que volver.

Eso no era lo que quería decir.

Sus ojos se vuelven tormentosos. —Tu marido no te merece.

Le miro fijamente. No puedo comprender realmente las palabras que está diciendo. Las oigo, pero la aceptación real de lo que me está diciendo... que soy digna de amor, que alguien que me hace daño no me merece...

—No debería haber dicho eso. Está mal que diga eso. No debería...

—Quiero que dejes de decir eso.

Le miro con curiosidad. —¿Qué?

—*No debería. Esto está mal*. Cuestionas tu bondad y tus motivos con regularidad, y quiero que eso pare.

Le miro fijamente. Bueno, entonces.

—Eres tan eficiente y consumada en menospreciarte como lo eres cocinando. Es tu especialidad. Y cuando estés conmigo, no lo permitiré.

Cuando esté... con él.

Estoy muy familiarizada con palabras como obedecer y permitir, pero esto se siente tan diferente...

—Mira otra vez a esas personas allá abajo, Eden.

Hago lo que dice. Miro a un hombre acunado en los pechos de una mujer. Veo a otro hombre acariciando la mejilla de una mujer entrelazada en cuerdas, y otra riendo con abandono, sus brazos en el aire como si acabara de lograr una hazaña enorme. Veo a Quinn, de pie en un escenario, con la barbilla levantada y su postura orgullosa.

Veo a una mujer... una mujer muy pequeña y menuda... acunada en el regazo de un hombre. Lo que sea que él le dice al oído hace que se sonroje y se muerda el labio.

—¿Qué ves, Eden?

Mi pecho se eleva con una inhalación. La suelto lentamente. —Veo... felicidad. Pertenencia. *Confianza*. —Trago saliva—. Quiero eso, Sergio.

Acaricia castamente mi pelo con su mano. —Aún no te he castigado, pero si hay algo que va a hacer que acabes sobre mis rodillas y con el trasero rojo, es no decirme la verdad. No entramos en *nada* de esto a menos que seas honesta conmigo. —Su voz es ronca. Sus pupilas están dilatadas, y respira pesadamente.

Toda mi vida la idea de excitar a un hombre me aterrorizaba. De nuevo, esto se siente... diferente. Me siento empoderada. Emocionada. *Deseada*.

Y este es un territorio tan diferente para mí.

Él espera mi respuesta, sin empujarme, sin presionarme. Solo esperando.

—Es difícil ser honesta cuando ni siquiera conozco las emociones que estoy sintiendo. A veces no sé qué palabras decir. Dijiste que no quieres nada más que honestidad, así que eso es lo que te voy a dar. Me criaron para ser una mujer sumisa, pero esa no soy yo. Me sometí porque tenía miedo. Porque me dijeron que esa era la única manera de ser. Pero me arrepiento de eso. Me arrepiento de no haberme pronunciado contra lo que estaba mal. Y esa es... una de las razones... por las que me fui.

Aparto la mirada, porque recuerdo que él no sabe mucho sobre dónde crecí o lo que sé.

—Quizás debería empezar por el principio.

—Sé algo. Sé quién eres y de dónde vienes.

El calor se propaga por mi pecho y un escalofrío de pánico me detiene. —¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo dijo?

Si la comunidad sabe que me he ido, si han puesto algún tipo de vigilancia para buscarme, si mi hermana está en peligro...

—La esposa de Mario, Gloria, es detective privada. Tiene recursos a su disposición que muchas personas no tienen. Hicimos algunas

investigaciones, y sabemos que dejaste la comunidad en Carolina del Norte.

No me importa que lo sepa, no me importa la legalidad de ello, quiero saber si estoy a salvo. Mi corazón late tan rápido que me mareo y mi voz sale en un susurro mientras intento concentrarme. —¿Me están buscando?

Una oscuridad que no había visto antes destella en sus ojos. Es el indicio del peligro del que he estado asustada -asustada y de alguna manera tranquilizada- porque sé que las personas que vendrían por mí son ahora sus enemigos.

Se inclina hacia mí. Mis nervios están en llamas, una mezcla de anticipación y emoción, todo tensado con curiosidad y un hilo de... anhelo.

Siento un aleteo en mi vientre mientras se acerca, mi corazón acelerado. Mi mente queda en blanco, mis pensamientos se desvanecen mientras estoy envuelta en la sensación del beso.

La sorprendente suavidad y calidez de sus labios. El sabor de su aliento, con un toque de menta. La firme presión de su boca contra la mía.

No creo en la magia y nunca lo he hecho, pero estoy empezando a cuestionar mi premisa, porque *este. Beso. Es. Mágico*. Con este beso, Sergio y yo hemos cruzado una línea de la que no hay retorno. Una parte de mí teme que él no sienta lo que yo siento, porque la enormidad de lo que estoy experimentando evoca una amplia gama de emociones.

Cuando nos separamos, toco mi frente con la suya.

Apoyo mi cabeza en su pecho. Se siente correcto y natural cuando sus brazos me rodean.

—Te mantendré a salvo, Eden. Lo prometo. Nadie va a hacerte daño.



CAPÍTULO 12

«COMPROBACIÓN DE CORAZÓN»

EDEN

SERGIO acaricia mi mejilla suavemente mientras me acurruco contra su pecho.

Sujetando mi barbilla con su mano, me obliga a mirarlo a los ojos. —Dime por qué te pedí que no entraras en ese club sin mi permiso.

Mi corazón late más rápido. Este es un lado de Sergio que no había visto hasta ahora: severo pero gentil, firme pero con control.

—Porque no querías asustarme. Porque querías asegurarte de que no viera nada que me asustara —trago saliva y aclaro mi garganta antes de continuar—. Porque querías mantenerme a salvo.

Mi voz se quiebra en la última palabra. ¿Está bien? ¿Debería haber dicho eso?

—Muy bien —dice, con el más leve indicio de una sonrisa de aprobación. Inclina su boca hacia mí y besa mi mejilla.

—Si quieres la libertad que viene con este tipo de sumisión —dice, señalando la pared tras la cual toda clase de actividades siguen a pleno rendimiento—, empieza justo aquí —toca el lado de mi cabeza—. En tu mente. Con tus emociones y pensamientos. Y la diferencia entre lo que experimentaste y lo que yo puedo darte está justo aquí... —señala mi corazón. Juro que lo siento hincharse dentro de mi pecho.

Asiento, comprendiendo.

—¿Qué haría si fueras mi sumisa, Eden?

—Me... castigarías —digo, curiosa, excitada y un poco confundida —. Creo. Dijiste que no me despedirías.

—Correcto. Te azotaría por tu desobediencia.

—¿Sobre tus rodillas?

Hace una pausa. Mi corazón retumba en mis oídos. Señalo detrás de mí. —¿Como... eso?

—Sí. Podría leer mejor tu reacción de esa manera, juzgar lo que podrías soportar —acaricia mi mejilla, y rápidamente, me imagino

que acaricia todo mi cuerpo con esas manos ásperas y masculinas—. Podría asegurarme de que lo disfrutaras.

—Yo... —Las preguntas abundan en mi mente, pero las destilo todas en la única respuesta que le complacerá—. Sí, señor.

Haría cualquier cosa para ver esa aprobación en sus ojos de nuevo.

—Tenías una pregunta, pero te censuraste justo ahora.

—No... puedo imaginar disfrutar un castigo, eso es todo. Parece bastante difícil de imaginar.

Su risa profunda enciende mis nervios.

—¿Eso es un desafío?

Oh. Oh no.

Oh *sí*.

Lo miro fijamente.

He pasado toda mi vida con miedo de lo que podría ocurrir. Asustada de dar un paso en falso. Ahora, siento que si no aprovecho esta oportunidad... ¿cuándo lo haré?

Si no tengo el valor ahora... ¿cuándo lo tendré?

—Quiero que te tumbes sobre mis rodillas.

Dios mío. Yo... no sé qué decir ni qué hacer. Parece que no me queda más remedio que... hacer lo que dice.

Hazlo.

Me pongo de pie. Cuadro los hombros, respiro hondo y me recuerdo cómo me sentía antes de huir. Cómo me sentía antes de irme.

Y sé que... al otro lado del miedo está... la libertad.

Definitivamente nunca he experimentado nada como esto antes. Me han golpeado, pero siempre fue con algún tipo de objeto. Me han empujado contra la pared, lanzado sobre una cama...

No, no pensaré en eso ahora. Esto es diferente.

Esto es Sergio.

Me paro frente a él y miro desde la amplia extensión de su regazo hacia las personas debajo de nosotros, donde una mujer está

tendida sobre las rodillas de un hombre, con una expresión de absoluta satisfacción en su rostro.

Puedo hacer esto.

Cierro los ojos y me tiendo sobre su regazo. La cálida y fuerte extensión de sus muslos presiona contra mi vientre. Mi trenza cuelga frente a mí, y mis piernas cuelgan del otro lado. Me retuerzo cuando su mano viene a descansar sobre mi trasero.

Cierro los ojos cuando una oleada de emoción y calor me abruma. Inhalo temblorosa y exhalo de nuevo.

Puedo hacer esto.

Me siento tan expuesta, tan vulnerable.

Tan excitada.

Mi pulso corre como un torrente, retumbando en mi cabeza tan rápido que me ensordece. Mis manos tiemblan, y no sé qué hacer con ellas hasta que me doy cuenta de que puedo aplanarlas en el suelo frente a mí. Mi piel se siente como si estuviera consumida en llamas. Incluso la tela de mi ropa contra mis pechos envía un hormigueo por todo mi cuerpo. Todo mi ser vibra, como un instrumento listo para ser tocado.

—Voy a castigarte por desobedecerme, Eden. Sé por qué lo hiciste, así que voy a ser suave contigo. Esta vez.

Puedo sentir que levanta su mano. Cierro los ojos y me preparo.

Cuando golpea su palma contra mi trasero, jadeo sorprendida. Me estremezco, mientras una ola de placer me recorre.

¿Qué?

Como para validar mi excitación, acaricia el lugar sensible que acaba de azotar. —¿Cómo estás?

—Estoy... Dios mío, estoy fantástica —digo en un torrente de palabras.

—Oh, ¿*de verdad*? Estás siendo castigada, Eden —pero hay un toque de burla en su voz cuando me da una segunda nalgada firme.

De nuevo, me azota, y de nuevo, mi cuerpo responde como si esto fuera lo más sexy que alguien haya hecho por mí.

En realidad... podría serlo.

Me preparo para otra palmada y me pregunto realmente lo bien que se sentirá si continúa, cuando él da una palmadita en mi trasero.

—Eso es todo lo que haremos esta noche.

Espera. ¿Eso es todo?

¿Por qué estoy decepcionada?

Quiero que me toque. Quiero que siga. Quiero saber qué pasa si lo hace.

Aclaro mi garganta. —Gracias, señor.

—*Dios*, eres una mujer con talento natural —con un suspiro, me gira para que esté sentada en su regazo—. Comprobación de corazón.

Parpadeo. Aclaro mi garganta. —¿Qué significa eso?

Él solo niega con la cabeza. —Dime cómo está tu corazón. ¿Eso te desencadenó algo? ¿Te asustó? ¿Te recordó algo negativo?

Le doy una mirada curiosa. —No. Para nada. Yo... bueno, podría haber seguido haciendo *eso*. Y... lo único que sé es que lamento no haberte escuchado, pero estoy muy, *muy* agradecida de que estés bien —él se ríe, sin reservas. Me encanta cuando lo hace.

—Dios, eres adorable. Tan adorable. Los dos necesitamos dormir. Esto ya quedó atrás. No estoy enfadado contigo, y sé que vas a ser una buena chica que obedece de ahora en adelante, ¿verdad?

—Um. ¿*Cuánto* de buena tengo que ser?



Capítulo 13

—ENCUÉNTRALO.

SERGIO

EDEN NO SABE QUIÉN SOY, pero ahora mismo no creo que le importe.

Lo hará.

Odio dejarla. Pero algo me dice que es mejor ir despacio con ella, asegurarme de que no se sienta abrumada o herida de ninguna manera. Sé que algunos en este estilo de vida encuentran sanación cuando se someten a alguien en quien confían. Cuando asocian una sesión con libertad y autonomía, y exploración sexual.

Quiero eso para ella.

Demonios, lo quiero para *mí*.

Camino de un lado a otro en mi habitación, intentando distraerme de todo lo que quiero hacer con ella. Ir despacio no me resulta natural.

Llamo a Mario para ver cómo está, pero no responde. Miro mis mensajes.

> Mario está durmiendo. Va a estar bien. Tiene costillas rotas pero está vivo gracias a ti.

Dios, qué día.

Agradezco que mi despacho sea el único lugar en todo este maldito club que no tiene cámara de vídeo, porque por primera vez en mi vida, anhelo privacidad.

No quiero compartirla con nadie.

Puedo ser paciente. Puedo esperar años si es necesario. Y quizás tenga que hacerlo. Ella tiene muchas mierdas que resolver, pero ¿acaso no las tenemos todos?

Como no puedo llamar a Mario, llamo a su esposa, Gloria.

—¿Sergio? Oh Dios, tengo que darte las gracias. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Estoy bien. ¿Cómo está Mario?

—Cansado, dolorido, y tiene una larga recuperación por delante, pero lo conseguirá —Toma una larga y temblorosa respiración—.

Estoy en el hospital con él, y está bien. Gracias a Dios. Dicen que no estaría vivo si no fuera por ti, Sergio. No sé cómo agradecértelo.

Vale, los Rossi necesitan calmarse. Hice lo que cualquiera hubiera hecho en esa situación.

—¿Cómo puedo agradecértelo? Lo digo en serio.

Suelto una risa.

—Es mi mejor amigo, Gloria. No me debes ningún agradecimiento. Daría mi vida por él.

—Bien, entonces, dame un trabajo. Me conoces, Sergio. Sabes que no me gusta estar sin hacer nada. Quiero mantenerme ocupada. ¿Qué puedo hacer? Ponme a trabajar.

Gloria es la detective más talentosa que tenemos. Es dinamita.

—De hecho... tengo un trabajo para ti. O la continuación de uno. Quiero que averigües todo lo que puedas sobre el culto de la hermandad en Carolina del Norte. Todo. Quiero saber quiénes son, qué representan —Miro por la ventana a la multitud de abajo, sin verla realmente—. Y averigua el nombre del hombre con quien está casada Eden.



CAPÍTULO 14

«HORA DE UN CAMBIO DE IMAGEN»

EDEN

Me despierto a la mañana siguiente como si saliera de un sueño.

¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

Me lleva un minuto, pero entonces todo regresa a mi mente de golpe.

Sergio. El club. Ya no estamos... fingiendo.

Alivio.

Pensé que me costaría conciliar el sueño, pero no fue así. Si soy sincera, probablemente he dormido mejor que en años. Me observo en el espejo, como si esperara verme de algún modo diferente, porque definitivamente me siento distinta. Pero sigo siendo la misma de siempre. Un poco aburrida, si me lo preguntas. Más pequeña que las otras mujeres, más sencilla... Ayer, cuando vi a esas mujeres en el club, me sentí fuera de lugar. Quería verme glamurosa, hermosa y brillante como ellas.

¡Quinn! Necesito hablar con Quinn.

Sergio dijo que me pondría en contacto con ella y necesito saber... muchas cosas. Qué la trajo aquí. Qué le gusta de este lugar. Qué sabe sobre Sergio...

Miro el reloj. Las 6 de la mañana. Es un poco más tarde de lo que suelo levantarme porque me gusta empezar temprano el día, y tengo que preparar cosas en la cocina para esta noche. Supongo que necesitaba el descanso. Estoy apartando las sábanas cuando alguien llama a mi puerta.

Mi corazón late con fuerza. Trago saliva. ¿Podría ser que la única persona en el mundo entero que realmente espero ver esté llamando a mi puerta ahora mismo?

Abro la puerta.

Sergio está frente a mí, vestido con un pantalón gris de chándal y una camiseta blanca. Hay algo en él vestido con ropa informal, claramente después de haber pasado la noche aquí, que hace que mi corazón dé un extraño saltito en mi pecho. Sergio es cualquier

cosa *menos* informal. Me dan ganas de estirar la mano y acariciarlo. Tocarlo. La forma en que le queda esa ropa me hace sentir que está hecho de nada más que músculos, tendones y *fuerza*.

Parece casi tímido cuando pasa los dedos por su pelo. —Estás despierta. Solo venía a ver cómo estabas —. Me sorprende mirando cómo su pulgar acaricia su barba incipiente. Me lamo los labios y trago saliva.

Y entonces está en mi habitación, y yo estoy en sus brazos, y todo lo demás a nuestro alrededor desaparece.

Solo soy consciente de cómo se siente estar entre sus brazos. Lo segura que me siento cuando sus fuertes brazos me rodean. La manera en que huele a masculinidad personificada, cómo me siento pequeña y delicada en sus brazos. Me levanta, con sus manos bajo mi trasero, mis piernas rodeándole. Mi corazón se eleva.

Con sus dedos en mi pelo, sujeta la parte posterior de mi cabeza y acerca su boca a la mía. Me da un beso y luego se aparta, buscando mis ojos.

Supongo que no soy la única que ha echado de menos a alguien.

—Así que, sí, estoy bien.

Cuando su mano grande y áspera aprieta mi trasero, me retuerzo porque envía todo tipo de estremecimientos de conciencia y nervios a cada parte de mi cuerpo.

Está tan mal permitir que un hombre con el que no estoy casada me toque, que ni siquiera sé cómo procesarlo o justificarlo.

Pero dejé que el hombre con el que estaba casada me tocara, y me hizo sentir inútil. Cosificada. Menos que nada.

—Habla, cariño. Estás haciendo esa cosa otra vez —. Sergio aparta el pelo de mis ojos y capta mi mirada con una frase—. Mírame.

Aclaro mi garganta. —¿Qué cosa?

—Esa cosa en la que te alejas porque estás dejando que algo te retenga. Como si tuvieras todos estos miedos y no quisieras decirlos en voz alta. Dame ese chequeo de corazón. ¿Qué está pasando?

Inhalo con un suspiro tembloroso, porque ¿cómo le cuentas a alguien tus esperanzas y sueños? ¿Cómo le dices a alguien que lo miras buscando algún tipo de salvación... algo más de lo que los humanos somos capaces de dar.

Quiero que me rescate y al mismo tiempo quiero rescatarme a mí misma, y estoy confundida, y no sé cómo expresar lo que hay en mi corazón. No sé cómo dar voz a mis miedos.

Pero lo intento.

—No debería querer que me toques. No debería querer que fueras... íntimo conmigo. No estamos casados.

—Y el hombre del que estás separada no te tocaba de la manera que querías o de la forma que merecías ser tocada.

Asiento porque es verdad.

—¿Tienes miedo de lo que podría pasarte?

—Por supuesto. Tengo miedo de... el rechazo. Tengo miedo de que... todas las cosas que me dijeron que me pasarían si no hacía lo correcto, vayan a ocurrir. Y ya ni siquiera puedo empezar a distinguir la verdad de la ficción. Así que simplemente me asusta.

Me desliza hasta el suelo. Entrelaza sus dedos en mi pelo. Su voz es baja y contemplativa cuando habla. —Créeme cuando te digo que no soy una persona religiosa. Quiero decir, el sacerdote de la iglesia de la calle se moriría de risa si dijera que soy religioso. Pero puedo decirte esto. No sé si podría adorar a alguien que está buscando hacerme tropezar. No sé qué te hicieron esos hombres. No sé qué te hicieron esas personas —. Sacude la cabeza—. De nuevo, nena, *no* soy un hombre religioso, así que no puedo hablar de religión. Pero sí conozco a las *personas*. Y sé que mereces mucho más de lo que jamás te han dado.

Me remuevo incómoda porque no sé cómo procesar todo esto o qué hacer con ello.

Quiero creerle.

Quiero pensar que lo que dice es la verdad, pero no lo sé. Tal vez no necesitamos tener todas las respuestas ahora mismo. —Sergio, ¿podemos cambiar de tema?

Él asiente y me suelta, metiendo las manos en los bolsillos de su chándal. —Por supuesto. Quería ver cómo estabas. Tengo un gran trabajo que hacer hoy y me va a sacar de aquí. No puedo quedarme mucho tiempo —. Me da una lenta sonrisa, se acerca más, y frota su pulgar por la prominencia de mi mejilla—. Pero esta noche, Eden. Esta noche, jugamos.

Besa mi mejilla y me deja con el corazón acelerado y un anhelo por mucho más.

Normalmente me gusta el trabajo que hago, pero hoy no porque todo lo que puedo pensar es en esto. Jugar.

Intento mantenerme concentrada. Hay mucha charla sobre que Mario está mejorando, y desearía poder verlo. Pero incluso escucho a alguien decir que Sergio le salvó la vida. ¿De qué va eso?

Me pregunto por qué Sergio piensa que no es un buen hombre. Nunca he conocido a nadie mejor. Intento decirme a mí misma que realmente no lo conozco en absoluto y que hay cosas sobre él que me van a asustar. Sin embargo, es difícil creer cualquiera de los rumores que he oído circular por el club. Quizás no quiero saberlo.

No. He pasado mi vida creyendo mentiras. Lo último que quiero hacer es contarme otra.

Pero me encanta cómo me siento con él. Sé que puede ser aterrador y peligroso, y la gente del club le obedece como si tuvieran miedo... pero el suyo es un tipo diferente de miedo.

He estado alrededor de un hombre al que todos promocionaban como "bueno". Como el mejor que había. Un líder de la comunidad, un verdadero pilar. Mis padres estallaron de alegría cuando se anunció mi compromiso con Seth.

Pero ahora sé que todo eso era simplemente... engañoso. Falso. Tenemos definiciones muy diferentes de lo que significa ser "bueno".

Me pongo a trabajar en la cocina. Eso lo sé.

—¡Oh, Dios mío! Eden. No. ¿Hablas en serio? ¡Ahhhhh!

Levanto la mirada sorprendida para ver a mi amiga Quinn. El pelador de patatas en mi mano cae sobre la encimera con estrépito, y jadeo. —¡Quinn!

—¡Dios mío, me dijeron que estabas aquí, pero no quería creerlo!

—¿Por qué? —digo con una risa.

Me da una mirada extraña. —Porque esto es un club de sexo, nena. Tú eres amish. No quiero que te corrompan. Como... ¿cómo decirlo... hay escasez de buenas personas en el mundo y tú eres una de ellas. Y necesitamos mantener a esas personas a salvo —. Dice esto como si fuera simple, como si no sacudiera todo mi mundo al llamarme buena.

—Bueno, como Ricitos de Oro... encontré una cama donde dormir y el resto es historia.

Ella echa hacia atrás su hermosa cabeza y ríe, sacudiendo su pelo para que caiga alrededor de sus hombros. —Necesitamos hablar, cariño, y ahora que estamos aquí, nadie más nos va a oír, ¿verdad? —Se inclina cerca y dice en un susurro fuerte—: Sergio Montavio me mandó llamar para verte. ¿Lo has conocido?

¿Conocerlo? Eh. Podrías decir eso.

Me río. ¿Cómo le digo que estoy medio enamorada de él?

—Lo he conocido. Él es... eh, mi jefe.

—Tu jefe —repite, como si no pudiera creer lo que estoy diciendo. Espera a enterarse del resto—. Bueno, ¿a qué hora sales del trabajo? Porque necesito hablar contigo.

Le sonrío. —Acabo de empezar —. Miro la hora—. ¿Quizás puedes coger un pelador de patatas y ayudarme?

Quinn salta sobre un taburete, agarra una patata y luego torpemente intenta pasar un pelador de patatas contra ella. —Vale, la versión de cocinar de mi madre era calentar patatas fritas en el microondas. Digamos que no soy muy buena en esto y tal vez puedas ayudarme.

Miro a Quinn y miro la patata en su mano e intento pensar en alguna forma delicada de decirle que no tiene ni idea de lo que está haciendo.

—¿Puedo enseñarte cómo usar esto?

—Quizás si tienes un pelador de patatas normal en vez de esta cosa industrial —. No tengo valor para decirle que *es* el pelador de

patatas normal, y que el industrial está acumulando polvo bajo el fregadero. Me gusta hacer las cosas a mano.

Le muestro cómo sostener la patata. Le muestro cómo curvar los dedos para no cortarse mientras pela. Le enseño hasta que las peladuras se enroscan y los filamentos caen en un bol. —Buen trabajo, Quinn. Creo que debería pedirles que te contraten.

—Eres muy dulce, pero esa sería una idea absolutamente terrible. Créeme, no me quieres en la cocina. No. Y ahora puedes contarme qué está pasando.

Así que mientras pelamos suficientes patatas para alimentar a un ejército, le cuento todo.

Le cuento cómo llegué aquí, el trabajo que Sergio me dio, cuánto me está pagando y qué voy a hacer con el dinero. Le cuento sobre el accidente de coche y mis miedos de que Sergio se hubiera ido. Le digo que estoy interesada en él, y no sé qué significa, que tengo miedo de todo lo que este club tiene para ofrecer, pero también quiero dejar el pasado atrás. Y Dios, qué bien se siente tener una amiga. Me cae bien Marialena y me cae bien Rosa. Pero Marialena solo está visitando el club y volverá a casa eventualmente, y Rosa es un poco distante y callada y más difícil de conectar. Los chicos... no sé si soy yo o ellos o si Sergio les ha dicho que se mantengan alejados de mí, pero todos mantienen la distancia y apenas me hablan.

Hay algo "diferente" en mí que me mantiene separada. Cuando me fui, tenía la sensación de que iba a ser así. No pensé mucho en ello porque mi único objetivo era irme. Ahora que lo he hecho, siento el dolor de echar de menos tanto de lo que dejé atrás. Sí, dejé un matrimonio terrible y abusos, y me fui con la suposición de que encontraría un lugar mejor para mi hermana y para mí. Pero también dejé la familiaridad del hogar, y dejé a mi hermana allí.

—Vale, volvamos a la parte en la que me dices que Sergio Montavio es tu jefe.

—¿Tú también lo conoces?

—Cariño. ¿Conocerlo? Por supuesto que sí —. Mira por encima de su hombro como si las paredes tuvieran oídos y tuviera miedo de que Sergio la escuche—. Es algo así como... cómo decirlo. Terroríficamente sexy. ¿Notorio? —Habla en voz baja, casi como un susurro—. Eden, ¿sabes lo que es un gánster?

Gánster. Siento que mis ojos se agrandan. Me cubro la boca. —¿Te refieres a crimen organizado?

—Eh, sí, nena. Eso es exactamente a lo que me refiero. ¿Como El Padrino? ¿Uno de los nuestros? Solo que Sergio es más sexy y más rico y obviamente tiene mucho mejor gusto en mujeres.

Tiene mucho mejor gusto en mujeres.

Supongo que eso es un cumplido.

Aunque no sé todo lo que necesito saber sobre esto, sí sé que Sergio no es el tipo de persona que me haría daño como lo hizo mi marido...

En realidad, ¿sé algo en absoluto?

Volviendo a centrarme en el bol desbordante y los montones de peladuras frente a mí, me doy cuenta de que hemos pelado toda la bolsa de veinte libras de patatas.

Quinn se acomoda en su taburete. —Oí que te colaste en el club anoche.

Para ser un club privado secreto, las noticias corren bastante rápido.

Le sonrío. —Lo hice —digo—. Quinn, me gusta estar aquí.

La tía Flo entra contoneándose sin llevar nada más que lo que parece un pequeño vestido de piel de leopardo con cremallera... si se le puede llamar vestido. Si extendiera la mano y bajara el extremo de esa cremallera, creo que no tendría nada debajo. Y probablemente ni siquiera pestañearía.

—Oh, hola Quinn.

—Hola Flo. ¿Conoces a Eden?

Flo sonríe. —Claro que conozco a Eden. Es mi persona favorita en todo el mundo.

Sé que probablemente está siendo hiperbólica. Está exagerando.

Pero vaya, le caigo bien. Eso hace... bueno, un par de personas ahora.

—El rumor es que te colaste en el club anoche —dice Flo con voz cantarina y un toque de orgullo.

Sacudo la cabeza. —Oh, Dios mío, ¿todo el mundo habló de esto? Estoy tan avergonzada.

—La única razón por la que estás avergonzada es porque todos lo sabemos. Pero nada relacionado con Sergio Montavio ocurre sin que todos nos enteremos. Créeme. Quiero decir, da miedo, pero cuando estás cerca de él, es como una nube de algodón. Solo para ti. Sergio no es una nube de algodón para literalmente nadie más.

Nube. De. Algodón. Para. Mí.

Un par de personas que pasan por la entrada momentáneamente captan la atención de Quinn. Se muerde el labio como si pensara. —Quiero decir, a mí no me van las chicas, pero incluso yo adoro a Eden. Es tan hermosa. Y no es como si fuera parecida a nadie que hayamos conocido antes, ¿verdad? No hay forma de que Sergio haya conocido a una mujer como ella.

¿Están hablando de mí?

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dice Flo, asintiendo —. Es tan encantadora.

Saben que estoy de pie justo delante de ellas, ¿verdad?

—Quiero decir, solo el hecho de que lo llames por su nombre de pila, cariño. Nadie lo llama Sergio. Todo el mundo lo llama Sr. Montavio. O Jefe. ¿Estás en una relación de nombre de pila con él? Eso es una locura.

Bueno, *algunas* personas lo llaman Sergio, pero...

Marialena entra. Parece que estamos teniendo una reunión en la cocina.

—Oh, *Dios* mío, Marialena —dice Flo—. ¿Cómo está Mario? ¿Está mejor? Dime que está mejor.

—Lo vi esta mañana —dice Marialena—. Está mucho mejor. Estábamos realmente asustados. Gracias a Dios que Sergio estaba allí en el momento adecuado.

—Así que ella también lo llama por su nombre de pila —digo.

Quinn sacude la cabeza. —¡Es su prima! —Mira a Marialena—. Me alegro mucho de que Mario esté mejor.

—Gracias. ¿De qué estabais hablando?

Quinn pone una expresión triunfante. —Dime, Marialena. Estábamos diciendo que hay algo especial en Eden. ¿Estás de acuerdo?

Marialena asiente. —Por supuesto que lo hay. Es la mejor persona que conozco, y conozco a mucha gente.

¿Qué? Mis mejillas se calientan. —¿Seguís hablando de mí?

Quinn sacude la cabeza y señala con el pulgar en mi dirección. —¿Veis? Adorable.

Flo pone su mano en mi hombro. —Sergio volvió porque quería verte. Apostaría todos mis ahorros a ello.

Marialena le lanza una mirada fulminante. —Sé cuáles son tus ahorros, y no me impresionan —. Flo le levanta el dedo corazón. Quinn sonríe.

—¿He oído que Sergio salvó la vida de Mario? —pregunto.

Marialena asiente. —Lo hizo, absolutamente. No creo que nadie sepa la historia completa todavía, pero hay una cámara de seguridad que lo captó todo. Chicas, Sergio, como que *levantó el coche* de encima de Mario. Como un levantador de pesas. Como si estuviera en un set de película. Si yo hubiera estado con Mario en vez de él, ahora estaríamos planeando su funeral.

Nos quedamos todas en silencio por un momento, todas pensando en eso. Puede que yo sea la que está más centrada en la idea de Sergio levantando un coche para sacar a un hombre, sus músculos tensándose bajo el peso, esa mirada de concentración en su rostro...

Sergio salvó su vida.

Tal vez salvó la mía también.

Miro las patatas, pero no las veo.

Marialena sonríe. —Chicas, mi abuela en realidad va a venir aquí personalmente para agradecérselo —. Flo jadea y se cubre la boca.

Marialena se vuelve hacia mí. —Vale, así que la Nonna no sale de casa. Tienes que entenderlo. Es algo realmente enorme para ella venir hasta aquí para ver a Sergio solo por salvar a Mario.

—Bueno, salvar la vida de alguien es algo importante —dice Quinn.

—Mario y Sergio son mejores amigos —dice Marialena—. Sergio es mayor, pero siempre han tenido como... una conexión. Estoy segura de que Sergio lo haría de nuevo sin dudarlo si tuviera que hacerlo, y Mario haría lo mismo, pero eso no significa que no fuera algo enorme.

Debe haber sido tan aterrador, verlo a su amigo así, sin saber si iba a poder ayudarlo o salvarlo. Mi corazón está con él. Y entonces esa misma noche, volvió y me revisó a mí y a todos los demás en el club y ahora hoy, dice que tiene un trabajo que hacer. Estaría dispuesta a apostar que ese trabajo tiene algo que ver con ver cómo está Mario.

—Oh, ¿Eden? —Marialena sonríe—. Esas son muchas patatas. Dime que vas a hacer esa sopa de patata que haces con el queso y la nata agria y todas esas cosas súper deliciosamente grasas y carbohidratos que necesito porque estoy con la regla y esa cosa mágica que haces con una patata...

—¿Has probado ese pan que hace con canela y azúcar con ese remolino de mantequilla, y lo corta y lo sirve con esa cosa de mantequilla de manzana y como mantequilla fresca que hace *a mano*? —pregunta Flo—. Mantequilla fresca, chicas.

—Eden, *necesito* ese pan antes de volver a casa. ¿Me lo puedes prometer? —dice Marialena.

—Por supuesto. Haré unos cuantos y los congelaré para que puedas tenerlos más tarde —. Tomo aire, reuniendo mi valor y mi valentía. Tengo algo que pedirles y es completamente inusual para mí. Nunca he hecho nada así en mi vida—. Y ahora tengo un favor que pediros —. Señalo mi ropa—. Estoy cansada de parecer una persona amish.

Flo grita de risa. Marialena aplaude. Quinn me rodea con sus brazos y me abraza. —Así se habla. Sergio merece un *premio* por salvar la vida de Mario. Y creo que tenemos el perfecto justo aquí.



CAPÍTULO 15

—VEN A CASA CONMIGO

SERGIO

CUANDO ESTOY LEJOS DE ELLA, solo puedo pensar en dónde está, qué está haciendo. Solo puedo pensar en volver a su lado.

Cuando regreso a *Bella Notte*, puedo notar que esta noche hay mucho movimiento. Nuestros aparcacoches están trabajando duro, corriendo de un coche a otro. Nuestro aparcamiento está lleno, y hay una energía expectante en el aire.

He visitado a Mario. Me había llegado información de Gloria y he hecho algunas preguntas. Tengo mis sospechas, pero no voy a hacer ningún movimiento hasta confirmarlo.

Cuando llego a la entrada trasera de *Bella Notte*, huelo el reconfortante aroma del ajo y el aceite de oliva. Mi herencia. Eden ha hecho todo lo posible por combinar las tradiciones italianas con la comida reconfortante estadounidense, y aunque nuestra clientela es pequeña —el enfoque principal es proporcionar un lugar para que la gente se reúna, siendo nuestra cocina solo un valor añadido— las críticas son increíbles. Mi estómago ruge de hambre y me reconforta saber que Eden es quien supervisa nuestra cocina.

Me pregunto qué tendrá preparado para nosotros esta noche. No me importa lo que cocine, me gusta comer lo que ella prepara. Pone amor en todo, y es evidente.

Por primera vez en mucho, mucho tiempo, siento que estoy volviendo a casa.

No estoy exactamente seguro de lo que va a pasar esta noche. Me he contenido con ella. No he querido hacerle daño. Pero después de anoche, me doy cuenta de que mi suposición sobre lo que ella necesita ha sido errónea.

Y joder, eso hace que mi pulso se acelere. Ella anhela lo que yo puedo darle.

La noche está en pleno apogeo. Miro hacia la cocina, pero normalmente a esta hora de la noche, Eden solo supervisa al resto del personal de cocina. Es poco habitual que un club como este

tenga un restaurante con servicio completo, pero dado lo mucho que ella disfruta con esto, estoy pensando en ampliar.

Casi me siento nervioso, como si fuera a una cita.

Yo no... *tengo citas*.

Tengo encuentros.

Follo.

Domino.

Pero esto se siente diferente.

No puedo decirle a Romeo que voy a romper mi compromiso. No ahora, cuando está junto a su hermano después de pensar que iba a perderlo. Pero lo haré. Una vez que las cosas se calmen con Mario, debo hacerlo.

Ni siquiera sabría cómo explicarle a Eden por qué estaba comprometido. No soporto la idea de ver traición en sus ojos, o cualquier cosa que se asemeje al dolor.

—¿Jefe? —Levanto la mirada. Gino me está mirando con una expresión curiosa en su rostro.

—Sí.

—Sobre esa directiva que nos diste... prohibiendo a Eden ir a cualquier parte del club... ¿seguimos manteniéndola?

Entrecierro los ojos. —Sí, a menos que esté conmigo.

Levanta las manos en señal de rendición. —Vale, vale. Solo comprobaba.

Ella sigue sin poder acercarse al club sin mí.

—¿Entró sin mí?

—No la he visto —dice, como si fuera él quien va a meterse en problemas y no ella.

—Bien. Asegúrate de que siga así. No tiene permitido entrar en ese club, a menos que yo esté con ella.

Esta vez, no temo que vaya a ver algo que la asuste. No temo que se vaya a impresionar y salga corriendo. Temo que algún otro quiera mirarla. Tocarla. La planta principal no es para parejas. Es un espacio abierto, donde cualquier voyeur puede observar y participar si así lo desea.

No habrá *ninguna* participación.

Estoy deseando llevarla al club. Tengo tanto que mostrarle, tanto que quiero hacer con ella, y por primera vez en mi vida no se trata solo de satisfacer mis necesidades. Quiero mostrarle el mundo que tiene delante, y quiero que aprenda a dejar atrás su pasado.

No estoy realmente seguro de qué es lo que tiene... Hay una inocencia en ella que no puedo definir bien. Una honestidad que me hace ansiar más tiempo con ella, pero más que eso... confía en mí. Nunca supe que una relación con una mujer como ella podría interesarme, y definitivamente no sabía que estuviera a mi alcance.

Si soy sincero, todavía no lo sé. No he hablado con Romeo.

¿Cuál es su plan? ¿Adónde irá? No puedo imaginar que quiera quedarse aquí para siempre. Tal vez solo está aquí para ponerse de pie otra vez.

No puedo permitirme pensar en que esto podría ser temporal. Nunca me ha importado en el pasado que las relaciones se mantuvieran casuales, ya que es todo lo que he tenido. Nunca me importaron los sentimientos de la otra persona. Me dije a mí mismo que si conseguían lo que querían —dinero, atención, orgasmos demoledores— no importaba.

¿Me estoy ablandando con la edad? Joder, odio cuando no conozco el terreno de juego.

Miro con mala cara mi teléfono cuando suena y contesto con un gruñido.

—¿Qué?

Timeo me responde. —Mamá quiere que vayas mañana a cenar. Parece que el clan Rossi ha dejado la costa norte para venir a felicitarte por salvar la vida de Mario. Buen trabajo, capullo.

Aunque hay verdadero orgullo en su voz, existe una regla no escrita que dice que no nos ponemos sentimentales entre nosotros. Si lo hiciera, tendría que partirle la cara ahora mismo, así que me alegro de que no haya ido por ahí.

—¿A qué hora? ¿Por qué no me lo ha preguntado ella?

—Alguien le dijo que estabas visitando a Mario y no quería molestarte.

Resoplo y pongo los ojos en blanco. Eso es lo que le dijo a él, pero yo la conozco mejor. La conozco a *ella* mejor. Alguien le dijo que estoy comprometido con la princesa italiana que Romeo quiere que despose. Y está enfadada porque no se lo conté, joder. Como sea.

Si el clan Rossi viene a verme, entonces tendrán mi tiempo. No voy a dejar que mi madre me manipule como manipuló a mi padre. Son los Rossi los que me importan, no ella.

—A las seis. Sergio, quizás deberías traer a esa chica contigo...

—¿Qué chica? —le pregunto, molesto ante la idea de que alguien llame "chica" a Eden.

—Sabes a cuál me refiero. ¿Esa pequeña preciosidad que he visto en la cocina? Volverá *loca* a mamá.

Puede que tenga que partirle la cara después de todo.

Pero estoy pensando.

No solo la volverá loca, sino que me dará la oportunidad de hablar con Eden fuera del club. No quiero presentársela a mi madre, pero al mismo tiempo, podría ser una buena forma de ver cómo es ella fuera de la pequeña burbuja que hemos creado en *Bella Notte*.

—Vuelve a llamarla chica y responderás ante mí.

—Vale, vale —dice, sabiendo que no hago amenazas en vano.

Al entrar en el club, me dirijo a la cocina para hablar con Eden. No está allí. Interesante.

Miro dentro del club, mi temperatura aumenta mientras me pregunto si tuvo la audacia de volver a entrar aquí después de que le diera una advertencia y le dijera que no se le permitía sin mí. Pero tampoco la encuentro allí.

No tengo ni idea de dónde está, y no ayuda que me interrumpan cien veces en mi búsqueda. Empiezo a preocuparme un poco cuando veo a Gino. Se detiene cuando le hago una señal.

—¿Dónde está Eden?

—A mí también me alegra verte, jefe. —Sonríe, mostrando su diente de oro. Estoy a punto de hacerle saltar ese maldito diente de oro.

—¿Dónde. Está. *Eden*?

Olvida que justo anoche la estaba buscando y descubrí que había entrado aquí sin mi permiso. Olvida que casi vi morir a mi mejor amigo en un accidente de coche. Nadie va a tocarme los cojones ahora, no estoy de humor.

Gino levanta ambas manos en el aire. —Vale, vale, tranquilo. —Luego se aclara la garganta y reconsidera su actitud cuando levanto las cejas, un poco sorprendido de que me esté dando la lata así.

—Sí, señor. Le diré dónde está. Pero debe saber que yo mismo la escolté, no le mostré ninguna de las otras salas privadas del club, y la llevé allí porque ella me lo pidió.

Obviamente, es hora de tener otra reunión con mi personal.

—Si no me dices dónde está antes de que parpadees una puta vez más...

—Por aquí, jefe. —Me hace un gesto para que le siga—. Sala Privada 217. Está esperándole.

Tengo que contenerme para no salir corriendo. ¿Le hizo llevarla a una sala privada para esperarme? ¿Qué está haciendo?

Pero tengo que admitir que siento curiosidad. Dijo que él mismo la escoltó.

Deslizo mi llave contra la entrada de seguridad, y la puerta de la Sala 217 se abre.

Me quedo mirando. Parpadeo. Soy vagamente consciente de entrar en la habitación y de que la puerta se cierra y se bloquea tras de mí.

Eden está arrodillada en el suelo frente a mí, vestida con... ¿Qué coño lleva puesto? La falda le llega muy por encima de las rodillas. Apenas una minifalda, pero esta no es ninguna chica amish arrodillada ante mí. Lleva una camiseta blanca corta que revela la más leve franja de su vientre, tan ajustada que subraya la curva de

sus pechos, la suave pendiente de sus hombros, la delicadeza de su clavícula.

No se parece en nada a las mujeres que vienen al club, pero tampoco se parece a una chica amish educada en casa lista para enlatar verduras.

Me tomo un minuto para apreciar cada detalle, porque quiero grabar esto en mi mente.

Una tenue luz ilumina sus rasgos. Su cabello está suelto, cayendo a su alrededor en largas ondas. Sus manos están suavemente dobladas en su regazo, sus uñas pintadas de un brillante tono rosado. Su cabeza está inclinada. Es la belleza personificada. Una pintura cobrada vida.

Camino hacia ella en silencio, y no levanta la cabeza. Puedo ver cómo su respiración se entrecorta, y el pulso en su cuello se acelera, así que obviamente sabe que estoy aquí. —Te ves hermosa, Eden.

Sonríe y me mira.

—Gracias. —Puedo ver la esperanza en sus ojos. Si se vistiera así en el lugar del que viene, ni siquiera quiero pensar en lo que le pasaría. Sé cuánto significa mi aprobación para ella.

Me arrodillo junto a ella. Acaricio su mejilla con mi pulgar, y sus párpados se cierran suavemente. Acuno su mandíbula, absorbiendo los detalles con facilidad. Me tomo mi tiempo. Paso mis dedos por su cabello, desde el cuero cabelludo hasta donde los brillantes mechones tocan el suelo.

—¿Alguien te ha visto vestida así?

Sacude la cabeza. —Nadie, señor. Marialena me ayudó a elegir la ropa. Las trajimos aquí. Ella y Gino me escoltaron, porque no quería desobedecer la regla de no entrar en el club. Pensé que si estaba con ellos... y no miraba nada... técnicamente no estaba realmente en el club. Quiero decir... —Se detiene, como si estuviera preocupada de que vaya a perder los estribos.

Nunca me ha visto perder los estribos, y me gustaría que siguiera siendo así. Nerviosamente, retoma donde lo dejó. —Quiero decir,

técnicamente sé que estoy *en* el club, pero me dijiste que no querías que entrara aquí...

—Eden. Para.

Cierra la boca y me mira a los ojos.

—Buena chica. —Me encanta cómo sus mejillas se sonrojan cuando la elogio. Me inclino y la levanto del suelo, llevándola a la enorme cama que está en la esquina de la habitación. Pero no la acuesto en la cama. Me siento en el borde del colchón con ella en mi regazo, pasando mi mano arriba y abajo por su espalda.

Ella apoya su cabeza en mi hombro, sus brazos rodeándome. No sé cuánta gente sabría lo que le costó hacer esto. Vestirse así va en contra de todo lo que le han enseñado. Incluso asumir el riesgo, sin saber cómo iba a reaccionar.

Mi pecho se hincha de orgullo. —Eres tan valiente. Sé que esto no es fácil para ti. Estoy orgulloso de que hayas entrado aquí, e intentado poner todo lo que está en tu pasado...

Ella me besa. Me quedo paralizado, sorprendido por la sensación de sus labios sobre los míos. Su delicada mano roza la barba incipiente de mi mandíbula y luego ambas manos están en mi cara, enmarcándola mientras continúa besándome.

Yo soy el que inicia. Soy quien toma el control. Pero sé que esta es su forma de agradecerme, y si ella puede ser valiente, y si puede probar cosas nuevas, yo también.

Cuando se aparta, sus ojos están muy abiertos, como si su comportamiento la sorprendiera incluso a ella misma.

—Yo... no quería hacer eso.

—¿Besarme? ¿Vamos a disculparnos por besarnos?

Cuando me da esa sonrisa que le ilumina toda la cara, la abrazo fuerte contra mí.

—Sé que esto es difícil para ti. Y me siento muy honrado de que lo hayas hecho. —Le sonrío—. Me gustas con tu ropa sencilla. Y también estás hermosa con esta. —Acaricio su mejilla—. Tengo planes para ti esta noche.

Mi teléfono suena.

Por alguna razón, los ojos de Eden bailan hacia mí. —Está bien —dice suavemente—. Contesta.

—¿Qué es tan gracioso?

—*Odias* ese teléfono.

—Es molesto. —Miro la pantalla. *Dios.* —Tengo que cogerlo.

—¿Uno de tus hermanos?

Suspiro. —Mi madre. —Deslizo el teléfono con enfado—. ¿Hola?

—Sergio. —Solo el sonido de la voz de mi madre hace que apriete más fuerte el teléfono.

—¿Sí?

—¿Vendrás a cenar esta noche?

—¿Esta noche? Timeo dijo que mañana.

—No puedo confiar en que ese chico transmita un solo maldito mensaje. —La oigo soltar el aire y puedo imaginar la columna de humo de su cigarrillo con sabor a mentol arremolinándose a su alrededor—. *Esta noche.* Los Rossi están aquí, y están aquí por *ti*.

—Lo sé, solo que no sabía que era esta noche. —Me pellizco el puente de la nariz—. Sí, por supuesto que estaré allí.

Esta noche iba a ser mi noche con Eden. Prometí mostrarle lo que el club tiene para ofrecer.

Si soy sincero, estaba ansioso por ver lo que *ella* tenía para ofrecer.

—Sí. Estaré allí.

Eden me mira y espera una explicación.

Tenía tantas cosas que quería hacer con ella esta noche. Niego con la cabeza.

—Quiero que vengas a casa conmigo.

Me mira fijamente. Para cualquier otra mujer, decirles que vengan a casa conmigo significaría que quiero acostarme con ellas.

Eden solo me da una mirada curiosa e inclina la cabeza hacia un lado. —¿A casa?

—Mis primos y la familia han venido a cenar. Necesito hablar con ellos, y quieren agradecerme por salvar a Mario. Como si no fuera a salvar la vida de mi mejor amigo. Y quiero que conozcas... Bueno,

no quiero que conozcas a mi madre, pero eso es inevitable. Quiero que conozcas a la Nonna, a mi tía y al resto de mis primos.

—¿Quieres que conozca a tu familia?

Asiento. —Sí.

—Por supuesto. Me has dado tanto, es lo mínimo que puedo hacer. Pero, ¿no temes que vaya a... salirme de la línea? No sé nada de la cultura moderna, o... casi nada, realmente.

Niego con la cabeza. —Ya te he dicho que eres más inteligente y sabia que la mayoría de las personas que conozco.

—Sabes a qué me refiero. No sabré de qué están hablando. Ni siquiera sé usar un teléfono móvil.

—¿Y qué?

—No quiero hacer el ridículo.

Sujeto su barbilla en mi mano y la hago mirarme a los ojos. —¿Vamos a hacer esto, Eden? ¿Vas a someterte a mí? ¿Quieres saber cómo es ser mi sumisa?

El entusiasmo en sus ojos hace que parezca imposiblemente más bonita que antes.

—Sí, señor.

—Entonces no tienes de qué preocuparte. Quédate a mi lado. Sigue mis indicaciones. No dejaré que nadie te haga daño ni te avergüence.

Asiente. —De acuerdo —dice suavemente—. Confío en ti.



CAPÍTULO 16

«RESPIRA»

EDEN

Me está llevando a la casa de su familia.

Esto parece significativo... pero todavía recuerdo lo que Quinn me dijo antes. Siento que hay mucho más que aún necesito aprender sobre él. También sé que no vine aquí para iniciar una relación seria con nadie, y esto se está volviendo muy serio, muy rápido.

Pero cada día que me quedo aquí, estoy ganando más dinero que puedo usar para salvar a mi hermana. Tengo que mantenerme enfocada en eso. He hecho mi trabajo. Lo he hecho bien. Necesito mantener el rumbo.

—¿Alguien me reconocerá? ¿Crees que me verán?

¿Y si a su familia no le caigo bien? ¿Y si soy torpe y rara? Pero entonces veo la aprobación en la mirada de Sergio. Recuerdo cómo sonrió cuando me vio hoy. Cómo sonríe *cada* vez que me ve. Y lo sé... No importa lo que piense su familia.

—No creo que nadie vaya a reconocerte —dice—. Y eso me parece perfecto. Volveremos aquí esta noche, porque recuerda, tengo un mundo que mostrarte.

Mi corazón se acelera de emoción. No lo ha olvidado, entonces.

Aun así, tengo la sensación de que se está conteniendo.

Hace años, cuando todavía estaba en la escuela, recuerdo a la profesora reuniéndonos a todos y mostrándonos vídeos de animales salvajes. Había un tigre que había sido domesticado. Cuando jugaba con pequeños cachorros de tigre, sus garras estaban retraídas, pero aún se podía ver la fuerza inherente que contenía, evidente en las vibrantes conexiones de músculo y tendón, y dientes afilados como láser. Pero esos cachorros se sentían seguros.

Me siento así con Sergio. Sé que podría lastimarme... y porque me he vuelto vulnerable con él, podría herirme peor que nadie nunca lo ha hecho... pero retrae sus garras y se suaviza conmigo.

Eso no significa que no sea realmente un tigre.

Solo que yo no soy su presa.

Cuando nos preparamos para salir, me siento como una chica en su primera cita. Mi corazón late más rápido, y hay ligereza en mis pasos mientras caminamos por el club cogidos de la mano. La gente lo detiene a medida que avanzamos, pero él da respuestas cortantes, de una palabra. Un hombre con una misión.

Llegamos al aparcamiento, y saca sus llaves. Pulsa un botón y se oye un pitido. Las luces parpadean en un coche reluciente frente a nosotros.

Me pregunto si tiene miedo de conducir por lo que pasó con Mario. Me pregunto si tiene algún recuerdo traumático, o si teme tener otro accidente de coche. Pero él no dice nada, así que yo tampoco lo hago.

Sin decir palabra, abre la puerta del pasajero y me indica que entre. El coche está impecablemente limpio, los asientos envueltos en cuero de lujo. Hago lo que me pide y me siento. Alcanza mi cinturón de seguridad, inclinando todo su cuerpo contra el mío mientras me lo abrocha. Cuando estoy con él así, cuando nos tocamos y escucho el rumor de su voz, siento la aspereza de sus manos, huelo su aroma con toques de pino, una parte de mí vuelve a la vida. Una parte que no sabía que aún vivía. Es innegablemente sensual, incluso sexual, y tengo que esforzarme para luchar contra todo lo que me dice que esto está mal.

Fui creada para vivir. Fui creada para amar. Fui creada para sentir.

Sergio camina hacia su lado del coche, se desliza y se abrocha el cinturón. El motor ronronea cuando arranca el coche.

—¿Tienes miedo por el accidente de coche?

Me da una mirada sorprendida. Piensa. Suspira.

—Sí.

No dice nada más. Doblo mis manos en mi regazo.

—No sé conducir, pero si supiera, me ofrecería.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

—Te enseñaré a conducir.

—Vale, entonces. Yo te enseñaré a hacer pan.

Él se ríe.

—Gracias por la oferta, pero no tengo ningún interés en aprender a hacer pan.

—Hmm. ¿Zapatitos de ganchillo? —digo con una sonrisa—. Quizás te gustaría saber cómo envasar fruta. Puedo enseñarte a hacer pesto con toda esa albahaca que tienes creciendo...

Solo estoy bromeando, pero él adquiere una mirada pensativa.

—Me enseñas mucho más de lo que sabes. —No elabora, y me quedo con eso por un momento.

—Estoy orgullosa de ti —le digo, palabras que siempre anhelé y nunca escuché. No puedo cambiar la forma en que me trataron, pero puedo cambiar la forma en que trato a las personas que *yo* quiero—. Tienes a toda esa gente que podría conducir por ti. Y aunque tienes miedo, lo sigues haciendo.

Cuando no responde al principio, me pregunto si hablé fuera de lugar. Sin decir palabra, alcanza mi rodilla y me da un pequeño apretón.

—Gracias.

—De nada. Ahora, muéstrame de lo que es capaz este bebé.

Asiente, sonriendo, tamborileando con los dedos en el volante. Toca un botón, y la música suena de fondo. Es música que nunca he escuchado antes, de ritmo rápido como el rock. Pero es demasiado suave para que pueda escuchar la letra.

Cuando habla, puedo notar que todavía está pensando en lo que dije.

—Me gusta enfrentarme a las cosas que me dan miedo. Así es como creces. Así es como te haces más fuerte.

Pienso en eso. Tiene razón. Si me diera la vuelta cada vez que tuviera miedo, no estaría aquí ahora mismo.

—Mi padre me aterrorizaba cuando era niño. Tenía mano dura y era crítico. Mi madre no era mejor. Para cuando tenía trece años, era más alto y más grande que mi padre. Ricco, mi hermano mayor, me enseñó a hacer ejercicio. Me hice fuerte, a propósito. Y mi hermano mayor... —Su voz se apaga. ¿Tiene otro hermano? Conozco a Ricco y

Timeo, pero no sabía que tenía otro hermano—. Mi hermano mayor Niccolo fue quien me enseñó a levantar pesas.

Vaya.

—¿Por qué no he conocido a Niccolo?

—Niccolo fue asesinado hace unos años.

Mi corazón se encoge. Pienso en Starla, y en lo que sería perderla. Siento que si ella se fuera, una parte misma de mi alma se iría con ella.

—Lo siento.

—Gracias. Se sintió muy diferente cuando murió mi padre.

—Me lo imagino.

Parece incorrecto desear que mi propio padre estuviera muerto, pero lo hago.

—¿En qué estás pensando?

—Estaba pensando que... es triste que quiera que mi padre esté muerto. Pero no querría que mi hermana muriera. Eso me destruiría.

—Me encanta que seas tan honesta. Puedo notar que a veces te cuesta. No siempre quieres decir lo que piensas, no siempre quieres responder lo que te pregunto, pero haces tu mejor esfuerzo. Gracias. Ahora dime —dice con esa mirada penetrante que me da un vistazo del tigre en él—, ¿por qué deseas que tu padre esté muerto?

Esta es una historia larga, muy larga, y no sé si quiero entrar en eso ahora mismo. Tomo aire y luego lo suelto, viendo los árboles al lado de la autopista pasar como destellos mientras conducimos. Me parece extraño que algo tan civilizado e industrial como una carretera pavimentada con barandas metálicas todavía tenga signos de vida al otro lado.

Cuando Sergio no me presiona para responder de inmediato, se lo agradezco. Tengo que pensar antes de hablar.

—Nos unimos a la hermandad cuando yo tenía nueve años. Antes de eso, vivíamos en una casa en los suburbios, y teníamos amigos. Soy la hija mayor, y mi hermana es unos años menor que yo. Mi padre estaba a cargo y mi madre hacía todo lo que él decía, nunca

cuestionándolo, pero las cosas eran un poco... más libres. Cuando nos unimos a la hermandad, las cosas cambiaron.

—¿Cómo?

Sé que está disgustado porque su mandíbula se tensa, y sus nudillos en el volante se vuelven blancos. Pero sigo hablando. Se siente bien hablar de ello. Nadie conoce este lado de mí, y no sabía lo mucho que necesitaba procesarlo.

—Mi padre se volvió más autoritario, como el tuyo, para empezar. Solo se nos permitía usar vestidos, y modestos. —Me río, y se siente un poco incómodo—. Sería duramente castigada si alguien de la hermandad me viera usando algo como esto. —Señalo lo que llevo puesto.

—Muy raramente se nos permitía ver la televisión, y solo algo que se considerara apropiado. No se nos permitía escuchar música popular, solo música clásica. Las mujeres estaban subordinadas a los hombres, y los hombres mayores de la comunidad eran los que hacían las reglas. Madres y padres eran los que dictaban quién se casaba con quién. Los matrimonios se arreglaban, y cuando me casé con mi marido, se esperaba que lo obedeciera. Las reglas eran muy estrictas, y cualquiera que las rompiera era severamente castigado. A veces nos golpeaban, a veces nos exiliaban. A veces nos daban trabajo que hacer, pero lo peor sería la excomunión de la hermandad.

Mi voz está un poco ahogada cuando termino porque sé que estoy excomulgada. Nadie que conocí en la hermandad tendría permitido hablar conmigo en este punto.

—¿Y la recompensa por la obediencia?

Me encojo de hombros.

—La salvación. La aprobación de los ancianos. La aprobación de tu marido. Quizás se te permitiría tener amigos.

No habla durante largos momentos, y cuando lo hace, su voz es severa.

—¿Y eras obediente?

—A veces, pero no siempre. No permitiría que lastimaran a los niños. Siempre hablaba contra la injusticia. Sé que trataron mucho de lavarme el cerebro, pero aguanté hasta que pude escapar. E incluso ahora...

Él espera. Intento formular mis pensamientos antes de continuar. Es difícil. No ha pasado mucho tiempo, y algunas de las cosas que me enseñaron se convirtieron en creencias muy arraigadas.

—Incluso ahora, cuestiono algunas de las cosas que me dijeron. Gobernaban con miedo, y yo rechacé eso. Pero viví con miedo durante tanto tiempo, que me es difícil entender lo que creo ahora. Siento que necesito rechazar todo lo que me enseñaron antes de poder aceptar lo que yo misma creo.

Alcanzando mi mano, la sostiene antes de hablar.

—Podría ayudarte a encontrar a alguien con quien hablar.

Lo miro con curiosidad.

—¿No es eso lo que estoy haciendo ahora?

—Me refiero a un profesional. Como un terapeuta. Alguien que te ayude a ordenar estas experiencias, pensamientos y sentimientos.

Realmente no sé si eso es algo que querría. Me encojo de hombros.

—Quizás en algún momento. Pero me ayuda hablar contigo.

—Pero yo no soy... un buen hombre. Hago cosas terribles. —Aparta la mirada—. No me conoces en absoluto.

Esta no es la primera vez que dice algo así. No estoy segura de cómo responder.

Me acogió. Salvó a su primo. Cambió sus planes nocturnos para visitar a su familia. Incluso me dejó recoger a un gato callejero. ¿Qué parte de eso no es bueno?

—No estamos lejos de la casa de mi familia. Podemos retomar esta conversación más tarde. Pero quiero que sepas algo. No importa lo que digan o lo que hagan. ¿Me entiendes?

Lo entiendo, y no estoy segura de cómo me siento al respecto. Una parte de mí desea ser aceptada por una familia tan

desesperadamente que casi siento que sí me importa lo que piensen. Pero ¿y si son como mi familia? ¿Me importaría lo que pensaran?

De una cosa estoy segura. Me importa lo que *él* piensa.

—Se necesita mucho coraje para dejar lo que tú dejaste.

Me pregunto si está hablando por experiencia personal.

—También se necesita valentía para hacer lo que tú haces.

Me lanza una mirada penetrante.

—¿Cómo sabes lo que hago? ¿Alguien ha estado hablando?

Suelto un suspiro, sin estar segura de si esto es algo de lo que me voy a arrepentir. Pero le prometí que sería honesta, y siempre hago lo que digo que voy a hacer.

—Quinn lo hizo. No te enfades con ella, Sergio. Yo pregunté. Quería saber. ¡La gente te tiene miedo!

El estrechamiento de sus ojos es una advertencia.

—¿Exactamente qué te dijo?

—Dijo, um... que eres parte de... el *crimen organizado*. —Definitivamente esta no es la manera en que debería decirlo, pero no estoy segura de qué más puedo decir.

Sonríe con ironía.

—Parte del crimen organizado. Vale.

No lo confirma ni lo niega. Genial.

Conducimos en silencio por un momento antes de que tenga el valor suficiente para preguntarle:

—¿Entonces es cierto?

—¿Que soy parte del crimen organizado? —Otra sonrisa irónica—. Sí.

Él sigue sin ofrecer más información, simplemente continúa preguntando: —¿Cuánto sabes sobre el crimen organizado?

—Casi nada, excepto que hay grupos que hacen cosas ilegales —mis mejillas se sonrojan—. Ves, por eso estoy nerviosa por conocer a tus padres. Quiero decir... a tu madre, a tu familia. Yo... no sé mucho sobre cosas como esta —tropiezo con mis palabras, deseando poder retirarlas.

—Estás bien. Relájate. Solo quería saber lo que sabías. Sí, soy el jefe de uno de los grupos mafiosos en Boston. Hay varios. Mi primo dirige otro, y la mayoría de los hombres que has conocido forman parte de nuestros grupos. Hacemos cosas ilegales. Sí. ¿Eso te asusta?

De nuevo, le doy una respuesta sincera: —Como he dicho antes, he estado con hombres supuestamente buenos que trataban a las personas terriblemente. Creo que los términos bueno y malo son muy relativos. ¿No crees?

Asiente lentamente con la cabeza. —Absolutamente.

Me quedo mirando cuando llegamos a una gran finca. Apenas he prestado atención en los últimos minutos a dónde estábamos. De donde yo vengo, vivíamos en casas humildes tan juntas que parecía que las paredes estaban conectadas. Podía oír estornudar a la gente de la casa de al lado. ¿Aquí? Parece que están separadas en una colina. La casa es enorme, imponente, incluso majestuosa. Y no hay casas cerca.

Sergio sonríe con suficiencia: —Mis primos viven en un verdadero castillo. Te llevaré allí alguna vez. Es impresionante, viene gente de todo el país a visitarlo. Tienen una bodega secreta, una piscina dentro de la casa y un patio. Celebramos la mayoría de nuestras reuniones familiares allí, porque primero, a mi madre le disgusta tener invitados en su casa, y segundo, resulta en fotografías preciosas. El océano está detrás de su propiedad, todo azul verdoso con olas rompiendo en la orilla y todo eso.

No le había oído hablar así de forma tan personal antes. Quiero ir al castillo, solo para ver si es diferente cuando está allí.

—Crecí aquí. Mi hermana Vivia fue enviada a un internado. Mi padre intencionadamente la mantuvo separada de nosotros —respira hondo—. No sé quién estará aquí, pero tengo la sensación de que serán muchas personas. Marialena aún no ha vuelto a casa. A veces su marido vuela a Italia durante un mes entero, y a ella no le gusta quedarse sola en su enorme casa de Florida, así que vuelve aquí para quedarse con la familia. Así que probablemente estará aquí.

Obviamente, Mario no, porque sigue en el hospital, pero está mejorando. Conocerás a la Nonna, y a Tosca, la madre de Mario y Marialena, y a mis otros primos. Nuestra familia es enorme, con primos, tías, tíos y todo tipo de personas interconectadas. Algunas son tías de verdad, y a otras simplemente las llamamos tías, como Flo. Crecí con una familia enorme, obviamente influenciado por ellos. Con algunos tengo más relación que con otros. Sin embargo, yo soy el jefe de mi grupo. Y Romeo Rossi, mi primo, es el jefe del suyo. Puede que esté aquí. Nonna es la abuela de todos, estén emparentados o no —se frota la frente con la mano—. Tiene más sentido no cuestionarlo.

Vaya. Es difícil imaginar cómo es crecer en una familia grande, pero definitivamente había personas en nuestra comunidad que lo hicieron. Yo solo tenía a mi hermana, y por mucho que me alegre de que solo fuéramos nosotras dos, porque odiaría pensar que más personas fueran tratadas como lo fuimos nosotras, habría sido agradable tener más aliados.

—¿En qué estás pensando?

No siempre sé cómo responderle cuando me hace esta pregunta. Esta vez, sin embargo, lo sé.

—Estaba pensando que es una bendición y una maldición que no hubiera más niños en mi familia. Por un lado, odio la idea de que alguien fuera tratado como lo fuimos mi hermana y yo —me río sin humor, pensando en la pesada tarea que tengo por delante—. También me pregunto a cuántas personas más sería capaz de volver y salvar —miro por la ventana, pero soy consciente de la energía crispada a mi lado. No le gusta el hecho de que me hayan hecho daño.

Trago saliva y respiro hondo. —Pero también estaba pensando que podría haber sido agradable tener más amigos, personas que entendieran de dónde venía.

Y entonces tengo una revelación, algo en lo que no había pensado antes. Por extraño que parezca... Sergio y yo tenemos orígenes muy similares a pesar de las diferencias en nuestras

circunstancias. Obviamente, ambos tenemos hermanos, pero hay una similitud más profunda. Si debo tomar lo que dice como verdad, Sergio se crió en una familia mafiosa italiana adinerada, mientras que yo me crié en una familia religiosa. Pero ambas familias nos impusieron expectativas difíciles, incluso rígidas. Las situaciones pueden haber sido muy diferentes, pero en ese sentido, no eran diferentes en absoluto.

—Las aguas tranquilas corren profundas —dice pensativo—. Puedo ver que estás pensando cosas profundas, Eden.

Exhalo un suspiro tembloroso. —Estaba pensando que ninguno de los dos fue criado con el tipo de cuidado que los niños deberían tener. Y puede que me hayan enseñado ciertas cosas en la comunidad, pero hay una cosa que sé con certeza. He visto suficientes bebés inocentes y dependientes que ni siquiera podían levantar la cabeza, mucho menos alimentarse o satisfacer sus propias necesidades, como para saber que los niños merecen ser amados. Los niños merecen ser *valorados*. Necesitan saber que son amados, aceptados y deseados.

Al principio no responde, pero frunce el ceño, navegando por la carretera que tiene delante.

—Ahora, ¿en qué estás pensando *tú*?

Me da una sonrisa triste. —En que nunca quise traer niños a este mundo para que sufrieran lo que yo he sufrido. Pero no tengo elección. En mi familia, estamos obligados a casarnos y tener hijos. Y si eso es lo que tengo que hacer... —hace una pausa—. Bueno, digamos que me gusta tu forma de pensar sobre eso.

Sé que no está compartiendo todos sus pensamientos, pero está bien. Mi corazón late un poco más rápido. ¿Está diciendo que le gustaría tener hijos *conmigo*?

Vaya.

No hace falta decir que Sergio y yo no tuvimos ese amor y aceptación. Me pregunto si es por eso que encontramos consuelo el uno en el otro. Va mucho más allá de la atracción sexual. He visto a las mujeres en ese club, y miro a Sergio y sé que es rico, atractivo y

poderoso. Podría tener a cualquier mujer que quisiera. Pero me quiere a mí. A la vieja, sencilla y un poco friki de mí. Hay algo en mí que le atrae por encima de todas las demás mujeres. Mi corazón se derrite un poco con eso. Se siente como una responsabilidad y un honor.

Si alguien me hubiera dicho hace un mes que me sentiría atraída por un criminal, me habría reído a carcajadas. Pero ahora es difícil imaginar estar con otra persona. Porque este es un hombre que me comprende. Este es un hombre que aprecia quién soy, en lo más profundo de mi alma, sea lo que sea. Y estoy en un punto de mi vida en el que estoy cuestionando tantas cosas, todo lo que me han enseñado, y necesito mirar dentro de mí para recordar lo que sé.

—Hemos llegado.

Uf, madre mía.

Trago saliva con dificultad y miro hacia la casa más imponente y majestuosa que he visto en mi vida. Es difícil incluso llamarla casa. Si no me hubieran dicho adónde íbamos antes de llegar aquí, habría pensado que acabábamos de llegar a un museo o algo así.

De repente estoy nerviosa. Tenía demasiadas cosas en mente antes como para preocuparme por algo, y todo en lo que podía concentrarme era en la conversación que estábamos teniendo. Pero ahora que estamos aquí, me preocupo.

¿Les gustaré? ¿Destacaré? Pero el mayor temor de todos es, ¿sabrán quién soy? Quiero ser anónima. La idea de que alguien descubra de dónde vengo me aterroriza.

Mi corazón late acelerado, tengo las palmas sudorosas. Me siento un poco mareada, y todas estas reacciones son tan familiares porque me sentía así cada vez que Seth volvía del trabajo.

Y de repente, la mano cálida, áspera y mucho más grande de Sergio encuentra la mía, sujetándola. —Respira. Inhala por la nariz, exhala por la boca.

Hago lo que me dice. Lo hago de nuevo, y otra vez, hasta que mi corazón se ralentiza un poco, y no siento como si fuera a enfermar.

—¿Cómo supiste hacer eso?

—Soy un dominante. He visto a muchas personas en situaciones del club que dejan que los nervios o los miedos les superen. Hemos aprendido cómo ayudar a calmar a alguien. A veces una escena es intensa, y a veces las personas necesitan un poco de ayuda.

Nadie necesitaba decirme que es un dominante. Ni siquiera sé qué es un dominante, pero sé que él lo es. Le doy una pequeña sonrisa. —Gracias.

El coche está al ralentí frente a una puerta grande y pesada. Los guardias de seguridad permanecen en posición de firmes con su uniforme, listos para dejarnos entrar. Puedo ver que reconocen a Sergio de inmediato, pero él aún no está listo para entrar.

Me explica con paciencia: —Estos son guardias. Van a abrir esas puertas, y luego entraré con el coche. Saldremos del vehículo, y lo aparcarán por mí. Luego no habrá nada entre tú y mi familia, pero vamos a entrar juntos. No estás sola. ¿Entiendes?

Trago saliva y asiento. —Lo entiendo. Gracias.

Nos acercamos más a la puerta. Debe haber seis o siete hombres uniformados, y todos se ponen firmes como soldados cuando ven a Sergio. Una vez más, me impresiona la forma en que todos lo miran, listos para hacer lo que él diga. A veces me resulta difícil recordar lo poderoso que es porque he visto el lado más suave de Sergio. Pero aquí, el lado más suave ha desaparecido. Sale del coche con las llaves aún en el contacto, y no oigo lo que dice, pero su tono es enérgico y bajo. Todo autoridad.

Se apresuran como hormigas, uno asintiendo, otro corriendo hacia mi lado del coche, pero con un ladrido agudo de Sergio, el guardia se detiene.

—*Yo* le abro la maldita puerta —el guardia regresa disculpándose.

Inspiro de nuevo por la nariz y exhalo por la boca. Es un día cálido, con una suave brisa, y cuando el viento se levanta, me llega el aroma de las rosas. Él toma mi mano mientras los guardias se llevan el coche, y tengo que admitir que me gusta la forma en que lo tratan como a un rey. Se inclinan ante él y dicen cosas como *sí, señor. Enseguida, señor. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle, señor?*

Nunca antes me habían dado un trato especial. No soy exactamente una VIP. Pero estoy con Sergio.

Después de caminar unos pasos, veo de dónde viene el aroma de las rosas. —Oh, Sergio. Es hermoso —hemos llegado a un jardín de rosas.

—El símbolo de la familia Rossi es la rosa. Cuando nos ayudaron a establecer nuestra familia aquí, Narciso Rossi, su difunto padre, hizo plantar estas rosas.

—¿Te caía bien?

Sergio se ríe a carcajadas. —Era el maldito Diablo encarnado —sacude la cabeza—. Lo siento. No, era un hombre terrible. Pero esto es una de las cosas que hizo que aprecio. Eso, y asegurarse de poblar la tierra con un montón de pequeños Rossis —me sonríe—. Ya has conocido a Marialena y Mario. Pronto conocerás a los demás.

Antes de que subamos a la casa principal, Sergio se inclina y examina más de cerca las rosas. Mete la mano en el bolsillo, saca algo achaparrado y metálico, y luego presiona un botón. Salta una navaja. Lo miro fijamente. ¿Quién lleva una navaja en el bolsillo? Cierro los ojos brevemente y me obligo a calmar mi corazón que late rápidamente.

No significa nada. Nada en absoluto. No es solo alguien peligroso, he conocido a personas que eran mucho más peligrosas que él. Intento convencerme a mí misma. Y cuando abro los ojos, ha cortado tres de las rosas rojas más hermosas. —Toma. Son tan bonitas como tú.

Las alcanzo y noto cómo les ha quitado las espinas. Trago saliva. A veces me meto demasiado en mi cabeza y veo simbolismo en todo. Tomo las flores con un tímido: —Gracias.

Se inclina y me besa en la mejilla. —Ven a conocer a mi familia.



CAPÍTULO 17

—NO FUE UN ACCIDENTE.

SERGIO

NECESITO ACOSTUMBRARME a lo rápido que cambian sus estados de ánimo. Un minuto está habladora y feliz, conversando con los ojos bien abiertos, mirando a su alrededor con asombro, con esa sencillez que me atrae de ella. Al siguiente, el pánico atraviesa su mirada. No sé si alguna vez seré capaz de calmar ese pánico por ella.

Quiero hacerlo.

—Vaya, mira a quién trajo el gato. —Mi primo Orlando está de pie en la entrada de la casa familiar, con una gran copa de vino tinto en la mano. Orlando es el tipo duro del grupo familiar de los Rossi, grande e intimidante, y tan feroz como cualquiera. También es el hombre más leal que conozco.

—Hola.

—Has traído a una invitada.

Así que los rumores aún no han llegado a los Rossi. Genial. Eso hará que mi trabajo de decirle a Romeo que no me voy a casar con la mujer con quien estoy comprometido sea un poco más difícil. Pero necesito hacerlo esta noche.

—Orlando, te presento a Eden. Eden, este es mi primo Orlando. El hermano de Mario.

Eden lo mira con expresión paciente.

—Siento mucho lo del accidente. Me alegro muchísimo de que esté bien. ¿Cómo está?

Orlando me lanza una breve mirada.

—Se pondrá bien. No sé hasta qué punto conoces a Mario, pero es un luchador. Y también es un Rossi, así que es un cabrón, y esas dos cosas ayudan.

No sé por qué me estremezco cuando maldice. Yo mismo lo hago. La mayoría de nosotros ya maldecíamos antes de saber andar. Y sin embargo, hay algo en Eden que me hace querer protegerla y mantener esa inocencia que tiene. Yo, más que nadie, sé lo fácil que se pierde la inocencia y lo imposible que es recuperarla.

—¡Has traído a Eden! —Marialena está en los escalones con esos tacones que juro que miden quince centímetros—. ¡Eden! Ven a unirte a nosotros. La Nonna se muere por conocerte. Le estaba contando cómo me enseñaste a hacer pan, y la Nonna dijo que si pudiste enseñarme a hacer pan, entonces tienes magia en las manos. —Hace un gesto hacia Eden—. Lo siento, primo. Te la robo.

Le gruño.

—Puedes *tomarla prestada* —transijo.

Marialena me saca la lengua, Eden se ríe, y las dos entran en la casa.

Orlando me lanza una mirada penetrante pero no hace preguntas. Bien. Hablaré en privado con Romeo.

—¡Sergio! —Levanto la mirada y veo a Tosca, la madre de Orlando, saludándome con la mano, y detrás de ella, a la Nonna.

Tosca y mi madre no se llevan bien. Los lazos familiares son complicados, y todo lo que sé es que no hubo endogamia, gracias a Dios. Aparte de eso, tenemos primos, hermanos, tíos, tías y todo tipo de familia por todas partes, desde aquí hasta la Toscana. Tosca y mi madre son archirrivales que han aprendido a dejar sus diferencias de lado temporalmente. Dos mujeres que no podrían ser más diferentes entre sí. Desafortunadamente para mí, la cruel es de quien nací.

—Hola —digo con calidez cuando Tosca me abraza. Beso sus dos mejillas.

—¿Quién es esa chica tan guapa que has traído? —Me mira con curiosidad y susurra en mi oído—: Creía que estabas comprometido.

—Sí, sobre eso... ¿Está Romeo aquí?

—Lo siento, no ha podido venir. Quería venir a agradecerte por salvar a Mario.

—Dios, estáis exagerando demasiado con esto.

—Joder, increíble —murmura Orlando—. Sí, yo también he levantado algunos coches de encima de mis primos antes del desayuno. ¿Cuál es el problema de todo el mundo?

—¡Sergio! ¡Sergio! *Tu sei qui*!

La Nonna me recibe con los brazos abiertos.

—¿Quién es ella? —pregunta, con las cejas fruncidas con curiosidad.

—Se llama Eden. Trabaja para mí.

Los Rossi no se pierden nada, así que aunque siento sus miradas sobre mí, nadie hace más preguntas.

—Bueno, tendremos que hablar, pero no esta noche —dice Orlando—. Estamos aquí para celebrar.

Se dice que si quieres comer, vas a casa de los Rossi. Si quieres fiesta, llamas a los Montavio.

Cuando entro, mi hermano Ricco está sentado a la mesa, bebiendo despacio. —Está en la cocina.

Ricco nunca ha conocido a Eden, pero también sabe que esta es la primera vez que traigo a una mujer a nuestra casa.

—¿Cómo está Martina?

Sus ojos se oscurecen y una sombra atraviesa sus facciones. Su voz es áspera cuando responde, mirando a la mesa.

—No está bien.

Sabía que le estaban haciendo un tratamiento experimental y esperando a ver si lo toleraba. No quiero insistir ni hacer más preguntas.

—Si hay algo que pueda hacer...

—Nadie puede hacer nada, Sergio. Ese es el problema.

Me mira de nuevo y me dedica una sonrisa.

—Pero lo estás haciendo muy bien. ¿Salvando vidas? Esa no la vi venir.

Gimo.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor?

—No —responde Orlando—. Por esto.

Toca su teléfono y, por primera vez, me doy cuenta de que hay una pantalla instalada al final del comedor. *Dios*. Parece que vamos a ver películas de nuestra infancia, pero en su lugar, aparecen en la pantalla imágenes del accidente que tuvimos Mario y yo.

No estoy preparado para lo que siento cuando veo el coche volando por los aires, el camión viniendo directamente hacia nosotros. El hielo pulsa a través de mis venas, y mi corazón amenaza con explotar. Me obligo a mirar. Lo enfrento. No puedo apartar la mirada ni lo haré.

Y entonces siento una presencia suave y tranquila a mi lado. Eden no dice nada, solo sostiene mi mano. Mira la pantalla conmigo, su propio rostro refleja el horror que estoy viendo.

—Hijo de puta —murmura Ricco—. Eso no fue un accidente.

Mierda.

Por supuesto que no lo fue.

Estoy respirando agitadamente. Ni siquiera me doy cuenta hasta que Eden acaricia con sus dedos el dorso de mi mano. Dice en voz baja:

—Recuerda cómo me dijiste que respirara.

Respiro.

Veo el accidente del coche. Me veo siendo expulsado y el coche aplastado bajo el peso del camión. Veo al conductor del camión golpear el suelo con una fuerza que mataría a cualquiera. Dicen que murió al instante. Un puto suicidio.

Y cuando veo el desastre de vidrio y metal sobre Mario, es como ver una película de terror, solo que esta es demasiado real. ¿Por qué coño nos está mostrando Orlando esto?

Tosca tiene la mano sobre su boca, Marialena llora silenciosamente. Orlando mira la pantalla sin parpadear. Me veo recuperar el conocimiento. Es extraño, como una experiencia extracorpórea. Recuerdo cómo me sentí, recuerdo cómo tenía miedo pero sabía que tenía que quitar ese coche de encima de Mario.

Me veo levantar el maldito coche. Lo volvería a hacer, por supuesto. Ese aumento de fuerza sobrenatural, esa adrenalina bombeando a través de mí fue lo único que me ayudó a superar ese momento. Orlando pulsa un botón, y la pantalla queda en blanco.

—Romeo me pidió que te mostrara esto. Quería demostrar que salvaste la vida de Mario. Habría muerto en el accidente. Segundos

después, el coche explota, Sergio. Estabas allí, pero quieres decirnos que esto es un comportamiento cotidiano. No lo era, hermano. Salvaste la vida de Mario. —Me mira fijamente—. La segunda razón es que necesitamos averiguar quién hizo eso. Todavía estamos investigando, porque el mejor tipo que tenemos en vigilancia está retenido en el hospital en este momento.

Mario podría decirnos.

—Pero esa es una cuestión para otro día, chicos —dice Tosca con una sonrisa. La habitación se queda en silencio.

—¿Lo es? —Otra voz se une a nosotros. Miro hacia la puerta y veo a mi madre de pie allí—. ¿Ignorarás tan fácilmente una amenaza de nuestros enemigos, Tosca? —Niega con la cabeza—. No debería sorprenderme.

Recuerdo un tiempo en que mi madre era amable. Recuerdo un tiempo en que la venganza no alimentaba su fuego. En aquel entonces, ella mediaba entre mis hermanos y yo. Pero desde la muerte de mi padre y mi hermano, la frialdad se asentó en sus huesos como un iceberg. Muy raramente veo algo de la amabilidad que recuerdo en ella.

Algunas personas resultan heridas por lo que les sucede. Algunas son capaces de renacer de las cenizas. Y algunas están completamente sumergidas en las profundidades del Infierno con una necesidad de venganza. Esa es mi madre.

Eden se acerca silenciosamente a mí.

—¿Y a quién tenemos aquí? —Hay una frialdad en la voz de mi madre que siento en mis venas y de la que desearía poder proteger a Eden. Pero si vamos a superar todo y permanecer juntos, ella necesita saber manejar a mi madre.

—Esta es Eden. —Eso es todo lo que digo. No sé cómo describirla.

No es mi novia. No es mi prometida. Es más que eso.

Sé que no soy digno de alguien como ella.

Nunca esperé que me encontrara así.

Me aterroriza completamente.

No puedo protegerla de todo. Lo sé. Las imágenes del camión viniendo hacia Mario y hacia mí se reproducen una y otra y otra vez en mi mente.

Pero maldita sea, podría morir intentándolo.



CAPÍTULO 18

—TENGO UN BARCO.

EDEN

—Encantado de conocerte, Eden. —El hombre que me estrecha la mano se parece mucho a Sergio, pero es un poco mayor, con el pelo canoso en las sienes. Tienen los mismos hombros anchos, los mismos ojos penetrantes y esa masculinidad ruda escrita en sus rasgos.

Hay una diferencia, sin embargo. Sergio parece como si quisiera enfrentarse al mundo entero. Este hombre parece un poco derrotado por él.

—Me llamo Ricco.

Ricco. Oh.

Marialena me habló del Primo Ricco, el hermano mayor de Sergio cuya esposa está enferma.

¿Qué le dices a alguien cuya esposa se está muriendo?

—Encantada de conocerte —digo sinceramente—. He oído muchas cosas buenas sobre ti.

Uf, qué tópico.

No sé cómo decirle que lo siento, que no es justo tener que ver sufrir y morir a alguien que amas... pero es cierto que he oído muchas cosas buenas sobre él. Marialena me ha contado lo desgarrador que es verlo llevarla a sus sesiones de quimioterapia, cómo le trenza el pelo cuando se va a la cama por la noche porque suda mientras duerme y se le enreda todo. Me ha contado cómo Sergio ha asumido el trabajo de Ricco para que este pudiera estar en casa cuidando de su esposa y su bebé.

Así que aunque mis palabras puedan parecer mecánicas, las digo de corazón.

Él le lanza una mirada afilada a Sergio y sonríe con ironía. —Ojalá pudiera decir lo mismo.

Siento que mis ojos se abren como platos mientras miro a Sergio, sin palabras.

—¿Qué le has contado sobre mí? —digo, lo que hace reír a Ricco.

—Oh, nada. Ese es el problema y el resumen... nada.

Vaya. Parece que Sergio me ha mantenido en secreto.

Vale, en realidad me gusta eso.

Timeo se acerca y también me extiende la mano. —Encantado de conocerte —dice.

Suelto una risita, pero Sergio le da un golpe en el hombro con una fuerza que haría tambalearse a un hombre menos corpulento. Timeo solo se ríe.

—Ya la conoces, imbécil.

—Ya lo sé, ya lo sé —dice Timeo—. Solo intento ser educado, ¿vale?

Hablan sobre el North End y una barbería dirigida por unos tipos a los que llaman "los tres Tony". Hablan de la Toscana y Francia, y Sergio les cuenta sobre un viaje reciente a París.

Una mujer mayor adorablemente regordeta, vestida completamente de negro, se pone de pie. A diferencia del resto de la gente aquí, mide menos de un metro y medio de altura. Eso no significa que no tenga una presencia imponente. La famosa Nonna.

Veo cómo la madre de Sergio observa toda la escena con gesto de disgusto. Sé que una mujer que ha enterrado tanto a su marido como a un hijo tiene cicatrices de batalla, pero eso no me hace más dispuesta a acercarme a ella. —Es hora de sentarse a cenar.

Me imagino el futuro... con Sergio.

Me imagino sosteniendo a un bebé.

Pero luego veo a esta mujer sentada a un lado e imagino cómo sería como suegra.

Tiemblo.

¿Aceptaría alguna vez a alguien como yo?

Su maquillaje es impecable, su pelo corto bien peinado. Es esbelta, viste bien y lleva más joyas de las que he visto usar a nadie. Cuando pasa junto a mí, me golpea una ola de su perfume que huele a caro y elegante.

Todos nos sentamos y comemos la deliciosa comida, pero todavía me siento fuera de lugar cuando la madre de Sergio anuncia que es

hora del postre.

Antes de que pueda darle más vueltas, Nonna regresa con una gran bandeja repleta de pasteles y tartas.

Timeo suelta un grito. —Dime que es tu tiramisú.

—Mmmm. ¡Mangia! —dice triunfalmente.

No hace falta que nos lo diga dos veces. Nos damos un festín con delicado y cremoso tiramisú y cannoli frescos espolvoreados con azúcar glas, galletas doradas adornadas con almendras laminadas y hojaldre en capas tan tierno que se deshace en la boca.

Sergio declina cuando le ofrecen una bandeja de galletas, negando con la cabeza.

Timeo resopla y coge dos. —Sergio no come azúcar. Dice que estropea su figura de niña.

Los veo bromear y hacerse chistes. Los escucho compartir recuerdos. Hay un anhelo en mi corazón, y aunque sé que su familia está lejos de ser perfecta, es... familia. Con defectos y todo. Hay una camaradería aquí que no he experimentado. Incluso este hogar habla de ello: las fotos de los chicos cuando eran más jóvenes y una chica que solo puedo suponer que es su hermana Vivia, todas alineadas en marcos sobre la repisa de la chimenea. A lo lejos veo fotos de ellos en la pared al final de la habitación, vestidos con birretes y togas satinadas de graduación, y una foto de un hombre mayor que debe haber sido su padre.

Hay confort aquí. Pertenencia.

Cuando Sergio recibe una llamada que significa que tenemos que irnos, no quiero marcharme, pero me levanto de todos modos, lista para seguirlo.

Y entonces Tosca me está dando un abrazo, y Nonna me besa la mejilla, y Marialena me aprieta tan fuerte que no puedo respirar. Incluso Timeo me da un pequeño saludo con la mano y una sonrisa.

La madre de Sergio no se ve por ninguna parte.

Pero mientras nos vamos, la veo de pie en la puerta. Tiene lo que debe ser su sexta copa de vino en la mano. Sus ojos están llorosos y desenfocados mientras nos ve partir.

Sería bonita si sonriera.

Manteniendo mi mirada, murmura: —Tosca, me han dicho que hay una boda que necesitamos planear. —Girando sobre sus talones, se va.

Sergio aprieta los dientes y parece que quiere romper algo.

¿De qué va todo esto?

¿Una boda? ¿La boda de quién?

Conducimos de vuelta al club en silencio durante un rato. Parece que está furioso por algo, y no quiero hacer preguntas. Le doy el silencio que necesita.

Finalmente, unos diez minutos después de empezar el viaje, cuando estamos casi de vuelta al club, se vuelve hacia mí. —¿Qué te ha parecido?

Hmm. ¿Qué me ha parecido? Nunca he sido de las que mienten, así que digo la verdad.

—Ricco parece herido, lo que tiene sentido porque Marialena me contó que su esposa está enferma. Imagino que es una carga difícil de llevar. Timeo es un poco listillo, pero es leal a vosotros. Puedo notar que es inteligente. ¿Está unido a Tosca? Los vi hablando.

Él asiente.

—Tu madre parece tan herida como Ricco, y no estoy segura de que le haya caído bien. Pero, de nuevo, no estoy segura de que le guste alguien. Eso me hizo sentir incómoda, pero los demás lo compensaron. Tosca es encantadora, y Nonna también. Nunca tuve una abuela, y yo... —Mi voz se corta. Pienso antes de hablar—. Parece que adopta fácilmente el papel de abuela de todos. Me gusta eso.

—Muy bien —dice con un tono de finalidad que me indica que ha tomado una decisión—. Ya está.

¿He dicho algo mal? Lo miro sorprendida. —¿Qué?

—No volvemos al club. No esta noche. Quiero estar a solas, y no quiero que nadie nos interrumpa.

Oh. Mi corazón late un poco más rápido. ¿Qué... planea hacer cuando estemos a solas?

Tengo curiosidad por saber qué tiene en mente. Pero me gusta la idea de no volver al club. Me caen bien algunas personas de allí, pero no quiero responder preguntas, y tampoco quiero que nadie nos interrumpa.

—¿Adónde vamos?

—Ya verás.

Mientras conducimos hacia Boston, un viento cálido nos da la bienvenida. Hace un calor inusual esta noche. Sergio baja las ventanillas, y me encanta la sensación del coche veloz, el viento en mi pelo, su mano cálida y reconfortante en mi rodilla. No recuerdo la última vez que me sentí tan despreocupada y ligera. Tan... viva.

Estamos conduciendo hacia el corazón de la ciudad. Aunque no he estado aquí antes, puedo notarlo por la forma en que se intensifica el tráfico y desaparecen todos los indicios de vida residencial. Nos dirigimos más cerca del océano.

Nunca he estado en el océano. He oído hablar de él, y he leído sobre el olor del aire salado, las gaviotas volando por encima, las olas al romper en la orilla. Me gustaría verlo de primera mano antes de tener que irme...

No, no pensaré en eso ahora. Sé que tengo que irme. Sé que no puedo quedarme aquí para siempre, pero ni siquiera quiero pensar en ello.

Sergio habla pensativo mientras da su versión personal de la historia bostoniana. —El muelle de Boston es bastante famoso —dice con orgullo. Asiento, recordando la historia sobre el Motín del Té de Boston, cómo los rebeldes se negaron a pagar impuestos y en su lugar arrojaron el té británico al Océano Atlántico. Parece apropiado que cuando Sergio quiere estar solo, me lleve a un lugar tan emblemático de rebelión. Es muy propio de él.

—Tengo un barco.

Eso es todo lo que dice. *Tengo un barco*.

Así que cuando vislumbro un yate enorme, lo suficientemente grande para una pequeña fiesta y más grande que la casa de mi infancia, sacudo la cabeza.

Con una risa murmuro: —Tienes un barco. Sí, lo tienes.

No estoy preparada para lo que vemos a bordo porque esto no es un barquito, sino un auténtico yate. Múltiples zonas de estar, un comedor, una zona de relajación que parece un salón. Las habitaciones son espaciosas y amplias con techos altos y grandes ventanales, la luz de la luna bailando en el suelo frente a nosotros mientras el barco se balancea suavemente. A nuestro alrededor hay mármol reluciente y cuero mate, duradero pero hermoso.

Observo cada detalle cuando me da el tour.

Sistemas de entretenimiento de última generación. Una cocina gourmet. Un camarote de lujo, un spa e instalaciones de bienestar. Es el lugar más perfecto y lujoso, y estamos en un barco. En medio del agua.

Aunque estamos atracados en un muelle, Sergio ha llamado discretamente a su personal para que se una a nosotros.

El barco se aleja lentamente del muelle, hacia el vasto océano.

El teléfono de Sergio suena. Lo silencia con una mirada que haría que un perro metiera el rabo entre las piernas.

Obstinadamente, vibra y las luces parpadean.

Gruñe más fuerte, y el teléfono continúa desafiándolo con otra llamada.

Finalmente, con un gruñido, contesta la llamada.

—Timeo. Me desconecto por esta noche. Si es una emergencia, y me refiero a que alguien va a morir, estoy en el barco. Tú estás a cargo por esta noche.

Luego coge su teléfono, lo apaga y lo lanza sobre una encimera en la cocina, donde se desliza y choca contra la pared del fondo. Parpadeo y lo miro.

—A la mierda ese teléfono.

Se siente como un testimonio, como si desafiara abiertamente a cualquiera que se atreviera a llamarlo de nuevo.

Me lamo los labios y asiento. —A-a la mierda ese teléfono.

Mis mejillas se colorean cuando sus ojos se abren. —¿Acabas de decir una palabrota, Eden?

Me quedo de pie con las manos detrás de la espalda. —Creo que sí, señor.

Manteniendo mi mirada, se desabrocha los botones superiores de su camisa y niega con la cabeza. —Pero eso ha sido una travesura.

—Pero tú...

La mirada que me da me hace dejar de hablar. No diría que está bromeando, pero el aire está cargado de anticipación, como si hubiera estado esperando que hiciera algo que le diera una excusa para...

Para dominarme.

Deseo eso con tanta fuerza.

—Lo hice —digo arrepentida, preguntándome si puede escuchar la nota sensual entrelazada en mis palabras cuando agacho la cabeza—. No debería haberlo hecho.

Tiemblo de anticipación, mi corazón late más deprisa cuando él niega con la cabeza y tira de una silla de madera.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Con un movimiento de cabeza, se remanga las mangas.

Lucho con mi censura interior. Me digo a mí misma que no debería hacer esto. Me recuerdo que soy una mujer casada, que no puedo permitir...

Y entonces me toca. Alcanzándome, me acerca a él.

Delinea mis labios con su dedo antes de que sus labios rocen los míos.

Suspiro y gimo mientras él se sienta y me coloca sobre su regazo. Mis piernas cuelgan por un lado, mis brazos rodean sus hombros. Me sostiene cerca con el suave balanceo del barco y vuelve a besarme.

—Deseo ponerte sobre mis rodillas —dice en un susurro bajo en mi oído—. Quiero dominarte. Quiero someterte. —Con una suave caricia de su mano en mi mejilla, dice—: Tu sumisión es lo más hermoso que he visto jamás, Eden. Me la entregas libremente. Quiero más.

Me tumbo sobre su regazo sin reservas, libremente, con abandono y la certeza de que va a cumplir su promesa de

mostrarme el mundo de la dominación y la sumisión. Cierro los ojos, perdida en las sensaciones, mientras me acuna contra él.

—Preciosa —dice suavemente, con el peso de su palma sobre mi trasero—. ¿Vas a ser una buena chica?

—Sí. Sí, señor. —Apenas reconozco mi propia voz impregnada de calidez sensual.

El primer azote de su palma me hace estremecer de deseo. El segundo me hace ahogar un gemido mientras oleadas de placer me recorren. Cuando acaricia con la palma mi piel sensible, un calor pulsante late entre mis piernas. Ahogo un quejido. Con la tercera caricia, un espasmo de placer me atraviesa. Y entonces me pierdo en la sensación, mis pensamientos cesan, y todo lo que quiero es que haga más... más cualquier cosa, realmente. La sensación de dejar ir todo y dejarle a él tomar el control es tan estimulante que siento que podría volar.

—Buena chica. Vas a ser una buena chica para mí, ¿verdad, Eden?

—Mmm. Sí, señor. Lo seré —susurro. Separa mis piernas y me toca. Me estremezco con un espasmo de placer y una promesa de más. Me levanta.

—Aún no, nena —dice, sosteniéndome contra su pecho—. Aún no. Ven aquí.

Con movimientos fluidos, me coloca en su regazo frente a él, mis piernas a ambos lados de él.

Buena chica.

Obediencia.

Castigo.

Sergio toma el trauma de mi pasado y lo proyecta bajo una nueva luz. Ya no me avergüenzo de quién soy. Me siento... empoderada.

Y con ese conocimiento, me despojo del último vestigio de vacilación. Ignoro las señales de alarma que retumban en mi mente. Cuando besa mi mejilla, suspiro.

Me entrego completamente.

—Te deseo, Eden. Quiero hacer el amor contigo —dice, sus dedos rodeando suavemente mi cuello mientras susurra. La suavidad de su tono no disminuye en absoluto la pasión ardiente que vibra entre nosotros. Le oigo tragar. Se ha estado conteniendo. Por respeto a mí, se ha contenido.

Hacer el amor.

Quiero hacer el amor contigo.

Me lamo los labios, con la boca repentinamente seca. Con el pulso acelerado, asiento. —Yo también quiero eso.

No me importa que no sea mi marido. No me importa que no hayamos hecho votos. Podría comprometerme a una vida de perfección y miseria, o podría... *podría vivir*.

El barco se balancea suavemente mientras él se pone de pie, mis piernas rodeando su cintura y sus manos bajo mi trasero. Estoy asustada y emocionada y tan tensa que podría llorar.

—Comprobación del corazón. Háblame, Eden.

Sé que si le dijera que parara ahora mismo, lo haría. Sé que si le pidiera que me llevara de vuelta al club, lo haría. Y entonces nunca sabría... nunca sabría cómo es hacer el amor con un hombre al que amo.

—Tengo miedo —le digo honestamente.

—¿Miedo de que duela? —Sus cejas se fruncen.

Niego con la cabeza. —No. Miedo de que... no duela.

—Eden.

Miedo de que mi marido se entere. Miedo de que haya un alto precio que pagar. Miedo de estar tomando una decisión que nunca podré revertir, y de arrepentirme.

Miedo de no vivir realmente mi vida.

Estamos en una habitación grande y señorial con un tragaluz tan abierto que parece como si la habitación estuviera incrustada en una cortina azul marino tachonada de estrellas de un cielo nocturno. Enmarca mi rostro entre sus manos. —Estás segura conmigo, Eden. Y te confesaré la verdad. Yo también tengo miedo —dice, con tanta

honestidad que me sorprende. ¿El hombre más peligroso que he conocido tiene miedo?

—¿Miedo de qué? —pregunto, mientras me tumba en la cama. Mantengo su mirada mientras comienza a desnudarme.

Extiendo la mano para acariciar su rostro. —Miedo de perderte. Miedo de que descubras quién soy realmente y nunca quieras volver a verme. —Traga saliva—. Miedo de no merecer a alguien como tú.

—Una vez leí que el miedo es una reacción natural a acercarse a la verdad. —Me lamo los labios y trago, con la boca repentinamente seca. Nunca he tenido tanto miedo en mi vida, ni siquiera cuando dejé la comunidad—. He buscado tanto tiempo la verdad, Sergio. Y ahora... la he encontrado. Tú eres mi verdad.

—Nena —dice con vehemencia, su voz temblorosa—. No merezco a una mujer como tú, pero pasaré el resto de mi vida esforzándome por ser el hombre que mereces.

Mi corazón se hincha. Cuando inclina su boca hacia la mía, me deshago del último resquicio de incertidumbre. Cierro los ojos y me entrego a él.

Mi ropa cae al suelo como pétalos esparcidos mientras él la retira con absoluta reverencia, besando mi piel desnuda a medida que cada prenda revolotea hacia el suelo. Con cada beso y caricia, mi cuerpo se calienta más, rebosante de necesidad, mi pulso latiendo entre mis muslos.

Observo cómo se desnuda con tirones rápidos e impacientes. La luz de la luna brilla en su piel. Es tan apuesto, masculino e impresionante como sospechaba que sería: piel bronceada y músculos definidos, con hombros anchos y bien formados. Dejo que mi mirada recorra perezosamente su estómago plano y la fina línea de vello oscuro que desciende aún más.

—Quiero saborearte.

Le miro, avergonzada. —No soy virgen —digo tentativamente—. Pero... no estoy segura de lo que eso significa.

Sonríe, realmente sonríe. Es tan raro ver una sonrisa sin reservas que le parte la cara, que le devuelvo la sonrisa antes de que se

ponga serio.

—No me importa eso, Eden. Tu pasado y el mío quedan atrás. Todo lo que importa es aquí y ahora. —Su mirada se oscurece—. Pon tus manos detrás de la cabeza y mantenlas ahí.

Temblando, obedezco. Me siento tan expuesta, pero cuando me mira, sé que le gusta lo que ve. No me avergüenzo de estar desnuda ante él como pensé que estaría. Se siente... natural. Correcto.

—Eres una chica tan buena. Mira lo bien que me obedeces. Me complace mucho.

Le sonrío, deleitándome en la calidez de su elogio mientras deja que su mirada recorra mi cuerpo. —Gracias.

—Eres la mujer más hermosa que he visto jamás.

Me muerdo el labio y trago contra la emoción creciente. Abro la boca para agradecérselo cuando alcanza mis rodillas y las separa. Me atraganto con mis palabras y no puedo hablar. Mi respiración se vuelve rápida, y ahora sé por qué me ordenó poner las manos detrás de la cabeza: quiero alcanzarlo. Quiero alcanzar la manta y cubrirme. Quiero juntar mis rodillas y ocultarme de él. Pero no me dejará.

Mantiene mi mirada mientras se baja al suelo y se arrodilla frente a mí. Vaaaaya. Mi corazón late tan rápidamente que estoy mareada.

—No importa lo que pase, mantendrás las manos donde te he dicho. Si las mueves, sabes lo que pasará.

Separa mis piernas e inhala profundamente. —Jooooder.

Deduzco que le gusta esto.

El primer toque de su lengua hace que mis caderas se sacudan con un espasmo de placer.

—Oh. Oh —gimo. *Mantén tus manos detrás de la cabeza. Mantén tus manos detrás de la cabeza.* Mis mejillas arden. Estoy tan expuesta y esto está tan fuera de mi ámbito de experiencia. No puedo...

Oh. Me derrito, sucumbiendo a la absoluta dicha de lo que está haciendo. Definitivamente nunca he sentido nada igual hasta ahora. Sus gemidos de placer se mezclan con los míos mientras me lame

perezosamente, deslizando su lengua con precisión experta entre mis pliegues húmedos.

—Sergio —susurro. Dios mío, la sensación es demasiado. Voy a desmayarme por la absoluta perfección de esto.

Una y otra vez, arrastra su lengua entre mis piernas y una y otra vez, me retuerzo y respiro, cada ola de sensación dejándome sin palabras, sin pensamientos, ingrávida. Siento como si me precipitara hacia algo pero no tengo idea de qué o cómo, o qué sucede cuando llego allí.

Se detiene y levanta la cabeza. Encuentro sus ojos, avergonzada pero ansiosa por verlo.

—¿Estás bien? —susurra. Me estremezco al sentir su cálido aliento ahí.

—Voy a morir de pura y completa felicidad, pero creo que estoy bien con eso.

No puedo ver su boca, ¡ah!, pero sus ojos me brillan.

Y luego está de vuelta, lamiendo y chupando con toques tan perfectos de su lengua que mi respiración se entrecorta. Mis caderas se sacuden y siento que si se detiene ahora mismo, moriré.

Olas de placer me inundan sin previo aviso. Mi cuerpo se sacude mientras soy completamente arrastrada por una marea de euforia. Estoy destrozada de placer mientras me sostiene contra él, su boca aún entre mis piernas.

—Preciosa —gime, mientras sube a mi lado—. Dios, no puedo creer lo hermosa que eres cuando te corres.

Quiero esconder mis mejillas ardientes para que no pueda verme, y afortunadamente lo entiende. Me sostiene, llevándome a su pecho. —Shh —susurra como si pensara que voy a llorar—. ¿Estás bien?

—Eso... fue... increíble —gimo.

Increíble. Él niega con la cabeza. —*Tú eres* increíble.

Siento la longitud endurecida de su erección presionada contra mí. —Te deseo, Eden.

Sé lo que quiere. Yo también lo quiero.

Asiento. —Yo también. Hazme olvidar todo, Sergio. Todo excepto lo que siento por ti.

Y entonces estoy en sus brazos y él me sostiene, meciéndome, como si memorizara cómo se siente mi piel desnuda contra la suya. Apoyo mi cabeza en su hombro y él la besa antes de arrodillarse de nuevo y acomodarme debajo de él. —Tengo tanto que mostrarte —susurra—. Esta noche, haremos el amor.

Lo observo ponerse un condón, su mirada fija en la mía.

Tiemblo cuando roza mi centro con la cabeza de su sexo. Me dejo llevar y estar presente en este momento. Suspiro cuando se desliza dentro de mi centro con un gruñido de placer.

Me encanta cómo me estira. La forma en que pulsa dentro de mí, una clara indicación de que se está conteniendo. Envuelvo mis piernas alrededor de él mientras suave pero firmemente aumenta el ritmo.

—¿Estás bien?

—Sintiendo... como... si estuviera a punto de perseguir ese primer momento de absoluta dicha con un segundo, pero está bien. —Respira—. Estoy excelente.

Mi deseo de explorarlo, de explorarnos, me abruma. Nos movemos juntos, nuestros cuerpos entrelazados. Lo sostengo mientras el calor irradia entre nosotros, unidos en mutuo placer.

Me relajo y me abro a él. Mis sentidos se agudizan y soy consciente de la forma en que su respiración se acelera, la sensación de fricción dichosa con cada empuje de sus caderas, la forma en que mi cuerpo envuelve el suyo con una caricia de bienvenida. Nos movemos juntos en perfecta armonía, perdidos en el momento mientras nos convertimos en uno.

La energía entre nosotros crece hasta que estallamos en un crescendo de placer.

—¡Ah! Ah —suspiro en la eufórica liberación al mismo tiempo que él.

Lo deseo tanto. Lo necesito. Antes de Sergio, estaba incompleta. Con él, estoy plena.

Sus movimientos se ralentizan, pero sigo aferrándome a él.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que me besa, pero las caricias suaves desatan un nudo en mi vientre, y lloro abiertamente.

—Ha sido precioso —susurro, sorbiendo contra la amplia extensión de su pecho mientras me abraza—. Precioso.

Quiero decirle que lo amo.

Quiero decirle que nunca lo abandonaré.

Pero todavía no estoy segura de qué es el amor, y no puedo hacer promesas que no sé si podré cumplir.



CAPÍTULO 19

—NO CONFÍO EN LA FELICIDAD.

SERGIO

No sé por qué esperaba que Eden se abriera conmigo después de hacer el amor. Si acaso, ocurre lo contrario.

Yacemos en los brazos del otro, bajo las estrellas parpadeantes, con una brisa cálida que nos envuelve. Ella está callada y distante.

—Control del corazón —digo, buscando su mano.

—Mi corazón está bien —dice con suavidad.

—¿Algo en mente?

Hace una pausa antes de negar con la cabeza.

—Todo estará bien.

Esa no es realmente una respuesta aceptable. Acabamos de hacer el amor y está retraída y ansiosa.

—¿Preocupada?

Se encoge de hombros.

—Eden —mi voz tiene un tono de advertencia.

—¿Sí?

—Háblame.

Me coge la mano.

—Tengo que volver por Starla. Sea lo que sea esto... no puedo quedarme.

—Volveremos juntos.

Ella niega con la cabeza.

—¿Y luego qué? ¿Traigo a mi hermana al club? No, Sergio, no puedo hacer eso. No lo haré. Solo... no quiero hablar de esto ahora. Acabamos de tener el momento más perfecto de la vida, y no quiero estropearlo.

Se acurruca en el hueco de mi brazo. Me encanta cómo se siente tumbada junto a mí. Lo que compartimos fue increíble. Lo que compartimos cambió nuestras vidas.

No puedes simplemente volver a como eran las cosas cuando la vida misma ha cambiado.

Pero sé que ahora está dejando que el miedo la domine.

—No confío en las cosas buenas —dice simplemente—. Las cosas siempre salen mal para mí. Odio hablar así, odio ser negativa. Pero es la verdad. Cuando tenía una amiga, me la quitaban. Incluso mis mascotas. No quiero hablar más sobre lo que me pasó, pero solo diré que me he vuelto... cautelosa cuando encuentro la felicidad.

Odio eso por ella.

Y sé entonces que, por primera vez en mi maldita vida, lo único que quiero es lo que no puedo tener... a ella.

—Te han enseñado a ignorar tus propias necesidades. Te han enseñado que no importas. Quiero pasar el resto de mi vida demostrándote que sí importas y haciendo de ello la misión de mi vida.

Cuando apoya la cabeza en mi pecho, le acaricio el pelo. Es tan reconfortante para mí como para ella. Sé que está llorando. Puedo oír los hipidos y verla limpiarse las mejillas. Finalmente, se calma y su respiración se vuelve lenta y constante.

Se ha quedado dormida.

Cierro los ojos e intento grabar este momento en mi mente.

Conmigo, está a salvo. Conmigo, está segura. Nadie le hará daño.

Sin embargo, merece más que eso. Merece ser valorada y comprendida, respetada y amada.

Amada, maldita sea.

Aquí, en la seguridad de este refugio, ha dejado todas sus defensas por un tiempo. Quiero darle protección y seguridad que duren para siempre.

Y solo hay una manera de asegurarlo.

Así que le arropo con la manta y me levanto de la cama.

Vuelvo a encender mi teléfono.

Tengo un mensaje. De Mario.

Mario
Lo he encontrado.

Mis dedos vuelan sobre las teclas mientras respondo.

¿Qué demonios haces trabajando cuando se supone que debes estar recuperándote?

Mi pulso galopa. Mi visión se nubla. La pantalla que estoy mirando tiembla porque yo estoy temblando de furia, porque sé a quién ha encontrado y lo que tengo que hacer.

Mario
Tío, no puedo mirar la puta pared ni un segundo más, estoy bien. De todas formas, Gloria ayudó, gracias a ti. ¿Quieres que forme un equipo?

Aprieto los dientes. Miro a Eden, durmiendo pacíficamente en la cama.

Tendrás tu paz, preciosa.

Pase lo que pase.

No formes ningún equipo.

Me encargaré de esto personalmente.



CAPÍTULO 20

«DÍA DE PAGO»

EDEN

DESPIERTO TEMPRANO POR LA MAÑANA. Estoy de vuelta en mi habitación del club, esperando sentir la cálida y reconfortante presencia de Sergio a mi lado.

Abandonamos cualquier pretensión. Todos en el club saben que somos pareja, aunque me incomoda que no estemos casados. Intento apartar de mi mente cualquier pensamiento sobre mi marido. Pero no puedo. Cada vez que despierto junto a Sergio, la culpa con la que crecí me consume. Él no es mi marido, así que siento como si estuviéramos viviendo tiempo prestado.

Mi marido, Seth, es un hombre iracundo. No entiendo por qué, pero sé que no deja pasar las cosas fácilmente. No sé de lo que es capaz. Y si se llegara a un enfrentamiento entre Seth y Sergio, sé perfectamente quién ganaría. Sergio es más fuerte, más poderoso y peligroso.

Pero Seth tiene el poder de la hermandad. Y nadie comprende realmente lo poderoso que es ese grupo.

Yo sí. Cuanto más tiempo estoy lejos de la hermandad, más me doy cuenta del dominio absoluto que ejercían no solo sobre mí, sino sobre decenas, incluso cientos de personas.

Cuando me doy la vuelta, Sergio no está.

—¿Sergio?

No hay respuesta. La sensación inquietante en mi estómago crece.

Me doy cuenta de que todavía es temprano. La luz del sol aún no ha atravesado las nubes, y todavía está ligeramente oscuro afuera, aunque hay un atisbo de amanecer en el horizonte. Mi persiana está parcialmente abierta, por lo que el sol de la mañana ilumina solo un poco de la habitación.

Daisy sigue durmiendo profundamente en su transportín. Anoche, Sergio y yo nos quedamos dormidos tarde, y recuerdo haber dejado nuestra ropa en algún lugar cerca del cesto.

Sus zapatos no están. Su ropa no está.

Me siento y recuerdo que hoy es día de pago.

A la gente le gusta que le paguen. A mí no. Es un recordatorio vívido: si es día de pago, significa que tengo más dinero en el banco. Cuanto más dinero tengo en el banco, más cerca estoy de irme de aquí. Siempre supe que no podía quedarme. Entonces, ¿por qué acercarme a mi objetivo me hace sentir tan... triste?

Me recuerdo a mí misma que mi hermana me está esperando. Y me pregunto si es una mentira que me cuento a mí misma que ella estará bien. Que incluso podré volver a la hermandad y rescatarla.

Cuanto más tiempo pasa entre mi partida y mi regreso, más dudo de mi capacidad para hacer esto sola.

—¿Sergio? —Ahora sé que no va a responder porque se ha ido. Miro alrededor de la habitación con una creciente sensación de temor. No puedo evitar llamarlo, como si fuera a aparecer misteriosamente. Estoy dejando que mi imaginación me domine.

Arrojo las sábanas y busco una nota o algo que me diga que se ha ido y adónde.

Él siempre está aquí cuando despierto.

Tomo mi teléfono y veo una notificación de mensaje. Mi corazón late un poco más rápido cuando veo que es de Sergio.

Sergio

Dormías tan plácidamente que no quise despertarte. Tengo un asunto urgente que resolver. Tengo que irme, Eden. Volveré. Tuve que salir inmediatamente porque es algo que no puede esperar, pero regresaré esta noche.

Y eso es todo. No sé por qué el temor sigue creciendo, poniéndome ligeramente nauseabunda.

Pulso el botón de llamada para llamarle. Gracias a Marialena, ahora sé cómo usar este aparato.

La llamada va al buzón de voz.

Supongo que cosas así ocurren todo el tiempo en el mundo normal. La gente tiene lugares a donde ir. La gente se deja mensajes, textos, cartas...

Pero no puedo evitar preguntarme si algo va mal.

Me trago un nudo en la garganta y abro mi cuenta bancaria. Flo me ayudó a configurar esta y Quinn me enseñó a usarla. Abro mi saldo y me quedo mirando.

Eso es... mucho más dinero del que debería tener ahí. Es una... locura de dinero. Incluso apago mi teléfono, lo enciendo de nuevo y abro la aplicación otra vez, mirando fijamente los números.

Tengo suficiente dinero para salvar a Starla. Tengo suficiente dinero para hacer... muchas cosas ahora.

Tengo suficiente dinero para irme.

Cierro los ojos e intento centrarme, pero me siento desequilibrada. Sergio se ha ido a una misión desconocida, lo que no es inusual, porque es un hombre que hace cosas que no me cuenta. Es alguien que no puede trabajar a la vista de todos, porque es un criminal. Lo sé, pero lo amo de todos modos.

Lo amo.

Pero no sé cómo podemos seguir juntos así.

Intento convencerme de que soy digna de amor, pero ahora mismo, solo puedo pensar en qué hacer a continuación.

Abro la aplicación de nuevo y miro los números. ¿Por qué me pagaron tanto dinero? Quizás alguien cometió un error. Este es el tipo de dinero que debería haberme llevado cinco años ganar.

Dejo el teléfono.

Sé que tengo que volver por Starla. Tengo que hablar con Sergio primero, porque sé que no puedo hacer esto sola. Bastaría con que me encontrara con la persona equivocada. Si Seth está allí...

Me doy una ducha, luego saco a Daisy de su transportín. Me cepillo los dientes y el pelo. Incluso me pongo un poco de maquillaje porque Quinn me enseñó cómo. Y me visto con mi ropa nueva. Quería quemar la vieja, pero había desaparecido cuando volví.

Desde nuestra noche en el yate, Quinn y Marialena han rehecho todo mi vestuario. Tengo vaqueros ajustados y leggings suaves como la mantequilla. Tengo faldas y vestidos y camisetas ajustadas. Nada demasiado llamativo y, de alguna manera, todo es simplemente... yo. La nueva yo, de todos modos. Elegante, un poco a la moda, bien hecho y... hermoso.

Después de terminar de arreglarme, voy a la cocina.

Es viernes y tendremos mucho público esta noche. Ahora sé que Sergio me está dando más trabajos de los que necesito, más de los que necesitaba darme, porque tal vez quería mantenerme aquí. Sé que los clubes como este normalmente no tienen menús extravagantes, pero le gusta mi cocina y sabe que me gusta cocinar.

Saco a Daisy a pasear, con la mente nublada por todas las decisiones que debo tomar. Me he acostumbrado a confiar en Sergio, y no estoy segura de cómo me siento al respecto. Necesito depender de mí misma. No puedo esperar a que un hombre tome las decisiones por mí. Levanto la barbilla y camino con confianza por la calle, pero mi mente está en completo desorden.

Marco a Sergio de nuevo. Va al buzón de voz.

¿Qué haría Marialena? Ella está de vuelta en Florida con su marido, pero Quinn está en la ciudad.

Pulso el botón y llamo a Quinn.

El teléfono suena, e intento pensar en lo que voy a decir. Suena y suena y va al buzón de voz.

Me siento enferma del estómago, insegura de lo que está pasando. Quiero pedirle consejo a alguien. Pero entonces me doy cuenta... No hay nadie a quien preguntar. Soy solo yo, y siempre ha sido... solo yo.

Quizás era una mentira que yo perteneciera a esta familia. Quizás todo estaba solo en mi cabeza...

Intento decirme a mí misma que es temprano, todos están dormidos. Tal vez me llamen más tarde. Tal vez no necesito que alguien más me ayude a tomar esta decisión. ¿Qué decisión estoy tratando de tomar siquiera?

Por una vez en mi vida, desearía saber la respuesta. Desearía que mi mente no estuviera tan confusa, como si no supiera lo que está bien o mal. No sé lo que viene después. Y eso me deja más que un poco inquieta.

Me siento en el bordillo. Recuerdo cómo casi me atropella un coche antes de subirme al autobús, hace tiempo, antes de venir a Boston. Incluso a esta hora temprana de la mañana, el tráfico de la ciudad de Boston es denso, con bocinas sonando y gente gritándose.

Tomo una respiración profunda y la dejo salir lentamente. Daisy me lame la mano. Le doy una palmadita y le rasco detrás de las orejas. —No importa lo que pase, vendrás conmigo.

Me levanto y vuelvo al club. Alimento a Daisy. Me cepillo el pelo. Es aburrido y mundano y no me distrae en absoluto de los pensamientos sobre Sergio.

Es la hora del almuerzo cuando finalmente levanto la vista de mi trabajo. No he vuelto a encender mi teléfono porque me gusta cómo se siente no estar a disposición de nadie. Y si soy realmente sincera, estoy un poco molesta porque nadie respondió a mi llamada y porque Sergio no me dijo adónde iba.

Flo entra, con los brazos cargados de comestibles.

—Oh, Dios mío, no creerías lo que tienen en el banco de alimentos.

Es como una broma recurrente que ella saquea el banco de alimentos tan pronto como lo abastecen. Hay muchos bancos de alimentos en Boston, y Flo definitivamente no es alguien que necesite dinero para comprar comida. Pero nunca rechaza algo gratuito, así que es la primera en la fila.

Escucho a medias mientras descarga sus productos sobre la mesa y comienza a abastecer la cocina. No sé por qué no lleva la comida a su propia casa, pero Sergio dice que este es casi un segundo hogar.

—Eh, cariño, ¿estás escuchando? —Me mira, frunciendo el ceño —. Eden, ¿estás bien?

No sé qué decirle. Estoy abriendo la boca para hablar cuando la puerta trasera de la cocina se abre y Gino entra a grandes zancadas.

—Eden, tienes que ir a tu habitación. Ahora mismo.

Flo y yo lo miramos fijamente. ¿Qué?

Él no tiene autoridad para decirme qué hacer. Nadie la tiene.

—Tengo trabajo que hacer, Gino.

—Chica, te digo que es lo correcto. Ve a tu habitación y no salgas hasta que te llame.

¿Quién se cree que es este tipo?

Flo lo mira fijamente. —¿Qué ha pasado?

Él mira por encima de su hombro. —¡Eden, vete!

Nunca he insultado a nadie en mi vida, pero nunca he estado más tentada. —Tú no me dices qué hacer. Nadie me dice qué hacer.

Se abren las puertas del club, y entra una de las mujeres más hermosas que he visto jamás. Es unos centímetros más alta que yo, bronceada e impresionante. Marialena es hermosa, pero esta mujer parece una modelo. Su top está cortado muy bajo, hasta su ombligo. Un cabello largo y brillante cae por su espalda y se balancea como si acabara de salir de la peluquería.

La miro fijamente, tratando de averiguar quién es. Mira alrededor de la cocina y niega con la cabeza. —¿Puedo ayudarte?

—Así que esta es la pequeña cocina que preparará la comida para mi boda?

Pequeña cocina. Boda.

Ahí está de nuevo, alguien se va a casar.

Flo me mira. Su rostro palidece bajo el maquillaje, y dice en voz baja: —Creo que deberías ir a tu habitación como dijo Gino, Eden. —Ah, no, no lo hará.

—Estoy aquí para examinar las cosas para la boda —dice la novia con una mirada altiva.

—Boda. ¿La boda de quién?

Me da una mirada fulminante, mirándome desde lo alto de su nariz larga y delgada. —¿Eres el personal de cocina?

Flo parece que va a vomitar. —Eden, vete. Gino tiene razón.

Pero todavía estoy atascada en «personal de cocina».

Sí, soy el personal de cocina. Eso es todo lo que soy.

—Lo soy. ¿Quién eres tú?

Pone las manos en sus caderas y levanta la cabeza bien alta, dándome una mirada que me hace sentir que mido cinco centímetros.

—La prometida de Sergio Montavi. Quería venir a ver el lugar de la boda, y alguien me dijo que su personal de cocina prepararía la comida para su boda. Así que vine aquí para ver de qué eres capaz. Y si tú eres la mujer...

No oigo nada más de lo que dice. El sonido del pulso en mis oídos me marea y me deja sorda.

Prometida.

Sergio.

Boda. Dejo caer un plato de cristal que estoy sosteniendo, y soy vagamente consciente de cómo se hace añicos en el suelo. —Eden. —Flo me alcanza—. ¿Estás bien?

La hermosa mujer dice algo sobre personal torpe, pero apenas la escucho.

Sergio se fue a hacer algo, y no me dijo qué.

Su madre mencionó una boda.

Todo lo que he tenido con él, y... se va a casar.

Por supuesto que se va a casar. ¿Le importó que yo sea una mujer casada? No. No piensa nada del matrimonio. No pensó que mi matrimonio con Seth fuera sagrado, así que ¿por qué le importaría tener una aventura?

—Sergio explicará todo cuando regrese —dice Gino—. Eden, escucha...

No, no lo hará. Porque no me quedaré para una explicación.

Él me dio el dinero. Le conté sobre Starla y me dio suficiente dinero para irme.

Mi corazón se desploma mientras camino hacia mi habitación, con una sensación hueca en el estómago.

De camino a mi habitación, veo a Timeo.

—Hola. —Mi voz suena hueca y distante. Extraña a mis propios oídos—. Alguien me pagó de más por accidente.

Puede que me vaya, pero no me llevaré lo que no me pertenece. Él me da una mirada extraña. —¿No te lo contó Sergio?

Claro. Quiero soltar, «Obviamente no», pero esa no soy yo.

Qué curioso que piense que Sergio me cuenta algo. —Eh, ¿no?

—Te dio una bonificación.

—¿Por qué?

—Dijo que era por si lo necesitabas.

—Bueno, esa no es razón para dar bonificaciones a la gente.

Timeo resopla. —Razón suficiente para mí.

No tengo ni idea de lo que eso significa, pero genial. El dinero es mío. Como si me importara.

Debería estar regocijándome, ¿no?

—Gracias. Vale, escucha, Timeo, quiero que me hagas un favor. —Obviamente aún no sabe que la prometida de Sergio está aquí. Bien, eso funciona a mi favor, porque probablemente intentaría detenerme. Miro a Daisy.

—Quiero que le digas a Quinn que hay una nota para ella en mi habitación.

Se me rompe el corazón al pensar en dejar a Daisy, pero Quinn cuidará bien de ella.

—Vale. —Me da una mirada extraña—. ¿Por qué no puedes decírselo tú misma?

Decido imitar a Sergio. —Tengo algo que hacer. Por cierto, ¿sabes dónde está Sergio?

—Él está... no puedo decirlo. Me dijo que no se lo dijera a nadie.

—Maravilloso.

He estado enfadada antes, pero nada se compara a cómo me siento ahora. Es fácil enfadarse con alguien que es un enemigo claro. Es fácil desagradar a un villano.

Se siente muy diferente cuando la ira es alimentada por la traición.

Quizás fui yo. Quizás soy yo la que malinterpretó todo. Quizás en su mundo, la gente entiende que puedes tener una relación casual pero íntima cuando estás comprometido para casarte.

Quizás en su mundo, el compromiso no significa nada.

Pero en mi corazón, sé que eso no es cierto.

La razón por la que me enamoré de esta familia es por lo leales que son. Porque se aman unos a otros.

Mi garganta se tensa extrañamente cuando pienso en Sergio. Cuando pienso en el futuro que imaginé que tendríamos juntos.

Mis mejillas arden cuando me doy cuenta de que todo estaba en mi cabeza. Eden inocente, ignorante de los caminos del mundo.

He sido una tonta. Una ingenua tonta.

Camino hacia mi habitación y reúno mis pertenencias para llevarlas conmigo. No quiero llevarme la ropa que me compraron, pero obviamente tengo que usar algo, así que me llevo solo unas pocas cosas.

Ahora tengo suficiente dinero para comprar lo que quiera. Hubo un tiempo en que eso me habría hecho feliz.

Sé cómo hacerme imperceptible. Invisible.

Sé cómo hacerme pequeña. Era una habilidad que una vez pensé que aprendería a dejar atrás.

Pero la necesito ahora.

Dejo una nota para Quinn.

Dejo la ropa que él me dio. El teléfono. Las joyas.

Me voy por la misma puerta por la que entré.



CAPÍTULO 21

«MANTÉN LA PUTA CALMA»

SERGIO

Odio dejar a Eden. No me gusta saber que está vulnerable, pero sé que la única manera de que esté segura para siempre es si hago lo que tengo que hacer.

Me pregunto brevemente si alguna vez me perdonará, pero a veces es mejor pedir perdón que permiso, y no pediré permiso a nadie para acabar con la vida del hombre que abusó de mi mujer.

Se merece sentir el mismo dolor, sufrimiento y miedo que ella sintió. No soy un hombre religioso, pero me gusta pensar que hay un lugar especial en el infierno para hombres como él.

—Dame los detalles.

Timeo está al teléfono. Mario está en casa, situado en el cuartel general de su familia en El Castillo. Le encanta volver a meterse en el meollo de las cosas, y puedo oír la emoción en su voz. Ha descubierto a los villanos y está jodidamente cabreado.

—Vale tío, esto no es un grupo de florecillas marchitas. Hay fácilmente un centenar de ellos, seguros y bien escondidos, todo bajo el pretexto de ser una comunidad religiosa, pero está súper claro que trabajan para alguien, parece que para un cártel.

Timeo maldice.

—Tiene sentido. Operan bajo la apariencia de un culto para poder ocultar actividades ilegales. La policía y el FBI tienen que mantenerse alejados de grupos como el suyo. Las fuerzas del orden no pueden infiltrarse en una organización con una estructura cerrada y secreta. Lo protegen todo, lo esconden bajo el pretexto de la religión.

—No es una mala idea, si lo piensas...

—Mario —gruño.

—Solo digo. Ya lo sé, ya lo sé. Perdón.

Timeo continúa.

—Consiguen la lealtad y devoción de la gente hacia su culto, y entonces el cártel puede hacerles hacer cualquier cosa. Tienen

líderes carismáticos, gente que les sigue ciegamente...

Mi Eden no. Ella no es una seguidora ciega. Es más fuerte que eso, más inteligente que eso, jodidamente brillante. Mi corazón se hincha de amor por ella, seguido rápidamente por un destello de furia al pensar que alguien se aprovechara de alguien como ella.

—El cártel ha blanqueado dinero a través de ellos. Diez millones y subiendo —dice Mario.

Por supuesto. Siempre se trata del puto dinero.

—¿Crees que son los que nos atacaron? ¿Por qué?

—Porque no eran tan ignorantes como pensábamos. Probablemente sospecharon que alguien desde dentro alertaría a las autoridades. El cártel no confía fácilmente. Eden escapó, pero la localizaron. Debieron asumir que estaba trabajando con nosotros.

Joder.

—¿Tienen otras conexiones? ¿Otros supuestos grupos? —pregunto.

—Qué curioso que lo preguntes —dice Timeo—. Pues sí que tienen. Dos en Texas, uno en Nuevo México y tres distribuidos por todo México.

Claro. Necesitan una cadena de distribución para trabajar. Si tienen seguidores repartidos por regiones y países, las organizaciones criminales pueden aprovechar la red para transportar drogas fácilmente. Los miembros del grupo religioso —o, más exactamente, un decorado o un atrezzo— actúan sin saberlo como mensajeros o muy conscientemente, especialmente aquellos en posiciones de autoridad más altas.

Basándome en lo que Eden me ha contado, sé que han utilizado tácticas de intimidación, manipulación y control. Líderes como este ejercen influencia sobre sus seguidores con algo más que intimidación física. Una amenaza de violencia o castigo es una cosa, pero la amenaza de ser apartado de todo contacto humano y condenado al infierno para siempre es otra.

—Cuéntame absolutamente todo.

Me envían mapas, fotos, nombres.

—Ahora mismo estoy en proceso de activar un dron para que podamos obtener imágenes en directo —dice Mario.

Oigo el murmullo bajo de una voz femenina en el fondo. No puedo distinguir todas las palabras, y cuando Mario le habla, su propia voz está amortiguada, pero puedo decir que es su esposa Gloria y está intentando darle medicina. Como una de las mejores detectives que he conocido, estoy seguro de que a Gloria le gustaría participar en esta acción de nuevo, pero primero está intentando cuidar de su marido.

Le quiere. Maldita sea, eso hace que mi corazón se encoja.

No importa quién seas o qué hayas hecho, el corazón humano anhela conexión, anhela aceptación... y anhela amor. He negado el fundamento mismo de mi propia humanidad durante demasiado tiempo.

Nunca más.

—Listo para partir, señor.

Quiero que Eden esté a salvo. Está segura dentro de las paredes del club, pero no estará verdadera y completamente segura hasta que la amenaza contra ella sea eliminada.

Levanto la vista para ver al piloto que contraté haciéndome señales desde el avión. Aterrizaremos a minutos de donde está escondido el culto, en aproximadamente dos horas. Para otros están «bien escondidos», pero Mario considera encontrarlos un desafío. Sabe que está cerca.

—Voy para allá —le digo a Mario y Timeo.

—Sergio, espera. —Mario hace una señal con la mano en el aire, antes de que una gran cámara detrás de él aparezca en la pantalla. Sus ojos brillan y parece tan emocionado como un niño en Navidad —. He conseguido que el dron funcione. Está literalmente justo fuera de su recinto. —Se frota las manos con alegría. Levanto un dedo para indicar al piloto que necesito un momento. Quiero ver a qué me enfrento.

—Esto de aquí debe ser la entrada —dice. Escanea rápidamente el área, la cobertura de vídeo muestra hierba verde y exuberante, un

enorme jardín, casas rústicas que parecen mini cabañas. Es como si hubiéramos retrocedido en el tiempo. Ni un solo cable eléctrico conectado a las casas. Incluso tienen pozos reales frente a los patios, un campanario con una cruz. Un escalofrío me recorre. Algo no está del todo bien en esta escena.

Y entonces me doy cuenta. Es pleno día y no hay nadie alrededor.

—¿Dónde está todo el mundo?

—En la capilla —dice Mario con gravedad—. Por lo que podemos deducir, tienen llamadas diarias a la capilla cuando necesitan tener a todo el mundo ocupado. Es probablemente cuando hacen sus envíos, sus negocios.

—¿Puedes enfocar la capilla?

—Sí. Déjame ver... —El vídeo se queda en blanco por un segundo, luego se desvanece. Miro fijamente la pantalla, consciente de que el piloto me está esperando, cuando de repente oigo a Gloria jadear.

—¿Esa es Eden?

Se me hiela la sangre.

Eden. Eso no es posible. Estaba en casa hace solo un par de horas. Habría tenido que hacer lo que yo estoy haciendo, volar directamente allí, y no solo no dio ninguna indicación de que fuera a hacer eso, sino que no tiene los medios.

—Maldita sea, lo perdí. Joder. Alguien ha derribado mi dron. —Maldice y sigue y sigue sobre cuánto costó y lo preciso que es, pero lo único en lo que puedo pensar es en Eden.

Probablemente están alerta por cosas como drones. Han tomado medidas drásticas para estar excluidos y seguros, ¿por qué permitirían un dron? Joder.

—Tengo que irme. Voy para allá. Envíame cualquier metraje que encuentres.

¿Por qué dirían que Eden está allí? No hay manera...

No podemos movernos lo suficientemente rápido. Gracias a Dios que decidí tomar el avión y no el helicóptero. Ahorraremos unas horas de esa manera.

El auxiliar de vuelo, uno de nuestros antiguos guardias, me mira de forma extraña.

Lo fulmino con la mirada.

—No me gustaría ser la persona a por quien vas —dice en voz baja—. ¿Puedo traerte algo antes de que aterricemos?

Niego con la cabeza, y tiene toda la jodida razón.

Mi teléfono estalla con mensajes de Mario, Timeo e incluso Gloria cuando llego.

El primero es un vídeo de Mario.

> **Mario**
> Probablemente ya habrás aterrizado cuando recibas esto. Mantén la cabeza fría, Sergio. No pierdas los estribos.

Fantástico.

Un escalofrío me recorre mientras miro el pequeño triángulo en el vídeo frente a mí. Trago saliva, sin estar seguro de qué diablos voy a ver cuando pulse play.

El vídeo comienza.

La iluminación es tenue, y puedo ver que alguien está en el suelo de un área oscura, ¿algún tipo de cabaña? Es una mujer, eso puedo decirlo, porque tiene el pelo largo y lleva falda.

Y entonces recuerdo. Mario preguntó si Eden estaba allí. Intento aferrarme a la lógica, pero cuando mis mayores temores se desarrollan frente a mí, no sé cómo razonar y alejar esto.

Eden.

En el suelo. Magullada y ensangrentada, y con obvio dolor. La bilis me quema la garganta, mi estómago da un vuelco y siento que voy a vomitar. Ella gira la cabeza hacia el sonido de una voz, y solo puedo ver el perfil de su cara.

¿Qué diablos hace allí? ¿Dónde está? ¿Quién le ha hecho esto?

Toco rápidamente el resto de mis mensajes, esperando que el siguiente me dé respuestas. Un mensaje de Gloria.

Gloria
No saques conclusiones precipitadas. Podrían haber sabido que se enviaba el dron. Por lo que sabemos, podría ser metraje antiguo.

¿Qué? ¿Con quién estamos tratando aquí?

Hago clic en el mensaje de Timeo. Me lleva un minuto recordar que no está en la misma habitación que Mario y Gloria, sino de vuelta en el club.

Timeo
Mantén la calma. Eden ha desaparecido. No podemos encontrarla. Pero lo haremos.

Mantén la calma. Todos me dicen que mantenga la puta calma.

Hay un conductor esperándome. Mis manos tiemblan mientras trato de mantenerme entero.

Esa no puede ser Eden.

Pero ha desaparecido. ¿Adónde ha ido?

Miro a mi conductor y le muestro la dirección.

—¿A qué distancia estamos?

—Estamos exactamente a siete minutos. No estáis nada lejos.

Si Romeo estuviera aquí, me recordaría que no entrara con las armas en ristre.

Me tomaré mi tiempo. Examinaré el perímetro y encontraré la manera más fácil de entrar. Estos no son patos sentados, sino personas bien entrenadas en la vida del cártel, así que anticipo completamente una pelea y un arsenal de armas a punto.

Aprieto los dientes y saco mi cartera.

—¿Has dicho siete minutos? ¿Puedes hacerlo en tres?

Me tomaré mi tiempo cuando llegue allí, pero tengo que llegar, y ahora. Si por alguna casualidad esa es Eden, necesito encontrar dónde está y asegurarme de que está bien. Y si no es ella... necesito encontrarla.

El conductor pisa a fondo. Tomamos las curvas sobre dos ruedas y volamos. Conducimos tan rápido por la carretera vacía que llegamos allí en dos minutos, no en tres.

Cuando se detiene, alargo la mano para abrir la puerta, pero me detengo.

—Espera. ¿Estás seguro de que esta es la ubicación correcta?

Esto era una comunidad cerrada, pero la verja está de par en par. Desde aquí se ve claramente que no hay nadie más allá de esas verjas. Ni coches, ni civiles, ni siquiera un perro callejero.

Salgo del coche y miro, incrédulo. Está vacío.

Se han ido.



CAPÍTULO 22

—SE ACABÓ EL JUEGO

EDEN

EL DOLOR en mi corazón se siente como si alguien estuviera clavándome un cuchillo en la carne. Nunca me había sentido así antes, ni siquiera cuando estaba en la hermandad. Ni cuando pensaba que no había esperanza de ser feliz, ni cuando dejé a mi hermana para salir al mundo y ganar dinero para ambas. Ahora sé por qué duele tanto.

Esta vez, he perdido la esperanza.

Dicen que es mejor haber amado y perdido que nunca haber amado.

No estoy segura de estar de acuerdo.

Estoy sentada en el mismo autobús que tomé para ir a Boston. Incluso podría ser el mismo conductor. A mi lado descansa una pequeña bolsa que contiene todas mis posesiones mundanas.

Odiaba no llevarme a Daisy conmigo, pero sabía que era mejor dejarla.

Dejé una nota para Marialena y otra para Quinn.

Sergio. Dios, Sergio. ¿Cómo pudiste hacerme esto?

Quizás en su mundo, la gente dice cosas que no siente. Quizás en su mundo, palabras como te quiero son solo un medio para conseguir un fin, y no la cumbre del deseo del corazón.

No puedo evitar caer de nuevo en mis viejos hábitos, la tortura mental de cuestionarlo todo lo que hago. Todo lo que soy.

Fuiste estúpida al pensar que él te querría alguna vez.

Ya estás casada.

No mereces a un hombre como Sergio.

No mereces nada.

Casi puedo oírle hablándome, diciéndome que no me hable así a mí misma. Nunca le gustó cuando me menospreciaba, y apenas estaba empezando a aprender cómo quererme a mí misma. A negar todas las mentiras que me enseñaron en la hermandad.

Pero Sergio no es mío, y nunca lo fue. Eso es cierto.

Ya no hay nada que me retenga en Boston. Tengo el dinero que necesito.

No puedo quedarme en un lugar donde no me quieren ni me dan la bienvenida.

Pienso en el dinero que tengo en mi cuenta bancaria y cómodamente en mi cartera. Se suponía que debía ser reconfortante. Era el propósito completo de mi partida, ganar este dinero que ahora tengo.

Pero no hay triunfo ni victoria en conseguir aquello por lo que vine. Encontré y perdí todo lo que necesitaba.

Hacemos una parada en un área de descanso. Miro los restaurantes y las tiendas de regalos, y sé que por primera vez en toda mi vida, podría comprar cualquier cosa que quisiera. Ya no hay nada aquí demasiado caro para mí.

Pero no importa. Nada de esto importa realmente porque el dinero no puede comprar lo que realmente quiero. Ahora lo sé.

Quizás siempre lo he sabido.

Mi estómago se retuerce de hambre. No recuerdo la última vez que comí algo, y me doy cuenta de que probablemente debería hacer algo al respecto si quiero mantener mis energías. Camino aturdida hacia el snack bar y compro una bolsa de patatas fritas y una gaseosa de jengibre. Le entrego a la cajera un billete de veinte y le digo que se quede con el cambio. Ya no me importa.

No tienen sabor.

Al regresar al autobús y navegar por el estrecho pasillo hasta mi asiento, intento emocionarme por volver con mi hermana, pero ni siquiera he comenzado a desentrañar la logística de cómo sucederá eso.

Primero, tengo que volver a la hermandad. Ni siquiera quiero pensar en lo que me harán cuando me vean.

Quizás debería ir con la policía.

¿Qué implicaría eso? ¿Me creerían siquiera?

No, no quiero hacer eso. Eso significaría juicios, litigios y probablemente interminables preguntas sobre mi afiliación con los

Montavio. No quiero que nadie se involucre en los asuntos de mi hermana excepto yo.

Pienso en conseguir un perro, otro, pero esta vez uno feroz en lugar de una bolita de peluche como Daisy. Algo que me proteja.

Pero al final, solo me llevo a mí misma. Solo yo. No compro un arma, ni siquiera compro un chicle. Solo estoy yo, mi dinero y mi voluntad. Pero quizás mi voluntad significa más de lo que pienso. Me imagino que me dejan en medio del frío siberiano, y que mi hogar está frente a mí. Me imagino que tengo que encontrar la salida de allí.

¿Es esto realmente diferente?

Llegamos a la estación de autobuses, en lo que se siente como el final del día, pero lo que realmente es un cierre. Mi vida en la hermandad, largos días llenos de esperanza por salir, y mi vida después de la hermandad antes de volver.

Me encontré a mí misma con Sergio, en el club, con su familia. Con personas que, por primera vez en mi vida, podía llamar amigos. Y se sintió como si ese fuera el único momento, el único capítulo en este volumen de mi vida... donde realmente viví.

Sé que ahora depende de mí. Tengo que conseguir a Starla, y escribiremos nuestro próximo capítulo. Solo que no sé cada palabra que me llevará de una frase a la siguiente.

Es tarde en la noche. Al entrar en el vestíbulo de la estación, contemplo brevemente ir a un hotel, formulando un plan.

Pero si está oscuro en la hermandad, será más fácil para mí colarme. Miro el reloj en la pared de la estación y recuerdo el plan que Starla y yo hicimos hace meses para que yo pudiera salir. Cómo el guardia tomaría un descanso junto a la puerta a las nueve en punto, y habría un intervalo entre guardias, cuando los ancianos de la hermandad tendrían su reunión.

Esa fue la única forma en que pude escapar en un principio, aunque me pregunto si habrán hecho algún cambio para que nadie más pueda escapar.

No tengo armas, no es que supiera cómo usarlas. Pero ni siquiera tengo nada con lo que defenderme.

Odio haber venido aquí sola, especialmente cuando estar con Sergio haría esto mucho más fácil. Pero también sé que él no es mío, y no puedo romper mi corazón más de lo que ya lo ha hecho él.

Me quedo allí en la estación, con el corazón en la garganta. Temblando un poco, mi único compañero es el recuerdo de cómo ya he superado todo. Puedo dar el siguiente paso, y fácilmente.

Cambio de opinión y decido que llamaré a la policía. Les contaré todo y lidiaré con cualquier consecuencia que sea necesaria.

Por un momento, todo me parece tan claro. Tendrán que escoltarme hasta la hermandad cuando descubran lo que pasó. Conseguiré a Starla. Ahora soy adulta, puedo ser su tutora legal. Mi hermana y yo, solo nosotras dos, comenzando por nuestra cuenta.

Miro mi bolsa y recuerdo que dejé mi teléfono móvil en Boston. Bueno, seguramente debe haber una manera de llegar a la comisaría.

Las personas a mi lado hablan sobre un programa que vieron anoche, y una pareja frente a mí se da la mano mientras caminan juntos hacia la puerta. Me cuesta entender que después de todo lo que ha salido mal en mi mundo, el resto de la humanidad sigue funcionando.

No quería hacer esto, porque sabía que sería innecesariamente complicado, pero no sé cómo más llegar a ella. Desearía poder llamar a Marialena, o a Quinn. Incluso Rosa podría ayudarme ahora, pero me fui sin decirle a nadie a dónde iba, y estoy completamente sola aquí abajo.

Una joven alta y delgada juguetea con su mochila a unos pasos de mí. Lleva una camiseta descolorida y unos vaqueros viejos que parecen que los lleva usando desde que era adolescente. Pero está sosteniendo un teléfono móvil, y eso es todo lo que necesito.

Respiro profundamente y me acerco a ella. —¿Disculpa?

Ella me mira fijamente. —¿Sí?

—¿Puedo usar tu teléfono? Yo... necesito llamar a la policía. Necesito hablar con un agente de policía —mi voz es temblorosa y todo mi cuerpo vibra con la descarga de adrenalina.

Con una triste sacudida de cabeza, levanta su teléfono móvil. —Lo siento mucho, no tengo cobertura aquí. Y, como que mi teléfono está muerto. ¿Tienes que llamar a la policía? ¿Estás bien?

No, no, no estoy bien. La miro, avergonzada.

—¿Quizás puedan ayudarte dentro de la oficina?

Ambas miramos hacia la oficina donde venden los boletos. Un cartel cuelga en la puerta.

Cerrado.

Sacudo la cabeza, tratando de reunir valor. Los otros pasajeros del autobús se dispersan como ratones, saliendo de la estación, dirigiéndose a los servicios de transporte compartido.

—Buena suerte —dice, y se despide mientras me deja.

Nunca me he sentido tan sola.

Reúno mi valor y respiro profundamente. Estoy contando hasta diez, luego hacia atrás hasta uno para calmar mis nervios, cuando escucho una voz nasal y cruel detrás de mí, tan familiar que casi me pregunto si me he quedado dormida y esto es solo una pesadilla.

—¿Por qué necesitas llamar a la policía?

Mi sangre se congela en mis venas. No puede ser.

No, no, no.

—Tengo un teléfono móvil. ¿Necesitas hacer una llamada?

Cierro los ojos y trago saliva.

Siempre sonaba tan amable cuando quería. Cuando pensaba que la gente estaba mirando y escuchando.

Tal vez es mi imaginación, mis peores temores cobran vida.

Mi primer pensamiento es: Ojalá Sergio estuviera aquí.

Mi segundo pensamiento es: No necesito que nadie me ayude.

Me giro y me enfrento a Seth.

—Ahí estás. Te encontré. Qué fácil lo has puesto, Eden —de nuevo, la voz engañosamente tranquila—. Hemos estado vigilando

esta terminal y el aeropuerto. Sabíamos que volverías por tu hermana.

Mi piel se siente con hormigueo y mi garganta demasiado seca para tragar.

—Si has herido a mi hermana...

—Vamos, vamos —dice Seth, su mirada fría y furiosa sobre mí—. Vendrás conmigo. Eres mi esposa. Me debes esto.

No le debo nada, y lo sé. Sacudo la cabeza y miro alrededor para poder formar un plan de escape.

Él alcanza mi brazo y sus dedos se cierran en un agarre doloroso con el que estoy demasiado familiarizada. No importa cuánto intente luchar contra ello, el miedo dispara mi pulso, y mi piel se siente como si estuviera en llamas.

Tengo que causar una escena.

—¡Suéltame! —grito, con una voz mucho más alta de lo normal. Como esperaba, capto la atención de varias personas cercanas.

Seth me suelta. Por un rápido segundo pienso que soy libre, que realmente va a dejarme ir.

Pero cuando pone una sonrisa que no llega a sus ojos, sé que no hay posibilidad.

Susurra: —Tu hermana. Tengo a tu hermana y todo lo que necesito hacer es una llamada.

Dios mío.

Starla.

Si no voy con él, tiene el poder de hacerle daño. Y esa podría ser la mayor forma de control que jamás ha ejercido sobre mí.

Capto todo sobre él en cuestión de segundos. Cuán pálida es su cara, cómo sobresalen sus ojos. Su piel húmeda y delgada, esas manos crueles suyas que casi parecen de una chica. En mi mente rápidamente lo comparo con Sergio, mi Sergio. Ardiente y caliente, fuerte y dominante, pero más gentil de lo que Seth podría ser jamás.

Me humedezco los labios y lo miro fijamente. —¿Qué hay de ella? —me duele incluso hacer esa pregunta.

Seth saca un teléfono móvil. Ni siquiera sabía que tenía uno o sabía cómo usarlo, pero es sorprendentemente hábil.

¿Quién es este hombre?

Cuando enciende la pantalla, veo a Starla. Me tapo la boca con la mano para evitar gritar en voz alta.

La ha herido. Alguien la ha herido.

Y mientras observo, Seth presiona otro botón. —Starla, mira a la cámara.

Su voz hace eco en la habitación. Ella puede oírlo. Cuando su cara se gira hacia la pantalla, me ahogo con un sollozo. Un ojo está hinchado y cerrado, y hay sangre seca en el lado de su cara.

—Es culpa de tu hermana que estés ahí. Ella te puso ahí. ¿Quieres salir ahora? —Starla mira desde la pantalla. Sé que oye la voz porque se sienta más erguida. Su columna se tensa y mira directamente a la cámara.

Abre la boca y dice dos palabras que nunca le he oído pronunciar. —Que. Te. Jodan.

La rabia deforma las facciones de Seth. Puedo ver cuando visiblemente estalla. Conozco demasiado bien esta expresión, y sé lo que viene después. —Castigadla.

Se abren dos puertas y entran hombres con túnicas.

—¡No! —grito—. ¡Dejadla en paz! ¡Iré contigo! ¡Juro que iré!

—Eso no será necesario.

Dicen que el trauma intenso y el miedo pueden jugar malas pasadas a tu mente. Verdaderamente me pregunto si estoy alucinando que está parado justo aquí ante mí, tan rudo y valiente como siempre ha sido, como si lo hubiera conjurado.

—Ven aquí, Eden.

Sacudo la cabeza. —Tienen a Starla. Si voy contigo, la lastimarán.

Mi voz tiembla, y cuando Seth sube el volumen de su teléfono, escucho a Starla gritar. Conozco el asqueroso sonido de ese silbido, ese golpe sordo y llanto. Tomaría su lugar en un instante, pero ni siquiera sé dónde está.

Seth se gira hacia mí pero habla con Sergio. —Eden es mi esposa. Tiene que venir conmigo, se ha comprometido conmigo.

—Sergio —digo en voz baja—. No sé dónde está ella. Tengo que ir con él.

Si ataca a Seth, puede que nunca encontremos a Starla.

Los ojos de Sergio están entrecerrados. —La encontraré.

Quiero creerle, pero ¿cómo puedo creer a alguien que me ha mentido desde el principio? Sé que no puedo creerle, pero quiero hacerlo tan desesperadamente, que siento como si mi corazón sangrara.

—Además, no estás casada con él.

Lo miro fijamente. —¿Qué?

Seth echa humo. —Si crees que puedes aparecer aquí y arruinar mi vida...

Sergio continúa como si Seth fuera invisible.

—Recibí un mensaje de Gloria, la esposa de Mario. Hizo un trabajo de investigación, su especialidad. No estás legalmente casada con este hombre y nunca lo estuviste. Él violó la ley estatal cuando se casó contigo porque eras menor de edad. Tu supuesto matrimonio con él no es vinculante. Nunca estuviste casada con él, Eden.

Sergio me mira fijamente. Hay tantas preguntas que quiero hacerle, pero no hay tiempo. Tengo que llegar a Starla. Sergio cambia su mirada hacia Seth. Lo está mirando como si fuera una bomba de relojería y Sergio resultara ser el técnico en bombas experto en desactivar tales armas, sabiendo exactamente cómo manejar este pequeño problema.

—¿Este tipo de aquí? Finge que es una pequeña jeringuilla. Finge que está en una jaula. A un lado. Deja que se esconda en su cama. Quizás consíguele una de esas ruedas para correr.

—Hámster. Hagamos de él un hámster. No creo que las jeringuillas corran en ruedas y me encanta la idea de que corra sin llegar a ninguna parte.

Los ojos de Sergio se arrugan, y hay el más mínimo indicio de una sonrisa en sus labios. Mi corazón comienza a sanar un poco, incluso mientras trato de obligarme a mí misma a no hacerme ilusiones.

Mantengo su mirada y lo sé. Él no sabe que conocí a su prometida. No sabe nada. Vino aquí por una razón y estuvo aquí antes de que yo llegara. Vino aquí por retribución.

Porque así es Sergio. Sabía que mi marido, o más bien el hombre que se hace llamar mi marido, siempre sería una amenaza para mí hasta que Sergio hiciera algo al respecto.

Debe haber una explicación. No voy a sacar conclusiones precipitadas, voy a dejar de creer que las cosas no funcionarán. He estado en lugares muy, muy oscuros, y lo sé. A veces tienes que creer que lo superarás. A veces tienes que saber que tienes una fuerza sobrehumana, como la que tuvo Sergio cuando levantó ese coche de su primo herido, su mejor amigo, y le salvó la vida.

Solo que ahora es mi vida y la de mi hermana las que necesito salvar. No sé qué pasará entre Sergio y yo, pero sé que ahora necesito un aliado y él está justo frente a mí.

Le digo a Seth: —Ordénales que dejen de hacerle daño. Ordénales que la dejen ir, y volveré contigo.

Todo mi matrimonio con Seth ha sido una mentira, así que si una mentira es lo que me sacará de esto ahora...

—No es tan fácil.

Algo emite un pitido. Sergio mira su teléfono. Esta vez, una sonrisa genuina ilumina su rostro. —Se acabó el juego.

Seth mira fijamente. —Solo porque está contigo, y has estado trabajando para conspirar contra mí...

Sergio chasquea los dedos. Observo, asombrada, cómo una docena de policías uniformados aparecen de lo que parece ser la nada. Están armados y son peligrosos.

Seth se pone imposiblemente más pálido. Uno de los oficiales se para frente a él. —Está bajo arresto.

—¿Tenéis idea de quién soy? —Seth se recupera y los mira con furia.

—Señor, sabemos exactamente quién es, por eso está bajo arresto.

—Tengo derecho a mi abogado.

Pero Sergio ya ha tenido suficiente. Cruza la distancia entre ellos, agarra a Seth por el frente de la camisa y lo arroja. Su teléfono cae al suelo con estrépito. Sergio se inclina y lo recoge.

—Siempre tiene que ser por las malas —dice, sacudiendo la cabeza.

Toca algo en la pantalla mientras un oficial asegura las muñecas de Seth con esposas. Pero descarto a Seth de mi mente.

Después de todo, solo es un roedor en una rueda de hámster.

Dirijo mi atención a Sergio, que sostiene el teléfono de Seth.

Su voz retumba alta y clara. —Estáis rodeados por mis hombres. Liberad a Starla. Repito, estáis rodeados por mis hombres. Liberadla y entregaos a la policía. Sabemos quiénes sois y lo que habéis hecho. La única posibilidad de misericordia ahora es si hacéis lo que os digo.

—No te saldrás con la tuya —Seth se enfurece como un villano de cómic.

Me lo imagino corriendo en su pequeña rueda de hámster, corriendo y corriendo y corriendo, sin llegar a ninguna parte y sin molestar a nadie.

Sergio me muestra la pantalla de Seth. Mi corazón se eleva. Son Sal, Gino, Timeo, incluso Ricco. Veo a Mario, y a una mujer que no conozco, y a tantas personas que mi corazón late más rápido. Sergio ha traído a su equipo para rescatar a mi hermana.

¿Puedes amar a alguien que no es tuyo? Porque amo a este hombre.

—Han localizado el edificio donde está tu hermana. Ven conmigo para ir a buscarla ahora.

—¿La tienen?

—Todavía no.

Starla. Hemos venido a buscar a Starla.
Seth va a ir a la cárcel, y Starla estará bien.
Mi corazón todavía duele, pero ahora... hay esperanza de nuevo.



Capítulo 23

"CAMPO DE BATALLA"

EDEN

CONDUCIMOS EN SILENCIO. Cuando estamos casi llegando, Sergio dice, en voz baja: —Tenemos que hablar pronto. Hay muchas explicaciones pendientes. Pero centrémonos primero en encontrar a Starla.

Asiento y, durante este breve momento, me siento tan feliz de que esté aquí, de que pueda dar el siguiente paso conmigo.

Es agotador tener que decidir siempre el siguiente paso por ti misma.

—¿Adónde vamos?

—Cuando Seth te localizó, él y sus asociados sospecharon que estabas trabajando con nosotros. Te siguieron. Evacuaron a todo el mundo del complejo donde estaban porque sabían que íbamos. No estoy seguro de dónde están todos, pero los que importan están aquí.

—¿Así que ya no están en el complejo? Vaya.

Niega con la cabeza. —No, cariño.

Dios, no quiero que me llame así. No quiero ninguna ternura de su parte ahora mismo. Apenas me mantengo entera y su ternura podría deshacerme por completo.

—Planeaban usar a tu hermana como cebo. Sabían que si te atrapaban a ti, nadie más podría marcharse. No son quienes tú crees, Eden.

¿Acaso lo es alguien?

Quiero creerle tan desesperadamente que casi quiero negar lo que está justo delante de mis ojos. Pero esperaré. Podría precipitarme y tomar una decisión ahora mismo. Podría decidir juzgar rápidamente, pero eso no me llevará a ninguna parte. Respiro hondo y enderezo los hombros.

—Vamos a por Starla.

Conducimos en silencio por un camino largo y sinuoso, y ojalá no estuviera tan asustada. Mis rodillas prácticamente chocan entre sí al

pensar en enfrentarme a quien la tiene cautiva.

Al menos esta vez, no tendré que enfrentarlos sola.

Seth irá a la cárcel. No sé cómo, ni por qué, ni qué lo mantendrá allí. Puede que tenga que testificar. Pero no puede llevarme con él otra vez.

Nunca más.

Y puede que Sergio no sea quien yo esperaba que fuera, pero yo escribiré los capítulos de mi propia historia, y vaya si los escribiré.

La iglesia se alza frente a nosotros y mi corazón se acelera. Ella está ahí dentro, sé que está ahí.

Sergio aparca y su mano grande y cálida se posa sobre la mía y me da un pequeño apretón. —Eres la mujer más fuerte que conozco. Apóyate en eso. Puedes hacerlo.

Es todo lo que necesito. Puede que Sergio no sea el hombre que me ama, pero ahora mismo es el único aliado que tengo.

La puerta principal se abre y sale una mujer. Sergio me susurra que es Gloria, la esposa de Mario. Ella extiende sus manos en señal de disculpa y niega con la cabeza. —Quizás no queráis entrar ahí ahora mismo —dice con suavidad. Sergio y yo pasamos junto a ella.

—Oh, pero claro que quiero.

Huele terrible aquí dentro, como si algo se hubiera podrido en un sótano durante días. Arrugo la nariz y contengo la respiración, luego parpadeo, sin entender lo que estoy viendo. Sin comprender lo que está justo delante de mí, ahora mismo.

Cuerpos. Hay cuerpos en el suelo. Rotos y sangrando.

Personas que conozco. Los ancianos, el hermano de Seth, su padre... El mío.

Me tapo la boca y recuerdo lo que dijo Sergio.

No son quienes tú crees.

—Creemos que está en esta habitación de delante. —Es Mario. Está vendado y tiene ojeras, pero está aquí.

Estoy tratando de unir todas las piezas, pero me estoy centrando en una cosa y solo una: mi hermana.

—¿Está bien?

Mario asiente, pero Sergio está negando con la cabeza.

—Tenía que venir, no me sermonees —le dice a Sergio cuando este lo fulmina con la mirada.

—Intentamos llegar hasta ella. Pensamos que podríamos, pero la combinación de la cerradura... es una maldita fortaleza antigua, este lugar. Joder, espero que no me caiga un rayo o algo por maldecir aquí dentro...

Sergio echa un vistazo a la puerta y mira a su alrededor, con la mirada hiperfocalizada.

—Quédate atrás, Eden. Pase lo que pase, no quiero que intervengas. —Cuando me dirige una mirada penetrante, asiento. Tengo que confiar en él. ¿Puedo confiar en el hombre que me rompió el corazón?

¿Tengo otra opción?

Trago saliva y vuelvo a asentir.

—Tenemos que abrir esa puerta.

—¡Sergio! ¡El hacha! —Señalo hacia una esquina oscura del pasillo mohoso, donde hay un hacha detrás de un cristal.

Romper el cristal en caso de emergencia.

Bueno, esto es una emergencia si alguna vez hubo una.

Sin molestarse siquiera en buscar algo con qué romperlo, Sergio golpea el cristal directamente con su puño. Jadeo cuando se hace añicos, los fragmentos desgarrando su piel. Sin inmutarse, arranca el hacha de la pared y activa una alarma.

—Apártate.

Todo es surrealista. Tan extraño. Goteando sangre, con el hacha firmemente agarrada en sus manos capaces, Sergio le grita a Mario por encima del hombro: —Anula cualquier respuesta a la sirena.

Observo cómo Sergio golpea la puerta con el hacha. Sujetando el hacha entre sus dos manos, se echa hacia atrás y la deja volar. Un golpe tras otro, la madera se astilla hasta que hay un pequeño agujero del tamaño de una pelota de béisbol. De nuevo, ignorando sus propias heridas, mete su mano herida y gira el pomo de la puerta.

Está ahí.

Starla está ahí, tirada en el suelo. Todos se apartan para dejarme entrar primero.

Me arrodillo junto a ella. Está inconsciente. Estoy llorando abiertamente, las lágrimas corriendo por mis mejillas mientras la levanto y la abrazo contra mí. Sergio se arrodilla a mi lado y toma su muñeca.

—Su pulso es débil, pero late. —Se aclara la garganta—. Starla.

Ella no responde.

—Tenemos que sacarla de aquí, nena.

En algún lugar en el fondo de mi mente, me pregunto: ¿Por qué sigue llamándome nena?

Lo miro fijamente, sin querer soltarla. Niego con la cabeza pero no puedo hablar. He llegado tan lejos, y no puedo dejarla ir.

—Eden —dice suavemente—. Déjame llevarla. Necesitamos conseguirle la ayuda que necesita.

Me cuesta todo lo que tengo dejarla ir.

Pero debo hacerlo.

Está sangrando y lacerado, pero aun así la levanta como si no pesara nada. Apenas puedo soportar verlo acunarla contra su pecho.

Me levanto con él y sostengo su pálida mano sin vida.

—Vámonos.

Sergio sostiene a Starla como si fuera porcelana fina y un movimiento en falso pudiera romperla.

Salimos hacia donde Timeo y Mario esperan, con un equipo listo y completamente armado. —Está inconsciente, pero viva.

Mario echa un vistazo a mi hermana y maldice por lo bajo. —¿Quién haría algo así? Tendría que ser un puto monstruo. —Niega con la cabeza.

—Definitivamente un monstruo —coincido.

Timeo me da el tipo de sonrisa que me hiela la sangre. —Qué conveniente —dice, con malicia en su voz—. Me encanta cazar monstruos.

Extiende la mano hacia Starla, pero Sergio niega con la cabeza. —La llevaré yo. —Caminamos hacia donde un equipo de emergencia espera fuera. Acuden rápidamente en nuestra ayuda.

—Está inconsciente y necesitamos conseguirle ayuda —dice uno de ellos—. Parece que estamos ante deshidratación y dolor, pero nada está roto. Vamos a conseguirle la ayuda que necesita.

—Sí. Vamos.

Camino hacia la ambulancia cuando Sergio me agarra la mano.

—Necesito unos segundos.

Sergio me mira directamente a los ojos y habla en voz baja. —Voy a matarlo, Eden. No sé si puedes soportar eso, pero voy a matarlo. Vamos a conseguir la atención médica que Starla necesita. Y luego llamaré a mi amigo que tiene a Seth bajo custodia y haré un trato. —Respira hondo—. O estás conmigo o te vas, Eden, libre y sin problemas. Pero este es el único paso adelante.

Seth organizó todo esto. Se casó conmigo ilegalmente, o me secuestró, como lo llamen. ¿Violación, secuestro, rapto? Desentrañaré el cómo, qué y por qué después, pero sé que hasta que el hombre que se hacía llamar mi marido esté muerto, Starla y yo no estaremos a salvo.

—Haz lo que tengas que hacer.

Se siente como una especie de bendición.

Sergio se inclina y me besa la frente.

—Ve con ella, ahora.

Subiendo a la parte trasera de la ambulancia, alcanzo la mano de mi hermana.

Y mientras nos alejamos, me pregunto si será la última vez que vea a Sergio.



CAPÍTULO 24

—EL AMOR ES LO QUE HACES.

EDEN

La silla en la que estoy sentada junto a Starla araña el suelo cuando me acerco un poco más a ella. Está durmiendo de nuevo, pero abrió los ojos el tiempo suficiente para verme allí. —Diles que les doy las gracias —dijo, con voz débil.

Ahora que he pasado tanto tiempo rodeada de personas vibrantes y saludables, Starla se ve tan pálida y enfermiza. Daría lo que fuera por prepararle una buena comida.

Pero está aquí. Y se pondrá bien.

Starla tiene cuatro costillas rotas y laceraciones en la espalda, los brazos y las piernas. Es consciente de que fue rescatada y de que está en un hospital. Tiene moretones en la mandíbula, pero por lo demás está ilesa. Al menos eso dijo el médico. Yo lo sé mejor.

El dolor físico es solo una forma de daño.

Me siento a su lado y le sostengo la mano hasta que el sol se pone fuera de la ventana, y Gloria viene a verme. Starla no ha despertado desde antes.

—Te llevamos de vuelta a Boston.

Niego con la cabeza. Trago saliva. —No.

Me mira con curiosidad. —¿Qué quieres decir con no? Tenemos mejores hospitales allí, Eden. Recibirá la mejor atención posible. Podrás volver, y todos allí pueden...

—No voy a volver —digo en voz baja—. No pertenezco allí. Estamos muy agradecidas por todo lo que todos ustedes han hecho, pero no puedo volver.

Gloria me observa largamente y finalmente asiente. Coloca su mano en mi hombro y lo aprieta. —Mantente fuerte, Eden.

Creo que me quedo dormida en la silla. Porque lo siguiente que sé es que estoy abriendo los ojos y el sol se ha puesto por completo. Sé, antes de mirar completamente alrededor de la habitación, que Starla y yo no estamos solas.

Ella sigue dormida. Le dieron medicación para el dolor, y eso la adormece. Me alegra que esté durmiendo, segura donde nadie ni nada pueda hacerle daño. Ojalá pudiera mantenerla en un lugar seguro.

Sergio está en la puerta. Se ve cansado pero reivindicado.

—Hola. —Mi voz suena tan cansada como me siento—. ¿Hiciste lo que... planeabas?

—No —dice, con un escalofrío en su voz que he llegado a reconocer como ira apenas contenida—. Si hubiera hecho lo que quería, él seguiría vivo para que pudiera lastimarlo una y otra vez.

Vaya.

—¿Entonces se ha ido?

—Con suerte al infierno, donde pertenece.

No me da el alivio que esperaba. Me entristece que alguien pudiera ser tan cruel y vivir su única vida en la tierra como lo hizo.

Esperaba sentir tristeza al saber que todos se han ido. Pero no la siento. No tenía amor en mi corazón por ninguno de ellos, ni siquiera por mi padre.

Cuando pienso en que él se ha ido... realmente, finalmente se ha ido... es cuando siento el alivio final.

Es un lugar extraño en el que estar. Aliviada pero ansiosa. Esperanzada pero triste.

Sergio cruza la habitación y se sienta junto a mí. Noto que lleva una bolsa de plástico de supermercado. Saca una botella de agua, la abre con un giro de sus manos fuertes y capaces, y me la pasa. —Bebe.

Obedezco, agradecida por el líquido frío y refrescante. No recuerdo la última vez que bebí algo.

Una vez que hay agua en mi cuerpo, me doy cuenta de que estoy hambrienta. Sergio vuelve a meter la mano en la bolsa, saca un paquete envuelto en celofán y me lo entrega. —Come.

Lo abro para encontrar un sándwich.

—¿Dónde encontraste esto? —digo con la boca llena.

Pone los ojos en blanco. —Soy un Montavio. Puedo encontrar comida en cualquier parte.

Como, agradecida por el sustento. Suspiro cuando la comida llega a mi estómago. Se siente bien.

Después de un momento de silencio, Sergio habla en voz baja. —Gloria me dice que intentó que volvieras a Boston. Cuando te negaste, pensé que era hora de revisar los treinta y siete mensajes en mi teléfono y los correos de voz de Marialena.

Oh, oh. Aquí vamos. Ahora lo sabe. ¿Qué tipo de hermosa negación va a inventarse? Lo miro y le lanzo lo que espero sea una mirada penetrante. Estoy segura de que no es nada tan intimidante como la suya, pero quiero que sepa que voy en serio.

—No dejé un matrimonio, donde fui lastimada, abusada y aprovechada, para entrar en otra relación de medias verdades y mentiras. Sé quién soy. Y estoy tratando de progresar. Me dijiste una vez que merecía ser atesorada. Me dijiste que Seth no me merecía. —Mantengo su mirada y expreso mi verdad en voz alta—. ¿Tú sí?

Puedo sentir la pasión en sus ojos mientras me mira, como si su alma misma estuviera completamente expuesta.

—Por supuesto que jodidamente no —dice, con voz ronca—. Pero eso no significa que no vaya a intentarlo.

Alcanza mi mano y la sostiene en la suya—en sus dos manos mucho más grandes y mucho más ásperas—. —Quiero que veas algo. En realidad, no. Será mejor que lo escuches. —Todavía sosteniendo mi mano en su mano izquierda, saca un teléfono móvil y presiona un botón.

Una voz profunda y rica que me resulta vagamente familiar llena la habitación. —Ese es Romeo.

Ah.

—Esta es una declaración oficial de la familia Rossi que pone fin oficialmente al compromiso de Sergio Montavio. Ya no procederemos con las nupcias planeadas. Sergio se retira.

Suena como si fuera una transacción comercial, o algún procedimiento legal que tendría lugar en un tribunal.

—¿Por qué no me dijiste que estabas comprometido?

—Porque no significaba para mí lo que tú crees. Era una transacción comercial que decidí terminar, pero no quería cargar esto sobre Romeo cuando estaba lidiando con Mario. Su hermano estaba herido, y él tenía que estar a su lado. No tenía intención de casarme nunca. Luego me enamoré de ti, Eden. No sabía que el amor fuera posible. Nunca iba a casarme, y desde luego nunca anticipé que mi supuesta prometida vendría aquí y montaría tal escena.

Quiero creerle. ¿Por qué no puedo?

—Tú nunca estuviste casada, Eden. Yo tampoco. Te estoy preguntando si podemos empezar de nuevo, dejar esto atrás. Comenzar de nuevo. Lo siento. Lo siento tanto que hayas dudado de mi devoción hacia ti aunque fuera por un segundo. —Aprieta mi mano—. Pasaré el resto de mi vida compensándotelo.

No sé lo que es estar realmente, verdaderamente, dedicada a alguien cuando he pasado mi vida escuchando mentiras sobre lo que realmente era la devoción. Que significaba autosacrificio, la negación de mis propias necesidades y una aceptación de medias verdades sobre quién soy.

Que significaba hacerme pequeña.

Tal vez... tal vez no tiene por qué ser así.

Tal vez la devoción significa amor, lealtad y compromiso inquebrantable, sin importar lo desafiante que sea.

Miro a mi hermana, que yace pacíficamente en la cama.

Miro las laceraciones aún enfurecidas en los brazos de Sergio.

Tal vez la devoción significa a veces tomar decisiones difíciles.

Pienso en Sergio salvando la vida de Mario.

Tal vez la devoción significa hacer lo imposible por otra persona.

Y tal vez a veces la devoción significa decir *lo siento, lo haré mejor*.

Porque al final, todos somos humanos. Todos cometeremos errores. Pero si yo lo amo y él me ama, volvemos a este lugar. Este lugar de perdón... de plenitud.

Apoyo mi cabeza en su hombro.

—Necesitaré que seas paciente conmigo —digo suavemente—. Tengo mucho que procesar, Sergio.

Él sostiene mi mano en el silencio. —¿Acaso no todos?

A veces en el romance hay grandes gestos que no muestran más que adoración inquebrantable. He visto películas de Disney donde el Príncipe Azul se aleja cabalgando hacia el atardecer, asegurando su amor por la princesa.

Y sé que hay gestos extravagantes de amor, como levantarse en una habitación llena de gente y proclamar amor desde los tejados, una cama de rosas, un anillo de diamantes. Mudarse al otro lado del país para estar con la persona que amas.

A veces significa salvar la vida de alguien a pesar de probabilidades imposibles.

Es el saber que alguien volverá a casa contigo. Que pavimentarán tu camino hacia la libertad con su propia carne y sangre.

A veces es el conocimiento de que alguien te esperará.

A veces es el tipo de amor que quema las barreras que os separan.

Pero a veces el gesto más grandioso de todos es sentarse en las tranquilas secuelas de la brutalidad, en una habitación de hospital estéril, con un lento pitido de máquinas de fondo... tomados de la mano.

A veces es una botella de agua cuando tienes sed, un sándwich cuando tienes hambre y la segura y constante fuerza de un brazo alrededor de tus hombros.

Miro a Starla, acostada pacíficamente en su cama.

Pienso en lo que Sergio ha hecho por mí y en lo que yo he hecho por Starla. Y entonces lo sé. A veces el amor no es un sentimiento... sino lo que haces.



CAPÍTULO 25

—DIVERTÍOS, CHICOS.

SERGIO

STARLA NO TIENE que quedarse mucho tiempo en el hospital. Pero eso nos deja con un interesante dilema.

A todos los efectos, Eden y Starla ahora están sin hogar. Eden solo ha estado quedándose en el club como empleada, pero técnicamente no vive allí. Tengo mi propia casa donde podría llevarlas, pero se siente extraño llevar allí a su hermana con nosotros.

Lo hablé con Mario una noche en el club, mientras tomábamos una cerveza fría. —No hay manera de que Eden quiera a su hermana en el club, y francamente, no puede quedarse allí de todas formas porque sigue siendo menor de edad.

—Por supuesto que no —dice Mario con un gruñido—. Todavía no puedo superar el hecho de que dejaseis entrar a Marialena aquí.

Marialena puede ser adulta, pero es la hermana Rossi más joven, y probablemente siempre será una menor a sus ojos.

—¿En qué punto estáis tú y Eden?

¿En qué punto estamos? —La amo. Voy a casarme con ella, y pronto. No quiero que tenga ni una sola duda en su mente sobre quién soy yo, sobre quiénes somos nosotros.

Mario asiente. Su propia relación con su esposa Gloria había estado llena de dificultades cuando comenzó. Gloria ni siquiera es su verdadero nombre, pero esa es su historia y no la nuestra. Todos tenemos complejidades que traemos a la mesa. Todos tenemos pasados heridos y traumas, aunque algunas cicatrices son más profundas que otras.

Pero no dejaré que mis heridas me definan, y Eden tampoco. Su feroz insistencia en superar cualquier cosa es probablemente una de las cosas que más amo de ella.

—Sé que no te vas a casar con nadie más que con ella —dice Mario—. Romeo lo dejó bien claro. Pero quiero decir, ¿qué sigue ahora?

No soy el tipo de persona a la que no le gusta pensar en la respuesta a esa pregunta. Siempre me gusta saber qué va a pasar después. Pero la amo. Así que eso significa que la respuesta a esa pregunta depende de ella.

—Todo lo que me importa es que Eden y Starla estén a salvo.

—Oh, Jesús. ¿Tendréis que convertiros en tutores legales?

—Ahora son huérfanas. Así que sí, por ahora.

Durante las secuelas de las muertes de los líderes del culto y el arresto de los demás responsables, la madre de Eden huyó del país. Recientemente descubrimos que su cuerpo fue encontrado en el Caribe y la causa de la muerte se sospecha que fue suicidio. Dudoso, pero no lo investigaremos.

Las cicatrices que Eden y Starla llevan estarán con ellas mucho, mucho tiempo. Quizás para siempre.

—Conozco a un tipo —dice Mario—. Puede agilizarlo todo para que obtengáis la tutela más pronto.

Asiento. Mario siempre conoce a algún tipo.

Por ahora, Starla está viviendo con nosotros. Es lo suficientemente joven como para seguir necesitando algo de orientación, y absolutamente necesita nuestra provisión y protección por el momento, pero Starla será independiente bastante pronto.

Por ahora, tengo a las dos instaladas en un hotel en pleno centro de Boston. Eden insistió en que ella y yo no compartiéramos habitación, al menos no todavía, porque quiere que su hermana se sienta cómoda. Tengo a mis guardias más confiables con ellas en todo momento. Lo que ella no sabe es que yo soy uno de esos guardias las 24 horas del día. Mantengo mi distancia, pero no demasiado lejos.

La puerta del club se abre.

Me olvido de respirar cuando Eden entra. Solo la visión de ella —sana, pura y deslumbrante— agarra mi corazón. El sonido de la sala se desvanece cuando dirige todo el voltaje de su sonrisa hacia mí.

—Jesús —repite Mario—. Me dan ganas de ir a confesarme.

Seré un anciano cojeando con una muleta y esta mujer seguirá haciendo que mi corazón lata más rápido.

Eden sonríe un poco desde el otro lado de la sala, probablemente pensando que me ha sorprendido con esta visita. Lo que ella no sabe en este caso particular no le hará daño.

Me recompongo, saludo con la mano y le hago un gesto para que se acerque.

Me sonríe radiante, con el poder de hacerme sentir como el hombre más alto, rico y poderoso de la sala. Sonríe como si su corazón no hubiera ido al infierno y vuelto. Nada mantendrá a esta mujer abatida.

Cuando llega a mí, tiro de su mano y la atraigo casualmente a mi regazo. Mario no puede contener la sonrisa que se extiende por su rostro.

Le gusta que me haya enamorado de verdad. Él fue quien dijo que pasaría. No podría importarme menos ahora quién ganó esa apuesta.

—Starla está con Marialena y Rosa —dice—. Quinn se les unirá más tarde, también.

—¡Y yo! —Flo saluda desde la barra, donde tiene una bebida en cada mano, y probablemente no pagó por ninguna de ellas.

Es una auténtica noche de chicas.

Mario pone una expresión curiosa mientras se acaricia la barbilla. —Chicos. Un momento. Acabo de tener una verdadera inspiración. ¡Sé dónde podéis ir! —Levanto las cejas hacia él.

—Obviamente un hotel no es donde queréis quedaros. ¿Qué tal El Castillo? Apenas vive alguien allí ahora, y mi madre y la Nonna son las únicas residentes a tiempo completo. Todos visitamos, pero sabéis que ese lugar es enorme.

Los ojos de Eden se ensanchan. —Oooh, he oído hablar de este castillo.

—Es la casa de mi familia —dice Mario—. Crecimos allí. La familia de Sergio visitaba todo el tiempo, pero no crecieron allí como nosotros.

Eden me mira, sus ojos brillando detrás de sus gafas. —¿Dónde está este castillo real donde la gente vive de verdad? ¿En el País de Nunca Jamás?

Mario sonríe. —Solo en el mejor lugar de la tierra. Costa Norte de Nueva Inglaterra. Cape Anne.

—Bueno, ¿pero qué tan lejos está de aquí?

Me encojo de hombros. —Eso no importa. Podría tardar una hora con tráfico, pero no me importa. Puedo hacer casi todo lo que quiero hacer de forma remota.

Mario se ríe disimuladamente y le doy una patada por debajo de la mesa. Él sabe tan bien como yo que no puedo hacer todo lo que quiero hacer de forma remota, pero me las arreglaré para volver aquí con ella.

Me giro para mirar a Eden. —Tendremos que preguntarle a Tosca, ya que es la casa familiar. Pero hay una rica tradición de Montavios viviendo en El Castillo. ¿Qué dices? ¿Te parecería bien? Tendríamos nuestro propio espacio, y tu hermana el suyo.

Ella se ríe a carcajadas, su felicidad burbujea hasta que todo su ser tiembla de risa.

—¿Así que me estás diciendo que quieres llevarme a mí y a mi hermana a vivir a un castillo con la Nonna, que cocina la mejor comida que he comido en toda mi vida, con Tosca, que es como la madre que nunca tuve, donde es seguro, junto a un océano... ¿hay una playa?

Mario asiente.

—Por supuesto que hay una playa. ¿Por qué viviríamos cerca del océano si no hubiera playa? Trabajamos duro pero nos divertimos aún más, ya sabes. Sí, hay una playa privada.

—Por supuesto que la hay —sonríe—. Starla va a perder la cabeza.

Y entonces me doy cuenta de lo que Eden me dijo hace un minuto. —Espera. Me dijiste que tu hermana está instalada con las otras chicas.

—Y doce hombres armados —añade Mario.

—Cierto. —Me vuelvo hacia Eden de nuevo—. ¿Así que estás aquí sola? ¿Por tu propia voluntad? ¿Sin hermana de la que preocuparte, sin trabajo esta noche porque es tu noche libre, y sin nada de qué preocuparte excepto... —tomo su barbilla en mi mano y sostengo su mirada— cómo complacer a tu amo...

Sus mejillas se sonrojan.

Mario gruñe. —Vale, esa es mi señal para largarme de aquí. Serg, ¿quieres que hable con mi madre?

Asiento. —Por favor.

—Hecho. Divertíos, chicos. Me largo. —Se ríe—. No hagáis nada que yo no haría.

Mientras se va, sacudo la cabeza. Dios, es tan bueno verlo sentirse mejor.

Vuelvo mi atención a Eden. Ella nunca se vestirá como las otras mujeres aquí. Un atuendo seductor para ella significa una falda ligeramente por encima de la rodilla y tal vez una blusa que muestra apenas el más mínimo indicio de la base de su cuello.

—Te amo.

Me mira con ojos ensanchados que se suavizan como estrellas fugaces mientras agarra mis manos entre las suyas.

—Cásate conmigo, Eden. Quiero casarme contigo. No quiero que haya ni una sola duda en tu mente de que me perteneces. Quiero que tomes mi nombre, quiero que vivas conmigo. No quiero ni el más pequeño atisbo de culpa entre nosotros nunca más. Cásate conmigo. Por favor.

—¿Quieres casarte *conmigo*?

Asiento, mi tono desesperado. —Más que nada en el mundo.

—Me... dije a mí misma durante mucho tiempo que no era digna de amor, Sergio. Pero estoy haciendo todo lo posible por dejar atrás todas esas mentiras. Porque... todos merecen amor. Y yo te amo.

Tiro de un mechón de su largo cabello. —¿Eso es un sí o un no?

—Por supuesto que es un sí. Sí, sí, *sí*. Casémonos. Hagámoslo oficial. Tendremos que cuidar de mi hermana, sin embargo, ¿por un tiempo?

—Por supuesto que lo haremos. Mario conoce a un tipo que puede hacerlo legal. Tendremos que ser sus tutores legales, al menos durante los próximos dos años.

—¿Le has dicho eso a Timeo?

Murmuro en voz baja: —Todavía no.

Su atención ha sido absolutamente captada por Starla, y está enfadado porque alguien le haya hecho daño. Pero ella es menor de edad, y pasarán años antes de que algo más cambie.

No somos buenas personas, nunca hemos pretendido ser otra cosa, pero de ninguna manera Timeo se acercará a ella.

—Razón de más para que seamos sus tutores legales.

Eden me sonríe. —Ahora, señor. No vine aquí solo para que pudiéramos hablar de negocios.

Envuelvo mis brazos alrededor de ella. La sostengo contra mi pecho, saboreando la forma en que encaja allí, segura y protegida. Es una intimidad que no sabía que necesitaba hasta que la tuve.

—Y no tengo intención de quedarme sentado aquí toda la noche charlando. —Le dije que tenía todo un mundo que mostrarle. Y lo decía en serio.

—Control del corazón, Eden.

Ella deja escapar un suspiro y sonríe para sí misma. —Mi corazón nunca ha estado mejor. No sé qué más decir, excepto que no sabía que pudiera existir esta clase de felicidad.

Paso mis dedos por su cabello y la atraigo más cerca de mí, inhalando el más tenue aroma a glicina. Y cuando mis labios se encuentran con los suyos, se siente como volver a casa.



CAPÍTULO 26

NO. TENGO. VERGÜENZA.

EDEN

Sergio me envía a esperarle.

Al principio, me sorprende un poco. Dondequiera que voy, él está ahí, vigilándome.

Él no sabe que yo sé que también forma parte de la guardia que nos vigila a Starla y a mí, pero no esperaría menos de él.

Tampoco le culpo. Después de todo lo que hemos pasado, a mí también me gusta la certeza de su presencia.

Así que hago lo que me dice. Voy a la sala privada que ha reservado como nuestra y le espero.

No es hasta que estoy arrodillada en el suelo alfombrado y mullido, sola, con el trasero apoyado sobre las plantas de mis pies, las manos en mi regazo, que me doy cuenta... Esta noche es trascendental para nosotros.

No hemos estado juntos —verdaderamente, íntimamente, juntos — desde antes de rescatar a Starla.

Sergio me dijo que había todo un mundo que quería mostrarme, y que nos estaba esperando. No sé qué va a pasar a continuación.

Pero sé que confío en él.

Sé que le amo.

Sé que no dejaremos que nadie ni nada nos separe, nunca más.

Mi pulso comienza a ralentizarse mientras le espero, mis nervios se calman.

Respiro profundamente, agudamente consciente de que no puedo oír nada fuera de estas paredes insonorizadas, nada en absoluto salvo mis respiraciones constantes.

Confianza.

Confianza.

Confío en él.

Es muy fácil decir: "Confío en ti".

Es mucho más difícil dejarse llevar de verdad.

Y quizá esa fue una de mis lecciones en todo esto: aprender que si confío en él, es porque me valora y me ama. Que no tiene otra cosa en mente que mis mejores intereses. Confío en que es fiable y honesto, que es sincero y abierto. Que como hombre íntegro, me protege cuando estoy en mi momento más vulnerable.

La puerta se abre. Pasos amortiguados preceden al silencioso chasquido de la puerta al cerrarse y bloquearse.

—Preciosa.

Obediente, sumisa, mantengo la cabeza agachada.

—Gracias, señor.

Me encanta someterme a él. Hay un profundo y permanente hilo de erotismo en someterme a él. Se siente tan bien llamarle señor.

Con Sergio, me convierto en mi verdadero yo, completamente vulnerable y a su merced. Es la experiencia más íntima de mi vida.

—Quítate la ropa, cariño.

Una orden suave pero firme.

Me tomo mi tiempo, liberándome de lo cotidiano. Pasando de lo ordinario a lo erótico.

Sonrío, inhalando profundamente. Alcanzo mi camiseta y me la quito lentamente, con cuidado, viviendo el momento. El roce de la tela contra mi oreja. El aire fresco acariciando mi desnudez. Su bajo murmullo de aprobación. La tensión erótica entre nosotros, caliente y eléctrica.

Desabrocho mi sujetador. Se desliza y el balanceo de mis pechos llenos se siente tan liberador. Con movimientos suaves y deliberados, doblo mi ropa y la coloco a un lado, luego me arrodillo de nuevo.

Pasé mucho tiempo preparándome para encontrarme con él. Sabía que si estábamos solos en el club, podríamos hacer lo que quisiéramos.

Me depilé, luego me unté con la loción que me dio Marialena, hasta que mi piel resplandecía y olía ligeramente a glicina.

Starla me observó maravillada mientras me arreglaba el pelo y aplicaba los más leves toques de maquillaje: un rubor de color en

mis mejillas, un brillo transparente en mis labios, el más ligero movimiento de una brocha de rímel para alargar mis pestañas.

Lo rematé todo con un toque de perfume.

—Eden, hueles a cielo —dijo Starla, con los ojos brillantes.

Cielo.

Ahí es donde estoy ahora... sabiendo que mi hermana está a salvo. Que las personas que me hicieron daño ya no pueden tocarme. Que Sergio me ama, y yo le amo.

Se arrodilla a mi lado. Levanta mis manos. Las coloca alrededor de su cuello.

Me abraza.

El simple hecho de que me abrace hace que mi respiración se vuelva errática y que mis mejillas se sonrojen más. Mi piel es sensible a cada contacto mientras el calor aumenta entre mis muslos. Mis pechos se sienten pesados, y un cálido rubor se extiende por mi piel desnuda.

Ahora parece que fue hace mucho, mucho tiempo, cuando me enseñaron a avergonzarme de mi desnudez. Ahora, mientras mi cuerpo recibe cada una de sus caricias, una llama interior de necesidad se construye dentro de mí, libero cada duda que jamás tuve.

Soy hermosa.

Soy fuerte.

Soy amada.

No tengo vergüenza.

La habitación está llena de un suave resplandor ambiental mientras me arrodillo en la mullida alfombra. Me siento tan vulnerable pero viva bajo la intensidad de su mirada.

El aire chisporrotea entre nosotros cuando alcanza mi barbilla y levanta mi mirada. Otra orden suave pero clara.

Mírame.

Obedezco.

—Eres tan hermosa, *amore mio* —murmura, con el timbre profundo de su voz llenando la habitación vacía.

—Gracias —extiendo tentativamente mi mano hacia su mejilla, vacilante, una silenciosa petición para tocarle. Cuando asiente, apoyo mi mano en la barba incipiente de su mandíbula—. Te quiero.

—Y yo te quiero a ti.

Todavía sosteniendo mi barbilla en su mano, dice algo que me sorprende.

—Aquí en este santuario, quiero que encuentres tu sanación, Eden.

Y sé que el "santuario" al que se refiere no es ningún lugar que pueda encontrar en un club.

No, está aquí, bañándome en la fuerza de mi completa sumisión y el poder de su amor por mí.

Mi santuario es él.

Siento el peso de sus palabras. Dejo que se hundan profundamente en mi mente y corazón, en mi alma misma. Aquí, en nuestro santuario, donde no hay juicio ni crítica, soy apreciada y aceptada. Amada.

—Tu sumisión a mí es un regalo que valoro.

Sostengo su mano y guío sus dedos a mi boca. Los beso, uno por uno.

Cuando se levanta, noto que sostiene un antifaz de seda en su mano derecha.

—La privación sensorial puede intensificar la experiencia. ¿Estás lista?

Estoy muy lista.

Asiento y cierro los ojos.

Su voz es un susurro contra mi oído mientras me guía hacia una rendición más profunda.

—Siente mi contacto. Deja ir cualquier cosa que te retenga. Si un pensamiento intrusivo llega a tu mente, libéralo.

Liberar.

Respiro hondo y silencio mis pensamientos.

Liberar.

Como un mantra, paso a paso, respiración tras respiración... me dejo ir.

Mientras traza sus dedos a lo largo de mi columna, mi cuerpo responde a su toque reverente. Lo respiro cuando sus labios tocan los míos. Exhalo cuando recorre su cuerpo a lo largo de mi forma desnuda, pintando calor a medida que se mueve. Sin poder ver, mis otros sentidos despiertan.

Imagino que nuestros corazones laten en armonía, una conexión silenciosa. Imagino que mis respiraciones se convierten en las suyas. Imagino que mi deseo alimenta el suyo.

Y cuando su boca se cierra sobre el endurecido capullo de mi pezón, arqueo la espalda con un suave gemido mientras la presión aumenta entre mis piernas.

Extiendo mis manos hacia él, cuando me detiene con voz firme.

—Mantén las manos en tu regazo, Eden. Ah ah. ¿Eso es un puchero? Tendré que castigarte si haces pucheros.

Ahogo un maullido silencioso mientras la presión aumenta y aumenta ante el sonido correctivo de su voz.

Puede que sea él quien da las órdenes, pero soy yo quien decide cómo se desarrolla esto.

Me gusta la disciplina de Sergio.

Me encanta saber que no me hará daño. Saber que estoy aquí por mi propia voluntad, que cualquier "castigo" o disciplina que imparta está profundamente arraigado en la fusión erótica entre nosotros. Es catártico.

Sanador.

—¿Y si quiero tu disciplina?

Incluso el sonido de su risa me hace temblar de necesidad.

—Entonces desobedéceme. Vamos, adelante.

Hay una diferencia entre la desobediencia real y lo que estamos haciendo ahora: una aceptación casi juguetona y mutua de los roles que interpretamos.

Cuidadosamente, pensativamente... quito mis manos de mis piernas y alcanzo por él.

—Ah ah —me reprende—. ¿No te lo advertí?

Todavía con los ojos vendados, no puedo ver lo que hace, pero estoy sobre su regazo en cuestión de segundos, con mi pelo volando a nuestro alrededor. Doy un grito con la primera palmada. Me toca entre las piernas antes del segundo golpe, y cuando golpea su palma contra mi trasero por tercera vez, estoy gimiendo.

El dolor de los azotes que me da rápidamente se funde en excitación, lava fundida entre mis piernas y corriendo a través de mis venas. Baja su palma, fuerte y pesada, llevando mi necesidad por él tan alta que temo perder el control aquí mismo, ahora mismo, sobre su regazo.

Cuando agarra la parte posterior de mi cuello para mantenerme en mi lugar, ahogo un gemido. Con cualquier otra persona, tendría miedo, pero con él... estoy viva.

Cuando me quita la venda de los ojos, miro en las profundidades de sus ojos. Con cualquier otra persona, querría esconderme, pero con él, no quiero nada más que ver y ser vista.

Y cuando me desliza sobre su longitud endurecida, gimo, tan consumida por mi necesidad de él, tan completamente perdida en sensación y éxtasis, mis palabras se convierten en murmullos incoherentes de amor y adoración.

Susurro: "Te quiero", cuando alcanzamos nuestro clímax juntos.

Él murmura: "Te quiero", cuando me sostiene contra él, mi corazón tartamudeando contra el calor húmedo de su pecho.

Las lágrimas en mis mejillas no son solo porque le amo.

Me amo... a mí misma.

Nos amo a nosotros.



CAPÍTULO 27

«UN AUTÉNTICO CASTILLO»

EDEN

ESTAMOS SENTADOS en sillas junto a la playa privada cerca de la casa familiar de los Rossi, El Castillo. Sí, realmente es un castillo auténtico y certificado, y quiero pellizcarme. Me siento como una princesa.

Nonna y Tosca aceptaron con entusiasmo nuestra petición de mudarnos. Sergio podría haber comprado una casa en cualquier sitio, pero habría sido incómodo, sabiendo que él y yo somos amantes, y mi hermana es como la tercera en discordia. Esta es una situación mucho mejor.

Primero, ella no tiene que saber todavía que trabajo en el club. Todavía no.

Segundo, se deleita con todas las tareas de cocina mientras aprende a cocinar con Nonna y Tosca. Tosca echa de menos tener a sus hijas en casa. Tiene un carácter duro. Pero también tiene un corazón que ama y ama profundamente. Creo que ambas están encontrando sanación la una en la otra.

Tercero... tengo a Sergio solo para mí.

Nos han dado una suite en la segunda planta de El Castillo. Es magnífica, todo lo que podría haber deseado, con todos los adornos regios que cabría esperar en cualquier castillo, pero al mismo tiempo, tan acogedora como debería ser un verdadero hogar. Tenemos una suite enorme, con su propia cocina, su propio baño, un despacho para Sergio y una sala de estar. Yo cocino nuestras comidas y cuido de Starla. Y pronto volveré al club donde cocinaré, pero no hasta que sepa que Starla está recuperada.

—Tuvieron que pasar muchas cosas para que te convirtieras en mi tutora, Eden.

Starla está sentada a mi lado, envuelta en una manta. Está delgada y frágil, pero nunca confundiría eso con debilidad. No hay nada como la cocina de Nonna para poner carne en los huesos, al menos eso me han dicho, y Starla ha desarrollado bastante apetito.

Si alguien me hubiera dicho hace un año que mis padres y Seth estarían muertos ahora, la hermandad disuelta, y que yo estaría casada con un gánster rico y guapo y viviendo en un castillo, me habría reído en su cara.

Pero hice algunos cambios... y aquí estamos.

—¿Ya decidiste qué quieres para los centros de mesa?

Gimo.

—Starla, no quiero una gran boda. Solo familia.

Sergio hace una mueca.

—Eh, cariño. ¿Tienes alguna idea de lo que significa «solo familia»? Esos dos conceptos son mutuamente excluyentes. No puedes decir que quieres una boda pequeña y solo familia en la misma frase cuando estás hablando de los Montavio y los Rossi.

Ah, es cierto. Puede que él solo tenga dos hermanos y una hermana, pero hay... muchas más personas que eso.

—Vale, entonces, ¿cuál sería concebiblemente la boda más pequeña que podríamos tener?

Procede a enumerar nombres de personas que me sorprende descubrir... que ya conozco.

Conozco a sus hermanos, conozco a la gente del club. Conozco a la familia Rossi, a su madre, incluso a Nonna y a su tía. Los conozco a todos.

Por primera vez en mi vida, tengo una verdadera familia de la que quiero formar parte.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que Sergio pasa el pulgar por mi mejilla.

—¿Por qué lloras?

No sé cómo decírselo. Trago saliva. Starla se acerca y me da un pequeño apretón en la mano. Ella lo sabe.

—A veces te das cuenta de repente de que lo que te ha estado faltando es lo que otras personas dan por sentado.

—Ahh —Sergio asiente. Él lo entiende.

Starla habla y habla sobre centros de mesa, y flores, el vestido que quiere llevar, y la comida que va a ayudar a Nonna a preparar.

Solo escucho a medias, porque realmente ninguno de estos detalles me importa. Lo único que importa es que, al final, declararé mi devoción a Sergio delante de todos, y él declarará su devoción hacia mí.

Starla suspira, se recuesta y se frota los brazos con las manos.

—¿Quieres volver a la casa? —le pregunto.

Ella asiente e intenta ponerse de pie, pero todavía está muy frágil y débil. Se apoyó en mi brazo solo para caminar hasta aquí, insistiendo en que saliera a ver el océano. La vista desde aquí es impresionante. Rocas escarpadas, olas verde-azuladas salpicadas de espuma, un cielo infinito que se extiende más allá de la imaginación.

Sergio se levanta y se estira.

—Yo te ayudaré a volver.

Sin sorprender a nadie, se inclina y la levanta en sus brazos. Me recuerda la forma en que la rescató, cómo la acunó en sus brazos como si una ráfaga de viento pudiera destrozarla. Ella le deja que la lleve.

—Quién iba a pensar que tendría un hermano mayor —dice ella.

Los miro a los dos, las dos personas que más amo en el mundo entero, preguntándome si el corazón humano puede estallar cuando está tan lleno.

Cuando llegamos a El Castillo, Timeo está en el pabellón, la zona pavimentada que flanquea el edificio y lo rodea. He visto fotos de bodas que tuvieron lugar aquí, porque Tosca insistió en mostrármelas. Aquí, aquí es donde nos vamos a casar.

Mario está al lado de Timeo, y puedo notar por la expresión en la cara de Mario que no está aquí para hablar sobre centros de mesa y nuestros votos. Parece inusualmente serio.

Sergio y Mario tienen un intercambio silencioso antes de que Sergio se vuelva hacia mí.

—Deberías entrar.

Niego con la cabeza y trago saliva.

—No estoy tan segura de eso —digo con firmeza pero suavidad.

Sergio todavía sostiene a Starla a pesar de la mirada de ojos entrecerrados de Timeo. Tal vez por eso mismo.

Vaya. Eso va a ser un problema. Un problema para otro día.

Ahora mismo necesito asegurarme de que estos tipos entiendan que si lo que Mario tiene que decir tiene algo que ver conmigo y con Starla, no voy a ir a ninguna parte. Si hay algo que necesitan decirle a Sergio, pueden decírmelo a mí.

Mi voz es tranquila pero firme cuando le digo:

—Si lo que necesitas decirle tiene algo que ver conmigo y con Starla, nos quedaremos aquí mismo, gracias.

El ligero levantamiento de cejas de Mario y sus ojos abiertos registran una leve sorpresa, pero Sergio sonríe radiante.

—¿Lo que tienes que decirme tiene algo que ver con ellas?

No me doy cuenta de que Romeo está allí hasta que se aclara la garganta. Está sentado en una silla en el lateral del pabellón, logrando parecer regio y competente.

—Tiene todo que ver con ellas.

Asiento.

—Entonces me quedaré.

Sergio mantiene la mirada de Romeo.

—Ella se quedará.

Aprieto el brazo de Sergio.

Sé por mi tiempo con los Montavio y los Rossi que se toman muy en serio los roles tradicionales. Definitivamente a la antigua, así que el hecho de que Sergio esté tomando una posición ahora mismo por mí significa todo.

Si Sergio se da cuenta de la mirada de Timeo, no lo reconoce. Simplemente acomoda a Starla en una silla y saca una para mí. Silenciosamente, en el fondo, Ricco saca un encendedor y se acerca a un brasero. Lo veo colocar virutas de madera, leña y troncos hasta que se encienden con vida. El calor nos rodea en una noche que se está volviendo rápidamente más fría.

Me siento con Sergio y Starla bajo las estrellas, preparada para aceptar cualquier cosa que me digan.

O eso creo.

Mario habla primero.

—Sabes que estaba aburrido hasta el hastío en esa habitación de hospital. Tenía que hacer algo. Y así lo hice. Fue entonces cuando encontré una conexión entre el cártel y el grupo que se hacía llamar la hermandad.

Miro a Starla, curiosa por saber si siquiera sabe qué es el cártel, pero ella simplemente mira a Mario, sin parpadear, con las manos colocadas tranquilamente en su regazo.

—La hermandad solo fue una fachada desde el principio. Los padres fundadores comenzaron su grupo bajo los auspicios de vivir una vida religiosa, pero ese nunca fue su propósito real.

—¿Cómo lo sabes? —Sergio pregunta en voz baja. Me alegro de que haya preguntado. Estaba en mi mente, pero no quiero tentar a la suerte. Tengo suerte de estar sentada aquí, y lo dejaré así.

—Encontré un registro de pagos realizados y correspondencia incriminatoria.

Trago y asiento. Sergio me ha contado algo de esto, pero tenerlo todo expuesto aquí así lo hace parecer mucho más sobrio.

—Probablemente esperaban que estar en las Carolinas fuera distancia suficiente para que nadie hiciera la conexión, pero por suerte, nosotros la hicimos.

Romeo mira a Sergio.

—Haremos lo que sea necesario para que no consigan afianzarse aquí.

Sergio asiente.

Sé entonces que esto es solo el principio, que lo que viene a continuación probablemente involucra detalles que realmente no necesito ni quiero saber. Hablé extensamente con Marialena y Rosa sobre lo que significaría el matrimonio con Sergio.

Me dijeron que es útil saber lo que me concierne específicamente, pero que en muchos casos, si mi marido tiene asuntos que tratar que no me involucran, probablemente dormiría

mejor por la noche sin conocer los detalles intrincados. Estaría de acuerdo.

La frase «la ignorancia es una bendición» nunca tuvo más sentido.

—Mataste a uno de sus líderes más importantes —dice Romeo, mirando a Sergio—. No te culpo. De hecho, si tú no lo hubieras hecho, lo habría hecho yo mismo.

Hay un hilo de acero en su voz que me envía un escalofrío de miedo por la columna. Nunca supe que querría estar en una familia como esta, pero ahora que lo estoy, sé cuánto la necesito.

Ya no tengo interés en estar con personas que juegan según las reglas. He jugado ese juego, y no gané.

No me importa qué reglas sigan, me importa que amen a las personas con las que están comprometidos.

Me importa que sean leales. Me importa que valoren la devoción.

—Todo lo que te estoy diciendo es que necesitamos prepararnos para una represalia. No sé cómo, y no sé cuándo, pero estoy poniendo a un hombre en México.

—¿Quién?

—Dario.

La sorpresa estalla en la mirada de Sergio, tan brevemente que me pregunto si soy la única que lo nota. Rápidamente oculta su reacción y asiente.

—Es justo.

Me toma un minuto entenderlo.

Dario.

El cuñado de Sergio, casado con su hermana Vivia. Dario es miembro de la familia Rossi, pero no de sangre.

Sergio tomó su decisión, entonces.

Ha elegido casarse conmigo, renunciando a la boda que habría tenido un mejor resultado para sus familias. Así que su familia hará restitución.

—Sé que irías si te lo pidiera —dice Romeo—. Pero estás comenzando una familia, tienes un club que dirigir y necesitas estar

presente para liderar a tus hombres. Dario tiene conexiones en México. Él se encargará de ellos, y estarás en contacto directo con él, lo que funcionará bien, porque Vivia estará en casa para las vacaciones.

Marialena siempre dice que Romeo es severo pero leal, y puedo ver lo que quiere decir.

—¿Qué pasa con las personas que estaban en la hermandad? —pregunta Starla. Todos la miran sorprendidos. Claramente no ha recibido el memo de que no se habla en reuniones como esta, o tal vez simplemente no le importa. Dios, amo a mi hermana.

—Los que sobrevivieron están en la cárcel —dice Romeo—. Tenemos conexiones con la policía, y tenemos la certeza de que todos los miembros de la hermandad que comenzaron esta fachada han pagado sus deudas.

Así que están muertos, y sus asociados son los que están en la cárcel.

—¿Y las mujeres y los niños? —Starla mira a Romeo. Timeo le sonríe. Ricco silenciosamente coloca otro tronco en el fuego.

—No lo sé —Romeo es honesto, si algo.

—No te pediré mucho —dice Starla—. Pero esos son mis amigos. Y de Eden. Y tenemos mucho que podríamos ofrecerles. Quiero encontrarlos. Quiero conseguirles la ayuda que necesitan.

Sergio asiente, su voz ronca cuando responde:

—Considéralo hecho.

Romeo asiente también.

—La familia Rossi se unirá a ti en cualquier situación que surja por esto. Te apoyamos, Sergio. Hiciste lo correcto. No solo no permitiremos que el cártel se afiance en Nueva Inglaterra, no van a joder con nuestra familia.

Nuestra familia. Eso somos Starla y yo ahora.

—¿Cómo van las cosas en el club?

Está cambiando de tema. Asumo entonces que ya han cubierto todo lo que nos concierne. Justo.

—El club va fantástico —dice Sergio—. Hemos cumplido con todas nuestras cuotas del segundo trimestre y vamos bien encaminados en el tercero.

Romeo sonríe.

—Ese es mi chico.

Solo Romeo puede hablar con Sergio como si fuera más joven de lo que es. Ni siquiera su propia madre puede hacerlo.

Miro a Starla. No me gusta que sepa nada sobre el club, aunque no puedo protegerla de ello para siempre.

—Vamos a entrar ahora —le digo a Sergio. Él se levanta.

—Vamos todos adentro. Sé que Tosca tiene mucho de qué hablar cuando se trata de planear esta boda.

Sergio me abre la puerta, y entro con Starla agarrándose con fuerza a mi brazo.

—Hijo de puta.

—¿Qué pasa?

—Mira quién está aquí, la mismísima señora Montavio.

—¿Tu madre? ¿Por qué es un problema? Puedo manejarla. —Sergio se vuelve para mirarme, sus ojos brillando—. Vaya, creo que puedes hacerlo.

—Necesito descansar un poco —dice Starla—. Así que disculpadme si me retiro.

Sus ojos también me brillan, pero por una razón completamente diferente. Le divierte sin fin vernos juntos a Sergio y a mí, y aunque está empezando a entender quién es esta familia con la que estamos tratando, ella sigue decidiendo cuándo y cómo aprenderá más. Ha tenido suficiente por hoy, entonces.

La ayudo a llegar a su habitación, convenientemente situada cerca de la cocina, para que no tenga que caminar demasiado lejos, y salgo con Sergio.

Oímos las voces antes incluso de llegar. Una tensa y al mando: Tosca. La otra aguda y asertiva. Su madre.

No tengo miedo. Sergio me da una mirada, con una ceja arqueada.

—Probablemente te va a interrogar. Sé por qué está aquí.

Le sonrío, mi corazón calentándose ante la preocupación en su rostro.

—Yo también sé por qué está aquí. Puedo manejar esto.

He manejado ser secuestrada, abusada y un matrimonio falso que pretendía despojarme de todo. He visto a mis padres enterrados, y he escapado de un culto real y legítimo.

Puedo manejar a una señora gruñona que no quiere que me case con su hijo. No se trata realmente de mí, para nada. Ni siquiera me conoce. Ahora sé quién soy, y nunca dejaré que nadie me quite eso.

Mantengo la cabeza alta y tomo mi lugar justo donde pertenezco: junto a Sergio, sosteniendo su mano.

Cuando entramos, todos nos miran, como si alguien hubiera desenrollado una alfombra roja frente a nosotros. Prácticamente quiero hacer una reverencia.

Marialena, Rosa, su cuñada Vittoria, Nonna, Tosca.

Su madre.

Le sonrío brillantemente. He oído que es más fácil atrapar moscas con miel que con vinagre, y si ella elige no amarme, es su pérdida. Porque soy digna de amor. Las personas que me aman me aman por quien realmente soy. Y no voy a negar mi verdad por nadie.

Cuando reconoces tu propio valor... cuando sabes lo digna que eres de amor... eres intocable. Porque ninguna crítica, enojo u odio de nadie puede herirte.

—Señoras, encantada de veros. Esperaba poder tener algo de opinión sobre el día de la boda.

Los ojos de Marialena me brillan cuando sonríe, y casi puedo sentir el choque de puños silencioso.

—¿Así que todavía estás bajo la ilusión de que te vas a casar con mi hijo? —dice la madre de Sergio, sus duras palabras tan ásperas como un disco rayado.

Le doy a la madre de Sergio una mirada curiosa.

—¿Ilusión? Por supuesto que no. No es una ilusión. Vamos a casarnos absolutamente. ¿Hay algún problema?

Ella parpadea rápidamente, con color subiendo a sus mejillas. La voz baja y de mando de Sergio capta la atención de todos en la habitación.

—Te estás dirigiendo a mi prometida. Recuérdalo.

—Sí tengo un problema. Sergio estaba comprometido para casarse con una familia poderosa. No tengo idea de quién eres. No tengo idea de qué aportas. No nos casamos frívolamente en esta familia.

Sergio abre la boca y da un paso adelante, pero pongo una mano suave en su brazo.

—Lamento mucho que te sientas así —le digo, tan sincera como nunca lo seré. Lo digo en serio—. Sergio y yo nos vamos a casar porque nos amamos. ¿Qué aporto? Devoción eterna. Amor. Puedo cocinar muy bien, y tengo toda la intención de darle nietos. Muchos, realmente, si él está dispuesto, pero aún no hemos llegado a eso. ¿Qué te parece?

Nonna es la primera en reír. Su risa gutural llena la habitación y crece más fuerte con cada latido que pasa. Se ríe hasta que se sujeta los costados.

Esa mujer sabe mucho más inglés del que aparenta.

Marialena se levanta y aplaude.

—¡Si hay algo que la familia Montavio necesita, es un matrimonio basado en amor real y lealtad, me atrevo incluso a decir devoción! ¡Bravo, hermana! Y oh, madre mía, trae a los bebés, amiga.

Rosa toma un sorbo de su té y sin decir otra palabra veo a Tosca sacar un pequeño frasco y verter la mitad en su taza de té también.

Esa sí que es una mujer que me inspira.

La madre de Sergio me mira con furia.

—¿Por qué nadie me preguntó?

Realmente siento lástima por la mujer. Puedo entender de dónde viene, y tal vez sea cierto que la mayoría de las personas no son realmente villanos. La mayoría de las personas son quizás

moralmente grises. Perdió a su esposo y a uno de sus hijos. Todo lo que tiene ahora es el poder de ser la matriarca de esta familia, y si sus hijos restantes se casan mal, esas decisiones podrían amenazar todo lo que tiene.

—Ah —veo, entendiendo—. ¿Hay alguna regla en esta familia que diga que necesitamos pedir tu permiso?

—Dios, Eden, deja de ser tan razonable y diplomática —murmura Sergio.

Reprimo una sonrisa.

Ella se sonroja en un tono más profundo de rosa.

—Debería haberla.

—Amo a tu hijo y quiero casarme con él. Prometo que me dedicaré a esta familia con todo lo que tengo. Y prometo que tu posición de poder como matriarca de esta familia no está en peligro.

No tengo ningún interés en ser la matriarca de esta familia.

Ella me mira fijamente, y finalmente se vuelve hacia Sergio.

—Me gusta. Tiene agallas.

Sergio mira, incrédulo.

Media hora después, todos estamos bebiendo té con alcohol.

Realmente no me importan mucho los detalles de la boda, y parece hacer feliz a la madre de Sergio que ella pueda elegir cosas como las flores. Le digo que necesita asegurarse de que está hablando con Starla sobre los vestidos de las damas de honor, pero aparte de eso estamos bien. Lo que es más importante para mí que cualquier cosa es que no nos tomemos mucho tiempo con esto. Realmente no entiendo por qué algunas personas tardan años en planear una boda. He decidido ser su esposa, así que ahora sería preferible a más tarde.

Tosca me sonríe cuando les explico esto.

—¿Qué te parece este fin de semana?

La madre de Sergio parpadea rápidamente, luego nos sorprende a todos con su respuesta.

—Puedo hacer que eso suceda —dice, quizás la primera concesión que ha hecho.

Sonrío.
—Este fin de semana sería perfecto.



CAPÍTULO 28

—¿POR QUÉ ESPERAR?

SERGIO

CUANDO TOMO UNA DECISIÓN, sigo adelante. Cuando quiero algo, voy a por ello con determinación, sin disculpas, sin retroceder, sin excusas a medias.

En otras palabras, nos casamos pocos días después.

Eden no quiere esperar, y yo tampoco.

¿Quién puede culparla? Ha pasado toda su vida adulta bajo falsas apariencias, los últimos años casada con un hombre que resultó no ser su marido.

No la culpo por querer algo real, auténtico.

Y sé que cuanto antes tome mi apellido, más segura estará. No sabemos cuándo llegarán las represalias de los cárteles. Podría ser en un día, un mes o años. Pero habrá represalias. Siempre las hay.

Tomamos precauciones, y el trabajo a tiempo completo de Mario es vigilar todo lo que hacemos. Sabremos cuándo regresen. Por ahora, tienen que responder ante las autoridades federales que tienen a sus líderes bajo custodia. Eso nos dará algo de tiempo.

En realidad, ya me importa una mierda todo esto. Porque voy a casarme con el amor de mi vida.

Todos los detalles de la boda encajan como los pétalos desplegados de una flor.

Tosca está absolutamente en su gloria, dando órdenes a la gente que sirve nuestra comida, mezcla nuestras bebidas, glasea nuestro pastel y todo lo demás. Es hermoso, elegante y atemporal. Como mi prometida.

Eden dice que ha terminado con las supersticiones y con seguir reglas inventadas por el hombre. Así que la mañana de la boda, viene a mí, vestida con su hermoso vestido blanco, y me pide que le suba la cremallera.

Le beso la mejilla y le coloco el velo.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en toda mi vida —Lo digo en serio.

—Vale, ya está bien. Tienes que parar porque llevo maquillaje en los ojos y si me haces llorar, se estropeará todo. Tengo un trabajo que hacer y eso significa tomar fotos y pronunciar votos.

—Está bien —digo con un gruñido—. Te ves... bien. Y te quiero.

Mario es mi padrino, e incluso Starla está en la boda. Ambos parecen un poco maltrechos, pero se están recuperando. Hay algo en la luz brillante del sol, Cape Anne y el aire salado que le hace bien al cuerpo. Me alegro de que Starla esté aquí, aunque solo sea para darle a Eden la tranquilidad que se merece.

Eden no tiene mucho aprecio por los predicadores estos días, y quién puede culparla. Pero cuando Romeo le pide al sacerdote de su parroquia que venga a oficiar la boda, ella acepta. —Cuando en Roma... —dice con un guiño. Me parece bien.

Pronunciamos nuestros votos en el pabellón de El Castillo. Está un poco nublado, así que las luces centelleantes que las chicas han colocado alrededor del perímetro parpadean contra el cielo nocturno, pequeños trozos de polvo de hadas para dar magia a este momento. Un arco entrelazado de hiedra se encuentra al frente, donde el sacerdote, que parece tan viejo como la tierra, espera de pie, sosteniendo un libro.

Me sitúo a su lado, con Mario junto a mí. Apenas miro a la gente presente, porque solo tengo ojos para una persona.

Aunque vi a Eden más temprano hoy, me deja sin aliento cuando la veo ahora. Vestida con un sencillo pero entallado vestido de raso, es modesta como siempre, tan hermosa que quiero enmarcarla como una fotografía y llevarla en mi bolsillo. Sostiene un ramo de rosas blancas y lleva zapatos rojos brillantes. Cuando le pregunté por los zapatos, solo se encogió de hombros.

—Me hace sentir como Dorothy de El Mago de Oz —dice. Starla dice que es su pieza distintiva, sea lo que sea que eso signifique.

Camina por el pasillo hacia mí. Con la cabeza en alto. Y cuando llega a mi lado, me sonríe y toma mi mano. —Es un milagro que no me haya tropezado con estos tacones —dice.

Me inclino y beso su mejilla. —Tú eres el milagro. —Aquí está, la mujer que amo, en carne y hueso. Sana y salva, preparada para pasar el resto de su vida conmigo.

Al otro lado de la sala llena de gente, cruzo miradas con Ricco. Sonríe y asiente, pero con dolor. Sé por qué. Se está despidiendo del amor de su vida, y él pronunció sus votos con ella con la misma sinceridad con la que yo pronuncio los míos a Eden.

Es un vívido recordatorio de que no tenemos garantía del mañana. Que hoy es todo lo que tenemos. No puedo cambiar el ayer, y aun con toda la fuerza y voluntad del mundo, no puedo prometer el mañana. Pero tengo al amor de mi vida frente a mí, y elijo creer en un futuro juntos por delante.

Nunca pensé que amaría a nadie hasta que conocí a Eden. Su propio nombre significa paraíso, y el simbolismo no se me escapa.

Mi nuevo comienzo.

Mi nuevo inicio.

Mi absoluta devoción.



EPÍLOGO

EDEN

—¡STARLA! ¡Estás yendo *demasiado lejos!* —grito, protegiéndome los ojos de los intensos rayos del sol. Me han dicho que los días cálidos de verano son efímeros aquí, pero no puedo pensar más allá del sofocante calor que sube de la arena en oleadas—. Sergio, ¿dónde está?

Es finales de agosto y Starla ha conseguido convencernos para llevarla a Maine.

—He soñado con ir allí —dijo, con una mirada no muy diferente a la de cachorrito que me pone Daisy cuando estoy cocinando—. ¿Por favor?

No puedo decirle que no. Y Sergio le compraría una isla si se lo pidiera.

—¡Starla! ¡Eh! ¡Estás demasiado lejos! —Mi hermana ha salido tan lejos que no es más que una pequeña mancha morada en el mar verde-azulado—. ¡Starla!

El peso reconfortante del brazo de Sergio alrededor de mis hombros me tranquiliza un poco—. Déjala, cariño. Es una nadadora excelente.

Frunzo los labios—. Incluso los buenos nadadores pueden verse atrapados por la corriente, o ser atacados por tiburones, o sufrir un calambre muscular.

—No está sola, Eden. Tiene tres nadadores de competición con ella, y hay socorristas por todas partes.

Miro alrededor de la playa y me doy cuenta de que tiene razón. Hay socorristas por todas partes—. Sergio —digo pensativa—. Hay muchos más socorristas aquí de lo normal, diría yo. ¿Has tenido algo que ver con esto?

Sin mirarme a los ojos, se limita a encogerse de hombros, pero noto una pequeña arruga alrededor de sus ojos que me indica que estoy sobre la pista correcta. Ajá. Solo está fingiendo ser un pseudo-padre más tranquilo que yo.

—Bueno, veremos si mantienes esa calma cuando empiece a salir con chicos —murmuro, sin dejar de seguir cada uno de sus movimientos con la mirada.

Sergio suelta un suspiro y sacude la cabeza—. Nunca saldrá con nadie —dice, tan serio que no estoy segura de si está bromeando o si lo dice en serio—. Concertaré su matrimonio y nos saltaremos todo el drama de citas que te pone los pelos de punta y te hace morderte las uñas.

Vale, esa es otra historia para otro día.

Starla empieza a nadar de vuelta hacia nosotros, y respiro un poco más tranquila. Tiene razón, no está sola. Quinn y Timeo, Mario y Gloria nadan junto a ellos como una pequeña manada de delfines, sumergiéndose y emergiendo bajo la superficie de las revueltas olas. Estarán quemados por el sol, sedientos y hambrientos cuando finalmente vuelvan a la orilla, pero habrá merecido la pena.

—¿Seguro que no quieres unirte a ellos?

Niego con la cabeza. Aunque estoy usando un bañador por primera vez en mi vida adulta —un modesto traje deportivo de una pieza— todavía no estoy acostumbrada a llevar algo tan ajustado y revelador. Pero tengo que hacerlo. He comenzado el largo y necesario proceso de sanación, y una parte de ese viaje significa darme cuenta de que mi cuerpo es hermoso. Mi cuerpo es milagroso. Mi cuerpo no es algo de lo que avergonzarme o esconder o dar por sentado. Mi cuerpo me ayuda a amar. Me ayuda a vivir. Es hora.

—Hoy no —digo, sentándome en una toalla y abriendo la cesta de picnic. Lo miro desde debajo de mis pestañas—. Necesito algo de tiempo a solas con mi marido, un regalo que ha escaseado lamentablemente últimamente, ¿sabes?

Sergio se une a mí en la toalla y saca sándwiches de casa envueltos en papel.

Hogar.

Todavía residimos en El Castillo, por muchas razones, pero principalmente porque es bueno para mi hermana estar con la

familia extendida, ella prospera junto al océano, y me gusta que esté lejos de Belle Notte. Pronto, Sergio y yo comenzaremos nuestra propia familia. Sé que a la mayoría de la gente le gusta tener un lugar donde establecerse, pero me gusta que no tengamos que hacerlo, que podamos quedarnos aquí con la familia en El Castillo, o tener un hogar propio cuando estemos listos.

Me gusta la infinita promesa de posibilidades. El conocimiento de que nuestro amor y compromiso mutuo tienen más que ver con lo que hacemos y nada que ver con dónde vivimos.

Después de que Sergio ha devorado dos sándwiches por mi uno, hemos comido jugosos trozos de sandía madura y terminado un litro entero de limonada fresca, se limpia la boca con el dorso de la mano y suspira.

—Olvídate de cenar en París o tomar champán en la Toscana —murmura—. Esto supera cualquier cosa que haya comido.

—Eso es solo porque has corrido como veinte kilómetros y nadado como si estuvieras entrenando para un triatlón —digo, sacudiendo la cabeza.

—Quizás —dice con una sonrisa pícara—. Quizás es el ejercicio nocturno lo que ha estimulado mi apetito.

A pesar de todo el trabajo que he hecho para aceptarme como un ser humano plenamente sexual, la insinuación todavía hace que mis mejillas se sonrojen.

—Sergio —digo con voz suave—. No delante de los demás.

—Oh, ¿los demás? ¿Esos que ni siquiera podías ver hace unos minutos de lo lejos que estaban?

Pero mi corazón ya ha comenzado a latir un poco más rápido, y no puedo evitar alcanzarlo.

—De todos modos —digo juguetonamente, con voz tintada de coqueteo, uno de mis nuevos pasatiempos favoritos—. No sé de qué estás hablando. ¿Hicimos algo divertido anoche?

—Pequeña bribona —dice con una sonrisa. Doy un chillido e intento protegerme, pero soy demasiado lenta. En segundos, me tiene inmovilizada bajo su peso, extendida debajo de él en una

gloriosa sumisión indefensa. Con un rápido movimiento, sujeta mis muñecas con una mano y golpea mi trasero con la otra—. Como si lo hubieras olvidado. Debería haberte azotado más fuerte.

Mi vientre se calienta y florece la bienvenida presión del deseo—. ¿Azotes? ¿Me azotaste?

—Debería haberte atado mejor —dice contra mi oído, con un pequeño mordisco antes de deslizar su lengua por el borde de mi oreja. Tiemblo y me retuerzo, cosquillosa y excitada.

—¿Me ataste? —digo con un bostezo forzado—. Debe haber sido terriblemente olvidable. ¡Ah! —chillo cuando clava sus dientes con más fuerza y envía un destello de dolor y una ola de calor directamente a mi centro.

Con su boca en mi oído, susurra con un gruñido acalorado—. Debería haberte hecho llegar cinco veces en lugar de tres.

—Sí —respiro, ahogando un gemido—. Deberías haberlo hecho, holgazán.

—Vaya, se está volviendo atrevida —dice, con su voz impregnada de advertencia—. Tendré que castigarte por eso, cariño.

Cierro los ojos mientras su boca se encuentra con la mía, agradecida de que los otros estén lo suficientemente lejos en el mar y tengamos la playa para nosotros solos. Me gusta estar aquí en la orilla, la suave manta calentada por la arena y el sol, bajo la extensión del sol y el cielo, pero aun así de alguna manera solos en nuestro pequeño rincón del mundo.

Me hundo en el calor de su beso. Separo mis labios. Y cuando toco su lengua con la mía, saboreo los sonidos masculinos de sus suspiros y gemidos. Perfección.

Cuando salimos a tomar aire, los otros se dirigen a la orilla. Para cuando nos alcanzan, estoy acurrucada casta pero íntimamente en su regazo, con su barbilla apoyada en la parte superior de mi cabeza.

—¡Chicos! —dice Starla, agarrando una toalla del montón que traje con nosotros—. ¡Hay una sala de juegos! Nunca he estado en una sala de juegos antes. ¡Vamos!

Sergio señala la manta—. Come primero, Starla. No has comido desde el desayuno.

—No tengo hambre —dice con un pequeño ceño fruncido. Starla está tan delgada que puedo ver sus costillas, aunque su propio traje es modesto y la cubre bien.

—Inténtalo —le insisto—. Sé lo difícil que es parar la diversión y hacer cosas responsables. —Le guiño un ojo, haciendo pasar esto como un simple recordatorio amistoso. Starla ha progresado mucho, pero todavía le queda un largo camino para sanar.

Mario y Gloria se dirigen al paseo marítimo y Timeo se une a nosotros en la manta.

—Será mejor que comas rápido —dice Timeo, cogiendo unos cuantos sándwiches—. Me muero de hambre y si no te comes los tuyos, estaré encantado de engullirlos.

Suspirando, ella toma uno de los sándwiches que él le da y, para mi sorpresa, se come casi todo.

Vale, quizás en diez o veinte años le permitiré acercarse a ella.

Quizás.

—Tengo buenas y malas noticias —dice Sergio. Sé lo que va a decirles ya que hablamos del mensaje de texto que recibió hace una hora, pero cuando lo comentamos solo había malas noticias. No estoy segura de cuál es la parte buena.

—Las malas primero —dice Starla, envolviendo delicadamente las cortezas de su pan. Nunca le gustaron las cortezas, pero era castigada si no se las comía. Yo nunca la obligo—. Es más fácil enfrentar lo malo sabiendo que hay algo bueno por venir.

—Vale. Las malas noticias, Ricco ha enviado un mensaje. Las cosas han... empeorado. —Sergio suspira—. Necesitamos acortar nuestro viaje.

—Oh, Sergio —dice Starla—. Lo siento mucho.

Timeo se pone serio. Todos sabemos lo que esto significa.

—Tendremos que volver a casa hoy.

Starla asiente—. Por supuesto.

Timeo recoge la basura y la lanza como si estuviera haciendo tiros de baloncesto hacia un contenedor cercano—. ¿Y las buenas noticias?

—Las buenas noticias son que, casualmente, me he dado cuenta de que hay un Dairy Queen de camino a casa.

Starla grita y salta sobre sus pies—. ¡Vale, estoy lista para irnos! —Ha estado hablando sin parar sobre un tipo de helado con barrita de chocolate que vio en internet hace unos días. Estamos ansiosos no solo por ver cómo sana su cuerpo sino también su alma, y eso significa darle cosas que esperar con ilusión y experiencias cotidianas que otros podrían dar por sentado, pero que ella necesita.

Empacamos nuestras bolsas y nos dirigimos a casa, cargados con toallas arenosas y recuerdos. Ponemos música alta, compramos aperitivos en la gasolinera y hacemos planes para nuestro próximo viaje.

—No puedo ir el último fin de semana de agosto —dice Starla. Mientras que a otros podría parecerles molesto, yo observo con alegría cómo desplaza la pantalla de su teléfono. Me hace tanta ilusión verla haciendo cosas normales de adolescente que podría llorar.

—¿Por qué? —pregunto, mientras Sergio mira al frente, con los ojos en la carretera. Aunque sé que está escuchando.

Asumir la responsabilidad de cuidar de Starla ha sido una especie de bautismo de fuego para nosotros. Nunca había tenido una responsabilidad así, y aunque él sí la ha tenido, ha sido de un tipo muy diferente. Sergio está aprendiendo a delegarme, porque Starla es mi hermana, y yo estoy aprendiendo a darle espacio para encontrar su propio papel como cuñado, ya que somos un equipo.

—Es la primera reunión del grupo de apoyo.

—Oh, Starla. ¡Lo has conseguido! ¡Estoy tan orgullosa de ti!

Sergio sonríe—. Buen trabajo, pequeña.

Starla nos dijo que necesitaba ayudar a otras víctimas del abuso de la hermandad a encontrar su sanación y ha trabajado hasta el agotamiento buscando un lugar seguro donde reunirse. Sergio movió

algunos hilos para proporcionarle un lugar seguro donde todos pudieran reunirse en línea para que tuvieran el beneficio del anonimato si fuera necesario, al mismo tiempo que establecía salvaguardias con la ayuda de Mario y Gloria.

Será difícil. Pero será útil, lo sé.

Para ambas.

—También... también he empezado a escribir —dice con esa voz tentativa y tranquila que siempre usa cuando hablamos de la hermandad—. Ayuda.

En los meses siguientes al colapso de la hermandad, Starla y yo testificamos en el tribunal. Los "amigos" de Sergio en las fuerzas del orden de alguna manera ayudaron a formar una narrativa que nos protege de cualquier posible acción legal, convenientemente omitieron la muerte de los responsables, mientras también llevaron a los supervivientes ante la justicia. La justicia de Sergio es un poco... más intensa... que la del sistema legal, pero ha admitido a regañadientes que hay un momento y un lugar para ambas.

Una cosa llevó a la otra, y ambas encontramos el camino hacia la terapia. Hacia la sanación. Llevará tiempo, pero lo estamos consiguiendo.

—¡Ahí está! —Starla se ilumina cuando ve el cartel delante de nosotros que nos dice que hemos llegado—. Síiiii.

Sergio aparca y Starla y yo nos bajamos.

—¿Qué puedo pedir, Eden? —pregunta Starla. Una pequeña parte de mi corazón se estremece cuando me pregunta eso, siempre buscando permiso incluso ahora.

—Puedes pedir lo que quieras, Starla —dice Sergio mientras se acerca a mí y entrelaza sus dedos con los míos.

Sus ojos se iluminan y los míos se humedecen un poco.

Otros podrían ver solo su lado severo, el feroz líder al que otros temen. Yo he visto su lado más suave, y esa perfecta mezcla de valentía y ternura me hace derretirme.

—Te quiero —susurro, mientras vemos a Starla disfrutar alegremente. Lo que él no sabe es que tengo mi propia sorpresa

reservada.

—Y yo te quiero a ti —dice, inclinándose para besar mi mejilla—. ¿Quieres algo?

—Sí —digo con una sonrisa, fingiendo mirar el menú—. Estoy pensando... el doble, por favor. Ya que estoy... bueno, comiendo por dos ahora.

Sergio parpadea. Luego parpadea de nuevo, antes de girarse completamente hacia mí y quedarse mirándome.

—Repite eso.

Suelto una risita y le guiño un ojo—. Me oíste la primera vez, señor.

—Eden. —Observo, derritiéndome, cómo mi severo, enormemente musculoso y algo intimidante marido se emociona visiblemente—. ¿De verdad...? ¿Lo dices en serio? ¿Vas a tener un bebé?

Asiento y sonrío—. No quiero decírselo a nadie más todavía. —No sería correcto anunciar algo así cuando Ricco está pasando por tanto —. Se lo diremos pronto. Por ahora, mantengamos este pequeño secreto entre nosotros, ¿vale?

—Cariño —dice, rodeándome con su brazo—. Dios, te amo, Eden. —Sonríe y repite—. *Bebé*, —aunque esta vez ambos sabemos que hay otro significado.

—Y yo te amo a ti. Amo lo que somos. Amo a nuestra familia.

Amo lo que hemos construido.

Y amo lo que se extiende ante nosotros, el futuro aún sin escribir, y la promesa de cosas buenas por venir.

FIN

PREESTRENO

ADORACIÓN: UN ROMANCE OSCURO DE LA MAFIA DE ENEMIGOS A AMANTES

CAPITULO 1

«N0 VER EL MAL…»

Quinn

—Resistente al agua, y una mierda —me planto frente al enorme conjunto de espejos en el baño de Bella Notte y frunzo los labios. Resulta que la oferta especial de la farmacia que anunciaba una máscara tan resistente al agua que podías llevarla a un funeral era una gran y gorda mentira. Cojo una toalla de papel y toco las rayas negras, pero solo consigo emborronarlas aún más.

Una rubia exuberante me dirige una mirada de preocupación mientras ajusta sus generosos senos en el espejo, pero no pregunta nada. Hay una regla no escrita en Bella Notte: no preguntas a la gente si están bien a menos que pidan ayuda. Algunas personas vienen aquí porque *quieren* destrozarse.

Mi máscara no se corrió un poco porque lloré, no os equivoquéis. Fue más bien que estaba... quizás... transpirando un poco. La pequeña mecha blanca que había añadido a mis coletas morenas está un poco torcida, así que me arreglo el pelo hasta quedar satisfecha.

Las cosas se calientan un poco cuando una es dominada.

Cuando la rubia se marcha, contoneándose con la luz centelleando en su vestido de lentejuelas, me quedo mirando al espejo. Sonriéndome a mí misma, adopto una pose de poder: cabeza alta, pecho erguido, manos ancladas en las caderas. Escuché en algún sitio que si adoptas una pose de poder, te energiza y te hace sentir más fuerte. Me gusta adoptar una en el club. Me recuerda quién soy y por qué estoy aquí.

Sonrío al espejo y me doy un choque de manos —otro movimiento de poder— porque ahora mismo, en este momento, mis pezones siguen entumecidos por las pinzas, mi trasero está deliciosamente ardiendo, y todavía puedo sentir la fricción de las cuerdas atadas en mis muñecas.

Yupiiii. Nunca me he sentido mejor.

Y la noche es joven. Solo son las nueve y si conozco a este Dom, querrá continuar toda la noche.

Por supuesto, la belleza de esta situación es que él es el rico. Para ser miembro de Bella Notte necesitas tener mucho dinero. Como en serio, dinero para dientes de oro. Yo no tengo ese tipo de pasta, pero me encanta estar aquí. Así que le dejo hacer a su manera conmigo y no me quejo. No somos exclusivos y eso es lo importante, disfrutando de lo mejor de una relación de amigos con beneficios.

Aunque las cosas se han vuelto un poco raras últimamente. No puedo quitarme la sensación de que me están observando, pero me pregunto si solo son deseos pensantes. Soy exhibicionista, después de todo.

Al principio pensé que las cosas estaban raras porque Eden y Sergio no están aquí tan a menudo. Aunque ahora tienen un bebé. Aun así, me siento un poco más vulnerable sin mi mejor amiga y su marido, el dueño de Bella Notte, vigilándolo todo.

Vuelvo al club, a medio camino del noveno cielo, cabalgando la euforia de nuestra sesión.

Primero, voy a la habitación privada donde habíamos quedado.

No está allí.

Camino por el pasillo hasta la sala comunitaria y mientras hay varias caras que conozco, hay muchas que no. En el último año y medio desde que Sergio Montavio abrió Bella Notte, el clan Montavio se ha expandido. No conozco muchos detalles, pero da la casualidad de que soy íntima amiga de la esposa de Sergio, y sé que tiene algo que ver con que él esté en una posición de mayor poder porque están casados y con un hijo. ¿Reglas anticuadas? Ja. Podría decirse que sí.

Supuestamente los Montavio siguen siendo aliados de sus primos los Rossi, pero a medida que ambos grupos crecen, también lo hace su número. No estoy segura de cuál es la lista de requisitos de los Montavio, pero me pregunto si *estar seriamente musculado y buenorro* está en esa lista. Porque todos estos tíos están *musculados*... y son *tan guapos*.

Digamos que Bella Notte es mucho más divertido estos días y no tener una relación exclusiva es crucial para mí. Dicho esto, estoy reservada para la noche y estoy empezando a cabrearme un poco porque no puedo encontrar al Dom que aceptó darme con una fusta en el trasero.

Sergio ha insinuado que incluso si no estuviera con un dominante en el club, me daría un pase, probablemente porque soy íntima amiga de su esposa. Todo esto da vueltas en mi mente mientras busco a mi Dom desaparecido por el hermoso y bien equipado club.

¿Dónde *está*? Pensé que solo nos estábamos calentando.

Ahora estoy empezando a enfadarme un poco porque no está aquí. Me acerco a la barra. La larga y brillante superficie de la barra es suave bajo mis manos mientras me inclino, con la araña del techo reflejándose en las hermosas botellas y vasos.

—¿Lo de siempre, Quinn?

Niego con la cabeza. No estoy bebiendo esta noche. Me gusta tener pleno control de mis facultades cuando permito que alguien me maltrate intencionadamente.

—No, estoy buscando a...

Ni. De. Coña.

El gilipollas que estoy buscando se está morreando con una pequeña pelirroja en el otro extremo de la barra.

No puedes llamarlo exactamente engañarme, porque, de nuevo, no somos exclusivos, pero tío, teníamos una sesión planeada para esta noche. Y esa sesión no incluía a otra mujer o un trío. Es decir, es mona, pero ¡no! No estoy aquí para eso.

Dios mío. Cuadro los hombros y empiezo a caminar hacia él.

Un montón de gente aparece frente a mí como si mi Dom infiel los hubiera conjurado para bloquearme el paso.

Intento abrirme paso entre la multitud y cuando eso no funciona, trato al menos de ver un atisbo del pelo rojo llameante de esa chica. Eso tampoco funciona. Cuando finalmente atravieso el grupo de personas, él se ha ido de nuevo, por supuesto.

Me abro paso de vuelta entre la multitud y camino por un pasillo que no había visto antes. Hay un pasillo que lleva a la cocina y otro que se aleja de ella. Bella Notte, como supongo que haría cualquier club sexual multimillonario en Boston, tiene muchos pasillos, habitaciones y entradas privadas diferentes. Nunca los encontraré.

Si Eden, mi mejor amiga, estuviera aquí esgrimiendo su perspectiva pragmática y su espíritu templado, probablemente me diría que lo dejara pasar. Sería comprensiva con lo que él ha hecho y diría: «Quinn, sabes que no tomas buenas decisiones cuando actúas por ira».

Me importa una mierda. Tengo buenas razones para estar cabreada y alguien va a *caer*.

Abro una puerta de golpe y tengo que agacharme porque el mango de una escoba casi me golpea el cráneo. Genial. He encontrado la entrada del servicio de limpieza. Cierro esa puerta de golpe, suelto un suspiro y sigo buscando.

Supongo que lo inteligente sería darme la vuelta ahora mismo, quizás llamar a Eden, quizás volver al barman y tomar lo de siempre. Pero no, no lo hago. No soy italiana, pero creo que he adquirido algo de ese temperamento italiano solo por estar rodeada de muchos de ellos, porque ahora mismo podría golpear a alguien en la garganta.

¡Hijo de puta, joder, joder, joder! Cuando entro en una habitación que se siente antigua y huele a rancio, es como si hubiera abierto un armario hacia Narnia. El ambiente aquí es muy de otro mundo. Juro que incluso la temperatura ha bajado un poco. ¿Dónde narices estoy?

Una vocecita en el fondo de mi mente me dice que probablemente no debería estar aquí. Y otra vocecita más molesta me recuerda que firmé un acuerdo para permanecer dentro de lo que claramente son las áreas comunitarias del club. Tenía algo que ver con la privacidad, bla, bla, bla. Lo que sea.

Si me dices que no haga algo, eso es lo primero que voy a querer hacer.

Y ahora tengo una buena razón. Tengo que encontrar a mi Dom infiel, así que en realidad es culpa suya que esté invadiendo.

Consciente de la mullida alfombra bajo mis pies, me doy cuenta de que no puedo oír nada de lo que está pasando en las habitaciones principales de Bella Notte.

La iluminación aquí es tenue, y hay pequeñas cosas circulares en el suelo fuera de las puertas. Cuando me agacho a mirar, me doy cuenta de que son máquinas de ruido blanco. Una vez fui a un terapeuta —creedme cuando os digo que fue bajo coacción— y el terapeuta siempre insistía en tener una máquina de ruido blanco fuera de la habitación para que nadie pudiera escuchar la conversación que ocurría dentro.

Bueno, eso ha disparado mi curiosidad.

Aparece la siguiente puerta. Un pequeño escalofrío me recorre porque no sé dónde estoy ni adónde voy ni qué habrá detrás de esta puerta. Sé que no estoy cerca de la entrada privada del club y también sé que los hermanos Montavio son de la mafia, así que más o menos imagino algo como oro, dinero, joyas o quizás rehenes escondidos aquí. Basta decir que estoy completamente intrigada.

Pero cuando abro la puerta, no oigo nada. Doy un paso dentro. Luego otro. Miro las paredes de espejo y una barra de danza pulida. *Es un estudio de baile*. Un verdadero estudio de baile. Justo aquí en

el club. No sé por qué ni cómo llegó aquí, pero es hermoso. Cierro los ojos ante una repentina oleada de emoción.

Una vez fui bailarina.

Me imagino agarrándome a la barra. Me imagino dejando que la música fluya a través de mí como lo hacía antes, como magia, la sensación de...

Alguien gira el pomo de la puerta.

Miro horrorizada alrededor de la habitación. Esterillas de yoga, pelotas de ejercicio y bandas de resistencia están en una esquina de la habitación junto a una pila de cajas de almacenamiento. Me doy cuenta de que hay una puerta detrás de un montón de cojines. Quizás una especie de armario. Necesito llegar al armario ahora. Hay un murmullo, y alguien suelta un grito agudo.

Mi pulso se dispara.

Dios. Mío. ¿Voy a ser testigo involuntaria de una escena?

Me muevo lo más silenciosamente posible detrás de los cojines y susurro una súplica al universo para que sea lo suficientemente pequeña como para que no me vean.

Miro a través de un pequeño agujero entre los cojines, y tengo que cubrirme la boca con la mano. Uno de los hombres de Sergio arrastra a su última víctima, cubierta de tanta sangre que su cara es irreconocible y tiene un ojo hinchado cerrado. Oh, Dios. ¿Me resulta un poco familiar? ¿Es uno de los miembros de aquí, o...? Observo cómo el tipo de Sergio levanta a su víctima por la camisa y lo arroja al suelo. El hombre deja escapar un pequeño gemido como si casi deseara que esto terminara y no tuviera que sufrir más.

¿Qué narices está pasando aquí?

Dejo de respirar... No puedo dejar que me vean. Si dejo que me vean, estoy jodida.

Un escalofrío me recorre cuando un rayo de luz de luna ilumina su cara, resaltando una mandíbula fuerte, labios carnosos y un peligroso indicio de cicatriz. Pero es grande, da miedo, y va a destrozar a este tipo.

Adriano Bruno.

Ahora *sé* que no debería estar aquí. Realmente, *realmente* no debería estar aquí.

—Te dije lo que pasaría.

Oh, Dios, oh, *Dios. ¿Le dijo lo que pasaría?*

Puedo ver la entrada al armario desde aquí. Al menos creo que es un armario, pero rezo para que sea una puerta que conduzca fuera de esta maldita habitación.

Podría... arrastrarme sobre mi vientre...

No. Podría oírme. Intento convencerme de que está un poco preocupado en este momento, pero el riesgo es demasiado alto. Niego con la cabeza y suavemente me tumbo sobre mi vientre, agradecida por esas clases de yoga porque de lo contrario esta sería una posición muy incómoda para mí.

Me arrastro hacia la puerta mientras un puño golpea contra carne y surge otro grito. —Te dije cuál sería la consecuencia si te pillaba de nuevo. Nunca doy segundas oportunidades y la has cagado. —Otro golpe de puño. Me estremezco. Suena como alguien golpeando un yunque. Dios, va a golpear a este hombre hasta matarlo.

Llego a la puerta y mi corazón se eleva. Quizás esto no es solo una entrada a un armario sino una ruta de escape. El sonido de coches pasando es inconfundible, lo que me dice que estamos en una pared exterior cerca de una calle. Bien, bien.

Me giro para lanzarme a través de la puerta e intento recordar una oración de mis días escolares, pero no puedo. Justo antes de irme, hay un pequeño sonido «ping, ping, ping» en el suelo. Miro hacia abajo; mi preciado pendiente de perla está rodando lejos de mí.

¡Noooo! No voy a dejarlo aquí.

Primero, el tipo grande y aterrador de la mafia puede encontrarlo. Segundo, ese pendiente significa algo para mí. Es prácticamente lo único que lo hace.

Tengo que volver a por él. En ese mismo momento, el metal hace clic y me doy cuenta de ese sonido: el de un arma siendo amartillada.

¡Oh Dios mío, oh Dios mío, oh DIOS MÍO! Busco frenéticamente la perla y no la veo por ninguna parte. ¡Puedo comprar otra! *No. No puedo.* Porque esas no me las habría dado la única persona que alguna vez me amó.

Ahora en un pánico total, sigo buscando mientras el hombre suplica por su vida. Dios mío. Finalmente, el más pequeño destello de una perla brilla a la vista y mis dedos se cierran a su alrededor justo cuando se aprieta el gatillo. Mis pensamientos se ahogan por un grito de dolor y el estallido de un disparo. Otro.

Jesucristo. Me acerco más a la puerta justo cuando una voz aguda grita: —¿Quién coño es ese?

El viejo dicho dice: «si las miradas mataran»... pero me pregunto ahora mismo si un tono de voz podría matar. Corro hacia la puerta, la abro de un tirón y huyo. Llego al aparcamiento, con las manos temblando. Por supuesto, vine aquí en transporte público. No tengo coche.

No sé qué demonios voy a hacer. Miro salvajemente arriba y abajo de la calle llena de coches y escape, los brillantes faroles iluminando mi camino. Unos pasos me siguen a un ritmo extrañamente tranquilo, como si su dueño estuviera seguro de que me atrapará. Corro hacia uno de los coches que está parado en un semáforo en rojo y golpeo salvajemente la puerta.

El conductor gira en el semáforo y se aleja sin hacer contacto visual, probablemente convencido de que soy una especie de lunática. *No.* Golpeo la puerta del siguiente vehículo detenido en el semáforo, una camioneta conducida por un tipo de aspecto duro. Empieza a bajar la ventanilla pero echa un vistazo detrás de mí y acelera, conduciendo directamente a través del semáforo en rojo. Lo miro fijamente, frenética.

Tiene que ser Adriano persiguiéndome. Quizás pueda razonar mi salida de esto. Quizás pueda decirle que conozco a Sergio y Eden.

O quizás es uno de esos tipos que preferiría hacer lo que quiere y pedir perdón en lugar de permiso. Porque *es* Adriano, y tiene su arma fuera, apuntándome directamente.

—¡Sube! —grita alguien detrás de mí. Miro por encima de mi hombro para encontrar a una joven conduciendo un Mazda destartalado abriendo la puerta del pasajero para mí. No solo desbloqueándola sino prácticamente lanzándose sobre la consola y abriéndola para mí. No soy estúpida así que entro, cierro la puerta detrás de mí, y ella arranca.

Mi corazón late tan rápido que apenas puedo pensar durante varios minutos. Finalmente, cuando mi respiración se estabiliza le pregunto: —¿Todavía nos sigue? Oh Dios mío. Tenemos que conducir más rápido.

Casi espero que suenen disparos. ¿Va a intentar disparar a sus neumáticos o algo así? Pero no. Miro por el retrovisor para ver a Adriano de pie casualmente en la esquina de la calle, con las manos en los bolsillos. Sin arma a la vista. Está mirando el coche y mientras lo dejamos atrás, saca un teléfono y se lo lleva a la oreja.

Me giro para ver a mi salvadora, una mujer menuda con un cabello morado loco recogido en la parte superior de su cabeza.

—¡Conozco la mirada de una mujer en peligro! —dice con el ceño fruncido—. No necesito conocer detalles.

La gente dice que las mujeres pueden ser maliciosas. La gente dice que las mujeres son competitivas. Pero esta mujer aquí mismo es el ejemplo perfecto de una mujer que apoya a otras mujeres, aunque no nos conozcamos por nuestros nombres.

—Gracias.

Navega por el tráfico con facilidad, tocando el claxon cuando los peatones intentan jugarse la vida cruzando imprudentemente, y en cuestión de minutos el hombre enfadado que me perseguía ya no se ve por ninguna parte.

—¿Adónde? —pregunta, la única pregunta que me ha hecho hasta ahora. Estoy tan agradecida que podría besarla.

Tomo una respiración profunda y miro por la ventana, debatiendo conmigo misma. Mi mejor amiga en todo el mundo puede no ser la mejor opción a la que acudir ahora mismo porque el hombre que me persigue trabaja para su marido. Pero Eden tiene la mejor cabeza

sobre sus hombros de cualquier persona que haya conocido en mi vida, así que la respuesta es fácil. —Necesito ir a North Shore. ¿Puedes ayudarme?

Treinta minutos después, no porque estemos tan cerca, sino porque esta mujer del pelo morado conduce como un murciélago del infierno, llegamos a El Castillo, la finca familiar de los Rossi donde viven Sergio y Eden. Podrían estar ocupados con el bebé o durmiendo, o cualquier número de cosas.

Tomo aire. Imponente y hermoso, como una estatua tallada en piedra, se alza contra el cielo nocturno como un faro, las ventanas centelleando con luces.

—¡Joder! Ahora desearía estar haciendo algunas preguntas porque me pregunto si puedo venir a cenar en Acción de Gracias.

Me río. —Probablemente ni siquiera notarían unos pocos invitados más.

Sonríe antes de decir: —Buena suerte.

Abro mi bolso para sacar algo de dinero. No es que tenga mucho, pero acaba de llevarme hasta aquí. Si no tuviera miedo de que me persiguieran, habría ido a otro lugar. Quizás habría tomado el tren o un taxi o un Uber o algo, pero al menos llegué aquí de una pieza.

—Ni se te ocurra pensar en pagarme —dice—. Mi nombre es Regina, y tengo la sensación de que nos encontraremos de nuevo algún día. —Salgo del coche y cuando me giro para irme, ella ya está a medio camino calle abajo—. De acuerdo, Regina —susurro para mí misma. Lo devolveré de alguna manera.

Cuadro los hombros y miro hacia el castillo donde residen Eden y Sergio.

Hace un año, mi mejor amiga Eden escapó de las garras de una secta y terminó enamorándose de uno de los hombres más peligrosos de Boston. Pensarías que eso es inusual y un poco inesperado, especialmente si supieras que Eden parece una modelo para un catálogo amish. Pero cuando ves a Eden y Sergio juntos, rápidamente te das cuenta de que son una pareja hecha en el cielo, como si hubieran sido creados el uno para el otro. No creo en las

almas gemelas, pero si lo hiciera, Eden y Sergio estarían en el diccionario junto a la definición.

Eso es un problema ahora mismo, sin embargo, porque es casi imposible hablar con Eden sin que Sergio se entere.

Tal vez quiero que se entere. Como soy la mejor amiga de Eden, no va a dejar que uno de sus hombres me mate... ¿verdad? La realidad es que no tengo idea de lo que Sergio Montavio es capaz de hacer.

Olvida eso.

Soy plenamente consciente de lo que Sergio Montavio es capaz, simplemente no sé qué va a decidir cuando se trate de mí.

Quizás no fue la mejor idea venir a ver a Eden, pero hay escasez de mujeres anónimas de pelo morado con coches que vengan y me saquen de aquí, así que de alguna manera he tomado mi decisión.

Mierda.

Quizás Sergio esté en la Toscana. Quizás esté viajando. No sé qué está haciendo, pero ahora mismo tengo que encontrar a Eden.

Afortunadamente, Eden y Sergio no son las únicas personas que viven en esta casa, ya que en realidad es propiedad de Tosca, una de las parientes de Sergio, la matriarca de la familia Rossi. Es bastante amable si estás en buenos términos con ella, pero si no lo estás, estás jodida. Tosca tiene una columna vertebral de acero y no es exactamente la mujer más hospitalaria. Sin embargo, es lo suficientemente agradable con sus amigos, y por suerte para mí, somos amigas.

Saco mi teléfono y le envío un mensaje a Eden. Le envié uno de camino, pero no ha respondido. Eden no es de las que mandan mensajes, sin embargo. Apenas sabe cómo usar un teléfono móvil porque simplemente no le importan. Es una de esas rarezas de la naturaleza a las que les gusta hacer cosas que no implican interferencia de las redes sociales.

Yo tampoco lo entiendo.

Para mi sorpresa, sin embargo, aparecen unos pequeños puntos en la pantalla.

Eden
¡Quinn! ¿Dónde estás? ¿Qué está pasando?

Presiono el botón de llamada, pensando que va a ser más fácil que esperar a que Eden se dé cuenta de que tiene un mensaje.

—¿Hola?

—Abre la puerta principal, por favor.

Estoy temblando, al aire libre, donde cualquiera puede verme.

Eden abre la puerta, me mira una vez, agarra mi mano, y me jala dentro de la casa.

—Ve directamente a la sala de recepción —sisea.

¿Sala de recepción? Vale-e.

—Shhh —susurra—. Está aquí y no quiero que te vea.

Oh, dulce Jesús. ¿Acabo de salir de Boston solo para conducir directamente a los brazos del tipo que está tratando de perseguirme?

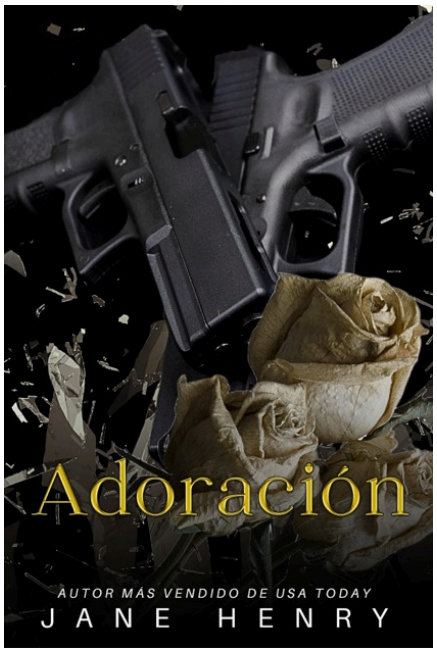
Miro alrededor de la sala de recepción, preguntándome dónde demonios espera ella que me esconda en este estúpido lugar, cuando el propio Sergio Montavio entra en la habitación.

—Ah, ahí estás. Facilitándome el trabajo de nuevo, ¿verdad, Quinn?

El sarcasmo gotea de sus labios de jefe. Eden hace una mueca.

Suelto un suspiro. —Ah, mierda.

¿QUIERES DESCUBRIR QUÉ OCURRE DESPUÉS? PIDE TU EJEMPLAR DE "ADORACIÓN: UN ROMANCE OSCURO DE LA MAFIA DE ENEMIGOS A AMANTES" HACIENDO CLIC EN LA IMAGEN DE ABAJO. ¡DISPONIBLE EL 30 DE MAYO!





Jane HENRY

Romance for 'good girls' who love bad boys

Impulsada por el chocolate negro y un café aún más negro, la autora superventas de USA Today Jane Henry escribe lo que le encanta leer: romances con personajes bien desarrollados e irresistibles que presentan hombres alfa dominantes y heroínas poderosas que los ponen de rodillas. Ha creído en el poder del amor y el romance desde que Bella conquistó a la bestia, y finalmente decidió escribir sus propias historias de amor.

Boletín de Jane
Página web de Jane